

JOSEPHINE LYS

*El guante
y la
espada*



VESTALES

EL GUANTE Y LA ESPADA

Inglaterra, 1831. Un hombre y una mujer se encuentran de un modo inesperado. Un hombre y una mujer deberán, a partir de su encuentro, transitar una forzada convivencia que los hará descubrirse el uno al otro. Hasta aquí, una historia entre tantas.

Pero nada es lo que parece: el hombre no puede escapar del pasado, desprecia su título nobiliario, resuelve crímenes como una forma de expiación. La mujer esconde que es escritora, huye de un nombre y una vida que no puede volver a mirar. Ambos se encuentran en la escena de un crimen. Ambos deberán desandar caminos, confiarse secretos, dejar de lado las suspicacias, entregarse: un asesino los acecha con una secreta venganza de amor.

Josephine Lys ha escrito una pequeña obra maestra: después del éxito de *Un disfraz para una dama* y *Atentamente tuyo*, sube la apuesta y nos trae una historia que va desde Egipto a la Guerra de Independencia Griega, de Londres a los Cien Días napoleónicos con un apasionante misterio y una intrigante seducción entre los protagonistas.

Autor: Josephine Lys

ISBN: 9789871568581

El guante y la espada

JOSEPHINE LYS

*A mi tía Chelo,
la mujer más fuerte y generosa que he conocido.
Gracias por tu amor, tus sabios consejos, tu alegría
y por estar siempre a mi lado de manera incondicional.
Siempre reinarás en nuestros corazones.*

*A mis padres,
a quienes adoro y tanto debo.*

*A Fran,
mi marido y asesor histórico, que tanto me ha ayudado
a hacer realidad esta novela.
Te quiero.*

*A mi tía Maribel,
quien, con su inagotable energía y optimismo, me ayuda a soñar. Gracias por
hacerme creer que siempre hay un nuevo proyecto
que emprender y otro reto que alcanzar.
Gracias por dejarme disfrutar de tu compañía
y de tu tiempo. Es un lujo.*

*A Julio, mi suegro,
un hombre maravilloso.
Cuánto me habría gustado haber tenido más tiempo...*

Prólogo

INGLATERRA, 1831.

¿Quién se atrevería a salir un día como ese? La respuesta era obvia: él.

Estaba en mitad de un camino secundario que desconocía, con barro hasta las orejas, mojado hasta los huesos y bajo una lluvia torrencial.

Baco estaba inquieto; tanto, que tuvo que sujetar las riendas más fuerte que de costumbre y fijar la vista en un camino traicionero que la lluvia apenas dejaba ver.

Una promesa imprudente lo había sacado de la cama y lo arrojaba ahora a ese diluvio.

Ni siquiera cuando era niño, y David lo salvó de morir ahogado, había tragado tanta agua como ese día.

No podía permitirse cometer ningún error: esquivó la rama de un árbol, azuzó a *Baco* y apretó los dientes.

Tomó una curva cerrada y rozó el barrizal. La maniobra del caballo hizo que su cuerpo quedara más cerca del suelo que de la montura de cuero que lo sostenía. A lo lejos, a no más de dos kilómetros, lo único que la cortina de agua permitía divisar era una gran casa de campo.

¿A quién podía gustarle ese clima lluvioso en un ámbito bucólico de Inglaterra?, se preguntó. Solo a un extranjero, se respondió mientras desmontaba de un salto y enfilaba a las escaleras que llevaban a la puerta.

Capítulo 1

¡QUÉ día tan hermoso! Le encantaban los días lluviosos. La humedad del paisaje la hacía sentir relajada y tranquila.

En esos días, la pluma había cobrado vida propia y su imaginación saltaba con más facilidad a las cuartillas, las mismas que, más de una vez en las últimas semanas, habían tenido para ella un aire amenazante.

Incluso el guante que abrazaba su mano parecía ahora menos tenso, y el dolor que solían provocarle los cambios de clima parecía haberle dado una tregua.

Deslizó la mano por el escritorio para alcanzar la taza de té que humeaba levemente y tomó un sorbo, acariciando cada segundo, cada instante en que su paladar disfrutaba del sabor afrutado de la mezcla.

Atila saltó sobre su regazo soltando un maullido muy masculino que parecía recordarle que no solo ella tenía derecho a disfrutar esos momentos de placer culinario.

A pesar de los años que llevaban juntos, ese gato persa gruñón y testarudo seguía saliéndose con la suya, sin embargo, aunque le costara reconocerlo, se sentía identificada con él. Sonrió con indulgencia, mientras se rendía ante la evidencia de que era él quien mandaba. Movi6 la cabeza a ambos lados intentando volver a concentrarse en las cuartillas que reclamaban, ambiciosas, su atención, cuando la puerta de atrás empezó a ser aporreada por lo que parecía una manada de ñus. De modo ágil, y dando un salto, atravesó el salón y la cocina para abrirla antes de que cediera frente a las insistentes embestidas de alguien que, sin duda, no podía esperar.

Cuando vio quien era, supo al instante que algo malo había pasado. Le bastaba con ver la expresión de horror en los ojos de la criada, una expresión que, por desgracia, conocía demasiado bien.

Apenas abrió, Daisy la tomó de la mano y la arrastró presa de un palpable nerviosismo.

—Señora Turner, venga enseguida. Algo horrible ha pasado. La señora Whyte la necesita.

Sophia corría tironeada por Daisy. El vestido blanco que usaba durante el día ya no lo era tanto y su zapatilla izquierda quedó sepultada en uno de los charcos que separaban su casa de la finca de los Whyte.

Antes de que la criada irrumpiera le había extrañado que esa mañana, la primera luego de su regreso de Bath, lord Whyte aún no la hubiese visitado, tal como había prometido hacerlo. Viejo amigo de la familia, siempre había sido un hombre de palabra y, como buen inglés, para él había dos cosas sagradas: la puntualidad y el té de las cinco.

¿Habría pasado algo?

Ese pensamiento, que se había disipado con el primer sorbo de té, retornó en ese momento. Después de intentar en vano comprender qué era lo que estaba sucediendo, ahora era ella la que, de modo muy poco femenino, arrastraba a Daisy en una carrera sin fin.

Cuando llegaron a los escalones que conducían a la puerta principal, ni siquiera se le ocurrió golpear antes de entrar.

Empujó la puerta con una fuerza poco acorde a su estatura y se metió como una tromba en el vestíbulo. Pero no más entrar chocó contra algo y se cayó de espaldas sobre las baldosas de la entrada. Inmediatamente alguien la tomó por las axilas sin demasiados miramientos, la alzó como si no pesara nada y la ayudó a ponerse de nuevo en pie.

Sus ojos quedaron a la altura de un pecho musculoso que era imposible dejar de notar, pese a los insuficientes intentos por ocultarlo de la ropa que lo cubría. Alzó la vista y, lo que vio, la paralizó. Sin

embargo, logró disimular su sorpresa.

Ese hombre tenía una cara hermosa, no al estilo clásico de los griegos, sino más bien como la de un vikingo, un hombre indómito cuyas facciones, lejos de ser suaves, rebosaban de personalidad.

Le faltaba el aire. Esos ojos de color gris humo la observaban como si fuera el último ser sobre la Tierra. Su consolidada templanza tambaleó, pero consiguió levantar la barbilla y mirarlo directamente a los ojos con gesto desafiante.

Como única respuesta, el vikingo arqueó una ceja mientras una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios. Sophia no pudo evitar pensar que se estaba burlando de ella. ¿Qué se creía? Aquel gesto arrogante, tan común en los hombres, era un rasgo que, a pesar de su autocontrol, siempre la sacaba de las casillas.

Ahora que se había vuelto insolente y lo examinaba de arriba abajo sin disimulo, del mismo modo descarado que él lo hacía, reparó en su cabello rubio oscuro, demasiado largo, que, de manera sinuosa, se le enroscaba en las puntas y lo hacía parecer más arrogante todavía.

No obstante, lo que hizo que su corazón latiese desenfrenadamente fue la cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda hasta perderse en el cuello de la camisa.

¿De dónde había salido aquel hombre? ¿Qué hacía allí?

* * *

Alex no pudo evitar sonreír ante los patéticos intentos de la mujer por desafiarlo. Había que reconocer que tenía agallas, aunque era demasiado soberbia. Pero ¿a quien quería engañar? Él tampoco lo era menos: era un rasgo normal en un hombre, en particular entre la aristocracia, mientras que en una mujer era un detalle peligroso que despertaba su curiosidad.

Tenía que reconocer que era hermosa, aun cuando no encajara en los cánones clásicos de belleza femenina: el rostro armonioso, la mirada pasional, la nariz respingada y esa boca demasiado grande para cualquier mujer, salvo para ella, la volvían cautivadora. Su cabello negro azabache, que le caía en bucles por la espalda, contrastaba con su piel blanca y delicada y con sus mejillas arrojadas.

Pese a su atractivo, le molestaba que esos ojos color miel lo escrutaran sin ningún tipo de recato. Sin duda, al igual que a la mayoría de las damas, su cicatriz le debió de haber causado repulsión, a juzgar por la manera en la que arrugó su pequeña nariz.

Para ser sincero, eso ya no le importaba en lo más mínimo, era algo que había logrado superar. Si bien nunca había sido vanidoso, cuando iba a los pocos bailes y eventos de los que su adquirido estatus como lord Raston, marqués de Abington, lo obligaba a participar, no podía evitar sentirse incómodo al ver la expresión de repulsión en los ojos de las damas de la sociedad. Pero eso era antes. Con el tiempo, la herida terminó siendo para él solo una línea uniforme sobre el rostro.

Cuando, momentos antes, la muchacha entró en el vestíbulo y chocó contra él, no había reparado en su figura. El cuerpo de mujer que apenas se distinguía bajo aquel vestido recatado recién cobró algo de forma bajo sus manos mientras la levantaba del suelo. Esas curvas despertaron algo más que su curiosidad. Sin embargo, el gemido ahogado de indignación que emitió la dama cuando tan gentilmente la levantó no hizo más que desconcertarlo.

—¡Sophia!

La exclamación casi ahogada de la señora Whyte trajo a la muchacha de nuevo a la realidad y le hizo recordar por qué estaba allí. La incertidumbre y la preocupación, que había olvidado por un momento, retornaron de inmediato y se intensificó cuando vio la cara descompuesta de Emily Whyte, su mirada

ausente, los ojos llenos de lágrimas y las manos temblorosas y pálidas.

Sin perder un minuto, sorteó al hombre y se dirigió con paso rápido hasta la puerta de la biblioteca donde la señora Whyte, inmóvil, intentaba en vano seguir manteniendo la compostura.

Cuando solo estaba a unos pocos de ella, la dama pareció perder las pocas fuerzas que le quedaban. Sophia la abrazó con fuerza, intentando consolarla.

—Está muerto, Sophia, lo han matado —le dijo entre sollozos.

Las palabras resonaron en los oídos de la muchacha y le confirmaron lo que había temido apenas la había visto: algo horrible había pasado. Pero nada la había preparado para lo que acababa de escuchar.

—Tranquilízate, Emily, vayamos al salón. Allí podrás sentarte —dijo en tono suave.

—¡Daisy! —llamó Sophia, buscando con la mirada a la criada—. Lleva una taza de té al salón, y ponle un poco de brandy.

Mientras se retiraban, posó sus ojos en el hombre por un momento. Había olvidado su presencia; ¿quién era y qué hacía allí?

Alex, que pareció comprender su mirada, se dirigió hacia ellas con paso firme y entró también en el salón.

Sophia acomodó a Emily en el sofá mientras pensaba cómo iniciar la conversación. La dialéctica era un arte que siempre había dominado a la perfección. Aunque se sentía parte de una situación delicada sabía, por experiencia, que era importante que pudieran dialogar.

En ese instante sintió los ojos escrutadores del hombre que se posaban sobre ella. Tras un silencio que le pareció demasiado largo, finalmente él le habló:

—Soy lord Raston. Scotland Yard me ha pedido que colabore en la investigación del asesinato de lord Whyte.

Sus últimas palabras le cayeron como un baldazo de agua fría. Aunque Emily ya le había dicho que Charles estaba muerto, hasta que no lo oyó de labios de lord Raston no lo había creído del todo.

—¿Cómo? —fue lo único que atinó a decir.

Alex volvió a mirarla durante unos segundos con una mirada tan aguda y penetrante que destruyó la poca calma que le quedaba. A pesar de que esperaba que fuera él quien respondiera, Emily se encargó de romper el silencio.

—¡Oh, Sophia!, cuando entré estaba tan blanco. En su cara había una expresión de horror. Los ojos, ¡oh, Dios!, sus ojos... y... y esa marca... —dijo la mujer, llevándose la mano al cuello con un destello de ansiedad en la mirada.

Sophia sintió que un abismo se abría bajo sus pies. Lo que escuchaba le resultaba tan familiar...

—¿Quién querría hacerle eso a Charles? ¿Quién? —sollozó la señora sin poder controlarse—. Y esa flor en sus manos...

Sophia sintió que las piernas no la sostenían. Supo perfectamente de qué flor se trataba antes de que Emily lo dijera. El horror estaba de regreso y, esta vez, supo no se detendría hasta que no concluyera su venganza.

* * *

Alex ahora sabía que esa mujer se llamaba Sophia.

No había duda de que tenía una estrecha relación con la familia: que la hubieran ido a buscar en ese momento, que la señora Whyte se apoyara en ella y las huellas de pesar que habían invadido su rostro al

escuchar la noticia de la muerte de lord Whyte daban muestras suficientes de que pertenecía al círculo íntimo de la familia.

Sin embargo, lo que le llamaba la atención era el pánico que, por unos instantes, había vislumbrado en los ojos de la muchacha. Una expresión que denotaba que sabía algo. Él había visto antes ese tipo de mirada. ¿Cómo olvidarla? Todavía sufría aquella pesadilla en la que veía al joven tambor francés en aquella granja cerca de Waterloo mirándolo horrorizado por lo que acababa de ver. Cuando se cerró la puerta, aquella terrible puerta, la inocencia de muchos murió para siempre.

Por eso lo intrigaba tanto.

Ella sabía algo, era evidente. Y él no se detendría hasta saberlo.

Capítulo 2

SOPHIA intentaba mantener la calma, una calma que se iba derrumbando como las fichas de dominó.

Recordó cuando era feliz, la época en la que todo era como debía ser, y también cómo esa felicidad le había sido arrebatada.

Volvió a sentir el horror y la agonía, como en aquel entonces, y reapareció ese odio, incontrolable y profundo, que, si no lograba dominar, acabaría consumiéndola.

Miró a Alex aparentando una serenidad que en realidad no sentía.

—Me llamo Sophia Turner y soy vecina y amiga de la familia. —Para su propia sorpresa, su voz sonó firme y calmada.

—¡Oh, Sophia!, tú eres más que eso, eres como una hija para nosotros —sollozó la señora Whyte, presa de los continuos temblores que parecían haberse adueñado por completo de su cuerpo.

Ante esas palabras, Sophia no pudo contener las lágrimas y sintió, aún más si cabía, el peso de la pérdida que estaba sufriendo la familia. La desaparición de un hombre generoso, amable y honrado, de un amigo, de un caballero.

Al observarla de nuevo, Sophia supo que Emily no estaba bien. Su mirada, dirigida hacia a algún punto lejano, parecía fuera de la realidad.

—Lamento que tengamos que conocernos en estas circunstancias —le dijo lord Raston con voz sincera, obligándola a posar su mirada en él.

Los ojos del hombre la observaban con la atención de un halcón y destilaban algo más que una aguda inteligencia.

—Sí, es una situación horrible —respondió la muchacha de manera casi inaudible.

Aunque no la conocía, Alex intuyó que debía de ser una mujer fuerte y, a menos que su instinto le fallase, algo le decía que era capaz de soportar la situación con una inusitada entereza.

Por el contrario, la señora Whyte parecía inmersa en otro mundo, absorta en su dolor y ajena a lo que ocurría a su alrededor.

Antes de partir con James Talbot, su compañero de Scotland Yard, para llevar el cuerpo del lord Whyte al cementerio, el médico del condado había prometido volver para asistir a la señora Whyte, cuyo estado parecía no admitir más demoras.

El doctor, aunque horrorizado al ver el cadáver de su amigo, había inspeccionado con suma profesionalidad el cuerpo y ratificó lo que tanto James como Alex ya sabían: que lord Whyte habían sido asesinado y que lo habían estrangulado de una manera particular que solo habían visto en una ocasión y que, pensaban, nunca volverían a ver.

Si se confirmaban sus sospechas, la investigación sería más larga y difícil de lo esperado. Por eso, Talbot se dirigió al pueblo para enviar un informe preliminar a Scotland Yard.

El temblor de la señora Whyte le indicó que la mujer necesitaba descanso y atención médica:

—Creo que habría que acompañarla a su dormitorio para que descanse un poco. El doctor dijo que pasaría a verla más tarde.

Sophia agradeció un poco de sensatez entre tanta locura y asintió mientras la ayudaba a levantarse, una tarea nada fácil, debido a que la mujer no parecía poder tenerse en pie.

En un instante, lord Raston tomó a Emily en brazos y la condujo hasta la puerta. Al traspasar el

umbral, esperó a que Sophia le indicara el camino hacia el dormitorio de la señora.

Sophia lo comprendió y, adelantándose a ellos, atravesó el vestíbulo y subió las escaleras, ante la mirada impávida del mayordomo, y cruzándose a la titubeante Daisy, que se dirigía a la biblioteca con el té que le habían pedido antes.

El ama de llaves siguió sus pasos y cruzó el pasillo que llevaba a los aposentos principales.

Lord Raston la siguió con paso firme y, cuando Sophia abrió la puerta que estaba al final del pasillo, pasó a su lado y depositó a la señora en la cama con dosel que ocupaba el lateral de la estancia.

—Tengo que hablar con usted —le dijo a Sophia, sin darle tiempo a replicar, mientras salía de la habitación—. La espero en la biblioteca.

El pequeño gesto de ternura que Sophia había sentido al ver cómo trataba a la señora Whyte se había esfumado de un golpe. Toda la delicadeza que había creído percibir en él desapareció tras ese tono autoritario que rayaba en lo descortés.

No tenía ningún interés en hablar con él, pero sabía que era imposible escapar a ese compromiso. Se había cometido un asesinato y, le gustara o no, él representaba la autoridad y estaba allí para descubrir al culpable. Lo que ese hombre ni siquiera sospechaba era que ella era la principal interesada en que atrapasen al asesino. No solo por lord Whyte, sino, también, por su propio pasado.

Tenía que conservar la calma para evitar que notara el pesar y la angustia que la invadían, que no harían más que hacerlo sospechar. La desolación que la embargaba y las lágrimas que pujaban por salir tendrían que esperar hasta que estuviera sola. Aunque en parte deseaba contarle a lord Raston todo lo que sabía, y que durante tanto tiempo había estado guardando, era imposible. Le habían dado instrucciones precisas sobre lo que debía hacer en un caso como este y, aunque le doliera admitirlo, gracias a la previsión de lord Whyte, no tenía que sentirse culpable por callar. Otros habían decidido por ella y uno de ellos, el más querido, ahora estaba muerto.

Se acercó a la cabecera de la cama en la que Emily estaba descansando y observó cómo su respiración se hacía lenta y regular. El agotamiento, por fin, había logrado vencerla. Segura de que tardaría en despertarse, decidió dejarla al cuidado del ama de llaves. Era hora de bajar y enfrentarse a los agentes de Scotland Yard.

Absorto en sus pensamientos, Alex miraba la chimenea. El fuego tenía algo que lo relajaba y lo ayudaba a ordenar sus pensamientos, como si fueran parte de un rompecabezas. Le faltaban piezas, pero no por mucho tiempo. En el corto día que llevaba allí, ya había logrado obtener más conclusiones de lo que esperaba, si bien, también, había sumado más incógnitas de lo que deseaba.

Un sonido detrás de él lo devolvió a la realidad y le indicó que la señorita Turner estaba allí. Giró lentamente la cabeza y vio la mano apoyada en el picaporte y la mirada inescrutable. Estaba hermosa, pese a las huellas de dolor que intentaba ocultar. Aquella mujer sabía cómo manejar sus emociones. En el corto lapso que se había tomado para reunirse con él, los sentimientos que había visto cruzar su rostro desaparecieron como por arte de magia. Solo un observador sagaz podría notar que seguían allí, ocultos tras un férreo autocontrol.

Algo no encajaba del todo. Varios pequeños detalles —el pánico que había visto en los ojos de Sophia al oír cómo habían asesinado a lord Whyte, su expresión de reconocimiento cuando se mencionó la flor, la intranquilidad que se esforzaba por disimular y su voluntad por mantener el control— le confirmaban sus sospechas.

Sin embargo, no tenía pruebas para afirmarlo. Por lo tanto, tenía que ser cauto porque, aunque ese instinto, que él llamaba “observación deductiva”, pocas veces le había fallado, podía equivocarse y estar confundiendo pánico con horror y reconocimiento con desconcierto. No debía mostrarle sus sospechas

antes de conocerla mejor.

En el instante en que vieron las marcas en el cuello de lord Whyte, James Talbot y él supieron que no se trataba de un caso cualquiera. Esa marcas le traían recuerdos amargos y volvían a abrir una puerta que, pensaba, había quedado definitivamente cerrada.

Cuando escuchó que la señora Turner cerraba la puerta, sus cavilaciones se detuvieron y se concentró en ella y en lo que debía hacer.

—Siéntese —le dijo, indicándole el sillón más cercano a él.

No quiso sonar brusco, pero tuvo que admitir que sus palabras parecieron más una orden que un pedido, tal como reflejaba la dureza de la expresión de Sophia, quien, aguzando sus ojos color miel, recorrió los pocos metros que la separaban de ese bárbaro. Alzó la barbilla y, con aire majestuoso, se deslizó hacia la butaca opuesta a la que él le había señalado.

Pese a las circunstancias, Alex no pudo evitar que se le dibujara una pequeña sonrisa. Al parecer, la dama tenía bastante carácter y no poco orgullo.

Intentando suavizar el tono de sus palabras, se dirigió a ella sin dejar de mirarla a los ojos:

—Lamento que debamos conocernos en estas circunstancias. Como ya le he dicho, colaboro con Scotland Yard en la resolución de este asesinato. Si es tan amable, me gustaría que respondiese algunas preguntas.

La palabra “asesinato” hizo que a Sophia el corazón le diera un vuelco y se removió inquieta en el sillón, cuyos enormes apoyabrazos daban la sensación de que querían tragarla.

La mirada de lord Raston parecía poder penetrar en su interior. Su forma de observarla la inquietó lo bastante como para que, de manera involuntaria, apretara su mano en un puño con tal fuerza que sus nudillos quedaron blancos. Se obligó a calmarse. Era ridículo creer que él podía leer sus pensamientos y, aunque sospechara algo, nunca podría relacionarla con lo que acababa de suceder.

—Por supuesto —le respondió con voz calmada—, pero debo advertirle que dudo de que pueda serle de gran ayuda.

Alex cambió de asiento para colocarse frente a ella y, con un movimiento que quiso hacer parecer involuntario, se inclinó hacia adelante, acortando la distancia que los separaba. Sophia reparó en ese gesto y, a fin de evitar esa cercanía, incrustó su espalda en el mullido sillón.

—¿Por qué cree eso? —le preguntó Alex mientras dejaba caer los brazos sobre sus piernas de modo despreocupado.

—He estado una temporada afuera. Llegué esta mañana.

—¿Dónde?

—En Bath —le contestó algo irritada. Una cosa era que le hiciera unas preguntas y otra que la interrogara como si fuera una sospechosa.

—¿A qué hora llegó?

—¿Importa eso? —le dijo, sin poder ocultar su enojo.

—Señora Turner —comenzó Alex—, en estos casos cualquier detalle insignificante, la más mínima pista puede ponernos en el camino correcto.

Sophia tuvo que reconocer, con disgusto, que aquel razonamiento tenía su lógica. Ella misma, cuando escribía novelas de misterio, utilizaba ese recurso. Sin embargo, esto no era una de sus novelas, sino la vida real, y la realidad era que Charles estaba muerto.

Alex vio un sinfín de emociones cruzar su hermosa cara en unos pocos segundos, pero lo que lo afectó, más de lo que hubiese esperado, fueron las lágrimas que parecían querer desbordar sus ojos. Sin

pensarlo, apoyó una mano sobre el brazo de ella, intentando reconfortarla.

Ese gesto, casi una caricia, hizo que Sophia se sobresaltara. Sin saberlo, lord Raston estuvo a punto de conseguir que se quebrara.

Lo miró fijo a los ojos, intentando demostrarle que no había perdido la entereza, y recompuso su postura.

Apartó con delicadeza su brazo.

—Creo... —dijo Sophia titubeante— que llegué cerca de las siete.

—¿Y su marido, señora Turner? ¿También fue con usted a Bath?

Era una pregunta fácil de responder. De tan repetida, esa mentira ya formaba parte de su realidad:

—Soy viuda —respondió con gesto grave.

—Lo lamento —repuso ablandando la mirada.

—No se preocupe —le contestó, y miró a la nada—. fue hace mucho tiempo.

Alex se reclinó para establecer una cierta distancia entre ellos. Quizá si lograba que se relajara un poco podría obtener más información. No era sospechosa. Hasta para un novato resultaría evidente que era imposible que fuera la responsable. La forma en la que habían matado a lord Whyte requería no solo mucha fuerza, sino, también, una pulida destreza.

No obstante, había algo en ella que lo ponía a la defensiva. Se daba cuenta de que no era del todo sincera y, aunque seguramente no tenía nada que ver con este asunto, escondía algo con la férrea voluntad del guerrero que defiende una fortaleza sacrificándose a sí mismo para impedir que el enemigo la conquiste.

Había que reconocer que era una gran actriz y que resultaba muy convincente, pero sus ojos la delataban.

—La señora Whyte dijo antes que usted era como una hija para ellos. ¿Hace mucho que los conoce? —preguntó.

—El padre de mi marido era amigo de lord Whyte. Cuando John murió, les alquilé esa casita blanca que se ve desde aquí. Bueno, en realidad, me cobraban algo simbólico por vivir allí, han sido muy buenos conmigo y, desde que quedé viuda, son como mi familia.

Las palabras de Sophia estaban impregnadas de una gran tristeza.

Alex sintió el impulso de abrazarla.

Se aclaró la garganta con un suave carraspeo, intentando alejar esa idea de su mente, y continuó:

—¿Sabe si lord Whyte tenía algún enemigo? ¿Algún arrendatario insatisfecho, por ejemplo, o alguien del pueblo?

Hacía rato que Sophia esperaba esa pregunta. Si tenía que ceñirse a su vida en esa comarca, nadie en su sano juicio tendría algo contra Charles. Era un hombre generoso y cariñoso, un padre excelente y un marido ejemplar, un amigo de esos que ya no quedan y una persona maravillosa. Sin embargo, la realidad, esa realidad que había intentado borrar por años, era que había un asesino despiadado que estaba tras los pasos de él.

Mientras pensaba, rozó con los pies la alfombra que adornaba la biblioteca y la volvía tan acogedora y confortable, y en ese momento se dio cuenta de que tenía el pie izquierdo descalzo.

Recién ahora recordaba que, en su carrera frenética hacia la mansión, había perdido la zapatilla. Con un azoramiento que no pudo ocultar, se ruborizó por completo, o al menos eso fue lo que sintió cuando escondía los pies bajo el vestido.

Alex, que había sido testigo de la transformación de su rostro, pensó que nunca había conocido a

nadie que tuviera unos ojos tan expresivos como ella. Causaba un efecto paradójico que intentara controlar de modo tan férreo esas emociones que se le escapaban de las manos como un torrente de agua. Parecía una inocente muchacha a la que sus ojos traicionaban, dejando entrever los sentimientos que tan celosamente quería resguardar.

Alex no pudo evitar sonreír al ver su rubor tras descubrir que solo llevaba puesta una de las zapatillas. Y casi tuvo que morderse el labio para no reírse al verla esconder los pies debajo del vestido. Por qué estaba medio descalza era un absoluto misterio para él.

Sophia, rogando que lord Raston no notara su falta de calzado, lo miró, y al ver cómo sus ojos verdes chispeaban por su intento de contener la risa, perdió toda esperanza. Intentando conservar su dignidad, le lanzó una de sus mejores miradas reprobatorias.

—La verdad es que no conozco a nadie que no quiera a lord Whyte. Sus arrendatarios lo adoraban, al igual que sus amigos y su familia. Sus antepasados llevan siglos en estas tierras y, hasta donde sé, siempre han sido respetados y estimados por todos.

Alex asintió. Lo había mirado con tal vehemencia, desafiándolo a que se riera en su cara, que quedó impresionado. Sin lugar a duda, esa mujer sabía cómo mirar a un hombre y ponerlo en su lugar.

—Entiendo —le contestó, intentando dominarse—. Creo que con eso es todo por ahora. Sin embargo, si recuerda algo, por insignificante que le parezca, no deje de mencionarlo.

Sophia lo miró a los ojos pensando que ese hombre era mucho más astuto de lo que a ella le convenía. Era natural que lo fuera, dado que colaboraba con Scotland Yard, a su juicio un pasatiempo bastante extraño para un aristócrata.

—¿Atraparán al que cometió esta atrocidad? —preguntó sin pensar. De otro modo no habría formulado una pregunta cuya respuesta ya sabía: nadie podría capturar a aquel hombre que parecía eludir la muerte, como si tuviese algún poder sobrenatural. Sin embargo, la sorprendió el deseo, la esperanza que sus propias denotaban.

Alex la observaba. Por un momento, vio miedo en sus ojos. ¿Qué le pasaba?, casi quiso gritarle, pero en cambio le contestó:

—Le aseguro que lo atraparemos.

Alex sintió un reproche en la mirada que Sophia le devolvió. Era evidente que eso no le bastaba.

—Se lo prometo, esto no quedará así —se oyó decir, arrepintiéndose a medida que salía cada palabra de su boca.

Era un error asegurar eso porque, aunque había resuelto la mayoría de los casos en los que había participado, era un hecho estadístico que muchos otros quedaban sin resolver.

Sophia exhaló de modo pausado, como si esa promesa lograra aliviar su miedo.

—Esta noche debería quedarse aquí —agregó, como si la señora Turner tuviera más opción, pero era su deber decirlo. Si se negaba, tendría que obligarla a quedarse hasta que tuvieran más información. James y él aguardarían en la mansión la llegada del hijo del matrimonio Whyte. No le había hecho falta decir nada, puesto que la viuda de lord Whyte les había pedido que permanecieran en su casa hasta que acabaran con la investigación.

—Ya lo había pensado —le respondió ella—. Me quedaré por si Emily me necesita. ¿Ya le han avisado a Henry?

—Sí, pero no llegará antes de mañana.

Sophia imaginó lo que estaría sufriendo Henry mientras volvía a casa.

—¿Le han dicho que...?

—¿Que han asesinado a su padre? —completó Alex—. No señora Turner, no somos tan insensibles.

—Lo siento. No pretendía insinuar eso, es solo que me he imaginado..., no tiene importancia.

Alex se reprochó haber sido tan brusco.

—¿Qué se había imaginado? —le preguntó en un tono más suave.

Sophia esbozó una mueca que hizo que Alex gruñera por lo bajo.

—Imaginé el dolor de Henry por la pérdida de su padre, incrementado por la impotencia de saberse lejos de su hogar y que los minutos debían de estar resultándole eternos.

Alex vio un brillo acuoso en los ojos de Sophia y, en esa vena protectora que acababa de nacer en él, deseó poder borrar toda huella de tristeza en ella.

—Iré a casa a recoger algunas cosas para pasar la noche aquí.

—¿Es necesario que vaya ahora?

Sophia lo miró desconcertada.

—Si le parece mejor, puedo ir más tarde.

—De acuerdo. Entonces esta noche la acompañaré a buscar lo que necesite.

Sophia se quedó mirándolo unos segundos más de los que hubiera querido.

Algo muy raro le estaba pasando.

Acababan de asesinar a Charles y, aun así, al estar con ese hombre, por primera vez en años se sentía segura. Dejó de intentar comprender por qué se sentía así y de pensar por qué no debía hacerlo, y simplemente permitió que aquella seguridad le diera un poco de paz.

El sonido de la puerta al abrirse la sacó de sus pensamientos.

El mayordomo, con paso vacilante, se dirigió a lord Raston.

—Milord, el señor Talbot y el doctor han regresado.

—Por favor, hágalos pasar.

Capítulo 3

ALEX pensó que no podían ser más inoportunos. Sabía que James y el doctor estaban a punto de llegar, pero habría deseado que el interrogatorio a la señora Turner durara algo más.

Se perdió en sus pensamientos. Recordó cada una de sus amantes. Con ellas aplicaba siempre la misma regla: nada de complicaciones. Ellas aceptaban sus términos, y los dos se beneficiaban con una relación breve pero satisfactoria que él nunca prolongaba más de unos meses. Nunca le había importado lo que dijeran de él. Es más, que lo tildaran de licencioso lo complacía enormemente. De alguna manera, eso le permitía calmar el odio que sentía por su padre, un padre para el que, aunque nunca había sido importante, se tomaba demasiadas molestias para hacerle sentir que era un ser despreciable e indigno de su atención y cariño.

Así fue que decidió enrolarse en el ejército de Su Majestad, para poner distancia entre ellos.

Fue la única vez que su padre hizo algo por él, y se lo había hecho saber complacido:

—Te compré el cargo que querías, así que no me molestes más —le dijo el marqués, haciendo un gesto vago con la mano.

—No se preocupe, no tendrá que volver a verme en mucho tiempo —le contestó.

El marqués, a quien la edad ya se le empezaba a notar, lo miró con aire cansado y envejecido. Sin embargo, en sus ojos brillaba el mismo fuego que lo embargaba cada vez que contemplaba a ese hijo que consideraba un error.

—Creo que es lo mejor para todos —dijo seriamente—. Imagino que seguirás ensuciando nuestro apellido, pero al menos estarás lejos.

—Eso es lo único que le importa, ¿verdad?

—¿Y qué más quieres que me importe? ¿Tú?

Una sonrisa escalofriante cruzó la cara del viejo, y arqueó las cejas con cinismo.

—¿Sabes qué? Eres igual a tu madre. Eres débil y estás loco. Si ella hubiese muerto antes, yo no habría tenido que cargar contigo todos estos años. Nos habríamos ahorrado muchísimos problemas.

La expresión de su rostro pasó de la seguridad al miedo en unos pocos segundos, los mismos segundos que tardó Alex en cruzar la corta distancia que los separaba. Sus ganas de aplastarlo lo carcomían de tal modo que, cuando dirigió el puño hacia su padre, temblaba como una hoja. Pero, a último momento, un rayo de cordura se abrió paso entre su furia contenida. Bajó el brazo, y dominó cada uno de sus músculos, pero sin dejar de mirar al viejo, que repentinamente esbozó una pequeña sonrisa.

—Encima, también eres cobarde. No mereces nada. No deberías haber nacido. Ahora vete y, por una vez en la vida, haz algo que me complazca: deja que te peguen un tiro en esa maldita guerra.

Alex se acercó un paso más hacia él.

—Si vuelve a hablar de mi madre, le juro por su memoria que no habrá lugar sobre la faz de la Tierra en el que pueda esconderse de mí. Lo buscaré y lo mataré con mis propias manos.

Tras esa amenaza, Alex se encaminó hacia la salida sin mirarlo, mientras los gritos de su padre retumbaban en los muros de la gran casa:

—¡Estás loco! —repetía el marqués.

Alex siguió caminando con calma y no se apuró cuando, al llegar al vestíbulo, vio a los pies de la escalera a Margaret, la segunda esposa su padre, esa bruja manipuladora y maquiavélica. Pensó, que

superaba con creces a su padre, tanto en ingenio como en inteligencia. Desde que se había casado había querido sacarlo del medio y hacerle la vida imposible, cosa que casi había logrado.

Tras un corto luto por la muerte de su primera esposa, el marqués volvió de inmediato a su vida en sociedad y se casó con la afortunada Margaret Ashford, una mujer cuyas ansias de poder superaban cualquier sentimiento que pudiera albergar su frío corazón.

Después de la boda, decidieron trasladar al pequeño Alex, de seis años, a una de las muchas propiedades que el marqués tenía y dejarlo al cuidado de una niñera y de una legión de sirvientes. Querían disfrutar de su nueva vida. Al principio, lo veían una vez al año, pero más tarde, luego del nacimiento del primer y único hijo de la pareja, Robert, dejaron de pensar en Alex e hicieron como si no existiera.

El abogado de su padre se encargó de que ingresara a Eton.

La llegada del nuevo niño acaparó toda la atención de sus padres e hizo que el marqués, por primera vez en su vida, sintiera orgullo de padre. Aquel pequeño sentenció a Alex, que ya no representaba nada para el marqués. Por fin tenía el heredero que quería, y Alex pasó a ser solo un estorbo.

* * *

Cuando James y el doctor entraron en la biblioteca, se acercaron hacia donde Alex y Sofía estaban sentados. Se notaba que el doctor estaba cansado. Al igual que ellos, había pasado toda la noche en vela, primero, examinando el cuerpo, y luego, supervisando el traslado al cementerio del pueblo. Toda la tensión acumulada parecía haberse incrustado en las marcadas ojeras de su ajado rostro.

—Doctor —dijo Alex acercándose a ellos—. Espero que todo haya salido bien.

—Sí. Será enterrado lo antes posible, y ya terminé de escribir el informe que me pidió. Si no le importa, se lo daré después de examinar a la señora Whyte.

—Por supuesto —contestó—. En este momento está descansando. Parece algo ausente. Creo que no está logrando sobrellevar la situación.

El médico asintió y reparó por primera vez en la presencia de Sofía.

—Señora Turner —le dijo, dando un paso hacia ella—. ¡Qué suerte que está usted aquí! Emily me preocupa. Pretende ser fuerte, pero usted sabe que su salud es bastante delicada. Hasta que llegue Henry, será un consuelo para ella tenerla a su lado. Siempre la han querido como a una hija.

Sofía se levantó, y Alex no pudo dejar de observar cómo parpadeaba varias veces intentando evitar que cayeran las lágrimas.

—Haré lo que pueda para ayudarla, doctor. Yo también los quiero mucho. Si le parece, lo acompaño hasta su habitación para que la examine. Lord Raston tiene razón, parece perdida, ausente.

Sofía miró el familiar rostro del doctor, que no lucía relajado y sonriente como de costumbre. A su lado, había un hombre que era la primera vez que veía, pero a quien lord Raston daba muestras de conocer. Al ver cómo lo observaba, Alex reparó en que no se lo había presentado.

—Señora Turner, le presento a James Talbot, un investigador de Scotland Yard que es además un viejo amigo.

—Señor Talbot —dijo Sofía, inclinando levemente la cabeza.

—Señora Turner —repuso él, correspondiendo de forma cortés el gesto.

Alex, ansioso por hablar cuanto antes con James sobre los pasos que debían seguir, miró fijamente a Sofía.

—No voy a entretenerla más, por ahora —le dijo bajando el tono al final de la frase.

—Acompañe, si quiere, al doctor a ver a la señora Whyte, pero no se vaya de la casa sin avisarme, ¿de acuerdo? Es por su propia seguridad.

—¿Cree que el asesino puede estar todavía por aquí?

Alex la miró arqueando una de sus cejas.

—No podemos estar seguros y no pienso correr ningún riesgo.

Sus palabras sonaron como una orden. Sofía, que no quería discutir, lo dejó pasar y asintió a disgusto, cosa que pareció complacer a lord Raston.

Acompañó al doctor hasta la puerta, no sin antes lanzar una mirada hacia atrás. Lo que vio en los ojos de lord Raston la convenció de que aquel hombre era diferente a todos los que había conocido hasta entonces. Parecía contenido, pero guardaba en su interior algo peligroso, casi animal, que, aunque solo por unos segundos, estaba segura de haber percibido. Ese hombre podría descubrirla, podría derrumbar su muro de mentiras como si fuera un castillo de cartas.

* * *

Alex miró a su compañero mientras se sentaba en el sofá.

—¿Has mandado el telegrama a Scotland Yard?

—Sí, aunque sigo creyendo que deberíamos haber ampliado nuestras conclusiones —le contestó con aire contrariado.

Era un hombre robusto cuyos párpados algo caídos le daban un aire de eterna somnolencia.

—Hemos hecho bien, James. Aunque los dos sabemos que no se trata de un simple asesinato, no podemos afirmarlo sin tener más pruebas. Sabes que debemos ser prudentes. Ya hemos dicho demasiado a Scotland Yard al insinuar que el asesino tal vez sea un profesional. Si estamos en lo cierto, podría ser alguien mucho más peligroso que cualquiera al que nos hayamos enfrentado antes.

—Sí, por desgracia, lo sé —dijo James, y recordó la cena con el rajá Ali Pasha, cuando los enviaron a Egipto como agregados militares para que entrenaran a las tropas del soberano. La escolta personal del Rajá estaba compuesta por una guardia turca procedente de Estambul, hombres entrenados para ser armas letales y cuya manera de matar, que habían aprendido de los mamelucos, era exactamente la misma que había utilizado quien había acabado con la vida de lord Whyte. La fina línea que se dibujaba en su cuello y la marca de cuatro nudillos en la base de la nuca no daban lugar a dudas.

Además, el asesino había entrado sin forzar ninguna cerradura y sin que nadie en la casa lo notara.

—Es evidente que esto es obra de un profesional. Entró como un fantasma, hizo su trabajo y se marchó como si nada.

Ninguno de los que estaba aquella noche en la casa —el mayordomo, el ama de llaves y la señora Whyte— había escuchado absolutamente nada. Alex siguió pensando en voz alta:

—O bien lord Whyte lo conocía o fue tan rápido y eficaz que no le dio tiempo a pedir auxilio, lo que confirma nuestras sospechas.

—Yo opinaría lo mismo, si no me pareciera imposible que un mameluco haya venido hasta Inglaterra para matar a un aristócrata. ¿Cuál sería el motivo? ¿Qué relación puede haber entre un lord inglés y un asesino árabe? Es absurdo. Hasta donde sabemos, lord Whyte era un hombre tranquilo que casi no salía de esta casa de campo y que no tenía ninguna relación con la política —dijo James un tanto exasperado.

Alex arqueó una ceja al notar el tono de su amigo.

—Es verdad que suena ridículo, si no fuera por que la forma de matar es exactamente la misma. Además, desconocemos cómo era Whyte. Sabemos poco y nada de su pasado, o si ocultaba algo, y lo cierto es que esto no es una mera coincidencia, sino algo planeado que esconde un significado.

—¿Te refieres a la flor?

—Sí —dijo Alex, mientras se paseaba lentamente por la sala tocándose el puente de la nariz con dos dedos—. Que colocara esa flor entre las manos de la víctima es un mensaje, pero ¿cuál?

James frunció más el entrecejo. Volvió a recordar cuando habían estado juntos en Egipto. Llevaban allí dos meses y una noche fueron invitados a cenar en el palacio del rajá Ali Pasha. Alrededor de la mesa había invitados de distinta procedencia e importancia. Nunca olvidaría la cara de sorpresa que tenía el hombre de confianza del Rajá mientras, en mitad del postre, uno de los mamelucos que estaba al servicio del soberano lo estrangulaba. Fue como ver trabajar a un fantasma. Ni Alex ni él pudieron hacer nada. Todo pasó en unos segundos. La eficacia y el sigilo del asesino fueron extraordinarios.

Todavía sentía escalofríos al recordar la sonrisa que el Rajá había dirigido a sus invitados cuando el trabajo estuvo terminado. Con absoluta tranquilidad, se disculpó por la desafortunada escena. Aclaró que aquel hombre lo había traicionado y que no había tenido más opción que matarlo. Debía castigarlo públicamente para que quedara constancia del hecho y para mostrarles a los potenciales futuros traidores acerca de cuál sería su destino si osaban rebelarse contra él. Su intento de europeizar Egipto, a veces resultaba incompatible con las tradiciones locales.

—No lo sé. Por eso te llamé. En cuanto vi las marcas, tuve un *déjà vu* —dijo James, dejando atrás los recuerdos—. Este asunto es mucho más complicado de lo que parece.

Alex asintió.

—Debemos investigar el pasado de lord Whyte. Cualquier cosa, por insignificante que sea, puede ayudarnos. Ya hemos interrogado a la servidumbre y a los vecinos, y todo el mundo dice lo mismo: que era un hombre ejemplar, que nunca se había metido en nada peligroso ni inmoral. Ningún escándalo que se recuerde. La señora Whyte señaló que, al menos que ella supiera, su marido no tenía enemigos, que, en los años que llevaban casados, nunca se habían separado y siempre viajaban juntos, salvo una vez que fue solo a París, al final de la guerra.

—¿Sabemos el motivo de ese viaje? —preguntó James.

Alex dejó de deambular por la habitación. Se detuvo frente a la mesa que estaba cerca de la ventana y contestó:

—No, no lo sabemos.

—¿Ella no se lo preguntó?

Alex sonrió de medio lado.

—Al parecer, en aquella época tuvieron una pelea fuerte y ella se fue a pasar unos días a casa de su madre. Después hicieron las paces y la señora Whyte no quiso saber nada del viaje.

—Muy oportuna la pelea, ¿no te parece?

Alex había pensado lo mismo.

—Si te llevas bien con tu esposa, nunca te separas de ella y quieres ir solo a París para un asunto privado, digamos que sí, fue muy oportuna, y en especial si se trata de la única crisis que tuvieron durante todo su matrimonio. Pero también puede ser que estemos sacando conclusiones precipitadas y que esto no signifique nada. De todas formas, lo investigaré cuando vuelva a Londres. Pienso volver lo antes posible. Me iré en cuanto llegue el hijo de lord Whyte.

—Yo me quedaré unos días más para interrogar a la gente del pueblo que tenía alguna relación con el

difunto.

—De acuerdo —coincidió Alex.

—¿Crees que el asesino ya esté muy lejos de aquí?

Alex lo miró fijamente.

—No lo sé. Si no hubiera dejado esa flor, te diría que sí, pero eso es una firma, un mensaje. ¿Para quién? ¿Qué quiere decir? —preguntó—. Eso es lo que tenemos que averiguar si queremos tener algún tipo de ventaja sobre él.

Alex no hacía más que darle vueltas al asunto.

—¿Crees que pueda ser para el hijo? —arriesgó James.

—El chico es demasiado joven. No creo que tenga nada que ver con él.

—Desde que te conozco, eso nunca te ha detenido; por el contrario, siempre has disfrutado con los desafíos y este caso sin duda lo es.

Alex miró a James con una sonrisa en los labios.

—En efecto, lo es.

* * *

Aquella noche no era la más propicia para investigar. La niebla impedía distinguir en forma clara la mansión, y el frío calaba los huesos. Sin embargo, nada de eso le importaba, porque, por fin, su búsqueda y su sufrimiento de los últimos años habían terminado.

La había encontrado. El destino volvía a ponerse de su lado y una simple casualidad lo había llevado hasta su presa. Durante todos los años que había estado oculto lo había torturado la idea de no poder completar su venganza, un sentimiento que lo carcomía y que tenía una única finalidad: hacer justicia, algo que solo podría alcanzar cuando ella estuviese muerta.

Desconocía cuál era la conexión entre lord Whyte y ella, pero al menos contaba con lo que le había arrancado a la sirvienta, a quien había presionado hasta quebrar su voluntad. Antes de cerrar los ojos, vidriosos por la falta de oxígeno, le había suplicado que la dejara vivir y le había jurado que le contaría lo que sabía. Le dio el tiempo suficiente para que pudiese decirle que un tal lord Whyte se había llevado a la muchacha, aunque no sabía a dónde.

Después de esas palabras, acabó con el sufrimiento de aquella pobre mujer.

Dos meses más tarde, localizó a lord Whyte en aquel pueblito de la campiña inglesa. Lo investigó durante una semana, en la que su desesperación crecía cada vez más, dado que no lograba encontrar ninguna relación que lo uniera con su presa.

Aquel aristócrata había muerto con valentía, pero de un modo estúpido. Sabía que no lo había oído entrar, al igual que sus otras muchas víctimas. Estaba sentado, revisando el libro de cuentas en el escritorio, sin notar su presencia.

Siempre le resultaba gratificante ver la cara de aquellos a los que mataba, primero de asombro, cuando sentían la cuerda que se tensaba sobre su cuello, y luego de horror, ante la imposibilidad de escapar de una muerte inminente.

Aquel viejo no había sido la excepción. El único signo exterior que le había indicado que había tomado conciencia del peligro había sido su pulso, que le trotaba como un potro enloquecido en el costado del cuello.

Sin embargo, a pesar de su miedo, no lograba que le dijera nada, así que no lo mató rápido. Estaba

demasiado furioso para ser indulgente, y lo ahogó en forma lenta, mientras le susurraba al oído todo lo que le haría a ella. Solo entonces el anciano ofreció algún tipo de resistencia y, con ese pequeño gesto desesperado que le indicaba que, en efecto, la conocía, lo sentenció.

Sabía que no conseguiría sacarle más información, pero ya tenía lo que necesitaba: la certeza de que ella estaba cerca.

El miedo en los ojos del aristócrata y su reacción cuando le dijo qué ocurriría con ella, fueron más elocuentes que cualquier confesión. Con un único movimiento rápido y certero, como había aprendido a hacerlo hacía tanto tiempo, acabó con su vida.

Ahora que sabía que ella no estaba lejos, se instaló en el pueblo. Disfrazado de comerciante venido a menos, comenzó a frecuentar la posada y a beber cerca de los lugareños, pero sin relacionarse demasiado con ellos para evitar que le hicieran preguntas. Fue allí donde escuchó por primera vez la noticia de la muerte de lord Whyte, se enteró de la desolación de sus vecinos y supo que dos hombres de Scotland Yard habían viajado desde Londres para investigar el asesinato. También descubrió que la esposa del fallecido, una mujer valorada y respetada en la comunidad, estaba desolada por su pérdida, que la viuda Turner, a quien la pareja quería como a una hija y que vivía en una casita cerca de la propiedad, también lo estaba, y que a su hijo, que en el momento del crimen se encontraba en lo de unos amigos lejos de allí, la noticia lo había destrozado, ya que tenía una relación muy estrecha con su padre.

Solo entonces, un atisbo de sonrisa resquebrajó su seriedad. Tal vez la suerte estuviera comenzando a cambiar, pensó, y eso era, justamente, lo que se proponía averiguar.

Capítulo 4

SOPHIA bajó las escaleras y se encaminó hacia la cocina. Había pasado toda la tarde con Emily, que, inquieta, se había despertado varias veces. Antes de irse, el doctor prometió volver al día siguiente y le dejó un sedante para que lady Whyte pudiese descansar tranquila: “Es lo mejor para ella en este momento”, afirmó.

—Señora Turner.

Sophia lo vio apoyado sobre su hombro izquierdo en el marco de la puerta que daba a la biblioteca. Esa postura despreocupada lo hacía parecer relajado, pero no se dejó engañar. Su mirada intensa y la leve arruga que surcaba su entrecejo desmentían esa pretendida serenidad.

—Sí, lord Raston, ¿qué desea?

Antes de que el hombre articulase palabra, Sophia continuó hablando:

—Iba a la cocina para que la cocinera preparara una sopa caliente, por si Emily se despierta durante la noche. Hace horas que no come.

Alex frunció el entrecejo, cobrando un aspecto amenazador en el que ella no pareció reparar. Le sorprendió que aquella mujer, que parecía tan frágil, hiciera caso omiso de ese gesto que había logrado perturbar hasta a los hombres más temerarios, y siguiera hablando como si nada. Abandonó su postura y se dirigió hacia ella con paso lento. Aparentaba querer intimidarla.

Cuando estuvo a pocos pasos de ella, la muchacha levantó la cabeza y le lanzó esa mirada desafiante, cargada de seguridad y confianza en sí misma, que lo sacaba de las casillas.

No pudo más que sonreírle a esa mujer que lograba desconcertarlo. En lo más profundo de su ser se sentía complacido al no ver en ella el desagrado que dejaban traslucir las damas al contemplar su cicatriz, ni el miedo que les provocaba su cercanía. Sophia lo miraba abiertamente y sin temor alguno.

—Si me permite meter un bocadillo, solo quería preguntarle si le parece bien que vayamos ahora a recoger sus cosas, tal como habíamos quedado.

En ese momento, el mayordomo cruzó el recibidor con paso rápido. Como sintió que ese no era el lugar indicado para sostener esa conversación, Sophia dejó que lord Raston la condujera hasta la biblioteca.

Una vez dentro de la estancia alumbrada por velas, Sophia reparó en la frase de lord Raston, “si le permitía meter un bocadillo”.

—¿Está insinuando que no lo dejó hablar? —le preguntó, dando un paso hacia atrás y agrandando la distancia entre ambos.

Le parecía que ese vikingo estaba adoptando la mala costumbre de acercarse demasiado a ella.

Alex dejó entrever una media sonrisa.

—Jamás me atrevería a insinuar una cosa así, señora Turner. Creo que estamos todos algo nerviosos, incluso usted, aunque intente parecer fuerte. Ya ha hecho todo lo que estaba a su alcance y, así y todo, no le parece suficiente. Ha dejado de lado sus sentimientos y se ha dedicado a asistir a la señora Whyte y a tener todo bajo control. Si me permite que se lo diga, se está exigiendo demasiado.

Sophia lo miró enfadada, segura de que, si él seguía por ese camino, podría hacerla perder la compostura.

—¿Y para usted qué debería haber hecho? ¿Ponerme a gritar o desmayarme, como seguramente hacen

las damas a las que al parecer usted acostumbra frecuentar? Dígame, ¿cuál hubiese sido la actitud correcta?

Ese hombre conseguía hacerla perder el control.

La perspicacia de lord Raston, que la miraba divertido y con ternura a la vez, la turbaba y la hacía sentirse desarmada.

Sophia bajó la cabeza intentando ocultarle lo que le provocaba su mirada: que sus ojos se humedecieran y que una oleada de desesperación se apoderara de ella. Acababa de conocerlo y no entendía cómo lograba despertarle emociones enterradas que, años atrás, se había jurado desterrar para siempre de su corazón.

En cierta medida, ya había fracasado antes en ese intento, cuando la familia Whyte había logrado rasgar esa coraza que lord Raston amenazaba destruir. No, no era posible, se decía. Sin duda esa reacción se debía al tremendo impacto que le había causado la muerte de lord Whyte, que la había alterado a tal punto que no podía pensar ni reaccionar de manera coherente. Sí, esa era la razón, se repetía, respirando aliviada al sentir que había encontrado una respuesta para la facilidad pasmosa con la que había aflorado su costado más vulnerable.

Cuando Sophia rehusó su mirada, Alex volvió a fruncir el ceño, pero esta vez en señal de preocupación. Puso sus dedos bajo la barbilla de ella y le alzó lentamente el rostro, obligándola a que lo mirara a los ojos. Cuando vio en los de ella dolor, debilidad y miedo, algo dentro de él rugió. Sabía que era muy probable que la estuviera llevado al límite de sus fuerzas y, haciendo un intento por borrar esas emociones que nublaban su mirada, reaccionó de la manera menos pensada. La rodeó con sus brazos como si, de esa manera, pudiese exorcizarla. La fragilidad de esa mujer menuda y hermosa le resultó aún más evidente cuando la sintió temblar pegada a su cuerpo y debatirse consigo misma.

En lugar de soltarla, la obligó a dejarse llevar. Era eso lo que Sophia necesitaba.

Durante ese abrazo, le dio un casto beso en el pelo mientras le susurraba palabras cariñosas y de consuelo que, aunque Sophia no lograba distinguir, la condujeron al borde del abismo. Se sentía tan segura y protegida que no pudo soportarlo. El primer sollozo la tomó por sorpresa. No supo que había salido de su boca hasta que no notó las lágrimas que empapaban la camisa de lord Raston. No quería perder el control de aquella manera, pero no lograba evitarlo. Lloraba tan fuerte que seguramente sus gemidos se escucharían en Escocia. Sin embargo, para su sorpresa, se dio cuenta de que no le importaba. Se encontraba en un estado en el que la realidad había desaparecido y lo único claro para ella era que había dejado de ser dueña de sí misma y no podía parar de llorar. Se abrazó al vikingo casi por reflejo, como un náufrago a la tabla que le permite mantenerse a flote.

Alex supo que Sophia se había rendido por completo cuando sintió su cuerpo laxo apretado contra él. No creía que ella fuera consciente de lo que estaba haciendo. La muchacha le había puesto los brazos bajo la chaqueta e intentaba abrazarlo. Era increíble la fuerza con la que se aferraba a él, teniendo en cuenta lo menuda que era. Sentía húmeda la parte de la camisa en la que Sophia había apoyado la cabeza, y el sonido de los sollozos desgarrados, contenidos por mucho tiempo.

No podía soportar verla sufrir de ese modo y la abrazó con más fuerza, intentando borrar el pesar que la desbordaba.

Darí cualquier cosa por hacer que ese dolor desapareciera, pensó, pero era evidente que nada ni nadie podría lograrlo. Él había provocado esa reacción con sus palabras y, por más doloroso que fuera, sabía que era lo que ella necesitaba: era la única que no había desahogado el sufrimiento que sentía y, por los demás, había intentado mantenerse fuerte y contenerse.

Aunque admiraba su valentía y su fortaleza, una parte de él se rebelaba al ver que no se apoyaba en

nadie.

Tal vez fui un poco brusco con ella, se reprochó, pero había sido la única manera que había encontrado para que pudiera descargarse.

Sophia empezó a recuperar la compostura y se dio cuenta de que estaba abrazando a Raston descaradamente. Avergonzada por su escandalosa conducta, y por lo que él pudiese pensar de ella, se lo soltó de manera brusca. Al hacerlo, se sintió casi desnuda, desprotegida. Llevaba muchísimos años aceptando su situación o, por lo menos, se había convencido de que lo hacía. Creía que había conseguido dominar su corazón para que no extrañara nada y, de repente, al apartarse de lord Raston y del calor de su cuerpo, había sentido que lo que estaba perdiendo era algo más que un simple abrazo. Un vacío se había instalado en su interior. Sin previo aviso, esa sensación la tomó por sorpresa y le generó más preguntas de las que estaba dispuesta a responder. Temía llegar a la punta de la madeja que la llevara a desenredar esos sentimientos largamente contenidos.

Aquel hombre la obligaba a dejarse llevar.

La ternura que demostraba hacia ella era del todo incompatible con su aspecto recio.

Sabía por experiencia que cualquier hombre, al ver llorar a una mujer del modo en que ella lo acababa de hacer, habría intentado huir. Las lágrimas eran la mejor forma de agotar la paciencia masculina. Sin embargo, tras una leve sorpresa inicial, lord Raston supo cómo actuar y la había hecho sentir especial, como si de verdad le importara.

Ahora, un poco más repuesta, pero muy avergonzada, inspiró profundamente para intentar calmar los pequeños temblores que aún la agitaban.

—Siento mucho lo que acaba de suceder, lord Raston. Mi... mi comportamiento es inexcusable —le dijo intentando mirarlo a la cara.

A Alex le resultó encantador el rubor que teñía las mejillas de Sophia mientras se disculpaba, aunque no alcanzaba a entender del todo por qué se disculpaba, ¿por ser humana y llorar tras la pérdida de un ser querido? Comprendía que a veces, en ciertos casos, era necesario no perder el control, pero que ella se impusiera hacerlo en este caso carecía de sentido para él.

—No hay nada de que disculparse. Ha estado conteniéndose durante todo el día y, aunque no dudo de que usted sea una mujer fuerte, es natural que haya necesitado desahogarse y, a veces, es más fácil hacerlo con un extraño.

Sophia clavó sus ojos en los de él. Quizá su apariencia de guerrero ocultara más de lo que había creído. Lo que acababa de escuchar eran las palabras de un caballero, de una persona que intentaba entenderla, y no de un rudo vikingo.

—¿Usted lo hace? —le soltó Sophia sin pensar demasiado. No tenía intención de formularle aquella pregunta, pero algo incitaba su curiosidad y la empujaba a explorar ese aspecto de él que, hasta entonces, ni siquiera sospechaba que existía.

—¿Que cosa? —preguntó a su vez Alex, más para ganar tiempo que porque no hubiera entendido.

—Desahogarse —dijo Sophia casi susurrando.

Sabía que aquella era una pregunta indiscreta que estaba completamente fuera de lugar. Una dama no le preguntaba a un hombre algo así, porque los hombres nunca deben mostrar sus sentimientos. Eso era lo que la sociedad establecía como si de una regla inquebrantable se tratara, aunque, para Sophia, esa “ley” no escrita carecía por completo de sentido. Por eso, cuando escribía, hacía que sus personajes masculinos, además de ser duros y protectores, tuvieran un lado sensible, rasgo al que debía el éxito entre el público femenino.

Alex sintió que se había metido solo en la boca del lobo. Debería haberse quedado callado, pero al

verla tan afectada y vulnerable, no pudo evitar intentar consolarla. ¿Consolarla, él? ¿Qué sabía él de sentimientos? Y, no obstante, allí estaba, frente a esa mujer que lo miraba llena de expectación a la espera de sus palabras. Algo en los ojos de Sophia le impedía seguir siendo el hombre frío e insensible que en realidad era y lo forzaba a ser del todo sincero con ella, a pesar de no estar acostumbrado a tener conversaciones de ese tipo con nadie.

—No —dijo con voz queda.

—¿Por qué? —preguntó Sophia, sin poder evitarlo.

Ya había llegado demasiado lejos como para detenerse.

Alex inspiró profundamente, movió la cabeza a ambos lados y esbozó una sonrisa, burlándose de antemano de sí mismo por lo que estaba a punto de decir.

—Hace tiempo que me di cuenta de que, al abrirnos frente a otro, aunque solo sea un poco, le estamos entregando también un arma que, si esa otra persona utiliza bien, puede destrozarnos.

Sophia se miró la mano enfundada en aquel suave guante que, en aquel momento, parecía una lija en contacto con su piel.

—¿Eso significa que usted puede utilizar mi momento de debilidad para hacerme daño? ¿Es eso lo que intenta decirme?

Alex se acercó a unos pocos centímetros de ella.

—No, no es eso lo que quise decir.

Un profundo silencio dominó la habitación y cuando Sophia ya había descartado que lord Raston le respondiera, lo escuchó decir:

—Lo que quiero decir es que usted es... es una mujer muy valiente.

* * *

Después de su conversación con lord Raston, y antes de que él la acompañase a su casa para recoger sus cosas, subió a ver a Emily que, por fin, había caído en lo que parecía un sueño profundo. No hizo falta darle el sedante que el doctor le había indicado, así que lo guardó en la mesa de noche, por si Emily llegaba a necesitarlo más tarde. Agotada, salió de la habitación para reunirse con Alex, tal como habían quedado.

Mientras bajaba las escaleras, no podía dejar de repetirse las palabras de lord Raston. “Usted es una mujer muy valiente”. ¡Si él supiera! Huir del pasado no tenía nada de heroico, y ni siquiera lo había podido hacer: su pasado estaba de nuevo allí para terminar lo que había dejado inconcluso.

Había estado disfrutando una seguridad ficticia que ahora tocaba su fin, arrastrando consigo la vida de un ser querido, del único que le quedaba. Nadie sabía la pena que la embargaba y que una promesa le impedía demostrar. Era inútil huir, pero era la única salida que le quedaba. Su padre le había enseñado a luchar y eso era lo que intentaba hacer, aunque dudaba de que lo estuviera logrando.

Por otro lado, lord Raston era un auténtico enigma para ella. Si bien su aspecto amenazador y su forma de hablar indicaban frialdad e indiferencia, ahora sabía que solo era fingida. Pero ¿por qué se esforzaba tanto en parecer algo que no era?

—¿Está preparada? —le preguntó Alex, mientras la ayudaba a colocarse un chal de Emily.

Aunque era primavera, la lluvia incesante de la última semana hacía que las noches siguieran siendo frías.

—Sí, vamos.

Alex caminaba junto a ella sin dar crédito a lo que acababa de suceder. El ataque de sinceridad que había tenido y la sensiblería que, en circunstancias normales, le hubiera hecho rechinar los dientes, le daban asco. No podía entender qué le había pasado, pero lo mejor era no darle más vueltas al asunto. Estaba allí para resolver un asesinato en el que nada parecía tener demasiado sentido, no para divagar acerca de sus sentimientos.

No faltaba nada de la casa, así que el robo quedaba descartado como móvil. Al parecer, tampoco había habido amenazas previas y el estado del cadáver indicaba que el trabajo había sido realizado con frialdad y sin la saña característica de las venganzas o los crímenes pasionales.

Sin lugar a duda, a juzgar por la información que hasta el momento había recabado y el *modus operandi*, estaban en presencia de un profesional.

El fresco de la noche y la suave brisa lo hicieron salir de sus elucubraciones y mirar a la señora Turner. Aunque era menuda, tenía algo que la hacía parecer más alta de lo que en realidad era. Envuelta en el chal azul, intentaba que sus pequeños pasos se ajustaran al ritmo que él le imponía. Cuando notó que casi la llevaba en andas y aminoró el paso, la pequeña casa blanca donde Sophia vivía ya se distinguía perfectamente, gracias a la luna llena y a la linterna de aceite que llevaban.

En un acto reflejo, Alex tanteó en su chaqueta la vieja arma de chispa, herencia de su paso por el ejército de Su Majestad.

Siempre que ayudaba a James en un caso llevaba una par de pistolas en la montura de su caballo. Mientras la señora Turner subió a ver a lady Whyte, fue a los establos donde habían ubicado a *Baco*, y tomó una. Nada hacía pensar que el asesino estuviera cerca, pero era mejor ser precavido.

Cuando Sophia abrió la puerta, Alex la sujetó suavemente del codo para que lo mirara.

—Si bien las normas de cortesía señalan que debo dejarla pasar primero, en este caso, si me permite, entraré yo antes.

Sophia lo comprendió perfectamente. No debería de estar del todo seguro de que el asesino ya se hubiera marchado, y estaba velando por su seguridad. Aunque lo dijo de modo cortés, su fría mirada no daba lugar a discusión alguna.

Al entrar, el hombre apuntó la linterna hacia la entrada que daba al salón, se dirigió con paso firme al otro extremo de la habitación y encendió las velas, que iluminaron por completo la estancia.

—Voy a buscar mis cosas.

Alex devoraba con la mirada cada milímetro del salón.

Sophia se sintió intimidada ante el escrutinio al que lord Raston sometía su hogar. Que alguien desconocido mirara sus cosas era, para ella, equivalente a abrirle un pequeño sendero hacia su intimidad.

—Esta bien, la esperaré aquí. No tarde.

Sophia alzó una ceja y esbozó una media sonrisa ante ese tono autoritario que ya no le parecía tan irritante.

—A sus órdenes, mi capitán —dijo algo sarcástica.

Alex sonrió.

—A decir verdad, es “comandante”.

La cara de Sophia reflejó cierta sorpresa. Que un aristócrata hubiera sido comandante del ejército y que ahora colaborara con Scotland Yard en la resolución de casos difíciles no era nada habitual. Sin duda, ese hombre debía de ocultar una gran historia, lo que resultaba irresistible para su curiosidad de escritora.

Cuando se dirigía a su dormitorio, algo en la expresión del hombre la hizo detenerse en seco.

Estaba concentrado mirando un punto fijo de la habitación. Su cicatriz había adquirido un matiz blanquecino, y su mirada, fría y distante, estaba a tono con su mandíbula, que parecía haber adquirido la dureza del granito.

Sophia le siguió la dirección de la mirada y lo que encontró hizo que se le revolviera el estómago. Sobre las desordenadas cuartillas que estaban en el pequeño escritorio en el que escribía sus novelas había una flor.

Pero no era una flor cualquiera. Esa margarita, como bien sabía, era su sentencia de muerte.

Capítulo 5

LA voz de lord Raston sacó a la muchacha del estupor en el que estaba sumida y que parecía haber petrificado sus extremidades como si fuera un veneno paralizador.

—¡Recoja todas sus cosas, señora Turner! ¡Ahora!

Sophia intentó moverse, pero su cuerpo no respondía. Seguía retenida por aquella flor. Sin embargo, centró sus esfuerzos en poner un pie delante del otro y, sin saber cómo, consiguió avanzar.

En su habitación, empacó todo lo que pudo, aunque no había mucho que guardar: las joyas y el juego de cepillo y espejo de plata que había heredado de su madre y unos cuantos vestidos.

Pero le faltaba algo. Se agachó y sacó de abajo de la cama una caja grande, aunque no muy pesada, que había mandado a hacer especialmente para que pareciera el estuche de un instrumento musical. Allí guardaba lo único que conservaba de su padre.

Sophia sabía que, después de lo que había pasado, Alex tendría muchas preguntas para hacerle y que ya no podría rehuir. Iba a tener que mentirle en la cara y, por su bien, iba a ser necesario que fuera una actriz convincente.

Alex estaba impaciente por salir, no porque temiera que el asesino los sorprendiera allí, sino porque necesitaba tiempo para pensar. Sin duda no era casual que aquella flor estuviera en la casa de la señora Turner, y eso abría un nuevo camino en la investigación.

Era obvio que el asesino esperaba que Sophia, que vivía sola en esa casa, fuera la única que la encontrara. Pero ¿por qué? A simple vista, no parecía tener ningún sentido que ella fuera la destinataria de tan extraño mensaje.

Alex veía dos alternativas. O bien Sophia sabía perfectamente qué estaba pasando y le había mentido por miedo o porque el asunto envolvía algo ilegal que podía llegar a involucrarla, o bien el asesino intentaba intimidarla para conseguir algo que no era claro si Sophia sabía o no qué era.

Sea como fuere, la señora Turner era el siguiente objetivo.

* * *

Cuando volvieron a la casa de los Whyte, James acababa de llegar del pueblo.

Sophia estaba subiendo para dejar sus cosas en una de las habitaciones y Alex le recordó que quería hablar con ella una vez que hubiese acabado de acomodarse.

Con una mirada, James le preguntó qué era lo que ocurría. La fingida calma de su amigo no lograba engañarlo y el descontrolado tic en el ojo izquierdo de Alex que tan bien conocía le indicaba que algo no andaba bien.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó en cuanto Sophia desapareció.

Mediante un gesto casi imperceptible, Alex le indicó que lo siguiera a la biblioteca.

Una vez dentro, mientras se sentaban, le respondió:

—El asesino le dejó un mensaje a la señora Turner en su casa.

—¿Qué mensaje?

—Había una margarita sobre el escritorio.

—¡Pero eso no significa que esté tras ella!

Alex extrajo un trozo de papel de su bolsillo derecho.

—Creo que esto no deja lugar a dudas.

James lo desdobló y vio que en el centro estaba escrita con letra clara la palabra “muere”.

—¿Qué dijo la señora Turner cuando lo vio?

Alex suspiró dejando salir lentamente el aire contenido.

—Vio la flor y, a juzgar por su expresión, eso bastó para que se asustara. No sabe nada de la nota. Cuando fue a su habitación a juntar sus cosas vi que estaba sujeta a la flor con un alfiler.

—¿Vas a decírselo?

—Todavía no. Necesito hablar con ella y aclarar varias cosas. Nada de esto tiene demasiado sentido.

—Quizá se trate de un loco.

—James... —dijo Alex, esbozando una pequeña sonrisa.

—Lo sé, lo sé —dijo levantando las manos en señal de rendición—. Por lo poco que sabemos, el asesino es un profesional, pero no vas a negarme que hemos conocido profesionales locos. No creo que debamos descartar esa posibilidad del todo.

—Y no lo hacemos —contestó Alex, mientras se masajeaba el puente de la nariz con dos dedos intentando relajarse—. Está claro que no podemos descartar nada, pero piénsalo. ¿Por qué avisaría quién es su próxima víctima? Está claro que quiere que ella sepa que la está buscando. Lo que no termino de entender es por qué.

—Y eso nos lleva a la pregunta siguiente: ¿qué relación hay entre un aristócrata como lord Whyte y la mujer de un soldado, la señora Turner? ¿Por qué alguien querría matar a uno y amenazar de muerte a la otra?

—La señora Turner me contó que lord Whyte era amigo de suegro y que, cuando su marido murió, le ofreció la casita en la que reside como gesto de amistad hacia él.

—Deberíamos preguntarle dónde sirvió su marido y a las órdenes de quién —dijo James lentamente—. Quizás eso nos dé una pista. Hemos visto esa forma de matar hace años y no precisamente cerca de Inglaterra.

—Sí, es una posibilidad —dijo Alex—. Tengo la intención de llevarme a la señora Turner a Londres mañana por la mañana y creo que lo mejor sería que volvieras con nosotros. Lo que ha pasado esta noche cambia las cosas y aquí queda poco por hacer.

—Creo que es buena idea. La señora Turner no está segura aquí. ¿En qué tipo de protección estás pensando?

—Quiero llevarla a mi casa de Mayfair.

—¿Es broma?

—Para nada, pero quédate tranquilo, no habrá nada incorrecto. En cuanto amanezca, mandaré un telegrama a mis tías para que se instalen en mi casa. Con ellas allí, nadie podrá poner ninguna objeción. Se las presentaré como una antigua amiga de la familia. Es el único modo de que esté segura hasta que encontremos al responsable.

—Sabes que tus tías no pararán de hacerte preguntas, ¿no? La verdad, no te envidio en lo más mínimo —le dijo James mientras se reía socarronamente.

—No le veo la gracia —susurró Alex entre dientes.

Antes de que James pudiera agregar nada, unos golpecitos en la puerta hicieron que ambos se pusieran en pie.

Sophia asomó la cabeza y los vio, mirándola desenchajados. Suponía que debía de tener mal aspecto,

pero no creía que fuera para tanto. Con un gesto mecánico, se alisó la falda intentando, en vano, parecer más presentable.

—Pase, señora Turner —dijo lord Raston, acompañando sus palabras con un gesto que le indicaba que tomara asiento en el sofá.

Sophia entró en la habitación con paso decidido. El momento de actuar había llegado. Solo rogaba ser bastante convincente como para que le creyeran.

Cuando tomó asiento, ambos le clavaron la mirada. Parecían dos halcones esperando el momento adecuado para desplumar al pichón recién cazado. Sophia pensó que no era un buen comienzo.

—Le he contado al detective Talbot lo que hemos encontrado en su casa cuando fuimos a recoger las cosas, y queríamos hacerle unas cuantas preguntas —le dijo lord Raston, que seguía observándola fijamente, atento a sus expresiones y gestos.

Ella humedeció sus labios resecos sin percatarse de que evitaba los ojos del hombre, quien en ese momento tosía como si se hubiese atragantado con algo.

—Estoy a su entera disposición, caballeros, pero, si es posible, antes quisiera hacerles una pregunta. ¿Por qué yo? ¿Por qué me dejaron una flor igual a la que dejaron cuando mataron... —Sophia tuvo que hacer una pausa antes de proseguir. La muerte de Charles era algo que todavía le costaba asimilar. Carraspeó, tratando de quitarse el nudo que sentía en la garganta.

—... a lord Whyte? —prosiguió algo más serena.

Raston y Talbot se miraron.

Tras una inspiración profunda, Alex tomó la palabra:

—Esperábamos que fuera usted quien nos aclarara ese punto.

Sophia enderezó aún más la espalda para ganar tiempo antes de replicar:

—¿Y por qué piensan que yo podría ayudarlos? Esto es una locura o, peor, una pesadilla —dijo mientras se llevaba la mano enguantada a la frente y la cara con desesperación.

Alex la miró a los ojos antes de proseguir.

—Responda nuestras preguntas e intente tranquilizarse un poco.

Sophia levantó la cabeza de golpe, dirigió su mirada hacia él y, por toda respuesta, arqueó una ceja frente al tono condescendiente que destilaban las palabras de lord Raston que tanto le desagradaba. Si pretendía insinuar que estaba perturbada, se equivocaba. Estaba bastante tranquila, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Cuando quiera, detective —dijo dirigiéndose al señor Talbot y adoptando la que, sabía, era una actitud por demás infantil: hacer como si lord Raston, quien en ese momento le resultaba odioso, no estuviese allí.

Sin embargo, Alex no pareció darse por aludido o, al menos, no le dio el gusto de demostrárselo. Lejos de irritarse, desplegó una sonrisa lobuna, como si la situación lo divirtiera. Parecía estar disfrutándolo, pensó Sophia con amargura. Sin duda, no sabía con quién estaba tratando.

—Señora Turner, ¿cómo conoció a lord Whyte? —preguntó, sacándola de su ensimismamiento.

La muchacha suspiró, como si esa pregunta, por repetida y obvia, la agotara y repuso con tono sarcástico:

—Se lo conté esta mañana, lord Raston, ¿ya lo olvidó?

—Refrésqueme la memoria, si es tan amable —le dijo apretando los dientes.

James Talbot se acomodó en el sillón, y decidió que era mejor permanecer callado y dejarlos que continuaran enfrascados en ese entretenido duelo de voluntades. Si hubiese tenido que apostar por

alguien, reflexionó, sin duda lo habría hecho por la señora Turner.

—Está bien, se lo contaré de nuevo.

Sophia terminó la frase con una sonrisa amplia y triunfal.

Cuando vio la cara de su amigo, James tuvo que contenerse para no soltar una carcajada. El tic, que unos momentos antes afectaba el ojo izquierdo de Alex, había pasado ahora al derecho; decididamente, no era una buena señal. Decididamente, la señora Turner no sabía el peligro al que se exponía. Se estaba metiendo en un terreno pantanoso y decidió ayudarla antes de que Raston perdiera el control por completo y la estrangulara.

—Yo no lo sé, señora Turner, y le agradecería que me lo contara —intervino.

Sophia lo miró haciendo un gesto de resignación y una pequeña sonrisa asomó a sus labios. Paladeaba el dulce sabor de la victoria.

—Si es así, señor Talbot, no puedo negarme.

Se acomodó en el sofá, relajada, y se tomó un tiempo para contestar.

—Bien, como le conté a lord Raston —dijo de manera condescendiente y subrayando cada palabra—, mi marido, Edward Turner, era hijo de un querido amigo de lord Whyte, que fue secretario personal de Charles durante muchos años. A pedido de mi suegro, lord Whyte intercedió por mi marido para que entrara en el ejército.

—¿En qué fecha ingresó su marido al ejército, señora Turner? —preguntó Alex.

La muchacha meditó un momento, como si buscara la respuesta en su memoria y, finalmente, con firmeza, esbozó una pequeña sonrisa dando a entender que la había encontrado.

—En enero de 1812.

James asintió y la invitó a seguir.

—Lo recuerdo como si fuera ayer —dijo pensativa y algo nostálgica—. Nos casamos un día antes de que partiera. Había nevado mucho y fue muy difícil llegar a la Iglesia, pero no nos importó. Éramos felices y nada parecía poder interponerse entre nosotros. Por aquel entonces yo no era más que una chiquilla enamorada.

—¿Cuántos años tenía en ese momento? —le preguntó Alex, observándola con atención. En efecto debía de haber sido una chiquilla cuando se casó, porque ahora no aparentaba más de treinta años. Las cuentas no le cerraban del todo.

—Yo tenía dieciséis, y mi marido, diecinueve.

James silbó por lo bajo. La mujer se conservaba demasiado bien para tener treinta y cinco años. Miró a Raston y comprobó que estaba pensando lo mismo, pero en la mirada de su amigo había algo más, ¿desconfianza, tal vez?

—¿Sirvió en algún otro lugar? —preguntó James.

Sophia cambió el semblante. Una profunda tristeza pareció instalarse en sus ojos.

—No. Fue su primer y único destino. Un año y medio después murió en la Batalla de Vitoria.

—Lo lamento.

Sophia asintió en señal de agradecimiento.

—No se preocupe, señor Talbot, fue hace muchos años. Aunque al principio uno siente que nunca va a lograr reponerse, la vida continúa.

—¿Tiene alguna idea de por qué el asesino va detrás de usted? —la interrumpió de manera brusca lord Raston.

La pregunta tan directa y la falta de tacto sorprendió a Sophia y a Talbot, que lo miraron con

sorpresa.

—Lord Raston, eso fue exactamente lo que les pregunté cuando empezamos esta conversación. ¿Cree que si tuviese la más remota idea de por qué esta pasando todo esto habría hecho esa pregunta? —dijo indignada y alzando un poco la voz.

—Lo sé perfectamente, señora Turner, pero creo que hay algo que no nos está contando.

James fijó sus ojos en Alex. Su amigo mostraba las cartas y la estaba acorralando. Si ella ocultaba algo, era un buen método para hacerla hablar; sin embargo, sospechaba que la mujer no sabía nada. La sorpresa que expresaban sus ojos y la repulsión que vio grabada en ellos ante la acusación velada de Alex confirmaban la veracidad de sus palabras. Quizás el asesino buscara algo que ella no sabía que tenía. Era una posibilidad que Alex parecía no estar considerando.

Sophia se levantó despacio del sofá fulminando a Raston con la mirada, que iba adquiriendo tintes asesinos.

—Si está insinuando lo que parece, su actitud no tiene nombre. ¿Cree que le estoy mintiendo? ¿Que sé algo que podría ayudar a resolver el asesinato de la única persona que me tendió una mano en el momento más difícil de mi vida y lo oculto? Me subestima si le parece que puedo ser tan necia como para no ayudarlos a encontrar al hombre que, al parecer, ahora está detrás de mí. Su actitud es inaceptable. Creo que no tengo nada más que hablar con ustedes.

La señora Turner intentó escabullirse, pero Alex la detuvo, agarrándola del brazo con suavidad.

Sophia intentó soltarse. Sabía que tenía que salir de allí antes de que acabara por derrumbarse, pero no había manera: aquel hombre la sujetaba firmemente y la miraba directo a los ojos, como si intentara leer su alma.

Todo estaba resultando mucho más difícil de lo que había creído. La idea de contarles todo lo que sabía cruzó por un momento su mente, pero sabía que no podía hacerlo. Si confesaba, pondría en riesgo no solo su vida, sino, también, la de aquellos dos hombres. Tenía que irse a Londres cuanto antes.

Charles le había indicado hasta el cansancio qué era lo que tenía que hacer en este caso: debía ir a Londres y hablar con la única persona que podía protegerla. Sabía de memoria las instrucciones que lord Whyte le había dado, pero, para poder ponerse en contacto con ese hombre, debía deshacerse de los investigadores, que parecían no estar dispuestos a soltarla.

—Perdóneme si la he ofendido, señora Turner, pero tenía que preguntárselo, aunque me disguste hacerlo. Ahora, por favor, le pido que se calme —le dijo Alex soltándola con cautela, para que ella no saliera corriendo, e intentando apaciguarla con sus palabras. Sophia había sido muy convincente. Por el momento, decidió dejar las cosas como estaban. Lo miró a los ojos. Era evidente que aquel hombre estaba a punto de hacerle perder la compostura. Los nervios habían hecho que su corazón diera un vuelco cuando escuchó las preguntas incisivas y directas del vikingo. Por un momento, creyó que la máscara caería, y el telón con ella. Sin embargo, aguantó el acoso de Raston y se mordió la lengua para no contar hasta el último de sus secretos.

Había pasado lo peor. Ahora, todo dependía de que pudiera seguir dominándose y de que lograra sostener su mentira el tiempo necesario como para escapar.

Dejó salir de golpe el aire que había retenido y, dando una especie de suspiro, asintió aceptando las disculpas de lord Raston.

—¿Está bien? —preguntó Talbot con sincera preocupación.

—Sí, sí —se apresuró a decir Sophia, mirándolos.

Parecía volver a controlar la situación y empezó a tranquilizarse.

Alex la observó intentando determinar en qué punto emocional se encontraba Sophia.

—Señora Turner, debido al interés que usted parece haber despertado en el asesino de lord Whyte, sería conveniente que mañana mismo partiera con nosotros hacia Londres.

Sophia se quedó sin palabras durante lo que le pareció una eternidad. Su cara, una maraña de emociones sucesivas, se debatía entre la estupefacción y el enfado.

—¿Cómo? —dijo cediendo a la ira—. ¿Quién ha decidido tal cosa?

El tic del ojo izquierdo de Alex amenazó con volver a aparecer.

¡Y pensar que al principio se había dejado cautivar por esa mujer, que, ahora veía, era más terca que una mula!

Comprendía que estuviera conmocionada y que le costase asimilar lo que estaba sucediendo, pero no podía entender que no se diera cuenta de que lo hacían por su bien.

Talbot intervino para evitar que la situación siguiera poniéndose más tensa. En vez de un investigador, se sentía como el árbitro de una pelea de box. ¿Era posible que no percibieran lo que estaba sucediendo entre ellos?

—Señora Turner, lord Raston y yo hemos evaluado la situación y creemos que aquí no queda nada por hacer. En cuanto llegue el hijo de lord Whyte, cosa que, esperamos, sucederá en pocas horas, partiremos sin demora hacia Londres. Créame, es la mejor solución. Allá podremos protegerla mejor y averiguar qué es lo que está pasando.

Un poco más calmado, y consciente de que tenía que ser paciente si quería que la señora Turner accediera a ir con ellos, Alex agregó:

—Está claro que el asesino quiere algo de usted y que no es ningún improvisado. Quien lo mató conoce bien la casa y sus movimientos, y se maneja con soltura aquí. Por eso debe venir a Londres con nosotros. Como bien le ha dicho el señor Talbot, eso nos permitirá seguir las líneas de investigación que hemos abierto y que aquí ya no podemos continuar y, además, en Londres contamos con recursos, de los que aquí carecemos, para protegerla mejor.

Talbot enarcó una ceja. ¿Qué diría la señora Turner cuando supiera que esos “recursos” consistían en alojarse en la casa de lord Raston? Estaba ansioso por escuchar su respuesta. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con un interrogatorio y jamás, ni siquiera en el campo de batalla, había visto a su compañero sudar tanto. Alex continuó:

—Le prometo que haremos todo lo que esté a nuestro alcance para que esta pesadilla termine lo antes posible, pero, para eso, debe confiar en nosotros y acompañarnos.

Sophia lo miró atentamente. Lo cierto era que ella tenía que ir a Londres cuanto antes y, si dejaba de lado la molestia que le producía que decidieran por ella, debía admitir que la vía de escape que le abrían lord Raston y Talbot no podía ser mejor. Era evidente que, si iba con ellos, tendría más oportunidades de llegar viva a Londres.

Sabiendo que era una oportunidad que no podía dejar de pasar, dijo lo único que podía decir en aquel momento:

—De acuerdo, mañana iré con ustedes a Londres.

Talbot vio que Alex esbozaba una pequeña sonrisa triunfal, mueca que, no dudaba, desaparecería en cuanto le dijeran dónde pensaban alojarla. Sabía que la señora Turner estaría a la altura del combate que ella y Alex estaban llevando adelante.

Desde aquel rincón, oculto en la oscuridad de la noche, podía vigilar la casa sin correr riesgos.

Haberla encontrado después de tanto tiempo le había causado una extrema excitación.

Había sido muchos los años transcurridos desde que la había visto por última vez, tan inocente y no menos impredecible. Había sido una sorpresa encontrarla, una sorpresa que desbarató sus planes.

¿Quién hubiera dicho que una chiquilla podría vencerlo a él, que había vuelto loca a media Europa? Era algo que seguía resultándole inconcebible, un error inexcusable que, aún hoy, lo llenaba de vergüenza.

Jamás había que subestimar a un enemigo, se repitió.

Pero ahora, por fin, su venganza estaba más cerca de lo que jamás hubiera creído.

Sin embargo, debía ser paciente. Tenía derecho a saborear cada segundo de aquella caza largamente esperada.

El hecho de que esos hombres estuvieran todo el tiempo con ella era un incentivo extra que hacía que todo le resultara más satisfactorio todavía.

Solo tenía que estudiar la situación y esperar a que llegara el momento adecuado. Sin duda la espera había valido la pena.

Capítulo 6

AUNQUE el viaje a Londres no era demasiado largo, se le estaba haciendo bastante pesado.

Quizá se debiera a que casi no había dormido. Solo dos horas después de que se había retirado a descansar, llamaron a la puerta del dormitorio para avisarle que Anthony, el hijo de Emily y Charles, por fin había llegado.

Eso suponía dos cosas. Primero, que debía darle la noticia de la muerte de su padre y, en segundo lugar, que después de hacerlo se pondría en marcha de inmediato hacia Londres y dejaría a madre e hijo solos cuando más la necesitaban.

Había sido muy doloroso para ella ver a Anthony escuchando el relato de lo que había sucedido.

La entereza que exhibió el joven y la manera en la que había consolado a su madre mientras se esforzaba por contener las lágrimas, había conmovido a todos, incluso al imperturbable vikingo, que pareció dejar de estar en guardia por unos segundos. El dolor que creyó percibir en los ojos de Alex la sorprendió profundamente.

Luego, sin poder decir nada, Anthony la abrazó como si hubiera sido su hermana.

Le costó mucho despedirse de ellos y alejarse de todo lo que conocía y quería, pero sabía que era lo mejor tanto para Emily y Anthony como para ella misma.

Pese a los consejos de lord Raston y de Talbot, les contó por qué se iba. Le parecía cruel e innecesario que sus afectos sintieran que los abandonaba cuando más la necesitaban y no quería que la consideraran una ingrata.

Alarmados por lo que les contaba, intentaron retenerla, pero lord Raston logró convencerlos de que era lo mejor para ella.

Para consolarlos, les prometió que volvería pronto, aunque le pesaba hacerlo porque sabía que era una promesa que no podría cumplir.

Tras una hora de viaje, y pese a que ya estaban cerca de su destino, ya no podía soportar más la mirada de lord Raston posada sobre ella desde que habían emprendido el camino.

Intentaba evadirse de todo lo que la rodeaba mirando el paisaje por la ventanilla, pero le resultaba imposible escapar de los ojos del vikingo, que parecían llenar el poco espacio que había dentro de aquel cubículo.

¿Qué era lo que le llamaba tanto la atención?

Sabía que ese hombre no lograba comprenderla, y era natural que así fuera, porque ella no le había dicho todo o, mejor dicho, no le había contado nada y tampoco podía hacerlo, por mucho que deseara liberarse de todo lo que venía guardando desde hacía años.

Durante más de una década había repasado una y otra vez el plan que Charles había ideado en caso de que la descubrieran.

Lo único que deseaba era llegar a Londres, darse un baño y descansar unas horas. Después de eso, podría pensar con más claridad los pasos a seguir.

Tenía que dejarle un mensaje, que solo él entendería, a Hugo Ambersley en una dirección postal que había memorizado hacía años y, a partir de ahí, todo cambiaría para siempre.

Un bache pronunciado del camino la hizo sobresaltarse y volver a la realidad.

Talbot releía una y otra vez las notas de su pequeña libreta, mientras lord Raston no le quitaba los

ojos de encima. ¿Es que ese hombre no se cansaba nunca?

Decidió romper esa especie de hechizo iniciando una conversación cuando cayó en la cuenta de que, con todo lo que había pasado, ni siquiera les había preguntado dónde pensaban alojarla.

—Caballeros, me gustaría saber si han resuelto dónde me alojaré cuando lleguemos a la ciudad.

Sophia vio que lord Raston ponía cara de fastidio, pero lo que más la sorprendió fue la reacción de Talbot, quien cerró de inmediato la libreta en la que tan concentrado pareció estar durante todo el camino. Se cruzó de brazos y, con expresión divertida, comenzó a mirarlos alternativamente, como si estuviera viendo una obra de teatro y esperara las réplicas de los actores principales en la escena central.

Comenzó a sospechar y sus dudas crecieron más aún cuando volvió a mirar a lord Raston.

Su mandíbula estaba más tensa que una cuerda y creyó ver su pulso palpitando en la vena de su sien.

—Tenemos que hablar sobre eso, señora Turner —le dijo con la voz más grave que le había escuchado hasta el momento.

Por experiencia, Sophia sabía que ese no era un buen comienzo.

Talbot se acomodó y apoyó los codos sobre las rodillas, con un gesto expectante que daba a entender que no quería perderse nada de lo que pasara.

—Lo escucho —dijo la muchacha entre dientes, intentando que sus músculos no se aflojaran cuando escuchara lo que, estaba segura, no le gustaría nada oír.

Alex carraspeó un poco. De repente, sintió la garganta un poco seca. Sabía que se veía ridículo por dar tantas vueltas para decirle a la señora Turner dónde se alojaría. ¿Él, que había enfrentado no solo a su padre, sino a los hombres más despiadados durante la guerra, intimidado por una mujer? No tenía sentido.

Ofuscado, sin más preámbulos le disparó:

—Se quedará en mi casa, señora Turner.

A juzgar por el tono carmesí que adquirieron las mejillas de Sophia, y por la manera en que se golpeó la pierna con el abanico, ella estaba dispuesta a contraatacar.

Alex no le quitó la vista de encima al abanico, que ya debía de haberle causado a Sophia más de un moretón, por si se le ocurría arrojárselo por la cabeza.

Talbot ni siquiera pestañeaba: la escena estaba superando con creces sus expectativas. Por el modo en el que escuchaba bajar la saliva por la tráquea de Alex, su amigo parecía haberse tragado una lija. No daba crédito a lo que veía. Le resultaba imposible que una mujer que no superaba el metro sesenta intimidara a Alex, a quien siempre había considerado un hombre duro al que nada ni nadie lograba asustar y del que todos huían.

—¿Está usted loco? —preguntó Sophia, con un tono tan agudo que hizo que hasta a ella le dolieran los oídos y que ambos hombres se encogieran.

Talbot miró a su amigo atentamente. Lo intrigaba cuál sería su siguiente movimiento, dado que no se imaginaba de qué modo se las iba a ingeniar para calmar a esa fierecilla que tenía enfrente.

Alex tomó aire. Debía evitar un ataque frontal y planear bien su ofensiva.

—Intente calmarse, señora Turner, déjeme explicarle.

Sophia se inclinó hacia delante acortando la distancia que los separaba. Talbot pensó que esa mujer debía de estudiar tácticas de combate en sus ratos libres: tomaba por sorpresa a su oponente y ahora lo amenazaba con su abanico. ¡Cuántas agallas!

—¿Que me calme? ¿Me pide que me calme cuando está en juego mi reputación? Yo no soy como las viudas que, sin duda, usted acostumbra frecuentar.

Sophia le lanzó una mirada que habría congelado hasta el Sahara.

Había que reconocer que Raston había logrado contenerse, pero aquel golpe era simplemente imposible de encajar. La cara de Alex no tenía desperdicio. Parecía que se hubiera comido un pescado en mal estado.

El tic del ojo era cada vez más pronunciado. No estaba enojado, no, echaba espuma por la boca como un perro rabioso.

Talbot miró a la señora Turner y negó con la cabeza, dándole a entender que no le convenía seguir por ese camino, porque aquel hombre, que en realidad era incapaz de hacerle daño a una mujer, podría acabar estrangulándola.

Talbot empezó a pensar que debía tomar cartas en el asunto. Decidió ayudar a Raston, aunque, en el fondo, estaba disfrutando la función.

—Señora Turner, escuche a lord Raston, por favor. Ya verá cómo tiene una explicación razonable.

La muchacha desaprobó las palabras de Talbot.

—¿Razonable? ¿Cómo puede haber en esto algo razonable? —gritó.

Talbot, como buen soldado, había aprendido cuándo debía retirarse, y ese, sin duda, era uno de esos momentos. Que Raston se las arregle solo, pensó. A fin de cuentas, hasta la amistad tenía sus límites.

Alex lo miró. Lo conocía lo suficiente como para saber que su sonrisa significaba que lo habían dejado solo frente al enemigo.

—Señora Turner, ayer envié un telegrama a Londres a mis dos tías abuelas, Harriet y Ophelia. Ambas han cumplido ya los setenta y se mueven dentro de la esfera más alta de la sociedad. Son respetadas y tienen reputación suficiente como para amadrinar debutantes —dijo entre dientes—. Les pedí que se trasladaran a mi casa para que la estancia de una vieja amiga de la familia fuera irreprochable. Esa será la versión oficial. Estando ellas allí, le aseguro que nadie se atreverá a poner en entredicho su honra.

Sophia lo miró azorada.

—Y, dígame, ¿por qué tengo que aceptar esto? ¿Por qué no me puedo quedar directamente en la casa de ellas? —preguntó algo más calmada.

—Porque ahí no podré protegerla.

—¿Y en su casa sí?

—Efectivamente.

Alex no comprendía por qué le costaba tanto entender que esa era la mejor opción para poder defenderla del asesino y de las malas lenguas.

Su casa ya estaba preparada: tenía a su servicio hombres que habían luchado a su lado y a los que les habría confiado su propia vida, mientras que acondicionar la de sus tías habría llevado un tiempo con el que no contaban, por no hablar de que nada sabían acerca del asesino y, por tanto, estaban en clara desventaja frente a él.

Apostaría a que la clase de hombre que había matado a lord Whyte se tomaría su tiempo, estudiaría la situación y esperaría el momento oportuno, pero no podía arriesgar la vida de la señora Turner.

La miró levantar una ceja, haciendo un mohín que parecía indicar que algo le causaba gracia.

¿Qué era lo que le pasaba? ¿Qué le resultaba tan gracioso? Sin duda estaría delirando de fiebre.

—Está bien, lord Raston, pero, dígame, si soy una antigua amiga de la familia, ¿cómo va a explicarles a sus tías el hecho de que no me conozcan?

Alex esbozó una sonrisa.

—Eso es muy sencillo. Cuando yo era niño ellas vivían en Italia, así que si les dijera que usted es la

hija de una amiga de mi madre, no preguntarían nada más. De todas formas, tengo pensado contarles la verdad. Guardarán el secreto y podrán sernos de gran ayuda.

—¿Y a su madre no le dirá la verdad? —preguntó viendo con su ojo de escritora demasiados cabos sueltos.

—Mi madre murió cuando yo tenía seis años. No tiene por qué temer que ella la descubra.

Sophia se sintió mal. Había sido una insensible. No había contemplado esa posibilidad, pese a que sabía muy bien el dolor que esa pérdida podía llegar a causar en alguien tan pequeño.

—Lo siento, lord Raston. Mis palabras han sido muy poco afortunadas.

—No se preocupe, eso sucedió hace mucho tiempo.

Durante unos segundos, el silencio reinó dentro del vehículo. La mirada de ambos cambió. Como solía hacer, Alex intentó alejar los recuerdos de su niñez, aunque ya no lo afectaran demasiado. Sophia era de la idea de que el tiempo no cura todas las heridas, entonces sintió compasión por él.

—Pensaba contárselo más tarde, pero, dado que es posible que mis tías ya estén esperándonos en mi casa y que nos interroguen apenas lleguemos, creo que es mejor que nos pongamos de acuerdo ahora.

Sophia no estaba del todo de acuerdo con el plan.

—Usted es hija de una antigua amiga de mi madre, Jocelyn, que se casó con un norteamericano. Tuvieron una hija, y la familia se instaló en Norteamérica. Jocelyn murió hace poco en un accidente junto con su marido, y la hija, como su madre le había hablado mucho de Inglaterra, decidió viajar hacia aquí para conocer la tierra en la que nació.

—¿Y qué es verdad de todo eso?

Alex sonrió.

—Todo. Después de la muerte de mi madre, Jocelyn siguió estando en contacto conmigo y me escribía cada tanto. No tienen ningún pariente aquí: con la muerte de Jocelyn, la hija quedó huérfana, por lo que un abogado se encargó de administrar su fortuna. Quería a mi madre como a una hermana y era el único lazo que tenía con Inglaterra.

—Veo que lo tiene todo muy bien pensado —dijo Sophia, algo más confiada.

—No la habría sacado de su casa, ni la llevaría a Londres, ni la alojaría en mi casa si no pensara que es la mejor solución. Créame, esto me hace tan poca gracia como a usted.

Sophia sonrió abiertamente.

—Gracias por su franqueza, lord Raston. Es gratificante saber que soy bienvenida.

Aunque quiso evitarlo, Alex no pudo más que sonreír.

—Una última pregunta. ¿Sus tías abuelas son de la rama materna o paterna?

—Materna.

—Ah, ¿y no tiene hermanos?

Alex torció la boca.

—¿No había dicho que solo me haría una pregunta?

Sin darse cuenta, Sophia volvió a blandir el abanico.

—Perdóneme, no pretendía molestarlo, pero si soy una vieja amiga de la familia, ¿no se supone que debería saberlo?

Alex, que preservaba su intimidad hasta lo indecible, no tenía intención de abordar esos temas, pero se daba cuenta de que la muchacha tenía razón. Además, sabía que ocultando esa información no haría más que avivar su curiosidad y, además, podía hacer peligrar todo el plan.

—Mi padre murió hace unos años y yo heredé el marquesado. Cuando murió mi madre, él se volvió a

casar y, sí, señora Turner, tengo un medio hermano, pero es como si no lo tuviera. ¿Cree que con eso es suficiente? —dijo con los labios casi pegados, como si darle esa mínima información fuera para él un gran esfuerzo.

—¿No se lleva bien con él?

Sophia sonrió cuando una especie de rugido de rabia salió del interior de Alex.

—¡No se enoje! —exclamó levantando las manos—. No le haré más preguntas si tanto lo incomodan.

Alex sacudió la cabeza y se puso a mirar por la ventanilla. El viaje le estaba resultando más agotador que los que había hecho a la India. Si alguien quisiera torturarlo, pensó, sin duda no tendría más que hacerlo viajar con Sophia Turner.

Capítulo 7

POCO antes de llegar, Sophia vislumbró los magníficos escalones de mármol que conducían a la casa de lord Raston. Situada en uno de los mejores barrios de Londres, su cuidada arquitectura no encajaba del todo con la personalidad del hombre a quien pertenecía.

Sin darle más tiempo para que siguiera observando, lord Raston la hizo bajar del coche y dirigió unas últimas palabras a Talbot, quien proseguía su camino hacia las oficinas de Scotland Yard para hacer un informe detallado de los acontecimientos.

La casa era imponente. Con los grandes ventanales que tenía, debía de ser muy luminosa. Reparó también en los barrotes de hierro torneado que protegían las ventanas inferiores. Ahora comenzaba a entender por qué le había dicho que esa casa estaba preparada para protegerla.

Lord Raston golpeó la puerta, y un mayordomo les abrió. A pesar de que no era un muchacho, el hombre parecía seguir siendo bastante ágil.

—David.

—Milord, estamos muy contentos de que haya vuelto —dijo el mayordomo con aire taciturno y gran solemnidad.

Sophia, que estaba atenta a todos los detalles, reparó en la mirada tierna que Alex le dirigió.

—¿Han llegado ya mis tías?

—Sí, milord. Ayer llegó un mensaje de ellas que decía que hoy mismo llegarían para pasar una temporada aquí. Esta mañana vino un carruaje con sus cosas y, media hora después, puntuales como siempre, llegaron lady Martley y lady Barth. Ahora están en el salón tomando el té.

—Muy bien, David. Le presento a la señora Turner. Es la hija de una amiga de mi madre y se quedará con mis tías en casa por unas semanas. Por favor, haga que le preparen la habitación azul.

—Ahora mismo, milord.

—Muchas gracias —dijo, mientras ayudaba a Sophia a quitarse la chaqueta y se la entregaba al viejo mayordomo.

—Creo que olvida algo, lord Raston —le dijo Sophia algo contrariada.

Alex soltó una maldición por lo bajo. Se había olvidado del maldito gato, que había hecho el viaje en una caja y que ella había insistido tanto en traer.

—David, por favor, que alguien se encargue de dar algo de comer al gato de la señora.

El mayordomo la observó como si estuviera incumpliendo alguna regla sagrada.

—Se llama *Atila*. Le agradezco mucho que se ocupe de él. Es bastante tranquilo, pero ya tiene sus años.

David enarcó una ceja como si con ello le quisiera decir que él también tenía sus años y que encargarse de un gato no era una de sus responsabilidades.

—Si le parece mejor, David, déjelo en mi habitación y yo me ocuparé de él —le dijo en tono conciliador, y sonriendo de un modo que pareció iluminar la habitación.

Alex también sonrió. Si pensaba que eso le serviría con David, se equivocaba por completo. Su sirviente era muy receloso, sobre todo con los desconocidos, y ganarse su confianza no era nada fácil.

—No se preocupe, señora, a *Atila* no le faltará de nada —repuso el mayordomo, esbozando algo parecido a una sonrisa.

Alex no daba crédito a lo que veía. Si alguien se lo hubiera contado, habría dicho que era imposible. Era la primera vez que veía sonreír a David. Le parecía increíble que aquella mujer hubiera logrado ganarse la confianza de su mayordomo con tanta facilidad.

—Muchas gracias, David —le dijo Sophia, dándole un suave golpecito en la mano como forma de agradecimiento.

David le correspondió el gesto como si fuera una madre dirigiéndose a sus pequeños.

Alex no salía de su asombro. Si había conseguido subyugar a David en solo dos minutos, su tía Harriet estaría perdida. Su esperanza se centraba ahora en su tía Ophelia, una dama mucho más estricta que, esperaba, Sophia no pudiera doblegar con tanta facilidad.

Para comprobarlo, condujo a la muchacha de inmediato al salón.

Como la puerta estaba ligeramente abierta, antes de entrar alcanzaron a escuchar el discurso incansable de Harriet y los monosílabos que lograba intercalar Ophelia.

Alex empujó la puerta hasta abrirla por completo y traspasaron el umbral.

Sus tías reaccionaron al instante. Una sonrisa amplia se dibujó en los labios de Harriet, mientras Ophelia levantaba con elegancia un pequeño monóculo y lo acercaba a su ojo para hacer una inspección más precisa.

—¡Alex! ¡Qué alegría verte! ¡Ven a darle un beso a tu tía abuela preferida! —exclamó Harriet risueña.

Ophelia la miró con fastidio.

—No digas tonterías, Harriet. Todos sabemos que su tía preferida soy yo.

Harriet soltó una carcajada que fue como música para los oídos de Sophia. Aquella mujer algo rolliza y de mejillas sonrosadas ya le caía bien. Sin embargo, la otra no parecía nada simpática.

Cuando Alex se acercó a besarlas, Ophelia le dio un pequeño golpe en el hombro en señal de desaprobación.

—¿Qué es esto de comunicarnos tus planes con tan poca anticipación?

Alex giró la cara hacia Sophia y la muchacha se acercó.

—Tías, les presento a la señora Sophia Turner.

Ambas la observaron con atención. Harriet esbozó una sonrisa, mientras que Ophelia carraspeó.

—En el telegrama solo decías que necesitabas que nos trasladásemos de manera urgente aquí. ¿Es por la señora Turner? —preguntó Ophelia, con una mirada aguda.

Sophia supo al instante de dónde había heredado lord Raston esa mirada de halcón que crispaba los nervios. Nada parecía escapar al escrutinio de esa mujer.

—Exactamente. Ahora les explicaré todo.

Después de los saludos de rigor, Sophia se sentó en el sillón que estaba enfrente de las dos butacas que ocupaban las tías.

Se sintió analizada por ambas, aunque cada una a su manera: lady Martley la miraba abiertamente, con curiosidad, mientras que lady Barth lo hacía con el entrecejo fruncido y apretando los labios, como si supiera de antemano que la explicación de su sobrino no iba a satisfacerla.

—Bien, te escuchamos —dijo Harriet alegremente.

Alex se inclinó hacia atrás en el sillón que compartía con Sophia y las miró. Pese a que a veces podía resultarle agotador estar con ellas, desde que regresó al país siempre lo habían ayudado y apreciaba ese afecto incondicional con el que había dejado de contar desde la muerte de su madre.

Con paciencia, les contó todo lo que había sucedido desde que James lo llamara para que fuera a

ayudarlo al campo.

Sus tías escucharon su relato sin interrumpirlo. Un repertorio inmenso de emociones, que iban del horror a la incredulidad, atravesó los rostros de ambas.

Cuando el relato terminó, Harriet estaba acalorada y miraba a Sophia con ternura y consternación.

Ophelia, sin embargo, dirigió una mirada fría hacia él.

—Ya me imaginaba que esto tenía que ver con uno de esos casos tuyos —dijo con dureza.

Alex suspiró y se inclinó hacia adelante.

—Creí que ese tema ya estaba zanjado —repuso con cansancio.

Ophelia puso cara de pocos amigos y miró a Sophia.

—No se ofenda, señora Turner, pero usted entenderá que, aunque lamento profundamente su situación, esto no me hace ninguna gracia. Alex es la única familia que nos queda, el nieto de nuestra difunta hermana Prudence. Ya tuvimos suficiente con todos los años que pasó en la guerra, y creo que ya es tiempo de que siente cabeza.

Sophia anotó mentalmente los pequeños retazos de información que le daban. Que el primogénito de un marqués haya ido a la guerra era algo poco corriente. Entreveía que la de Alex era una historia más que interesante.

—Por supuesto, lady Barth, entiendo su postura. No quiere verlo envuelto en situaciones peligrosas. Si le parece más conveniente, puedo hospedarme en otro lugar.

—¡Basta de tonterías! —dijo contrariado—. Comprendo, tía Ophelia, que no estés de acuerdo con la vida que llevo, pero sabes que no es tema de debate y nunca lo ha sido. Y en cuanto a usted —dijo, posando sus ojos en Sophia—, se quedará aquí y hará todo lo que yo le diga.

Alex dejó escapar poco a poco el aire que contenía sus pulmones y prosiguió.

—Tía Harriet, tía Ophelia —prosiguió más calmado—, si no están de acuerdo en quedarse aquí y ayudarme con esto, pueden volver a su casa cuando quieran. Sé que la situación dista mucho de ser ideal y no me gusta tener que involucrarlas, pero no les hubiera pedido que vinieran si creyera que puedo controlarla yo solo.

Ophelia miró a Alex con resignación.

—Tienes el mismo genio que tu madre —dijo tomando una determinación—. Sin nosotras no podrás llevar a cabo tu plan, nos necesitas y somos tu única familia, así que no tenemos más opción que quedarnos, ¿no es así Harriet?

Harriet esbozó una pequeña sonrisa.

—Por supuesto, hermana.

—Está bien. Déjanos pensar un poco en cómo introducir a la señora Turner en la sociedad londinense.

Alex la miró atónito.

—¿De qué estás hablando? ¡La señora Turner no debe salir de esta casa bajo ningún concepto!

Ophelia resopló un poco más fuerte de lo deseable para una dama y agregó:

—Es una broma, ¿no? Si no sale, si no es presentada, la gente empezará a murmurar acerca de su confinamiento. Y, créeme, no van a pensar lo mejor. Debes dejar que vaya a algunos eventos. Acabas de afirmar que no podías controlar todo tú solo, ¿no es así?

Alex no pudo más que sacarse el sombrero frente al razonamiento de su tía. Lo había atrapado con sus propias palabras, pero si creía que iba a hacerlo cambiar de idea, estaba equivocada. Lo que Ophelia proponía era simplemente una locura.

Sophia creyó vislumbrar un camino para sus propios planes. Si lord Raston accedía a que saliera, podría escabullirse y ponerse en contacto con Hugo Ambersley.

—Creo que su tía tiene razón, lord Raston. Mi reputación se verá muy comprometida si la gente empieza a murmurar. Podemos decir que acabo de salir de una convalecencia y que mi debilidad física me impide ir a todos los eventos, pero sin duda debería ir al menos a alguno. Confío en que, llegado el caso, usted podrá protegerme.

Alex pensó que aquellas mujeres deliraban. En todos sus años de militar jamás había visto tamaña sublevación.

—Me parece que no nos estamos entendiendo. Allá afuera hay un asesino que la está buscando y usted pretende pasearse por los bailes. ¿No se da cuenta del peligro en el que está?

Harriet, que hasta el momento casi no había hablado, puso su mano en el brazo de Alex.

—Alex —le dijo suavemente—, entiendo lo que dices y tienes toda la razón, su seguridad es lo primordial, pero ¿qué le quedará después si pierde su reputación? También es importante. No te estamos proponiendo que salga todos los días, sino solo que vaya a las pocas reuniones que nosotras seleccionemos y que tú juzgues seguras.

Alex suspiró con resignación. Luchar contra tres mujeres podía resultar agotador.

Por el momento, no iba a permitir que la señora Turner saliera, pero no podía negar que había algo de lógica en lo que le planteaban.

—No prometo nada, pero lo pensaré.

Alex se preguntó si no habría cometido un error al involucrar a sus tías.

—Señora Turner, por lo que he entendido, usted es viuda, ¿verdad?

Alex sonrió de verdad por primera vez desde que habían llegado.

Comenzaba el habitual interrogatorio de Ophelia, que solía incomodar a todo el mundo y sacar de sus casillas hasta al más calmado, y sabía que Sophia no sería la excepción.

Su tía Ophelia parecía inmune al encanto de la señora Turner; por el contrario, Harriet ya la miraba con ternura maternal.

—Sí —respondió Sophia, mirándola directamente a los ojos.

Detrás del monóculo se entreveían unos hermosos ojos verdes. Sin duda, en su juventud debió de haber sido una mujer preciosa.

—¿Y vive sola?

Sophia empezaba sospechar que sería el centro del interrogatorio.

—Exacto, lady Barth —contestó en forma contundente, dando a entender que no admitiría ninguna objeción frente a este hecho aunque no estuviera bien visto que una viuda viviera sola.

Ophelia se llevó la mano al pecho en señal de estupefacción.

—¡Pero eso es inaudito! ¿Dónde se vio que una mujer viva sola?

Alex estaba disfrutando. Sabía que su tía recién acababa de comenzar y prometía ser un duelo más que interesante.

—Me suena mucho el apellido “Turner” —dijo lady Martley, rebuscando en su memoria—. ¿No es el apellido de la autora de esas novelas que tanto te gustan, Ophelia? —prosiguió, mientras sus sonrojadas mejillas adquirían mayor color por el entusiasmo.

—No digas tonterías, Harriet. ¡Se te ocurre cada cosa!

En los ojos de la muchacha se dibujó un brillo triunfal. Empezó a pensar que, después de todo, quizá la suerte estuviera de su lado.

Alex estaba alerta, pero nada podría haberlo preparado para lo que estaba a punto de escuchar.

—Si se refiere a S. A. Turner, la autora de novelas de misterio, tengo que confesarles que soy yo —dijo a todos mientras se señalaba el pecho con el índice—. Sophia Amelia Turner —prosiguió, disfrutando cada palabra. Aunque cuando comenzó a escribir había decidido mantener el anonimato, le pareció que valía la pena revelarles a aquellas damas la verdad.

No habría sabido decir cuál de los tres se sorprendió más.

Lady Martley daba palmaditas sonriendo de placer. Lady Barth, que solo atinó a abrir y cerrar la boca en forma repetida, profería una especie de ruidito en lugar de las palabras que, en ese momento, era incapaz de articular.

Pero lo mejor fue la cara de lord Raston, que la miraba con la boca abierta. Sophia habría pagado para que ese momento durara mucho más.

—¡Qué maravilla! —exclamó lady Martley—. ¡Es un honor conocerla! Y pensar que va a estar con nosotras. Ophelia es una gran admiradora de sus obras. Ha leído todas sus novelas. *El fantasma en el desván* es su preferida.

Sophia se sonrojó levemente.

—Es usted muy amable, lady Barth —le dijo mirándola atentamente.

Ophelia, que aún parecía seguir bajo los efectos de la conmoción, la miraba sin pestañear, intentando balbucear alguna palabra.

—*El fantasma en el desván* tuvo muy buenas críticas. No se si es muy buena, pero disfruté mucho escribiéndola.

Alex no salía de su asombro. Esto sí que no se lo esperaba.

Desde su llegada a Londres, unos meses atrás, había oído hablar de S. A. Turner en más de una ocasión. Casi todas las mujeres, y algún que otro caballero, porque la mayoría son bastante reacios a reconocer su entusiasmo por ese tipo de lectura, habían declarado un gran interés por esa autora. Estaba de moda y, aunque su identidad era un misterio, había escuchado que podría tratarse de una anciana de la alta sociedad.

—¿Por qué no me dijo eso antes? —le preguntó Alex con un tono de voz más agudo que el habitual—. ¿Cómo es posible?

Sophia le habló lentamente, como si se dirigiera a un alumno algo lento.

—¿Que cómo es posible? Pues verá, lord Raston, se agarra una cuartilla de papel y se piensa un título. Es muy importante elegir uno bueno, que tenga fuerza. Después se arma una trama bien urdida y...

—Es suficiente —la interrumpió—. Lo que le pregunto es cómo puede ser que nadie me haya dicho que usted era la autora de esas novelas. ¿Por qué me lo ha ocultado?

Sophia pestañeó poniendo cara de niña inocente.

—No me pareció relevante y, en realidad, prefiero mantenerlo en secreto.

Al ver la confusión que producían sus palabras, intentó explicarse de otro modo:

—Una de las razones por las que me animé a publicar fue que mi editor me aseguró que nadie sabría quién era en realidad S. A. Turner. Me costó bastante lograr que me lo prometiera, y más aún hacerlo constar en el contrato, pero después de la segunda novela mi editor se alegró. Al parecer, el misterio acerca de quién era el autor mejoraba las ventas porque las volvía más interesantes para el público.

Alex musitó una maldición.

—¿Y pensó que no era algo que yo debía saber?

Sophia volvió a parpadear con gesto inocente.

—Así es.

—Pues se equivoca. Y si no lo hubiese dicho, habríamos dejado pasar una importante línea de investigación. Puede que no tenga nada que ver con el hecho de que un asesino la persiga, pero quizá sea el hilo del que tenemos que tirar para desentrañar este caso.

Sophia lo miró con los ojos bien abiertos antes de contestarle.

—Pues lo siento, lord Raston. Como sea, ahora ya lo sabe, pero les pido a todos que, por favor, guarden el secreto. Vivo muy tranquila en el anonimato, y eso me ayuda a escribir con mayor libertad. Lo comprenden, ¿verdad?

Alex la miraba como si estuviese desvariando. Lady Martley asintió con la cabeza, dando su total conformidad y lady Barth, por fin, consiguió decir algo:

—Yo, yo... no sé qué decir —logró articular, mientras se acomodaba unos mechones de pelo rebeldes y tomaba impulso para continuar:

—Es un honor tenerla aquí con nosotros —dijo con un tono de voz tan dulce que a Alex le dieron arcadas—. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para que se encuentre a gusto, querida —agregó Ophelia casi con devoción.

Alex sintió que sus últimas esperanzas se esfumaban y su ánimo cayó sobre la alfombra que abrigaba las frías baldosas de la estancia. Su tía Ophelia, a quien los más atrevidos llamaban en secreto “la sargento de artillería Barth”, había sido desarmada por completo. Era el fin de una leyenda, se dijo apenado.

—¿Nos adelantará algo de su nueva novela? Porque hay una nueva novela, ¿no? —preguntó Ophelia un tanto horrorizada ante la perspectiva de que su autora favorita hubiera dejado de escribir.

Sophia sonrió abiertamente.

—Por supuesto. Está casi terminada, aunque todavía me falta hacerle algunos retoques. Si quieren, después puedo leerles las primeras páginas, pero no deben comentarlo con nadie —dijo bajando el tono de voz.

Lady Barth y lady Martley asintieron, felices de formar parte de tamaño secreto.

—Mi editor es muy estricto en este punto —prosiguió Sophia—. Insistió mucho en que nadie podía leerla antes de que estuviese publicada, pero —dijo bajando aún más la voz, lo que hizo que las dos mujeres se inclinaran más todavía para poder escucharla— creo que podemos hacer una excepción.

Ophelia le guiñó un ojo, mientras se alegraba por la noticia. Parecía una niña emocionada por la travesura que estaba a punto de hacer.

Alex sentía que estaba a punto de desbordarse. Sin lugar a dudas, debía de estar soñando.

Sophia había conquistado a James, a David, y ahora también a Ophelia, a quien creía invulnerable. ¡Era demasiado!

—Vamos, querida, la acompañaremos a su habitación para que pueda descansar antes de la cena. ¿Le parece bien a las seis?

Alex escuchaba a su tía Ophelia sin dar crédito a lo que oía. ¿Dónde había quedado la mujer que inspiraba miedo en los círculos más encumbrados de media Europa?

Por otra parte, debía reconocer que, pese a la sorpresa que le había causado, enterarse de que la señora Turner era una escritora de éxito le había provocado una franca admiración hacia ella y había incrementado el respeto que le había despertado antes. Esa mujer era una caja de sorpresas. Tendría que leer al menos una de sus obras para entender a qué se debía su celebridad, pero no ahora. En ese momento necesitaba salir de allí cuanto antes.

Dejó todo dispuesto para que Emmet, un soldado con el que había servido en la India que ahora trabajaba para él, se ocupara de la seguridad de las mujeres. Confiaba en el sexto sentido de su camarada, sin el cual, no hubieran logrado sobrevivir en Chitagon, donde su intervención había sido crucial para evitar una masacre segura.

Mientras salía de la casa por una puerta que solo él conocía y que había hecho para que nadie supiera cuándo entraba y cuándo salía, dirigió sus pensamientos al presente y se encaminó hacia Scotland Yard. Era fundamental que determinaran qué línea de investigación debían seguir.

Capítulo 8

SOPHIA estaba sentada frente al espejo que le daba un toque puramente femenino a la habitación azul, un dormitorio a la vez sencillo y elegante.

La cama, con sus grandes almohadones color blanco y lavanda dominaba en aquellas cuatro paredes, con cuyo mobiliario completaban una cómoda y una pequeña mesita con patas torneadas. El espejo, colgado sobre la pared marfil, hacía que el cuarto pareciera más amplio de lo que en realidad era. Todavía no había logrado descubrir a qué debía su nombre porque, mirara a donde mirase, no veía nada color azul.

Sin duda, era una más entre tantas otras cosas sin explicación que conformaban la vida misma.

Sonrió con indulgencia, pensando en estas divagaciones sin sentido, cuando recordó que, en realidad, tenía poco por lo que sonreír.

Estaba a un paso de que llegara el momento más temido, y más esperado, de su vida. El asesino pronto la encontraría. Aunque había una remota posibilidad de que la matara antes de que lograra percatarse siquiera, era mucho más probable que, si lograba atraparla, no se contentara con ejecutarla en forma rápida. No, sin duda querría verla sufrir, sin embargo no estaba dispuesta a darle esa satisfacción.

Se acordó de su padre y las interminables charlas que solían mantener, y las palabras que tantas veces le había repetido volvieron a su mente:

—Si hay algo de lo que nuestra familia puede vanagloriarse es de que por más cansados, frustrados o dolidos que estemos nunca nos rendimos. No lo olvides jamás.

Era curioso que, en los últimos tiempos, recordara cada vez más a menudo esas palabras. Era como si su padre, desde el más allá, le estuviese dando aliento para ayudarla a seguir adelante ahora que todo parecía tan complejo.

El asesinato de Charles, la investigación, Talbot, lord Raston y sus tías, su estadía en aquella casa... todo parecía complicar más aún el plan que lord Whyte habían trazado por si llegaba a suceder lo que inevitablemente sabía que sucedería.

Sabía que debía analizar sus opciones, pero no podía hacerlo en su estado actual. Primero necesitaba darse un baño, comer algo y dormir al menos unas cuantas horas.

A decir verdad, en ese momento lo que más la preocupaba eran las tías de Raston. Temía por la seguridad de ellas. Sabía que el asesino no vacilaría en acabar con cualquier cosa que se interpusiera en la realización de su venganza, es decir, entre ella y él, tal como había hecho antes.

La atormentaba la sola idea de que aquellas dos damas encantadoras sufriesen algún daño por su culpa. Por eso, debía encontrar una solución cuanto antes para que Ambersley la alejara de allí.

Volvió a planear sobre su pecho el sentimiento de rebeldía que más de una vez la había traicionado. Una parte de su ser quería luchar, aunque supiera de antemano que se trataba de una batalla perdida.

Tenía que acabar con todo de una vez sin importar el resultado.

Su padre solía decirle que era de necios no creer en la suerte, pero también lo era confiar en ella. Tal vez, a fin de cuentas, en realidad era una necia.

Alex apresuró el paso hasta que comprobó que nadie lo seguía.

Anduvo por las calles de Londres con la seguridad de quien solo le teme a la ignorancia.

Los acontecimientos de los últimos días lo tenían desconcertado.

Aunque ya había ayudado a James en varios casos, ninguno podía compararse con este, en el que nada parecía encajar.

No había móvil, no tenían ninguna pista sobre el asesino y lo único que sabían con certeza, que era el método usado para matar, arrojaba más sombras que luz sobre todo el asunto. Y, como si eso fuera poco, en el medio estaba la señora Turner, una mujer que de por sí era un enigma y a la que le estaba constando cada vez más entender.

Sorteó un gran charco y dobló en la esquina del edificio de Scotland Yard.

—¡Vaya! ¡Llegaste mucho más rápido de lo que lo esperaba! —fue el saludo de James—. ¿Ya te echaron o te escapaste?

Alex lo miró con malhumor. Aunque se conocían desde muy jóvenes, respetaban sus respectivas vidas privadas o, por lo menos, eso era lo que siempre había creído.

—Conozco esa mirada y sé que no presagia nada bueno, pero por una vez podrías contarme qué ha pasado, así me divierto un poco —dijo James, conteniendo la risa.

Alex se apoyó en el escritorio de caoba que tenía Talbot en su oficina.

—¿No te divertiste bastante durante el viaje con el combate que mantuve con la señora Turner, pelea que, por cierto, no hiciste ningún esfuerzo por evitar?

Talbot fingió asombro.

—No sé de qué me estás hablando. Si hubiese pensado que necesitabas ayuda, habría intervenido, pero me pareció que estabas controlando la situación bastante bien.

Alex sonrió.

—Eres un mentiroso.

James soltó una carcajada que hizo temblar las paredes.

—¿Me vas a contar qué pasó o voy a tener que suplicar?

Alex lo miró por unos segundos antes de responder.

—Tienes suerte de no haber estado allí, porque ha sido algo completamente humillante. Tanto David como mi tía Ophelia sucumbieron ante el encanto de la señora Turner.

Talbot se puso serio por primera vez.

—Me estás tomando el pelo.

Alex negó con la cabeza.

—Eso querría, pero es la verdad. David no solo no opuso resistencia, sino que hasta se ofreció a ocuparse del maldito gato—dijo haciendo un gesto de disgusto—. Y eso no fue todo. Lo peor vino después, cuando la “sargento de artillería” Barth babeó al saber que la señora Turner no era otra que S. A. Turner, la escritora de novelas de misterio.

Talbot silbó por lo bajo.

—¿Esa Turner?

—Sí. Nos hizo prometerle que guardaríamos el secreto, así que te pido que no lo comentes con nadie.

—¿Y por qué no nos lo dijo antes?

Talbot estaba molesto porque le había ocultado información.

—“Porque no creía que fuera relevante para el caso” —dijo aflautando la voz—. Esas fueron sus palabras literales.

Talbot mascullo una maldición.

—Supongo que le debes de haber dicho que la próxima vez será mejor que deje que nosotros decidamos qué es importante y qué no, ¿verdad?

—Bueno —dijo Alex con una sonrisa algo torcida—, parece que ya no te causa tanta gracia, ¿no?

Talbot lo señaló con el dedo esbozando una sonrisa lobuna.

Alex carraspeó antes de cambiar de tema.

—He estado pensando... ¿Te acuerdas de aquel tipo que trabajaba para la Oficina de Asuntos Exteriores? ¿Cómo se llamaba? ¿Andrew Berky?

—Andrew Berkeley —lo corrigió James.

—Eso, Andrew Berkeley. Estuve pensando que a lo mejor estaría bien hacerle una visita. La forma en la que mataron a lord Whyte tiene que significar algo.

—Sí, lo sé —dijo Talbot concentrado—. ¿En qué estás pensando?

—Estoy recordando algo que mencionó la señora Whyte, eso de que siempre viajaban juntos. Le pregunté qué lugares habían visitado y si habían ido por placer o por negocios. El lugar que más me llamó la atención fue Grecia, donde, por lo que me contó, aunque habían ido de vacaciones, acudieron a varias recepciones en la Embajada. Me dijo también que lord Whyte había hecho buenos amigos allí y, lo más importante, es que ese viaje fue justo hace cinco años.

Talbot alzó una ceja.

—Ya veo, quieres sondear a Berkeley para saber si lord Whyte participó en alguna misión diplomática. Eso nos permitiría atar bastantes cabos y, sobre todo, entender el modo en el que lo mataron. Si hizo buenos amigos, también es posible que haya hecho algún que otro enemigo, sobre todo si tuvo algo que ver en el desastre de los turcos en Navarino. Eso, sin duda, lo habría hecho ganarse el odio de los turcos y de sus aliados egipcios.

—Sí —dijo Alex pensativo—. Quizá parezca demasiado rebuscado, pero por el momento es lo único que tenemos, así que veamos a dónde nos lleva. Antes de salir de casa le he enviado un mensaje a Michael para ponerlo al tanto.

Michael Lenton era un viejo amigo que Alex había conocido en Eton. Trabajaba en la Oficina de Asuntos Exteriores, de modo que les podría facilitar el acceso a Berkeley.

Talbot tomó su abrigo del perchero que estaba al lado de la puerta y dijo:

—Bueno, entonces esto es todo por hoy, ¿ya podemos ir a tu casa a cenar?

Alex lo miró con una media sonrisa.

—¿A cenar?

—No esperarás que después de todo lo que me has contado me pierda la cena de esta noche. Tengo que ver con mis propios ojos a tu nueva tía Ophelia y al renovado David.

Alex también tomó su abrigo y se encaminó hacia la puerta.

—¿Sabes una cosa, James?

Talbot giró.

—A veces te estrangularía. Lentamente.

Algunos de los agentes que circulaban por los pasillos de Scotland Yard se sorprendieron al escuchar al circunspecto detective James Talbot riendo a carcajadas.

Durante la cena solo se tocaron temas banales. Todos parecían cansados y hubo una suerte de acuerdo tácito en tomarse aquella velada como un pequeño interludio en la dura realidad. Alguien que no estuviera al corriente de la situación habría considerado que se trataba de una típica cena en la que circulaban el pudín, el faisán con verduras, diversas confituras y un sinnúmero de postres, acompañados de una fluida charla intrascendente. Lo único llamativo era la cara de James. A pesar de que Alex ya le había contado que la señora Turner había conquistado a todos los habitantes de la casa, no pudo evitar quedar atónito al observar el comportamiento empalagoso de Ophelia y la preocupación paternal de David por la muchacha. De algún modo era un consuelo para él comprobar que no era el único sorprendido frente a lo que aparentaba ser una mala comedia del Drury Lane.

Estaban en mitad del postre cuando un comentario de Harriet hizo que la cara de Alex se ensombreciera.

—¡Las cerezas están deliciosas! A tu madre le encantaban —dijo mirando a su sobrino.

Alex sintió la pequeña punzada a la altura del pecho que siempre sentía cuando se acordaba de su madre. Cuando ella murió, él era demasiado pequeño para comprender lo que ella estaba padeciendo.

Hacia el final de sus días lo alejaron de ella para que no la viera marchitarse y no pudo despedirse.

—Sí, le encantaban —dijo sin levantar la vista del plato.

Ya sabía lo que vendría después y rogaba que su tía se detuviera.

—¡Si tu padre nos hubiese avisado, podríamos haber estado junto a ella! —sollozó Harriet.

—Harriet, ya es suficiente —la cortó Ophelia—. No es un tema apropiado para una cena. Nuestros invitados no tienen por qué escuchar esto.

Harriet miró a Sophia y al señor Talbot y pareció avergonzarse, como si recién se diera cuenta de que estaban allí.

—Lo siento, no he querido incomodarlos —les dijo llevándose la mano al pecho con voz compungida—. Prometo que no volverá a repetirse —agregó finalmente, mirando a su sobrino.

Sophia comprendía a Harriet. Ella también se sentía a veces prisionera del pasado y rara vez lograba escapar de sus recuerdos.

También reparó en cómo miró a Raston al terminar de hablar y en la ternura de Alex al estrechar la mano de su tía, una caricia que transmitía mucho más que las palabras que hubiera podido decir.

La sonrisa de Harriet ante este gesto removi6 algo dentro de Sophia, tal vez sus propios recuerdos, que siempre la acechaban y que tanto le dolían aún.

Sonriendo sin poder evitarlo, tuvo que reconocer que Raston no dejaba de sorprenderla. Aquel guerrero, cuya cicatriz le daba un aspecto tan duro, poseía una sensibilidad mucho más grande de lo que cabía imaginar. La delicadeza y el cariño que se escondía tras su gesto la hizo pensar que era probable que su corazón tuviera más cicatrices que la que se veía en su cara.

Ophelia carraspeó para romper el silencio incómodo que se había producido e, intentando cambiar el tono de la conversación, le dijo a Sophia:

—Querida, no quiero ser indiscreta, pero he observado que nunca se quita el guante derecho. Supongo que tendrá un buen motivo para hacerlo, pero no deja de resultar un tanto extraño.

Sophia se miró la mano. Estaba tan acostumbrada a llevarlo, que ya ni lo notaba, pero era normal que a alguien que no la conociera le resultara llamativo.

—Lady Barth...

—Por favor, ¡llámame Ophelia!

Sophia sonrió ante lo contradictorio que resultaba que la estuvieran retando con tanta dulzura.

—De acuerdo, Ophelia —dijo, provocando en la tía de Raston una sonrisa de satisfacción al ver cumplido su pedido.

Antes de continuar, se percató de que Ophelia no era la única que aguardaba expectante su respuesta. La mirada de todos estaba clavada en ella. Por la expresión en los ojos de Talbot y de lord Raston, alicaídos y dulces los del primero y vivaces y penetrantes los del segundo, supo que ellos también habían reparado en el guante y que, tal vez por delicadeza, habían estado esperando el momento oportuno para hacer la pregunta que Ophelia acababa de formular.

—Cuando era una niña, me gustaba mucho estar en la cocina —comenzó, mirando alternadamente a todos los presentes—. Mi madre se enojaba conmigo y me echaba. Decía que, a pesar de que era tan pequeña, todo el tiempo me metía donde no debía, que la cocina no era un sitio adecuado para alguien de mi edad. Por supuesto, tenía razón, pero a mí me gustaban tanto los dulces y las tartas de manzana que ella hacía, que no podía evitarlo. Un día, volqué sin querer una olla de agua hirviendo sobre mi mano.

—¡Qué terrible! ¡Debe de haber sufrido un dolor tremendo! —dijo Harriet con piedad.

Sophia sonrió para aliviar la tensión del momento.

—Sí, fue muy doloroso, pero pasó hace mucho tiempo y, por fortuna, he recuperado casi por completo la movilidad de mis dedos —dijo flexionándolos.

—¿Ha visto a un especialista?

La pregunta de Raston la tomó por sorpresa, aunque no tanto como la expresión de su rostro. Dos pequeñas arrugas se habían instalado en su ceño. Se sintió desarmada ante esa mirada franca que no intentaba ocultar su preocupación.

—No —dijo Sophia, negando también con la cabeza—. Me vieron varios doctores locales y todos llegaron a la misma conclusión. Dijeron que había tenido suerte en no perder la mano y en poder mover los dedos. Solo me duele a veces, en días lluviosos o muy húmedos, y ya me he acostumbrado, no tienen que preocuparse.

Ophelia chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—¡Pues claro que nos preocupamos! Mi sobrino hará que venga un buen especialista a verla.

—No hace falta, de verdad —dijo Sophia varias veces.

Alex la miró directamente a los ojos.

—El doctor Tremain vendrá a examinarla —dijo con un tono de voz que no admitía ninguna réplica.

El primer impulso de Sophia fue contestarle que no estaba dispuesta a aceptar que le dieran órdenes, pero después entendió algo que antes solo había logrado entrever: a veces lord Raston podía tener unos modales muy autoritarios, pero lo que lo impulsaba no era imponer su voluntad por sobre la de los demás, sino una sincera preocupación. Ella había conocido a una persona así, alguien acostumbrado a dar órdenes y cuya forma de expresar cariño o preocupación era la misma que la de él.

Ahora que había notado el parecido entre ambos era capaz de entender mejor a lord Raston.

—De acuerdo, si eso los deja tranquilos, no pondré ninguna objeción.

Ophelia y Harriet sonrieron al mismo tiempo. James miró a lord Raston, quien a su vez observaba perplejo a Sophia.

No sabía qué era lo que más lo asombraba, si su manera de reaccionar o la mirada comprensiva que le regalaba.

Apenas le dijo que debía permitir que un especialista la examinara, supo que había cometido un error. Aunque su intención había sido ayudarla, y liberarse de la preocupación que se había adueñado de él no bien escuchó el relato del accidente, sabía que había sonado como una orden y que eso era algo que

ella no toleraría.

Por eso esperaba que se pusiera furiosa, tal como había sucedido cada vez que le había hecho alguna sugerencia por su propio bien. Por eso lo sorprendía tanto no solo que hubiera aceptado sin poner ningún reparo lo que acababa de proponerle, sino que no lo mirara con la furia incontrolada que tantas veces había visto salir de sus ojos. Por el contrario, ladeó su preciosa cabecita y emitió una exclamación casi inaudible, como si de repente hubiese resuelto algún enigma importante.

Sin embargo, no era la primera vez que lo desconcertaba, y cada vez le estaba resultando más exasperante darse cuenta de que, cuando creía entenderla y poder prever sus reacciones, algo cambiaba en ella y lo hacía fracasar.

La cena prosiguió como si nada hubiese pasado, pero el comportamiento de Sophia le había dado mucho que pensar a Alex. Eran contadas las personas a las que no había logrado entender después de someterlas a un examen analítico, pero la señora Turner las superaba a todas y, en consecuencia, hacía que le resultara imperioso develar sus secretos. Lo primero que descubría en los demás eran sus motivaciones, pero ¿qué era lo que movía a esa mujer?

Se juró que no tardaría en averiguarlo.

* * *

Después de la cena, Talbot y lord Raston fueron a la biblioteca a beber una copa de brandy, mientras Sophia y las tías tomaban una infusión en el salón.

Sophia se propuso aprovechar esa intimidad para indagar sobre algunos aspectos de la vida de Raston, no por mera curiosidad, aunque no podía evitar sentirla, sino para comprenderlo mejor.

Ahora que había descubierto que lo que él se esforzaba por mostrar a los demás no era más que un personaje, quería conocer al hombre que se escondía tras la máscara.

Sin demasiado esfuerzo de su parte, la conversación derivó de inmediato hacia un tema que le permitió hacer varias preguntas.

—Espero que esa arpía de Margaret Ashford no esté en la presentación de las jóvenes Kingsley —dijo Harriet a su hermana, lanzando un leve suspiro.

—¡Qué importa si va o no! Lo que tienes que hacer es evitar conversar con ella. Es insultante que se atreva a dirigirnos la palabra —dijo Ophelia, con un tono de voz que mostraba el poco afecto que sentía por Margaret.

Sophia vio su oportunidad, y se dispuso a aprovecharla.

—Perdonen mi indiscreción, pero, por lo que deduzco de sus palabras, creo que no sienten mucha estima por esa dama.

Harriet hizo un gesto con los ojos dándole a entender que eso no era nada al lado de lo que pensaban de esa mujer. Ophelia chasqueó la lengua, como solía hacer cada vez que algo le molestaba.

—Querida, esa mujer es una víbora. Me alcanzaría con que no intentara meterse en nuestras vidas, pero es evidente que no puede dejar de destilar su veneno. Pero cambiemos de tema. Creo que ya hemos hablado bastante de temas personales por esta noche, ¿no te parece Harriet? —dijo a su hermana con tono de reproche.

Sophia comprendió que debía dejar pasar el tema, pero las palabras de Ophelia habían despertado su curiosidad de escritora y decidió arriesgarse.

—Disculpen si dije algo inconveniente. Mi intención no fue meterme en cuestiones familiares, pero si

llego a ir a algún evento y alguien me la presenta me gustaría saber cómo actuar.

Harriet miró a su hermana buscando aprobación. Ophelia dejó escapar un suspiro y tomó la palabra.

—Aunque lo que vamos a contar es de dominio público, no me gustaría que Margaret te engañara con sus mentiras, así que prefiero que conozcas primero nuestra versión.

Poco tiempo después de que muriera nuestra sobrina, la madre de Alex, su padre contrajo matrimonio con Margaret Ashford, la hija de un baronet que había hecho fortuna con los negocios. Consentida y malcriada, consiguió dominar al padre de Alex, y eso que Edward era un hombre con un carácter muy fuerte que tuvo a nuestra sobrina sometida durante lo que duró el matrimonio, pero bueno, nuestra sobrina era tan dulce y encantadora...

Ophelia se detuvo y Sophia vio que una sombra de tristeza atravesaba los ojos de la anciana. Parecía atrapada por los recuerdos.

—Como no quería tener nada que ver con Alex —continuó—, convenció a Edward para que lo enviaran a una de las propiedades que tenían en el campo, donde quedó al cuidado de varias niñeras.

¡Qué crueldad!, pensó la muchacha. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Era tan pequeño y acababa de perder a su madre, ¡por Dios! ¿Qué clase de persona podría hacer algo así?

—Al principio iban a visitarlo de vez en cuando, pero cuando Margaret quedó embarazada, nuestro sobrino dejó de existir para ellos. Todo giraba en torno a ese nuevo niño, a punto tal que...

—¿Que qué? —preguntó Sophia que había ido acercándose cada vez más a Ophelia a medida que ella avanzaba en su relato, como si de ese modo pudiera llegar más rápido al desenlace.

—Tienes que jurarme que esto nunca saldrá de aquí.

Sophia vio la tristeza marcada en cada una de las facciones de lady Barth.

—Por supuesto, nada de lo que me cuenten saldrá de mi boca. Además, sufro del mal del escritor olvidadizo.

—¿Qué es eso? —preguntó Harriet—. A lo mejor yo también lo tengo.

—No digas pavadas, Harriet, ¿acaso eres escritora? —la reconvino Ophelia mirándola como si pensara que a veces su hermana parecía tonta.

Sophia sonrió antes de contestar.

—Los escritores solemos investigar el tema central de nuestras historias. En algunos casos, nuestro material está compuesto por confidencias o testimonios de personas que no desean que se revele su identidad, a veces por miedo y otras por prudencia. La cuestión es que yo siempre me olvido de dónde procede la información, supongo, que es un modo de protegerme. Eso es lo que yo llamo “el mal del escritor olvidadizo”.

Harriet le guiñó un ojo y soltó una risita cómplice, mientras que Ophelia movió la cabeza en señal de aprobación.

—Nosotras vivimos muchos años en el extranjero, y nuestra hermana nos escribía a menudo, pero como nunca contaba nada de su hija, ni de su matrimonio, por lo que pensábamos que todo iba bien. Cuando murió, volvimos a Inglaterra y encontramos a nuestra hermana bastante cambiada. Pensamos que se debía a la muerte de su hija porque, sin duda, perder un hijo es lo peor que puede pasarle a una madre, así que pasamos una temporada con ella. Entonces supimos que casi no veía a Alex y le dijimos que nos parecía mal que su yerno no le permitiera visitar al único nieto que tenía. Ella nos contó que, según Edward, el niño estaba muy mal por la muerte de su madre y que el médico había aconsejado que lo alejaran de todo lo que pudiera recordársela. Nos pareció una locura, pero no podíamos hacer demasiado. Yo fui a ver a Edward para decirle que queríamos ver a Alex antes de volver al continente y me dijo lo mismo que le había dicho a nuestra hermana: que el médico había dicho que era mejor que

dejáramos pasar un tiempo. Ahora sabemos que lo único que quería era alejarlo de nosotras y manejarlo como había hecho con su esposa, pero no lo logró. Aunque era solo un niño, siempre fue muy maduro para su edad y no pudo dominarlo tan fácilmente.

Ophelia tomó un poco de aire antes de continuar.

—Unos meses después, cuando vimos que nuestra hermana estaba algo recuperada, volvimos al continente. Pero mientras viajábamos llegamos a la conclusión de que nuestro lugar estaba con ella. Y de que debíamos volver a Londres. Comenzamos las gestiones para vender nuestras posesiones en Italia y... Me parece que me estoy desviando del tema —dijo mientras se retocaba el recogido—. Todo esto venía a que, tras el nacimiento de Robert, la situación se volvió tan terrible que nuestra hermana, que apenas si nos transmitía sus sentimientos en las cartas que nos enviaba, nos escribió en términos alarmantes. Nos contaba, por ejemplo, que se había enterado de que Margaret había deslizado en una conversación que su hijo era el verdadero heredero del marquesado, que tanto ella como su marido deseaban que fuera él, y no Alex, quien heredara todo y que no perdía la esperanza de que su hijo fuera el futuro marqués de Abington, porque los niños como Alex, de constitución tan débil, podían morir hasta de un simple resfriado.

Sophia sintió que la ira empezaba adueñarse de ella. Sabía por experiencia propia que había gente muy mezquina, pero ¿con un niño? ¿Y su propio padre no hacía nada?

—Imagínate cómo nos pusimos Harriet y yo al enterarnos. Mi primera reacción fue tratar de volver enseguida y poner a esa víbora panza arriba.

Sophia no pudo evitar sonreír ante las palabras de Ophelia. No cabía duda de que era una dama, pero cuando se enojaba podía llegar a olvidar todo el refinamiento del habla.

—¿Y qué hicieron?

—Pocos días después, recibimos otra carta mucho más dolorosa. Nos decían que nuestra querida hermana había muerto. De un ataque, decía, pero nosotras sabíamos que había muerto de tristeza —dijo con voz trémula.

Era innegable que, a pesar del tiempo transcurrido, el dolor seguía estando latente.

—Vendimos todo lo que teníamos, salvo la villa de nuestra bisabuela, y volvimos aquí para estar cerca de nuestro sobrino. Pasaron años antes de que pudiéramos verlo con total libertad, porque su padre y su madrastra nos hacían la vida imposible.

Sophia no preguntó nada más sobre, porque era evidente que las alteraba demasiado.

—¿El hermano de lord Raston es como su madre?

—¿Robert? A mí me parece un joven encantador, pero su madre lo tiene bien controlado —dijo Harriet con voz pausada.

—¡Pero si no lo conocemos, Harriet! Seguramente es igual a su madre. Si ella lo crió, no de debe tener nada bueno.

—Mientras veníamos esta mañana, le pregunté a Alex por su familia, si tenía hermanos. De inmediato supe que algo malo debía de haber pasado, porque le cambió el semblante. Me contestó que tenía un hermano, pero que era como si no lo tuviera. Deduje entonces que la relación entre ambos no habría de ser muy fluida.

—No es que no sea fluida, querida —dijo Ophelia levantando una ceja—, es nula.

—¡Cuánto lo siento! Ahora puedo entender la incomodidad que le causó a lord Raston mi pregunta, pero bueno, en ese momento no sabía nada —dijo Sophia algo avergonzada.

—No se preocupe, no es su culpa que Alex tenga esa familia paterna.

—Y cuando se hizo mayor, ¿la situación no mejoró?

—Para nada —dijo Harriet moviendo la cabeza y haciendo que sus rizos, casi blancos, se balancearan a ambos lados de su cara.

Ophelia miró a Sophia con tristeza en los ojos. En aquel momento parecía muy cansada.

—No solo no mejoró, sino que empeoró. Alex, por decirlo de algún modo, estaba en pie de guerra con su padre no porque lo hubiera buscado, sino porque Edward no le daba opción. Siempre ponía trabas a todo lo que él quería. No le prestaba la menor atención, pero cuando el muchacho quería algo, por ejemplo, estudiar, lo torturaba antes de terminar permitiéndole hacerlo. A veces lo castigaba negándole hasta las cosas más básicas. Así que en cuanto pudo, se alistó y Edward le compró un cargo.

Sophia enarcó las cejas como si no comprendiera. ¿Cómo un hombre que le niega a su hijo todo lo que desea accedió a comprarle el cargo?

Ophelia entendió perfectamente su gesto y antes de que ella se lo preguntara, le daba la respuesta.

—¿Por qué Edward aceptó hacer eso? Imagínese, querida: si Alex moría en la guerra, cosa que era muy probable, su hijo Robert heredaría el marquesado tal como ellos deseaban.

Sophia sintió un gusto amargo en la garganta.

Ahora entendía mejor a lord Raston.

Ahora comprendía por qué se ocultaba detrás de esa máscara delante de los demás.

Ahora sabía que aquel hombre que la sacaba de las casillas, que era un enigma, que a veces la sorprendía con su ternura y otras la dejaba helada con su frialdad, tenía demasiadas cicatrices.

Era un hombre fuerte que había sobrevivido a una niñez horrible y que, en lugar de tomar el mal camino, había logrado superarse a sí mismo. En definitiva, ya no le quedaban dudas de que era un buen hombre.

Capítulo 9

ALEX miró con atención al hombre que estaba frente a él. Delgado, tanto que tenía aspecto de enfermo, y de una altura que no superaba el metro sesenta, Berkeley no era como lo recordaba. El abundante pelo negro que antes coronaba su cabeza había desaparecido y en su lugar tenía varios mechones que cruzaban su incipiente calva, en un intento bastante ingenuo por ocultar que su cabeza parecía un desierto. Estaba a cargo de los asuntos del Ministerio en los Balcanes y, por ende, era una persona muy ocupada.

Michael Lenton, sin embargo, parecía el de siempre. Ni los años, ni el trabajo, ni los continuos viajes al nuevo continente habían hecho mella en él. Sus cicatrices, las más profundas, eran internas, al igual que las de Alex.

Lenton dio un fuerte apretón de manos a James y a Alex mientras les sonreía con picardía. Eran muchos los años de amistad que los unían.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? ¿Un par de semanas? ¡Parece que no pueden vivir sin mí! —dijo con voz socarrona, mientras Berkeley carraspeaba con impaciencia.

Michael puso los ojos en blanco. Al parecer, no lo apreciaba demasiado.

—Les presento a Andrew Berkeley —agregó.

El hombre dio un paso hacia delante, hizo un leve movimiento de cabeza en señal de saludo y habló con una voz que parecía demasiado grave para su cuerpo.

—Caballeros.

Michael siguió haciendo las presentaciones de rigor.

—Señor Berkeley, le presento al señor James Talbot, inspector de Scotland Yard, y a lord Raston, marqués de Abington, quien colabora en algunos casos con esa institución.

Si a Berkeley le pareció extraño que un marqués colaborase con la policía en sus casos, no lo dio a entender. Con cara inexpresiva, miró atentamente a ambos.

—Es un placer conocerlo —dijo Alex, mirándolo a los ojos—. Le agradecemos que nos dedique parte de su tiempo. Por lo que nos ha dicho el señor Lenton, sabemos que es usted un hombre muy ocupado.

—Sí, es cierto, pero no tienen nada que agradecerme. Ustedes dirán en qué puedo ayudarlos.

Alex alzó una ceja, ante el tono de censura que se dejaba ver en las últimas palabras de Berkeley.

Michael carraspeó antes de agregar, dirigiéndose a la puerta:

—Caballeros, ya debo irme. Los dejo para que puedan hablar. Nos vemos —les dijo a Alex y a James, mientras les guiñaba un ojo. Antes de salir, hizo una mueca a espaldas de Berkeley, dándoles a entender que no los dejaba con el hombre más sociable del mundo.

Cuando Michael se hubo marchado, Berkeley se dirigió hacia el escritorio que estaba al otro lado de la habitación, delante de un gran ventanal que hacía que la luz llenara todos los rincones de aquella austera oficina.

—Bien, caballeros, tomen asiento y díganme en qué puedo serles útil.

Ambos se sentaron en las raquíticas sillas de madera que parecían hacer juego con el propio anfitrión.

—Señor Berkeley —dijo James enderezando un poco la espalda.

Esa silla era más incómoda de lo que parecía. O la Oficina de Asuntos Exteriores estaba en ruina o

usar esas sillas era una sutil estrategia para que nadie se quedara más que unos pocos minutos.

Viendo al señor Berkeley, sin duda la correcta era la segunda opción.

James, tratando de olvidar lo incómodo que estaba, continuó:

—Estamos investigando la muerte de un aristócrata, lord Charles Whyte, que ocurrió en el condado de Surrey.

—No veo qué relación tiene eso conmigo —lo interrumpió Berkeley con tono seco—. Nunca he oído nombrar a esa persona. ¿Puedo ayudarlos en algo más?

James miró a Alex. Por la respuesta, parecía que la conversación no iba a ser demasiado larga. La urgencia con la que parecía querer poner fin a la charla hizo recelar a Alex.

—La forma en que mataron a lord Whyte nos ha llevado a creer que tal vez usted pueda ayudarnos.

Berkeley los evaluó con la mirada.

—Sigo sin entender qué tiene que ver esto conmigo.

—Si nos permite que le contemos los hechos, podrá hacerse una idea bastante clara del porqué de nuestra visita —dijo secamente.

James lo miró con cara de sorpresa porque, en general, Raston era el más diplomático de los dos.

Berkeley también pareció sorprendido. Al menos estaban logrando que su rostro adquiriera algún tipo de expresión. Era un progreso, pensó James antes de volver a hablar.

—Como le decía, lord Whyte fue asesinado de una manera poco común: lo estrangularon de un modo peculiar que solo habíamos visto utilizar fuera de las fronteras de nuestro país cuando servimos en el ejército de Su Majestad.

Berkeley lo detuvo con un gesto.

—Lo sé.

Lo miraron con desconcierto.

—Cuando Lenton me dijo que querían verme, leí sus expedientes. Es una deformación profesional, espero que no lo tomen a mal.

James apretó los labios antes de continuar.

—Entonces ya sabe que hemos estado en Egipto. Allí fuimos testigos de cómo un mameluco que estaba al servicio del Rajá asesinaba a un hombre y la manera en la que lo hizo es idéntica a la que utilizó quien mató a lord Whyte.

Berkeley los miraba como quien oye llover.

—Sigo sin entender qué tiene que ver todo esto conmigo —dijo con brusquedad mientras se acomodaba la manga de la camisa para que sobresaliera de la chaqueta.

Alex estaba perdiendo la paciencia. Adelantó un poco su cuerpo para quedar más cerca de Berkeley y agregó:

—Lo que le estamos diciendo es que esa persona entró, mató y salió sin que nadie lo viese. Es decir, nos enfrentamos a un asesino profesional que utiliza el mismo método que usan los mamelucos en Egipto. ¿Le parece que esto no tiene nada que ver con el ministerio en el que usted trabaja?

Alex, que estaba atento al efecto que su discurso producía en Berkeley, vio cómo endureció la mandíbula al escuchar sus últimas palabras. Ahora sí parecía sorprendido, aunque no gratamente.

—Sé lo que está pensando —dijo Alex cuando vio una pizca de ironía en los ojos de Berkeley—, que si no forzaron la entrada lo mató alguien del servicio, pero solo hay dos hombres allí, el mayordomo y el jardinero, que rondan los sesenta años de edad. No estamos aquí por capricho. Cuando hablamos con la viuda, nos contó que solían viajar bastante y que hace unos cinco años fueron a Grecia, donde asistieron a

varios eventos en la Embajada inglesa. Según su mujer, lord Whyte hizo allí buenos amigos, así que es probable que también haya hecho algún que otro enemigo.

—¿Qué es lo que intenta decir? — preguntó Berkeley.

Por la aguda mirada que despedían sus ojos de aguilucho detrás de unas gafas nada favorecedoras, Alex supo que Berkeley fingía no comprender.

—Queremos saber si esos enemigos son los mismos que tiene en la Oficina de Asuntos Exteriores.

Berkeley se quitó las gafas y miró una mota diminuta sobre uno de los cristales. Sacó con lentitud un pañuelo blanco de su chaqueta y la limpió tomándose su tiempo. Cuando volvió a colocárselas sobre el diminuto puente de su nariz, dijo en tono pausado:

—Si entiendo bien, ustedes quieren saber si ese tal lord Whyte colaboraba con nosotros y si en ese viaje pudo haberse granjeado el odio de alguien capaz de enviar un profesional para eliminarlo. ¿Es correcto? —preguntó con sarcasmo, lanzando una risotada que ninguno de los dos hubiera esperado—. Por favor, caballeros —agregó antes de que pudieran responder—, es una historia fantástica, pero parece sacada de una de esas novelas que leen las damas para no dormir. Creo que deberían tomar un poco de distancia y procurar analizar el caso desde una perspectiva más objetiva. Aunque crean que han investigado todo a conciencia, suele ser cierto aquello de que la solución más sencilla es casi siempre la correcta. Creo que es más razonable investigar si el móvil del crimen no fue el robo o alguna disputa con alguien de la zona. Estamos muy acostumbrados a leer en los periódicos cómo un hombre entra en una casa a robar y, al ser descubierto, termina matando a algún inocente.

Alex estaba a punto de golpearlo, pero logró contenerse.

—Por supuesto que lo pensamos, pero no falta nada de valor en la casa y, por lo que averiguamos, lord Whyte carecía de enemigos —dijo James algo molesto por las insinuaciones de Berkeley—. Además, ¿cómo se explica el hecho de que el asesino haya amenazado de muerte a otra persona, a una mujer cercana a la familia?

La sonrisa de Berkeley se borró de inmediato de su cara. Volvió a esbozar una leve sonrisa y preguntó:

—¿Cómo que ha amenazado a una mujer? ¿Está a resguardo?

—No se preocupe, está...

Antes de que pudiera completar la frase, Alex lo interrumpió diciendo:

—En un lugar seguro —lo cortó sin dar lugar a más preguntas—. Le agradecemos por su tiempo, señor Berkeley —añadió mientras se levantaba de la incómoda silla, y le tendió la mano, dando por terminada la conversación.

—Pero... —atinó a decir contrariado.

Alex esbozó una amplia sonrisa mientras clavaba sus ojos en los de él.

—No se preocupe, nos ha resultado de gran ayuda. Ya sabemos lo que habíamos venido a averiguar. Y ahora, si nos disculpa...

James y Alex se dirigieron hacia la puerta, sintiendo la intensa mirada de Berkeley sobre sus espaldas.

* * *

—No entiendo a qué vino eso —le soltó James a Alex un tanto confundido, mientras bajaban las escaleras para salir.

Alex lo miró fingiendo sorpresa.

—¿No fuiste tú el que me ha dicho que, en ocasiones, lo que no se dice puede ser más importante que lo que en efecto se dice? Berkeley ha puesto bastante empeño en parecer indiferente. Es evidente que tenía prisa por deshacerse de nosotros y solo dos cosas le han llamado la atención: la manera de actuar del asesino y el hecho de que hubieran amenazado a una mujer que no era de la familia. Su actitud, al final de la entrevista, creo que ha sido más que elocuente.

James se detuvo frente a la entrada.

—Me he dado cuenta de todo eso, Alex. Soy detective, ¿lo recuerdas? Lo que no entiendo es por qué no hemos seguido hablando con él, ahora que parecía haber empezado a interesarse por el caso. Creo que podríamos haberle sacado algo más.

—A mí me parece que más bien era él quien quería obtener información de nosotros. Es evidente que no nos iba a decir nada y, en vista de su reacción, prefiero nadie sepa nada sobre Sophia hasta que descubramos qué es lo que está pasando.

James lo miró asombrado. Aunque Alex nunca se dejaba llevar por sus emociones, algo hacía que, en este caso, no fuera del todo racional, y creía saber qué era: Sophia le gustaba.

—Está bien, esta vez lo hemos hecho a tu manera, pero quiero que sepas que no estoy de acuerdo.

—¿Qué pretendes insinuar?

—Lo sabes perfectamente y, si no, estás más ciego de lo que creía.

—James.

—¿Sí?

—Olvídalo.

James rió por lo bajo. Al parecer, había dado en el blanco.

—Por cierto, ¿por qué caminas medio encorvado?

James lo miró enfurruñado.

—Ha sido esa maldita silla. Me ha dejado hecho polvo. La próxima vez me quedaré parado.

Ahora fue Alex quien rió.

—Creo que la culpa no es de la silla, James. ¿No será que ya empieza a pesarte la edad?

Alex obtuvo por respuesta una cadena de improperios de labios de su viejo amigo.

* * *

Berkeley miró hacia la puerta que conectaba su despacho con una habitación contigua destinada a guardar archivos. Vio salir de allí a un hombre mayor y corpulento, que se acercó al centro de su oficina con grandes zancadas.

—Por un momento creí que sabían algo acerca del Fantasma —le dijo Berkeley frunciendo el ceño.

—Eso es lo que menos me preocupa. Está claro que no saben nada, si no, habrían hecho más preguntas. Lo que me interesa es la mujer. Sin duda es ella y, esta vez, no podemos volver a fallar. Debemos ser rápidos y eficaces. No hay margen para errores.

Berkeley asintió mientras ese hombre, uno de los funcionarios más antiguos de la Oficina, lo señalaba con el dedo.

—Pon a dos de nuestros mejores agentes a vigilar a lord Raston y a Talbot. Deben ser sumamente precavidos porque he leído sus expedientes y son buenos, demasiado buenos.

Berkeley empezó a gestionar las órdenes cuando sintió que la puerta de su despacho se cerraba. El

hombre se había ido sin que él lo notara. A pesar de su edad, seguía siendo ágil. No en vano era uno de los hombres más temidos.

* * *

Después de desayunar con las tías de Raston, Sophia se excusó diciendo que debía seguir con su nueva novela y se retiró a la habitación azul para pensar cómo hacer para dejarle un mensaje a Ambersley en el apartado postal que Whyte le había dado, o de qué manera conseguir que alguien lo hiciera por ella. Los empleados de lord Raston quedaban descartados, porque sabía que no vacilarían en contárselo de inmediato y, si él se enterara, comenzaría a hacerle preguntas que no podía responder. Debía actuar rápido porque Ambersley tardaría varios días en sacarla de allí y, cuanto más tiempo permaneciera en aquella casa, mayor sería el riesgo para todos sus habitantes. Sin embargo, las ideas no acudían a su mente.

Daba vueltas por la habitación hasta que se detuvo de golpe. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? La solución saltaba a la vista. Debía ser muy cuidadosa y, por supuesto, tendría que solicitar la aprobación de lord Raston para evitar que su proyecto fracasara. Tenía que ser convincente y debía hacer algo que no le causaba ninguna gracia: pedirle un favor.

* * *

Raston llegó a media mañana. Sophia le había pedido a David que le avisara no bien regresara.

Repasó una vez más su aspecto en el espejo para constatar que el recatado escote de su traje color lavanda había sido la elección correcta. Vio que estaba bastante demacrada. Dormía poco y de a ratos, se le había cerrado el estómago y tenía los nervios a flor de piel, pero, salvo eso, todo andaba de maravillas, se dijo no sin cierta ironía y sonriendo a su pesar. Se pellizcó las mejillas para que el tono rosado suplantara la blancura que parecía haberse adueñado de su rostro.

Una vez satisfecha con lo que veía, bajó las escaleras de media luna que daban a la planta baja y se dirigió a la biblioteca. David le había dicho que lord Raston se había encerrado allí no bien hubo llegado, media hora antes. Sophia dejó pasar algo de tiempo antes de bajar para no parecer ansiosa. Raston era muy astuto y podía darse cuenta de que le ocultaba algo.

Golpeó la puerta con suavidad y, como no recibió ninguna respuesta, decidió entrar. Sabía que su actitud podía resultar un tanto atrevida, pero no tenía tiempo para formalismos.

La luz que entraba por las ventanas laterales iluminaba la habitación. Aunque lord Raston no estaba sentado frente al escritorio sabía que no estaba sola. Miró hacia el otro extremo, al que llegaba menos luz, y lo vio observándola con sus ojos de halcón. Sus nervios, que hasta entonces había logrado controlar, se crisparon.

—¿Desea algo, señora Turner?

Sophia logró sostenerle la mirada, mientras el vikingo, sentado en un sillón, la escrutaba. Hacía mucho calor y se llevó la mano a la nuca con delicadeza. Algo en él había cambiado. Siempre lo había visto vestido impecablemente. Sentado en aquel sillón sin chaqueta y con varios de los mechones claros de su pelo revueltos parecía un león al acecho. La camisa arremangada dejaba entrever unos antebrazos fibrosos, atléticos, y los dedos largos y algo huesudos de sus manos le parecieron incluso atractivos. Los pantalones color beige y las botas de montar completaban un cuadro digno de ver.

Sophia carraspeó antes de contestar. De repente, sintió que se le secaba la boca.

—Quería hablar con usted.

Raston se quedó en silencio unos segundos que a Sophia le parecieron horas. Esbozó una sonrisa de medio lado y le indicó con la mano que tomara asiento en el sillón que estaba frente al que él ocupaba.

La muchacha dio unos pequeños pasos y se sentó, colocando las manos sobre el regazo. Todo le resultaba muy raro. ¡Ella jamás se ponía nerviosa ante ningún hombre! ¿Por qué ahora estaba tragando saliva de ese modo?

—Usted dirá —dijo Alex, mirándola fijamente.

Tomó aire dispuesta a disipar la sensación que se estaba apoderando de ella.

—¿La pongo nerviosa? —añadió él antes de que ella pudiera hablar.

Sophia cerró la boca de golpe. ¿Cómo se había dado cuenta? ¿Era tan evidente? Hizo lo que cualquiera en su sano juicio hubiese hecho: negar con vehemencia.

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

Sophia pensó que en general había estado bastante convincente, salvo por el agudo que lanzó al final de la frase.

Alex sonrió de manera tenue, casi imperceptible, que le hubiera pasado inadvertida si no hubiera estado tan pendiente de sus labios. Era mejor que le dijera sin demora lo que había ido a pedirle y que saliera de allí cuanto antes para evitar ponerse en ridículo.

—Iba a decirle, antes de que me interrumpiera, si puedo enviarle una nota a mi editor para que venga a verme, porque ya debería haberle entregado un borrador de mi nueva novela y, sin duda, debe de estar ansioso.

Alex no podía dejar de mirarla. Los diminutos puntos verdes esparcidos como tenues pinceladas hechas al azar sobre el iris de sus ojos color miel, enmarcados en aquellas pestañas negras como la noche, serían sin duda capaces de esclavizar a cualquier hombre.

Tosió casi sin hacer ruido y cambió ligeramente de posición.

Deseaba que el caso terminara lo antes posible. No lograba pensar con frialdad. Siempre había conseguido anteponer la razón a los sentimientos, pero ahora le estaba resultando imposible hacerlo. Los sentimientos eran un lujo que no se podía permitir, solía pensar, pero esa mujer despertaba en él un instinto protector que no lograba dominar.

—Deberá dejarlo para más adelante —le contestó con calma.

—No lo entiende. Tengo plazos que cumplir y soy una mujer de palabra. Siempre cumplo lo que prometo.

Alex alzó una de sus cejas y apoyó los antebrazos sobre las piernas, flexionando el torso hacia adelante y acercándose a ella, tal vez, demasiado.

—¿Siempre? ¿Está segura? —preguntó Alex algo divertido.

—Sí, siempre. Y quiero dejar algo bien en claro: no soy su prisionera. Además, no entiendo por qué pone tantos reparos. Si ya acordamos que podía hacer alguna salida, ¿qué hay de malo en que venga mi editor aquí?

—Lo de la salida todavía no es nada seguro, señora —le dijo Alex, admirando una vez más el carácter de Sophia—. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—Su editor, ¿no acaba de decirme que necesita verlo? —dijo Alex volviendo a sonreír.

—No hace falta que sea sarcástico, lord Raston. Le estoy hablando en serio, y usted... La verdad, no sé cómo calificar su actitud.

Lo que sucedió después fue una sorpresa para ambos.

En un instante Alex miraba fascinado el mohín que Sophia hacía con sus labios y, al segundo siguiente, los estaba besando.

No podía explicarse cómo se dejó arrastrar por ese impulso, pero lo cierto era que puso sus manos sobre las suaves y tersas mejillas de ella y deseó que ese instante durara eternamente.

Al principio, Sophia, algo tímida, casi lo había rechazado con gesto virginal, pero, pasada la sorpresa inicial, le devolvía el beso con una pasión semejante a la de él. Jugueteeó con su labio inferior incitándola a que abriera un poco la boca. No podía esperar para saborearla por completo. Cuando Sophia separó ligeramente sus labios, no se detuvo por más tiempo. Se introdujo en su interior, añorando cada rincón de su boca, como si no fuese aquella la primera vez. Si era sincero consigo mismo, tenía que aceptar que había fantaseado con ese momento en más de una ocasión, pero la realidad superaba su imaginación.

Sophia no pudo reaccionar. Si se hubiese dado cuenta de lo que vendría, quizás habría podido hacer algo, aunque dudaba de que lo hubiera hecho.

Quería que continuara, pero al mismo tiempo sabía que debía detenerlo. Nunca había intimado con un hombre y, si Alex seguía avanzando, descubriría que lo del casamiento había sido una farsa. Sin embargo, se dejó llevar por la intuición y apretó con la mano la nuca de Alex para que no dejara de besarla. Él olía a lluvia, a cuero y a algo que no lograba identificar, pero que estaba disparando sus sentidos. Sabía que estaba a punto de cruzar un límite del que no habría retorno, pero no podía resistirse. Ya nada parecía importarle y se abandonó a las sensaciones que él le provocaba.

Pero Alex era un caballero, y se retiró lentamente antes de que hicieran algo de lo que ambos acabaran arrepintiéndose. Sophia abrió lentamente los ojos y vio la mirada de él transformada por un deseo que no intentaba ocultar.

—Yo...

Sophia no lo dejó continuar. Tenía que impedir que le dijera algo que la hiciera caer en sus brazos, no podía, no debía.

—Esto ha sido un error, lord Raston —lo interrumpió, intentando volver a establecer la distancia que ese beso había amenazado con romper—. No debería haber hecho eso y le pido que no vuelva a hacerlo.

Alex la miró atónito. No iba a permitirle que negara lo que sin duda ella también sentía.

—Sabes que eso es imposible. No puedes fingir que no has sentido nada. ¿De qué tienes miedo? —dijo tuteándola por primera vez.

Sophia no pudo responderle.

—No pretendo que lo entienda —le dijo mientras estiraba una y otra vez la falda del vestido.

—Pues tendrás que explicármelo. No puedes pretender que renuncie a lo que acaba de pasar sin decirme por qué. ¿O intentas hacerme creer que no has sentido nada?

Algo en los ojos de Alex le impidió mentir.

—No —le contestó sintiendo que le ardían las mejillas—. Pero no debe volver a ocurrir. No soy una mujer que se deje arrastrar por las pasiones de esa manera.

Alex creyó entender lo que quería insinuar.

—¿Quieres decir que no eres el tipo de mujer que da ese paso sin que medie algún tipo de compromiso?

Paradójicamente, Sophia se sintió insultada por esa pregunta. Si bien era cierto que lo que él sugería correspondía a la manera en que la habían educado, porque la reputación era con lo único que una mujer

podía contar, en los labios de él esas palabras parecían un insulto. Como si ella le estuviese dando a entender que el matrimonio era el precio que debía pagar para obtener su cuerpo.

—Piense lo que quiera —le contestó irritada.

Alex se levantó del sillón y dio unos pasos hacia la puerta.

—¿Y qué debería creer?

Sophia estaba tan enfadada que no lograba medir sus palabras.

—¿Tan irresistible se cree, lord Raston, que no admite un no como respuesta?

Alex estaba demasiado perplejo como para admitir que, en parte, esa respuesta había herido su amor propio. Jamás habría intentado nada si Sophia hubiese sido una virginal jovencita, pero era viuda y eso hacía que todo fuera diferente. La sociedad no era tan exigente con ellas y muchas tenían amantes y actuaban sin rendir cuentas a nadie. Siempre y cuando, claro está, todos fueran discretos.

—No te preocupes, te doy mi palabra de honor de que esto no volverá a suceder —dijo con aspereza.

Esas palabras hicieron que algo dentro de Sophia despertara. Su corazón le pedía a gritos que le dijese que se equivocaba, que le confesara la verdad. No obstante, guardó silencio.

De pie junto al sillón, lo miró a los ojos rogando que él no alcanzara a ver lo vulnerable que sentía y lo frágil que era su voluntad. Rezó para que no se diera cuenta de que se estaba enamorando de él.

Capítulo 10

AQUELLA noche el silencio entre los dos se hizo evidente hasta para las tías, que no pararon de charlar durante toda la cena. Alex casi se sintió feliz por el parloteo de su tía Harriet. Tal vez me permitan abstraerme de ella, se dijo, aunque no tardó en darse cuenta de que eso era imposible.

Había estado pensando en lo ocurrido y se sentía avergonzado por haberse dejado llevar como un jovencito enamorado. Nunca antes había permitido que sus instintos lo dominaran de ese modo como aquella tarde.

Su comportamiento era inexplicable para él, e intentó convencerse de que se debía a que hacía meses que no estaba con ninguna mujer.

—Estás muy callado esta noche, sobrino —le dijo Ophelia, mirando alternadamente a Alex y a Sophia como si estuviese intentando resolver un acertijo.

—Soy un hombre callado, tía —le contestó de manera lacónica.

Ophelia alzó una ceja en señal de reprobación.

—Lo sé, ¡pero no tanto! Los buenos modales dictan que converses con tus invitados en lugar de actuar como un ogro con indigestión.

Sophia, que estaba disfrutando del sabor de una cereza, se atragantó al escuchar esas últimas palabras.

—Querida, ¡tenga cuidado! No vaya a ser que nos deje sin conocer el final de su novela —dijo Ophelia con el mismo tono que había utilizado con Raston.

Sophia bebió un poco de agua para intentar que la comida terminara de pasar por su garganta.

—Por lo visto, la conversación que mantuvieron esta tarde en la biblioteca los ha dejado mudos —continuó la incisiva dama con una leve sonrisa en los labios.

Esta vez fue Alex quien se atragantó. Cuando tosió, una cereza salió disparada y fue a caer en la fuente.

—Revelador, muy revelador —dijo Ophelia entrecerrando los ojos con aire de triunfo.

Cuando se recuperó, miró a su tía frunciendo el ceño.

De sus dos tías, Ophelia siempre había sido la racional, la seria, la inflexible, pero, últimamente, se estaba comportando de manera más que extraña. ¿A que venía esa sonrisa de suficiencia? ¿Qué era lo tan “revelador”?

Alex pensó que con la señora Turner ya tenía suficientes quebraduras de cabeza como para ocuparse además del comportamiento de su tía, de modo que alejó esos pensamientos e intentó concentrarse en el caso.

* * *

Después de la cena, lord Raston se retiró diciendo que tenía que atender ciertos asuntos de vital importancia y Sophia se quedó a solas con las tías.

Esa noche, lady Barth estaba algo misteriosa y, durante la cena, había puesto nerviosos a los dos jóvenes. Sin embargo, pensó, él la había abandonado allí, dejándola bajo el escrutinio de Ophelia, quien la observaba sin disimulo, como si estuviese evaluándola, al tiempo que se llevaba una copita de brandy

a los labios.

—¿Se encuentra bien, querida?

—Perfectamente —respondió Sophia, con una sonrisa forzada.

Ophelia se llevó el monóculo a su ojo derecho para mirarla mejor.

—La velada ha sido algo extraña, ¿no les parece? —comentó Harriet mientras se arreglaba de manera automática el encaje de la manga de su vestido color perla.

—¿Te parece, Harriet? —repuso su hermana con tono irónico.

Harriet miró a Ophelia y suspiró.

—Hermana, a veces hablas de un modo que no llego a comprender. ¡Qué carácter tienes!

—Señora Turner —prosiguió lady Martley—, ¿cuándo nos va a deleitar con esos capítulos que nos prometió? Estoy deseando saber de qué se trata. Sobre todo, quién es el héroe y quién el villano. En lo personal, me gusta más el héroe, pero Ophelia siempre dice que el personaje del malvado suele ser más interesante.

Sophia sonrió ampliamente, haciendo que dos pequeños hoyuelos se dibujaran en sus mejillas.

—A decir verdad, el villano me resulta más interesante a la hora de escribir.

—¿Y qué papel le daría a mi sobrino, querida? ¿El de héroe o el de villano? —preguntó Ophelia mientras daba golpecitos con el monóculo en su pierna.

A Sophia la pregunta la dejó atónita. Sintió el calor subir por las mejillas y supo, sin lugar a dudas, que debía de estar roja como un tomate. Sabía que no le hacía esa pregunta porque sí. Era evidente que quería averiguar algo, pero ¿qué? ¿Sospecharía lo que había ocurrido esa tarde en la biblioteca? Sacudió la cabeza despacio para alejar esa idea. Era imposible que supiese algo. Estaba sobreinterpretando, porque lo de la tarde le había puesto los nervios a flor de piel y ahora veía cosas que no existían. Con seguridad se trataba de una pregunta inocente producto de la curiosidad, se dijo tratando de calmarse.

—La verdad, lady Barth, es que no lo había pensado. Desde luego, no sería el malvado.

Ophelia frunció el entrecejo, al parecer insatisfecha por la respuesta.

—¿Está segura?

—Quizá su aspecto se acerque más al del villano, pero...

—¿Esta diciendo que mi sobrino no es atractivo? —la cortó casi ofendida.

La muchacha no sabía cómo salir del embrollo en el que se acababa de meter.

—No, no —se apresuró a decir—, no es eso lo que intenté decir. Por supuesto que su sobrino es un hombre muy interesante.

Ophelia sonrió y la miró fijamente.

Sophia ya conocía esa mirada. Era la misma que la que ponía su gato cuando se relamía al observar un pequeño pájaro desde la ventana pensando de antemano en el festín que se daría.

—¿Entonces por qué dice que su aspecto se acerca más al del villano? ¿Por la cicatriz? A muchas mujeres, en especial a las jovencitas, esa marca les produce repulsión. Las que se le acercan suelen hacerlo por interés. Consideran un logro cazar a un marqués.

Sophia comenzó a enfurecerse con esas supuestas mujeres mientras la escuchaba. ¿Eran tontas? ¿No tenían ojos en la cara? Alex era el hombre más apuesto, más viril, más interesante que había conocido en toda su vida, y su cicatriz le daba una apariencia salvaje y ruda que hacía que fuera más irresistible todavía.

—¡Esas mujeres están ciegas! —exclamó Sophia sin pensar—. Me resulta increíble lo que me está diciendo. Su sobrino es un hombre inigualable. Es atractivo, culto y todo un caballero. Es cierto que a

veces puede resultar un poco insoportable y que tiene una habilidad especial para sacarme de quicio al querer controlarlo todo y no permitir que lo contradigan, pero eso lo vuelve más interesante aún. Y, sobre su cicatriz, ¡si apenas se nota! Esas mujeres de las que habla deben de ser bastante limitadas para fijarse en algo así. Además, creo que es precisamente esa imperfección lo que lo vuelve casi irresistible.

Sophia se detuvo cuando se percató de lo que estaba diciendo.

Harriet la contemplaba sin pestañear y Ophelia tenía una mirada satisfecha, como la de *Atila* luego de devorar a su presa. Sonreía abiertamente mientras sujetaba el monóculo con fuerza.

—Vaya, ¡qué interesante! Me alegro de que piense eso de él.

Sophia sentía que el sudor corría por sus manos. La prudencia siempre había sido una de sus mayores virtudes. No podía creer lo que acababa de ocurrir. ¡Cómo pudo reaccionar de esa manera! Su modo de actuar demostraba que lo que sentía por Alex era tan profundo que la hacía olvidar por qué estaba allí y en qué circunstancias se encontraba.

Tenía que dominar ese sentimiento antes de perder el juicio. Tenía que controlar su corazón, un corazón que empezaba a despertar nuevamente.

Soñar era un lujo que no podía permitirse. Era demasiado peligroso.

* * *

Eran las cinco de la madrugada y aún le faltaba repasar la contabilidad de la propiedad de Brighton. El administrador de la finca le había enviado los datos la semana anterior, pero los últimos acontecimientos no le habían permitido darles un vistazo.

Ni siquiera había tenido tiempo de atender sus propios asuntos, algo poco común en él. Pese a la disciplina con la que acostumbraba manejar su vida, en esos momentos las cosas no estaban resultando como había previsto y, en gran medida, la culpa era de Sophia, quien estaba trastocando no solo su vida, sino, también, su buen juicio.

Unos pequeños golpes en la puerta de su estudio lo hicieron levantar la vista de aquella interminable columna de números.

—Adelante.

David abrió la puerta y traspasó el umbral.

—¿David? —dijo Alex viendo la hora en el reloj de cuerda que había sobre la chimenea.

—¿Pasa algo? —preguntó preocupado.

—Tiene una visita, señor.

Era lo último que esperaba. Tal vez fuera James. Quizás había descubierto algo urgente.

—¿Quién es?

—La señora Amanda Ashford —fue la desconcertante respuesta.

—¿Quién? —casi gritó, sin dar crédito a lo que le decían.

—La señora Amanda...

—Ya, ya—lo cortó.

Sin duda, el mundo se había vuelto definitivamente loco. ¿Qué hacía ella allí a esas horas?

Amanda Ashford era la hermana mayor de su madrastra, Margaret, y solo la había visto en dos o tres ocasiones. ¿A qué se debería su visita?

—Llévela a la biblioteca y ofrézcale algo para beber. Estaré con ella en unos minutos.

—Sí, señor —contestó David, dirigiéndose hacia la puerta.

—Una cosa más, David. ¿Ha venido con alguien?

—Que yo sepa, señor, está completamente sola.

Alex pensó que la situación era irreal.

—Está bien, haga lo que le dije. Gracias.

Cuando la puerta se cerró, Alex tomó su chaqueta negra, se abotonó las mangas de la camisa y salió con paso enérgico.

Mientras bajaba las escaleras, se preguntaba una y otra vez qué la habría llevado hasta allí. Una vez en la biblioteca, se dirigió hacia el sillón de brocado azul que estaba junto a un ventanal donde lo esperaba la señora Ashford, que parecía nerviosa y agitada. Alex notó el modo en el que retorció la falda de su vestido gris oscuro.

En cuanto lo vio, Amanda procuró en vano recomponerse. Alex vio que sus ojos estaban llenos de la más pura desesperación.

—Lord Raston —dijo con voz temblorosa—, lamento molestarlo a estas horas —prosiguió—, pero se trata de algo de vital importancia. Espero no haberlo despertado.

Alex la miró atentamente.

Los años no la habían tratado demasiado bien. Aunque nunca había sido lo que se dice hermosa, cuando era niño a Alex se lo había parecido. La recordaba como alguien de facciones dulces y agradables, pero en ese momento esas cualidades parecían haber desaparecido, no solo a causa de la vejez, sino por la tristeza y el cansancio.

—No se preocupe, estaba trabajando. ¿Qué sucede?

Alex la vio titubear. Parecía costarle incluso decir para qué había ido.

—Es Robert —dijo con voz vacilante. Sabía que lo más probable era que Alex interrumpiera la conversación no bien escuchara ese nombre, pero no podía permitirlo. Tenía que conseguir que la ayudase. Robert era el único sobrino que tenía y la única persona que valía la pena en esa retorcida familia. Era consciente de que ella también tenía muchas cosas por las que debía disculparse. Había sido débil. Y su hermana Margaret, ¿qué podía decir de ella? Era un misterio que Robert hubiera podido sobrevivir después de haber estado expuesto por años al veneno de su madre. Era un milagro que el fruto de la unión de dos personas carentes de principios y de moral fuera alguien bueno. Pero ahora, las maquinaciones de Margaret podían hacer que se perdiera para siempre o, lo que era peor, que muriera.

—Sea lo que fuere que haya venido a decirme, solo puedo contestarle una cosa: no es de mi incumbencia —dijo Alex con una voz que no admitía réplica—. Siento que haya venido hasta aquí en vano. Ahora, si me disculpa, tengo asuntos más importantes que atender.

Antes de que Alex se moviera, Amanda se acercó a él, sintiendo que se le escapaba entre los dedos la única posibilidad que tenía de salvar a su sobrino.

—Por favor, por favor... —le dijo en tono implorante mientras las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos, poniendo su mano sobre el brazo de él.

Alex miró la mano de la señora Ashford y luego alzó sus ojos hasta la altura de los de ella.

Amanda, dándose cuenta de la temeridad que acababa de cometer, retiró la mano.

—Por favor, tiene que escucharme —le dijo con tono desesperado.

Alex temió que el nerviosismo que parecía comenzar a apoderarse de la señora Ashford finalmente estallara, y se apiadó de ella.

Desde que Sophia había entrado en su vida, parecía haber adquirido una debilidad bastante peligrosa a considerar los sentimientos de los demás.

—Está bien, la escucharé, pero es lo único que puedo prometerle.

Una chispa de esperanza pareció brillar en los ojos de Amanda. Que la escuchara era más de lo que esperaba conseguir cuando, desesperada, se dirigió hacia la casa de lord Raston. Recordaba a aquel niño pequeño, retraído y algo débil que intentaba disimular el miedo que le producía la presencia de su padre. Jamás había visto a nadie enfrentarse a Edward con tanta valentía como ese pequeño de seis años.

—Su hermano va...

—Le agradecería que dejáramos los parentescos de lado —la interrumpió con voz cortante.

Amanda pensó que su tarea no sería nada fácil. Le ardía la garganta y se maldijo mentalmente por no encontrar las palabras adecuadas para conseguir que lord Raston la ayudase.

—En menos de una hora, Robert va a batirse a duelo y no sé qué hacer para evitarlo. Ya lo he intentado todo, ¡todo! Razonar con él, pedirles a sus amigos que detengan esta locura, hablar con la persona con la que va a batirse y suplicarle que no acuda, todo, pero, como se imaginará por mi presencia, no lo he logrado. Por favor —le dijo con un hilo de voz— apelo a su corazón. Ayúdeme a detener este suicidio.

—Si me conociera, no apelaría a mi corazón, señora Ashford, porque en ese caso sabría que no tengo —le dijo con un tono tan grave y frío que la hizo retroceder.

—Pues entonces apelo a su conciencia, a sus principios. Sé que es un caballero. Sé que nunca permitiría que se cometiese una injusticia.

—¿Desde cuándo la vida es justa? —repuso con tono irritado—. Mire —agregó más calmado—, entiendo que esté alterada, pero yo no puedo hacer nada. Un duelo es un asunto privado entre dos personas, y no podría inmiscuirme aunque lo deseara.

—Pero ¿sabe con quién va a batirse? —le preguntó con los últimos restos de esperanza que le quedaban.

—No lo sé, ni me importa. Eso no cambia nada.

Alex se alejó unos pasos hacia la puerta.

—Se equivoca, ¡lo cambia todo! ¡Se va a enfrentar con el conde de Ayrn! —gritó desesperada—. ¡Y morirá!

Alex se detuvo y giró para mirarla.

En efecto, frente a él Robert no tenía la más mínima oportunidad de sobrevivir. Richard había liquidado a más hombres en duelo que los que muchos oficiales habían matado durante la guerra. Su puntería era magnífica y no tenía piedad. Había dejado viudas a muchas de sus amantes. Ese solía ser el motivo principal de sus duelos. Los incautos maridos ultrajados de las mujeres casadas con las que se enredaba cometían el fatal error de desafiarlo. Y ahora parecía que Robert iba a sumarse a la lista.

—Tiene razón —le dijo Alex con voz calmada—. No tiene ninguna posibilidad de sobrevivir.

—Pero ¿no va a hacer nada? —exclamó entre incrédula y enojada.

—Permítame hacerle una pregunta. ¿Por qué es usted la que ha venido a suplicar mi ayuda y no su hermana? Ella es la madre de Robert. ¿Qué ha hecho para impedir este duelo? —preguntó Alex acercándose nuevamente unos pasos.

—Mi hermana está deshecha. Fue a pedirle al conde que detuviera el duelo, pero no lo consiguió.

Por primera vez, Alex vio prudencia en los ojos de Amanda. No le extrañaba que estuviera ocultándole algo. Sabía por experiencia que Margaret destruía todo lo que tocaba.

—No puedo seguir hablando con usted, señora Ashford. Hay asuntos que requieren mi total atención. Así que, si me disculpa, David la acompañará a la salida.

—Pero...

Antes de que Amanda pudiera agregar algo más, Alex salió.

Amanda vio que lo que le había dicho no había significado nada para él. Por primera vez, creyó lo que se rumoreaba. Es un hombre sin alma, se dijo la dama.

Capítulo 11

LA niebla no dejaba ver entre los árboles de aquella parte del bosque. Intuía dónde sería el duelo, porque suponía que tendría lugar en el sitio que el conde de Ayrn solía elegir para batirse, lugar que él conocía, dado que, en el pasado, habían sido amigos.

Escuchó voces a lo lejos y se dirigió hacia el lugar del que provenían. No había mucho tiempo. ¿Qué hago aquí?, se preguntaba una y otra vez. Se había maldecido mil veces durante el camino, y volvió a hacerlo una vez más, mientras apretaba el paso. Esto no es asunto mío, se repetía.

Vislumbró a lo lejos una sombra negra y se encaminó en esa dirección. Cuando llegó, supo que su interrupción no sería bien recibida. Los ojos de Ayrn, que se fijaron en los de él, mostraron primero sorpresa y, luego, un odio visceral.

—¿Qué haces aquí, Raston? —le preguntó Ayrn, mientras les indicaba a sus padrinos con la cabeza que se retiraran unos metros para poder hablar con Alex en privado.

Alex miró alrededor y no vio ni rastros del oponente de Richard. Vio en su reloj de bolsillo que había llegado más rápido de lo que pensaba. Eran las seis menos cuarto. Robert y sus padrinos estarían a punto de llegar.

—He venido a decirte que detengas este duelo.

Ayrn lo miró fijamente durante unos segundos antes de soltar una carcajada.

—¿Te has vuelto loco? Raston, ese hombre me ha desafiado y no pienso eludir el compromiso.

Alex lo observó atentamente. De cabello moreno y ojos negros, Ayrn parecía salido de las puertas mismas del infierno. Los años habían sido benévolos con él, pese a la vida que llevaba.

De complexión atlética, era un buen boxeador, el mejor espadachín que había visto en su vida y un tirador insuperable. Era bueno en todo lo que se proponía, salvo en perdonar.

Cuando era demasiado joven tomó una decisión equivocada de la que ya no pudo salir.

El último de los escándalos en el que se había visto envuelto había sido el suicidio de su prometida, Kate, ocurrido tiempo atrás. El compromiso había sorprendido a todo el mundo. Nadie esperaba que finalmente decidiera casarse, y menos con una muchacha tan tímida y de rango social más bajo. Los rumores no paraban de circular. Todos compadecieron a la pobre muchacha, salvo Alex, quien se alegró al enterarse de la noticia. Pensó que esa decisión pondría fin a las correrías de Ayrn y que supondría para él comenzar una nueva vida, pero se equivocó. Veía en los ojos del que había sido su amigo más amargura y rabia de la que jamás había visto en hombre alguno.

—Sabes que no tiene ninguna oportunidad frente a ti —le dijo Alex, dando un paso al frente y situándose delante de él.

Richard buscó en los ojos de Alex una respuesta que no encontró.

—¿Y a ti qué te importa? Hace un par de años incluso me habrías agradecido que acabara con él.

—Las cosas cambian —respondió entre dientes.

Ayrn pareció pensarlo por unos segundos.

A lo lejos se oyeron los cascos de varios caballos acercándose.

—No —dijo finalmente, volviéndose hacia sus padrinos para dirigirse al encuentro.

—Te salvé la vida en una ocasión. Me lo debes —le dijo Alex con tono autoritario.

Ayrn no había dado dos pasos cuando se detuvo.

—No puedes pedirme esto.

—Puedo y lo estoy haciendo, Richard.

Apretó los puños antes de dirigirse a Alex.

—¡Ayrn! —escucharon que llamaba uno de los que acompañaba al conde.

Robert y sus padrinos ya habían llegado.

Alex volvió a clavarle los ojos antes de que se retirara y luego miró en dirección a los recién llegados. Supo el momento exacto en el que Robert lo vio, porque los ojos del muchacho se agrandaron primero, por la sorpresa, y luego por el odio que sentía hacia su medio hermano.

Robert se había representado una y mil veces la situación, pero lo que nunca había imaginado había sido que se encontraría allí con Alex. Por unos segundos, se sintió completamente descolocado.

Desde que tenía uso de razón sabía que él lo odiaba, pero nunca creyó que lo hiciera al punto de desear su muerte. Si de algo estaba seguro era de que ese iba a ser el último amanecer que vería en su vida.

Lo único que deseó entonces fue tener la suficiente puntería como para llevarse con él al conde de Ayrn, quien le había arrebatado la vida mucho antes de matarlo. Lo había condenado a un infierno mucho peor del que le tocaría en suerte cuando todo terminara.

Examinó sus manos y comprobó que no temblaban. Nunca antes había tenido que poner a prueba su valentía.

Morir era parte de su venganza, su manera de hacerle daño a quien más odiaba en el mundo: la mujer que le había dado la vida.

Inhaló aire con fuerza intentando concentrarse. Solo contaba con un disparo, porque sabía que Ayrn no fallaría. Intentó abstraerse del hecho de que el marqués estuviese allí, aun cuando su presencia lo había afectado mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Era una distracción adicional que no podía permitirse en aquel momento.

Mientras los respectivos padrinos examinaban las armas, Robert mantuvo la mirada fija en Ayrn. El conde parecía tranquilo, como si batirse en duelo fuese un simple pasatiempo para él.

Se acercó por inercia cuando lo llamaron, escuchó las reglas del duelo: cuarenta pasos, un tiro cada uno, él sería el primero en disparar porque era el ofendido y en cuanto hubiera sangre todo acabaría.

Tomó con fuerza la pistola que le tendían y la sopesó. Aunque tenía cierta práctica en el manejo de las armas, sabía que no le alcanzaba para enfrentarse con uno de los tiradores más diestros de toda Inglaterra.

Pegó su espalda a la del conde y empezó a caminar siguiendo el conteo que hacía uno de los padrinos. Mientras avanzaba, toda su vida le pareció inútil. Ni siquiera había podido salvar a la persona a la que amaba y que había depositado su confianza en él. Ahora pagaría por su incapacidad.

Cuando escuchó la orden, giró sobre sus talones y quedó frente al conde de Ayrn. Apuntó y, al oír la orden, alineó el cañón de su arma hacia su oponente y disparó. El sonido fue ensordecedor. Ayrn ni siquiera se movió.

Supo que había fallado cuando vio al conde llevarse una mano a la mejilla izquierda y limpiarse el arañazo que le había provocado la bala que en realidad estaba dirigida a su corazón. Robert se preparó para lo inevitable. Lo que más lo atormentaba era irse sin cobrarse la venganza que le debía a ella, a su memoria. Eso fue lo último que pensó antes de sentir un agudo dolor en el pecho, antes de que todo oscureciera.

Alex, que estaba a unos metros de la escena, fue testigo del disparo desviado de Robert. Pasó

rozando la mejilla de Ayrn. Unos pocos centímetros, y el conde habría estado muerto. Sin embargo, Robert había fallado y ahora era el turno de Richard, que no erraría el tiro. Apretó su puño izquierdo en un acto reflejo y, cuando escuchó el disparo, supo que el cuerpo de Robert caería al suelo. Vio al médico correr hacia el herido para determinar la gravedad de su estado.

—Estamos en paz —le dijo Ayrn a Alex, al pasar a su lado.

Alex lo miró a los ojos.

—Lo estaremos cuando el muchacho esté fuera de peligro —le respondió con voz grave.

Ayrn desvió la mirada y continuó su camino en dirección al caballo negro que lo esperaba inquieto.

Alex se acercó al grupo de hombres que rodeaba a Robert.

—¿Cómo está? —le preguntó al doctor.

—Estuvo cerca. La bala no parece haber tocado ningún órgano vital. Sin embargo, está perdiendo mucha sangre. Hay que llevarlo sin demora a mi consultorio. Aquí no puedo atenderlo como es debido.

Alex había visto muchas heridas como aquella en el campo de batalla. Además de al disparo, había que atender a la infección que la herida podía provocar. La fiebre había sesgado la vida de muchos soldados.

—Lo llevaremos a mi casa. Allí podrá atenderlo.

—Pero... —fue lo único que el médico alcanzó a decir antes de que Alex lo fulminara con una mirada de no daba lugar a objeción alguna.

* * *

Sophia no había conseguido dormir en toda la noche. El recuerdo del beso de la tarde, el olor y la sensación de las manos de Raston sobre su cuerpo volvían a ella todo el tiempo.

Dio vueltas en la cama y, cuando despuntaba el amanecer, aceptó que ya no podría dormir y se levantó. Escogió un vestido sencillo y se recogió el pelo con un estilo un tanto austero que, sin embargo, la favorecía.

Cuando se dirigía a la biblioteca para entretenerse leyendo mientras esperaba a las tías para desayunar, vio a Alex entrando por la puerta principal con gesto adusto y la camisa manchada de sangre.

Corrió escaleras abajo sin pensarlo, pero se detuvo cuando vio aparecer a otras personas. Tres hombres jóvenes cargaban a otro que parecía inconsciente, y un hombre algo mayor cerraba el grupo.

—David —le dijo al viejo mayordomo que ya estaba a su lado—, envía a alguien a buscar al doctor Jenkins. Es urgente.

David miró al joven herido.

—En seguida, señor.

Mientras subía las escaleras, Alex ordenó a los jóvenes que lo siguieran.

Cuando levantó la vista se detuvo al reparar en ella.

Sophia pudo ver su expresión sorprendida solo por un instante, porque no bien oyó al hombre herido quejándose, Alex continuó la marcha.

—¿Qué hace levantada tan pronto? Da igual —dijo sin esperar la respuesta—. Ya que está aquí, ayúdeme.

Sin decir nada, Sophia lo siguió hasta la última habitación del pasillo. Pasó detrás de él, descorrió las cortinas, quitó la colcha color marfil y colocó unos almohadones para que pudieran acomodar al herido.

—Pónganlo en la cama —dijo Alex con voz grave.

—Con cuidado —dijo Sophia al oír otro quejido de labios de aquel hombre.

¿Quién era? ¿Qué habría pasado?, se preguntó Sophia una y otra vez. Sin embargo, sabía que debía esperar.

Lo importante era acomodarlo y permitir que el médico hiciera su trabajo. Vio que el desconocido había recibido un balazo en el hombro y, aunque no parecía un disparo mortal, no paraba de perder sangre. Por desgracia, estaba acostumbrada a ver heridas como aquella, y otras peores que prefería no recordar.

Alex volvió a mirarla. Estaba muy callada, pero el espectáculo no parecía ponerla nerviosa. Era una mujer única: fuerte, segura, bella, misteriosa, inteligente.

Alejó esos pensamientos y despachó a los padrinos de Robert, que prometieron volver más tarde para enterarse del estado de salud de su amigo.

El médico no estaba logrando extraerle la bala, porque Robert, que estaba semiinconsciente, no paraba de moverse ni de gemir. Alex tuvo que sujetarlo con fuerza para que el doctor pudiera trabajar. Cuando perdió el conocimiento por completo, el médico sudaba profusamente. Alex oyó unas voces en el rellano y salió. Eran David y el doctor Jenkins, uno de los cirujanos más respetados de Inglaterra, que Alex había conocido cuando había coincidido en el ejército de Su Majestad.

—¿Qué ha pasado? Me han dicho que es urgente —dijo Jenkins con el aliento entrecortado. Tenía el pelo desordenado y su ropa, siempre impecable, lucía desprolija.

—Robert Raston está en la habitación con una bala en el hombro.

Jenkins lo miró sin parpadear. No dio muestras de que la noticia lo sorprendiera.

—¿Con qué tipo de arma le han disparado?

—Pistola. Acaba de batirse en duelo.

—Entiendo —dijo entrando en la habitación.

Alex presentó a ambos doctores y Jenkins comenzó a examinar a Robert.

—Doctor —dijo Alex dirigiéndose al médico que había estado en el duelo—, le agradezco lo que ha hecho, pero creo que sus servicios ya no son necesarios. Envíeme la factura con sus honorarios.

—No es necesario, lord Raston. El conde de Ayrn me ha pagado por adelantado —dijo recogiendo sus cosas.

David acompañó al médico hasta la puerta, mientras Alex veía como Jenkins, por fin, lograba extraer la bala del cuerpo de Robert.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Alex al médico una vez que hubo terminado de vendar al herido.

—El disparo no ha sido mortal, pero sabes como es esto. Ha perdido mucha sangre y todo depende de cómo evolucione en las próximas horas. Es un hombre fuerte y joven, y eso ayuda. No debería de haber mayores complicaciones, pero hay que estar preparados. Le he dejado un calmante para el dolor. Ya le he explicado cómo administrárselo a la dama que estaba en la cabecera. Ha sido de gran ayuda.

Alex asintió. La había visto ayudándolo con gran pericia.

—Vendré a verlo más tarde. Parece que hoy va a ser un día bastante largo para mí —agregó mientras recogía el maletín y se dirigía hacia la puerta.

Alex notó que Sophia estaba acomodando las vendas que habían sobrado.

—Ahora vuelvo —le informó.

—Aquí lo espero —dijo Sophia sonriendo levemente.

La muchacha lo miró salir abstraída hasta que el sonido de un quejido hizo que volviera a concentrarse en el hombre que estaba en la cama. El desconocido había abierto los ojos, que estaban vidriosos por el dolor. Decía algo casi inaudible.

Se inclinó hacia él para poder escuchar lo que estaba diciendo.

—Kate, Kate...

—¿Quién es Kate? ¿Quiere que la llamemos?

El herido profirió un gemido lastimero e intentó levantar el torso, pero el dolor se lo impidió y cayó en la cama perdiendo de nuevo el conocimiento.

Sophia no sabía qué estaba pasando, ni quién era aquel hombre, pero no tenía duda de que estaba sufriendo.

* * *

Después de despedir a Jenkins, Alex se cruzó con su tía Ophelia en la escalera.

—¿Qué sucede? ¿A qué se debe tanto movimiento? —preguntó con suma seriedad—. ¿Pasó algo con la señora Turner?

Alex vio que su tía, que solía parecer inmune a todo, estaba asustada.

—No te preocupes, la señora Turner está bien.

—¿Y entonces qué pasa? Te advierto que no trates de engañarme, porque sé perfectamente que aquí está pasando algo.

Alex no pudo más que sonreír. Su tía siempre había sido una mujer de armas tomar. Sin embargo, solo los pocos que la conocían de verdad sabían que, debajo de su autoritarismo, había un corazón generoso y compasivo.

—Acompáñame.

Alex la llevó a la habitación en la que estaba Robert.

Al entrar, Ophelia achicó un poco los ojos. Las cortinas no estaban corridas del todo, por lo que la luz no era suficiente para permitirle tener una visión clara.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la semipenumbra, vio a la señora Turner parada junto a la cama en la que estaba tendido un hombre.

—¿Quién es? —le susurró a su sobrino.

—Robert.

—¿Robert? ¿Qué Robert?

La cara de Ophelia adquirió un tono verdoso cuando se dio cuenta de quién era la persona que yacía allí.

—Señora Turner, ¿podría cuidarlo un poco más?

Sophia frunció el entrecejo. No tenía problema de quedarse el tiempo que fuera necesario, pero le parecía injusto que no le contara qué estaba sucediendo.

—Por supuesto, pero creo que me debe una explicación, ¿no le parece?

Alex evaluó las palabras de la muchacha. No le hacía ninguna gracia tener que contarle quién era ese joven, pero, dada la situación, no había salida.

—Está bien, acérquese.

Fue hacia donde se encontraban Alex y su tía pensando que su cara debía de manifestar la misma impaciencia que la de Ophelia.

—Siéntense.

—Estoy bien así —dijo Sophia.

—Siéntate, querida —le dijo Ophelia al ver la expresión de su sobrino.

—¿Por qué siempre tiene que salirse con la suya? —musitó para sí, aunque Ophelia alcanzó a escucharla.

—Tendrá que tener paciencia —le murmuró la mujer en un susurro.

—¿Puedo empezar o aún no terminaron de cuchichear?

—Yo no cuchicheo, Alex, es de mala educación —le dijo Ophelia levantando una ceja en señal de disgusto—. Por favor, empieza de una vez.

Alex suspiró tratando de no perder la paciencia.

—Esta madrugada tuve una visita inesperada: Amanda Ashford vino a verme.

Ophelia pareció quedarse sin habla.

—¿Quién es? —preguntó Sophia titubeando. Notó que se trataba de un tema delicado.

—Es la hermana mayor de la madrastra de Alex —contestó Ophelia, que parecía haber recobrado el aplomo—. ¿Qué quería?

—Vino a pedirme ayuda. Quería que evitara un duelo en el que estaba involucrado Robert.

—¿Un duelo? —preguntó Sophia algo confundida—. ¿Pero no son ilegales?

Ninguno de los dos se molestó en responderle. Ambos estaban concentrados, interrogándose con la mirada.

Ophelia pareció entender.

—Por lo que veo, no lo detuviste —le dijo.

—El duelo era con el conde de Ayrn.

Ophelia se estiró en el sillón que ocupaba. Su expresión era muy seria.

—Entiendo.

—Pues yo no entiendo nada —dijo Sophia enojada.

—El conde de Ayrn no falla nunca, querida. Nunca —sentenció mirándola a los ojos.

—Y no lo ha hecho tampoco ahora. Ese hombre está gravemente herido.

—Pero está vivo —le dijo Alex clavándole la mirada.

Sophia comprendió.

—¿Y por qué no lo mató? —preguntó Sophia, aunque intuía la respuesta.

Alex endureció la mandíbula en un acto reflejo.

—Porque me debía un favor.

Ophelia extendió una mano y tocó a Sophia, indicándole que debía detenerse.

—Has hecho lo correcto —le dijo a su sobrino con ojos tristes.

—Yo no estaría tan seguro —repuso dándoles la espalda y saliendo de la habitación. Ambas mujeres sintieron que todavía les quedaban muchas cosas por comprender.

Capítulo 12

OPHELIA se quedó mirando la puerta que Alex cerró tras de sí.

—No entiendo nada —dijo Sophia algo perpleja por la reacción de lord Raston.

—Yo a veces tampoco —dijo dándole unos golpecitos cariñosos en la mano.

—¿Quién es este hombre y por qué vino la hermana de la madrastra de lord Raston a pedirle ayuda?

—preguntó, pensando que tal vez se estuviera excediendo al pretender que le respondieran.

Ophelia inspiró profundamente antes de contestar.

—Ese hombre es Robert Raston, el medio hermano de mi sobrino.

Sophia abrió la boca como para decir algo y la cerró de inmediato, dejando salir una leve exclamación.

—Amanda Ashford es la tía de Robert.

—Entiendo. Pero ¿por qué suponía que lord Raston podía interceder?

Ophelia suspiró poniendo una mano encima de la otra sobre la falda.

—Imagino que pensó que Alex podía tener alguna influencia sobre él debido a que en su juventud fue amigo del conde de Ayrn.

—Entiendo, por sus palabras, que esa amistad ya ha terminado.

—Así es. El conde de Ayrn cambió. Eligió un camino del que nadie puede ayudarlo a salir, y temo que ya sea demasiado tarde para él. Créeme que, si hubiese querido, habría matado a Robert. Como ya dije, nunca falla.

—Por su descripción, parece un hombre despiadado.

Ophelia la miró y esbozó una sonrisa triste.

—Yo diría que más bien es un hombre atormentado. Ha perdido su alma y no hace nada por recuperarla.

—¿Es el villano?

Ophelia sonrió sin tristeza.

—Mucho me temo que sí —le respondió mirando hacia la cama—. Si quieres puedo reemplazarte en el cuidado del chico.

—¿Chico? ¿Qué edad tiene?

Ophelia hizo una cuenta mental.

—Rondará los veinticinco.

—Pues, si me permite, yo no diría que, a esa edad, ya no es ningún chico.

Ophelia puso los ojos en blanco.

—Cuando llegues a mi edad entenderás que un joven de veinticinco años no es más que un chiquillo. ¡Y ni se te ocurra preguntarme cuántos años tengo!

Sophia se llevó la mano al pecho, ofendida.

—¿Yo? Me da mucha pena que haya dicho eso. Se equivoca. En todo caso se trata de la curiosidad propia de una escritora que no puede resistirse ante una buena historia.

Ophelia levantó una ceja.

—Llámalo como quieras, querida, pero no hay duda de que eres de lo más persistente.

Ophelia vio que Sophia no podía contener la risa. Sabía que Lady Barth tenía razón. Su madre siempre le decía que no era bueno que fuera tan curiosa y era evidente que el tiempo no había logrado que su defecto desapareciera.

Ophelia también rió por lo bajo y cuando se dieron cuenta de que ambas estaban intentando contener las carcajadas, rieron abiertamente.

Por primera vez, Sophia se sintió como en casa.

* * *

Esa misma tarde, después de que Ophelia pusiera a su hermana al tanto de lo que había pasado, Sophia tuvo la oportunidad de encontrarse con lord Raston.

Aunque sabía que debía mantenerse al margen, que se trataba de un asunto familiar en el que no debía inmiscuirse y, además, que pronto saldría de la vida de esas amables personas para siempre, algo que había visto esa mañana en el rostro de Raston la impulsaba a hablar con él. A pesar de que su cabeza le decía que no lo hiciera, su corazón la obligaba a hacerlo.

Durante toda la mañana, mientras Sophia lo estuvo cuidando, Robert no recuperó el conocimiento, pero de vez en cuando decía en sueños cosas incomprensibles para ella. Lo único claro que repetía una y otra vez era el nombre “Kate”.

Cuando fueron a relevarla, Harriet y Ophelia le dijeron, como de pasada, que Alex se había encerrado en la biblioteca. Sophia, en lugar de escuchar la voz de la razón, se encaminó hacia allí. Si lo pensaba un poco, el buen juicio nunca le había sido de gran ayuda.

Tocó la puerta y, luego de escuchar un “adelante” que parecía venir desde una caverna, entró.

Lord Raston estaba sentado en un sillón cerca de los grandes ventanales con un libro en la mano. Sobre la mesa auxiliar que tenía a uno de los lados había más libros y estaban también los periódicos del día.

—Ah, es usted —dijo con un tono de decepción que no trató de disimular.

—Veo que esperaba a otra persona —dijo la muchacha intentando ser agradable.

—Sí. Pensé que era Talbot.

—Si está ocupado, puedo volver más tarde —le dijo Sophia arrepintiéndose de haber seguido su impulso.

Raston dejó el libro en la mesa auxiliar, se reclinó hacia atrás y la miró fijamente.

—Tome asiento y dígame qué es lo que desea.

Sophia supo de inmediato que, en efecto, no era un buen momento para hablar. El mal humor que traslucían sus palabras sin duda aumentaría tras esa conversación. No había tardado en descubrir que ambos se producían el mismo efecto —tenían la cualidad de sacarse mutuamente de quicio— y estaba claro que, en ese momento, lo que menos necesitaba Raston era alguien que provocara que el volcán que llevaba dentro entrara en erupción.

—No se preocupe, no es nada importante, puedo esperar —le dijo comenzando a irse.

—Pues yo no. Tengo demasiados asuntos que atender y no puedo prometerle que más tarde dispondré de tiempo para mantener esta conversación que, sin duda, habrá de ser más que interesante.

Sophia enarcó las cejas. Cada vez le costaba más controlarse ante el sarcasmo de Raston.

—Es usted tan amable que a veces me abruma —le dijo Sophia intentando también ser sarcástica.

—¿No es cierto? —le preguntó Raston con una sonrisa deslumbrante.

Sophia tuvo que admitir que esa vez le había ganado. Ese hombre tenía más recursos de los que parecía a simple vista.

—Está bien —dijo Sophia sentándose frente a él—. En primer lugar, ayer al final nos desviamos del tema —dijo poniéndose roja como la grana— y no me contestó si podía o no llamar a mi editor.

Alex se inclinó hacia delante.

—Ya le he escrito. Viene mañana a la hora del té. ¿Le parece bien?

Sophia se quedó muda. No podía creer que hubiese hecho lo que ella le había pedido y, además...

Alex vio que Sophia hacía ese cómico gesto con la nariz, como si algo no oliese demasiado bien. Era incomprensible que algo tan poco femenino lo atrajera, pero sin duda le encantaba verla hacerlo.

—¿Cómo pudo mandarle un mensaje si yo nunca le dije cómo se llamaba?

A esta mujer no se le escapa nada, pensó.

—Le recuerdo que mis tías son sus más fieles seguidoras. Tienen todos sus libros y en ellos aparece el nombre de la editorial. Como verá, no ha sido muy difícil.

—¡Ah! —exclamó Sophia, sintiendo que esa explicación hacía que su pregunta resultara un tanto ridícula—. ¿Y ha tenido usted la oportunidad de ojear alguno de mis libros?

De repente, Raston tenía una expresión divertida en la cara que lo hacía parecer más joven. Sophia pensó que le gustaría verlo feliz. Era una necesidad que brotaba de no sabía dónde. Esa sonrisa a medio dibujar la empujaba a ir por más. Quería oírlo reír.

¿Pero qué me pasa?, se preguntó. ¡Parezco una chiquilla enamorada! Tengo que controlarme antes de hacer algo de lo que luego deba arrepentirme, se reconvino.

—Podría mentirle y decirle que no, pero lo cierto es que la otra noche estuve leyendo algunos capítulos de *El ladrón de joyas*.

¡Vaya!, pensó Sophia. No necesitaba la aprobación de Raston, pero se sorprendió deseando escucharlo hacer un comentario positivo acerca de su libro.

—¿Y qué le pareció? —preguntó intentando no parecer ansiosa.

Raston hizo un gesto con los hombros, como si hubiera sido una pregunta intrascendente.

—Es entretenido —contestó sin demasiado entusiasmo.

Alex se estaba divirtiendo con los cambios de expresión que veía en el rostro de Sophia. Ahora lo estaba mirando como si fuera un insecto al que se está a punto de aplastar. Se notaba que la respuesta la había defraudado y esa había sido exactamente la intención de Raston al mentirle, porque, en realidad, el libro le había resultado muy interesante y no había tardado en darse cuenta de que Sophia tenía mucho talento. Desde el principio se había enganchado a la historia. La destreza con la que utilizaba el lenguaje, su forma de describir y de abordar los sentimientos de los personajes, sin florituras ni medias tintas, lo habían atrapado. Los matices de los protagonistas y secundarios, que no mostraban una clara distinción entre el bien y el mal, le había encantado. Sophia había captado la dualidad propia del ser humano, con sus debilidades, sus altibajos, su lado oscuro.

—Es comprensible —dijo Sophia sacándolo de sus pensamientos.

—¿Qué es lo comprensible, señora Turner? —preguntó intrigado.

—Pues que un hombre tan culto, tan curtido en mil batallas y con tan poco tiempo para sí mismo —dijo no sin cierta ironía— no aprecie demasiado ese tipo de lectura. Imagino que cuando tiene oportunidad de leer, cosa que, supongo, no será muy a menudo, debe de optar por las grandes obras de la literatura.

Sophia se asombró por la forma en que había reaccionado. Nunca se había interesado demasiado por

los comentarios que se hacían sobre sus obras y más bien la incomodaban los elogios desmedidos. además, él tenía todo el derecho a decir lo que quisiera. ¿Por qué la había afectado tanto? Sabía de sobra que no podía gustarle a todo el mundo, y nunca le había importado demasiado.

—Tiene razón, pero por deferencia hacia usted, el otro día hice una excepción. Como le he dicho, su novela me resultó muy llevadera.

—¡Llevadera! —casi gritó.

De inmediato, se dio cuenta de que estaba perdiendo el control. Las damas no gritaban ni perdían la compostura de ese modo.

—Claro, tiene usted razón —prosiguió—. Me alegro de que le haya parecido llevadera. Se lo diré a mi editor sin falta cuando venga. Sin duda eso lo alegrará enormemente—dijo con tono agrio.

Raston soltó una carcajada.

Sophia no estaba preparada para esa reacción. Era la primera vez que lo veía reírse y ella misma se sorprendió riéndose también.

No sabía ni de qué se reían, pero eso era lo de menos. Lo importante era que, por unos segundos, había visto caer la máscara de Raston. Parecía relajado y sus ojos, al brillar con esa luz que solo la felicidad podía darles, resultaban más espectaculares aún.

Cuando Raston se calmó, tenía la expresión de un niño al ser descubierto haciendo una travesura. Sophia creyó entender.

—Me estaba provocando y yo he caído en su trampa, ¿verdad? —le preguntó Sophia sonriendo.

Sí —contestó Raston con picardía—, y valió la pena.

—Ya veo —sonrió Sophia de nuevo—, me utiliza de bufón.

Alex se puso serio.

—De ningún modo. Usted es la mujer más inteligente y hermosa que he conocido nunca.

Sophia vio que lo que le decía se le reflejaba también en los ojos y fue incapaz de articular palabra.

Quedó paralizada. Con una mirada la había hecho sentir más de lo que había sentido en los últimos años. Se sintió viva por primera vez en mucho tiempo. Todo se volvía más intenso. El perfume de las rosas que estaban en la mesa, la luz del sol que se colaba por los ventanales, todo lo conocido le parecía nuevo.

—Veo que la he dejado sin palabras, señora Turner —le dijo Raston reconstruyendo su personaje.

¿Por qué hace esto?, se preguntó Sophia. ¿Por qué vuelve a ocultarse? La intensidad de sus palabras había desaparecido, la complicidad se había esfumado y la mirada desnuda y auténtica se había perdido.

—No, claro que no —le dijo Sophia algo decepcionada—. Ha sido muy amable al dedicarme esas palabras tan generosas.

—Es lo menos que merece —dijo Raston restándoles importancia.

Sophia sabía que debía detenerse, pero algo le impedía hacerlo. Quizá porque ella también estaba acostumbrada a representar un papel, a ocultarse y había perdido una parte de su juventud, de su vida en el camino, pero ella no había tenido opción en tanto que él... ¿por qué lo hacía? Lo que las tías le habían contado acerca de su niñez hacía comprensible que siempre se hubiera ocultado bajo una fachada de indiferencia y hastío, pero ¿por qué seguía haciéndolo? Quizá ya no sabía cómo ser de otra manera o, tal vez hubiera otra razón. Si no lo hubiese visto reír hacía un momento, ni siquiera se estaría haciendo esas preguntas.

—¿A qué le teme, lord Raston? —preguntó y, en cuanto se oyó hacerlo, se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta en lugar de pensarlo.

El rostro de Alex se endureció. Ya no quedaba el menor rastro del hombre al que acababa de ver reír.

—Yo no le tengo miedo a nada, señora Turner —dijo con calma.

El tono que había empleado imponía respeto, pero Sophia pensó que ya no podía volverse atrás.

—Pues yo creo que sí, lord Raston. Y son muchas las cosas que me han hecho llegar a esa conclusión.

—Le ruego que me ilustre —repuso con sarcasmo.

Sin embargo, no consiguió que ella se amedrentara.

—De acuerdo. El hecho más significativo ocurrió esta mañana, cuando nos estaba contando lo de su hermano.

Alex frunció el ceño, pero la dejó continuar. En cierta forma tenía curiosidad por saber qué era lo que le iba a decir. Quería ver hasta dónde llegaba.

—En la medida en que sea usted quien maneja la situación, mientras logre contener sus sentimientos, no tendrá ningún tipo de problema.

—¿De verdad piensa que tengo sentimientos? —la interrumpió.

Sophia suspiró algo cansada.

—Por supuesto. Yo fui testigo de que los tiene y no permitiré que intente hacerme creer lo contrario —dijo en tono casi amenazante.

Alex estaba azorado. ¿Era posible que esa mujer no se diera cuenta lo enojado que estaba y el esfuerzo que estaba haciendo para controlarse? ¿Cómo se atrevía a retarlo?

—Le pido que deje de interrumpirme porque, si no, tendré que empezar de nuevo —continuó ella.

—No creo que pueda soportarlo —dijo Alex con cinismo—, así que siga, por favor, no volveré a interrumpirla.

—Esa es otra de las cosas que me gustan de usted, lord Raston: su sentido del humor. Lo tiene bastante escondido, pero cuando lo deja salir es sin duda fantástico —le dijo Sophia con media sonrisa.

Alex sintió que estaba a punto de perder el control.

—Decía que mientras sus sentimientos no intervengan, va todo perfecto —continuó Sophia—, pero no bien aparecen las cosas cambian. Usted no se da cuenta, pero por momentos, como acaba de pasar cuando alimentó mi vanidad con esos bonitos cumplidos, baja la guardia y, apenas se da cuenta de que lo ha hecho, hace algún comentario cínico o sarcástico, tratando de dar a entender a la otra persona que sus palabras o acciones no eran serias. Eso, lord Raston, es miedo. Puede tratar de esconderlo o negarlo de mil formas, pero eso es miedo.

Alex se sorprendió. No esperaba que alguien que lo conocía desde hacía tan poco tiempo se aventurase a describirlo como si supiera algo de él.

—No me conoces, no tienes ni idea de cómo soy, así que no te atrevas a decir que tengo miedo cuando, en realidad, quien tiene pánico eres tú —le soltó, volviendo a tutearla.

Sophia lo miró a los ojos. Era evidente que aquel hombre no iba a dar su brazo a torcer. No obstante, ella podía ser más testaruda de lo que él creía.

—Nunca lo he negado, ni lo estoy haciendo ahora, lord Raston —le dijo con una calma que hizo que Alex apretara la mandíbula en un acto reflejo.

Alex había contado con que ella se ofendiera y negara con vehemencia sus palabras. No esperaba esa respuesta, ni esa calma, ni ese reconocimiento tan directo de sus sentimientos.

—Tengo miedo del asesino de lord Whyte, de lo que pueda hacerme a mí y a todos los que me rodean —siguió—. Tengo miedo de no poder volver a mi vida anterior y de que nada vuelva a ser como era. Tengo miedo de lo que siento por ti y de que pienses que lo que hay entre nosotros no es más que una

mera atracción física. Te dije que ese beso había sido un error porque no quiero enamorarme de ti. Tengo miedo de lo que pueda resultar y de terminar lastimada.

Alex sintió como si le hubiesen dado un golpe en el estómago. Jamás había esperado tanta sinceridad, aunque debería haberse dado cuenta que estaba hablando la misma mujer que no había dejado de sorprenderlo desde que la había conocido.

Volvió a confirmar, una vez más, que nunca había conocido a una mujer así. Sabía cuánto debía de haberle costado decirle todo eso, porque estaba roja y, a pesar de su aparente calma interior, apretaba el puño de su mano sana con tal fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

De todo lo que acababa de oír, lo que lo había dejado sin respiración fue que le dijera que temía enamorarse de él. Era la primera mujer que admitía que existiera esa posibilidad. Y no es que no hubiese tenido relaciones, había tenido muchas, pero siempre había sido sencillo. En todo momento habían estado las cosas claras entre su amante y él. Habían disfrutado los dos de la relación mientras duraba, sin sentimientos que pudiesen enturbiar lo que los dos sabían que tarde o temprano terminaría por acabar. Por eso nunca se había planteado seriamente la idea de casarse. No hasta que había regresado a Inglaterra y sus tías empezaron a hacer de casamenteras.

Las damas con las que solía estar eran o bien mujeres casadas que, aburridas, buscaban distracción o alguna viuda que no quería un nuevo compromiso. Las jovencitas casaderas, cuyas madres intentaban que se unieran a él eran reticentes a los dictados maternos: algunas porque le tenían miedo y a otras porque su cicatriz les provocaba repulsión.

De modo que allí estaba: ante una situación que nunca hubiera previsto y viéndose obligado a enfrentar unos sentimientos que ni siquiera sabía que poseía. Porque ¿qué era eso que había sentido en el estómago y en el pecho cuando Sophia le había dicho que no quería enamorarse de él, sino sentimientos? Escucharla decir su nombre de esa forma cálida y dulce había provocado que se ablandara la coraza que había tenido en su interior desde que tenía memoria.

Había sentido algo parecido a la euforia, seguido de una rabia casi incontenible porque ¿cómo podía estar diciéndole que era capaz de llegar a amarlo y, al mismo tiempo, estar dando por concluido el asunto?

* * *

Sophia se sentía más avergonzada de lo que nunca había estado en toda su vida. Lo que acababa de decirle a Raston era cierto, pero no había tenido la más mínima intención de hacérselo saber.

¿Qué pretendía lograr con eso? ¿Que él se riera de ella y pensara que era una tonta?

¿Desde cuándo era tan insensata?, se preguntó por enésima vez. Sintió que las mejillas le ardían como si tuviese fuego bajo la piel. Seguro que estaba roja como un tomate. Ese pensamiento hizo que se avergonzara más todavía.

Ni siquiera podía alegar que su actitud se debiera a que era una mujer madura y con experiencia que no temía decir lo que pensaba, porque si Raston era observador, y sin duda lo era, ya se habría dado cuenta de que estaba temblando como una hoja a merced del viento.

—Tengo que confesarle que, por primera vez en mi vida, me he quedado sin palabras —dijo Alex rompiendo el silencio que parecía haber durado una eternidad.

Sophia sintió que el mundo se derrumbaba.

Lo último que esperaba encontrar en ese hombre era la compasión que veía en sus ojos. Era más de lo que podía soportar, pero no iba a actuar como él. Había sido sincera y, ahora, tendría que enfrentar las

consecuencias.

—No tiene que decir nada, lord Raston. Usted me acusó de tener miedo, como si eso fuese un delito, y yo le he contado a qué le temo. Creo que el otro día cuando pasó lo del...

—¿Beso? —completó Alex, al ver que Sophia no conseguía hacerlo.

—Sí... Creo que se quedó con una impresión equivocada de mí. Solo he querido aclararle la causa de mi rechazo.

Alex se acercó un poco más a ella, tanto que sus rodillas se rozaron.

—¿Y por qué cree que va a sufrir? —preguntó Alex mirándola a los ojos.

Sophia soltó el aire que había estado conteniendo antes de contestar.

—Lo sé, eso es todo. Todavía estoy a tiempo, pero si dejo que esto —dijo haciendo un gesto que los abarcaba a los dos— continúe... Pero ¿por qué seguimos con esto? No conduce a nada y no es de esto que vine a hablarle.

—¿Ahora quién es el que huye, Sophia? No dejas lugar para otra respuesta que no sea la tuya, ¿verdad? ¿Tanto crees conocerme? Pues te diré algo que quizá no sepas: a veces, las personas son impredecibles, incluso para sí mismas, como yo ahora.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sophia sin comprender.

—No tengo miedo, Sophia. Lo que ocurre es que no puedo reconocer sentimientos que jamás he experimentado. Me cuesta comprenderlos y aceptarlos. Sin embargo, sería un necio si los apartara de mí.

Sophia sonrió tímidamente, como si sus labios se sintieran cohibidos por aquellos ojos color humo que la miraban atentamente.

—No es más fácil para mí —agregó Alex sonriendo también.

Parecía haber adivinado lo que Sophia iba a decir.

—No eres la única que puede acabar lastimada.

Sophia sintió que el corazón le daba un vuelco. Aquello no era lo que había imaginado que le diría. Nunca habría esperado que aquel vikingo se abriera a ella de ese modo. Esta vez no huía. Hablaba en serio, y eso le daba más miedo aún. Ahora no tenía cómo defenderse de él.

—Yo... —dijo la muchacha con un nudo en la garganta.

Alex tomó la mano enguantada entre las suyas y empezó a acariciar la piel de la muñeca. Cuando intentó bajar un poco el guante, Sophia dio un respingo, impidiéndole que siguiera.

—Tú has visto mis cicatrices —le dijo Raston con una voz que la desarmó.

—No, no puedo —murmuró Sophia.

—No hay nada que pueda ver que logre modificar lo que siento por ti. Creí que me conocías.

Sophia ya no estaba tan segura. Había sido muy ingenua al pensar que sabía quién era aquel hombre. En los últimos minutos estaba haciendo y diciendo cosas que nunca habría imaginado que haría o diría, y eso no se ajustaba precisamente a su idea sobre de él. Sin embargo, algo en su interior le decía que le permitiera ver lo que ocultaba su guante para que se alejara de ella.

Sin decir nada, Sophia retiró la mano con la que había tratado de contenerlo y le dio permiso para continuar.

Alex bajó el guante muy despacio. Había visto muchas cosas durante la guerra: extremidades amputadas, soldados que casi eran niños destrozados por los cañones de artillería, vísceras esparcidas por el campo de batalla; sin embargo, cuando vio la mano de Sophia sintió un dolor físico. Deseó que ella nunca hubiese tenido que atravesar el dolor que debió de producirle aquella quemadura que había desfigurado su mano. Esos sentimientos se arremolinaron en su mente y lo sacudieron, provocándole una

rabia a la que no podía siquiera nombrar. No obstante, su mano le pareció hermosa por el simple hecho de que era parte de ella.

Bajó la cabeza y la besó con suavidad. Primero la palma, donde algunos pliegues habían dibujado pequeños surcos que se contraían y se estiraban, después cada uno de sus dedos y, por último, la miró a los ojos y posó sus labios solo unos centímetros por encima de los nudillos.

Al levantar otra vez la cabeza, clavó los ojos en los de ella y despacio, de manera tan lenta que Sophia sintió como si el tiempo se hubiese detenido, pasó los dedos maltrechos por la cicatriz que cruzaba su rostro.

Sophia solo reparó en que estaba llorando cuando sintió rodar por su mejilla la primera lágrima, a la que siguieron otras más.

El gesto de Alex era mucho más que una manera de decirle que la aceptaba tal como era. Aquella quemadura significaba en su vida la desaparición de todo lo que había amado. Con aquellos besos, de cierta forma él hacía reaparecer algo que creía muerto para siempre.

Sin poder contenerse, Sophia se inclinó hacia él y lo besó, incapaz ya de ocultar que estaba enamorada de lord Alexander Raston.

Capítulo 13

TOCARON a la puerta. Alex no quería romper aquel instante en el que sus sentidos estaban siendo absorbidos por los maravillosos labios de aquella mujer que había logrado llegar a su interior con tanta facilidad.

Por primera vez en su vida, sintió que caminaba sobre arena movediza y que en cualquier momento podría ahogarse. Sin embargo, y en contra de lo que le dictaba su razón, no le importó caer. Al contrario, quiso hundirse en aquel barro. Sin duda, ya no controlaba la situación.

Un segundo golpe a la puerta rompió el hechizo.

Sophia abrió los ojos como si despertara de un sueño y se acomodó en el sillón como si nada hubiera pasado, pero el rubor de sus mejillas, que le hacía parecer más hermosa todavía, la delataba. Sus ojos, que posiblemente brillaran con una luz sospechosa a espectadores ajenos, para él eran como un canto de sirena.

Alex acarició una vez más la suave cara de Sophia antes de sentarse y permitir que entrara la persona que los había interrumpido.

Talbot atravesó la puerta; Sophia lo saludó con premura y salió rápidamente de la habitación.

—¿Pasa algo? —preguntó James mirando los periódicos que había sobre la mesita auxiliar al tiempo que se sentaba frente a su compañero.

Raston lo miró sin entender.

—No, ¿por qué?

James dejó de atisbar los periódicos y volvió a centrar su atención en Alex.

—Me ha parecido que la señora Turner estaba algo turbada. Parecía incómoda.

Alex esbozó una sonrisa.

—Lo malo del trabajo de detective es que te hace ver cosas donde no las hay.

—Si tú lo dices...

—Por la ciudad se ha esparcido el rumor de que el conde de Ayrn se batió ayer en duelo con tu hermanastro.

—Las malas lenguas tienen razón.

Talbot dio un silbido.

—Podríamos abrir una investigación porque los duelos son ilegales.

—Pero están socialmente aceptados y, aunque quisieras, no podrías encarcelar a nadie.

James arqueó una ceja mientras se reclinaba un poco sobre el sillón.

—¿Sabes que a veces es insoportable que creas que lo sabes todo?

Alex rió por lo bajo.

—Creo que alguna vez me lo dijiste.

—Creo que no hay solución para ti. Ya es tarde.

—Y, ahora, en serio —continuó James—, también se comenta que Robert terminó herido. ¿Cómo está?

Alex cambió el semblante.

—Por ahora todo parece indicar que se recuperará, pero hay que esperar. Mi tías y la señora Turner se han turnado para cuidarlo. Por momentos ha tenido fiebre, pero no ha sido demasiado alta.

—¿Has hablado con él?

—Todavía no. El doctor Jenkins le dio un calmante y no está del todo despierto. Cuando volvió para controlarlo dijo que estaba evolucionando bien y que solo le diéramos el analgésico cuando lo pida, así que imagino que en poco tiempo estará totalmente despierto y pidiendo explicaciones.

James sonrió de medio lado.

—Y, por lo que veo, no tienes muchas ganas de dárselas.

Alex endureció la mandíbula.

—Creo que ya he hecho más de lo que debía. No quiero saber más del tema.

—Pues no creo que puedas.

Alex sabía que tenía razón, pero no tenían tiempo para esas cuestiones estando inmersos en una investigación tan compleja.

—Imagino que no has venido solo para hablar de eso —le dijo Alex cambiando de tema.

—No. He estado haciendo averiguaciones, pero no encontré nada que no supiéramos: Berkeley tiene una reputación intachable y, a pesar de que no es muy popular, es respetado por todos sus compañeros. Sin embargo, desde que hablamos con él, he tenido la sensación de que me estaban siguiendo y esta mañana he confirmado mis sospechas. Cuando cruzaba Hyde Park, he visto a dos hombres, aunque no lo suficiente como para reconocerlos.

Alex asintió con la cabeza.

—Eso confirma nuestras sospechas. Ahora, solo resta averiguar qué saben, cuánto nos ocultan y, lo más importante, por qué.

Talbot estuvo de acuerdo con su compañero.

—Intenta averiguar algo sobre los hombres que te siguen. Me reuniré mañana por la mañana contigo en Scotland Yard. Quiero comprobar algo.

—Está bien —dijo Talbot mientras se levantaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Alex, que no se había percatado antes de que su amigo tenía algo en el pie.

James chasqueó la lengua con fastidio.

—Si te lo cuento, te estarás riendo a costa mía durante una semana.

El comentario intrigó a Alex.

—Sabes que de cualquier modo lo averiguaré —dijo Raston con total convencimiento.

—Está bien —respondió molesto—. Cuando iba por Hyde Park y me di cuenta de que me seguían, me escondí tras unos árboles para ver si podía verlos, pero pisé a un perro que estaba tumbado a la sombra del árbol e intentó morderme.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Alex tratando de no reírse.

—No te atrevas a reírte, Raston, porque todavía no te he contado lo peor. Iba a quitarme el perro de encima, cuando vino hacia nosotros, a toda prisa, una dama que decía ser la dueña. Se le acababa de escapar y parecía tan compungida por lo que había sucedido, que no me atreví a hacerle ningún reproche.

—¿Y entonces?

James parecía muy reticente a contarle todo, pero al final lo soltó.

—Cuando estaba disculpándose, el maldito perro se orinó encima de mis zapatos. La dama, aunque seguía disculpándose, no pudo evitar soltar alguna que otra sonrisa —respondió James entre dientes.

Alex se levantó y fue hacia los ventanales.

—¿No dices nada? —preguntó Talbot enfadado al recordar de nuevo el incidente.

James observó que los hombros de su amigo se agitaban. Era muy raro que no dijera nada. Por segunda vez en aquel día, lord Raston soltó una carcajada.

* * *

Sentada en una silla situada a la cabecera de la cama de Robert, Sophia leía un libro sobre las costumbres en la antigua Roma. Acababa de relevar a las tías de Raston, que tenían que ir a visitar a una amiga que estaba en reposo por una caída reciente.

Iba a pasar de hoja cuando sintió que Robert despertaba del largo sueño en el que el láudano lo había sumido.

Dejó el libro a un lado y lo observó. Por lo que veía, parecía un poco más bajo que su hermano. Su pelo castaño oscuro no se ondulaba como el de Alex, sino que era liso y corto, tal como dictaba la moda. A pesar de las diferencias ambos muchachos tenían facciones similares, y el parecido fue aún mayor cuando el joven Raston abrió los ojos, que eran del mismo color gris humo que los de su hermano.

Robert tenía la mirada algo perdida y le costó unos segundos enfocarla como para notar la presencia de Sophia.

—¿Dónde estoy? —susurró.

Las palabras le habían salido a trompicones, como si el hecho mismo de hablar hubiese sido para él un gran esfuerzo.

Lo último que recordaba era el impacto de la bala del conde de Ayrn en su pecho. En aquel instante pensó que le había llegado la hora y jamás imaginó que volvería a despertar, y menos en una habitación extraña.

Observó que la mujer que estaba a su lado, vestida sencillamente, pero con elegancia, lo miraba con preocupación. ¿La conocía? Lo dudaba. Era hermosa, y sus ojos, que parecían ocupar toda su cara, poseían una expresividad que le impedía desviar la mirada de ellos.

—Está en la casa de su hermano.

Las palabras de la dama fueron como un jarro de agua fría.

Comenzó a recordar un poco. El marqués había estado en el duelo. ¿Qué hacía allí y cómo se había enterado? Recordó que al verlo había pensado que debía de haber ido a presenciar su muerte, pero, en ese caso, ¿por qué lo habría llevado a su casa? ¿Qué estaba pasando?

Haciendo caso omiso de la debilidad que parecía haberse adueñado de su cuerpo, intentó levantarse. Sophia trató en vano de impedirselo.

—¿A dónde cree que va? Está herido. Si sigue moviéndose de ese modo hará que la herida vuelva a abrirse —le dijo enfadada.

—Necesito respuestas —le dijo Robert entre dientes.

El dolor le cruzó el pecho como un latigazo y casi hizo que se desvaneciera.

—Le pediré al marqués que suba a hablar con usted, pero debe prometerme que no se moverá de aquí, ¿de acuerdo?

El joven sintió un dolor insoportable que nada tenía que ver con la herida: era el dolor de la traición, de la impotencia, del fracaso.

—Está bien —respondió con esfuerzo—, pero no tarde.

Cuando llegó a la puerta, el muchacho la detuvo.

—¿Quién es usted?

—Puede llamarme señora Turner.

Robert asintió mientras la veía marcharse.

* * *

Alex estaba leyendo una carta de su administrador en el estudio cuando un ruido lo distrajo. Parecía que David estaba discutiendo con alguien que, por la voz, sin duda, era una mujer.

Se dirigió hacia la entrada con paso ligero. No esperaba encontrar al mayordomo impidiendo por la fuerza que una mujer subiera las escaleras.

Dio un vistazo y supo de inmediato que quien forcejeaba por entrar era Margaret Ashford.

Alex se acercó a ellos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con voz calmada.

En cuanto Margaret lo vio, la ira se reflejó en sus ojos, pequeños y vivaces, que se entornaron.

—Sé que mi hijo está aquí y quiero verlo —dijo la señora con vehemencia.

—Que quiera no significa que pueda —respondió Alex con gravedad.

La dama se acercó unos pasos.

—No puede impedírmelo —le dijo entre dientes—. Sé por qué hace esto. Cree que así puede hacerme daño, pero se equivoca. Mi hermana me contó que estuvo aquí. La muy tonta está convencida de que has intercedido para salvar a Robert. ¡Piensa que tienes principios! Pero yo sé que lo único que quieres es poner a mi hijo en mi contra, y no voy a permitirte. ¿Crees que puedes engañarme? Yo sé perfectamente lo que eres, eres un...

—¡Madre! —gritó Robert desde la escalera.

Alex la habría estrangulado. Miró hacia arriba y vio a su hermano, que casi no podía sostenerse y a Sophia, bastante nerviosa, manteniendo distancia, pero lo suficientemente cerca como para ayudarlo si fuera necesario.

—¡Robert! ¿Estás bien, hijo? —preguntó Margaret, avanzando con intención de subir la escalera.

—No des un paso más —le respondió con una voz cargada de furia contenida—. ¿Qué haces aquí?

La señora lo miró con sorpresa.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¡He venido a verte y a pedir explicaciones! —respondió altanera, mientras miraba de reojo a Alex con odio.

—Creí que te había dejado bien claro que no quiero volver a verte. Para mí es como si no existieras —musitó Robert.

Sus fuerzas parecieron abandonarlo y apenas conseguía tenerse en pie.

—¡No puedes hablar en serio! ¡Eres un desagradecido! —gritó Margaret, perdiendo la poca compostura que le quedaba.

Robert gruñó con una desesperación que parecía salirle de lo más hondo al tiempo que intentaba bajar algunos escalones más. El esfuerzo fue demasiado.

Alex llegó a tiempo para evitar que rodara escaleras abajo. Lo sujetó como pudo, agarrándolo por debajo de los brazos y apoyándolo contra su propio cuerpo.

Miró hacia abajo tratando de serenarse.

—Márchese —ordenó con voz calmada, pero firme.

Como Margaret Ashford no daba ninguna señal de querer irse, agregó:

—O se va de inmediato o me veré obligado a sacarla por la fuerza.

Margaret pareció sopesar las palabras de su hijastro. Sabía que no solo era capaz de echarla. sino que le encantaría hacerlo, y pensó que lo mejor era retirarse, al menos por el momento.

—Esto no quedará así —lo amenazó antes de salir.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Alex trató de alzar a Robert.

—Puedo caminar, no es necesario que me lleves como si fuera un niño —dijo Robert apretando los dientes por el dolor.

—Un niño hubiese sido más inteligente y no se habría levantado. Has conseguido que la herida volviera a abrirse.

Cuando llegaron a la habitación, acostó lentamente a su hermano en la cama.

Alex sintió la mirada de Sophia clavada en su nuca. Había presenciado la escena sin decir palabra, cosa que sin duda debía de haberle costado hacer.

—Sophia, ¿podrías pedirle a David que mande llamar al doctor Jenkins? —le pidió mirándola directamente a los ojos.

—Por supuesto —respondió, impresionada todavía por lo que acababa de suceder. Repasó lo que había sucedido: había ido en busca de lord Raston para que subiese a hablar con su hermano y, cuando llegó a la escalera, lo vio discutir acaloradamente con una mujer. Entonces, decidió esperar. Pensó que no era oportuno interrumpir.

Cuando decidió volver sobre sus pasos para decirle a Robert que tendría que dejar la conversación para más adelante, vio que el muchacho estaba de pie y que escuchaba atentamente la conversación. Su aspecto, con la tez blanca como la cal, delataba que su estado de salud era todavía delicado. La mirada del joven Raston era la de un hombre dominado la decepción y la más absoluta tristeza. Comprendió que el muchacho necesitaba estar allí en aquel momento y escuchar el diálogo entre Alex y su madre. Luego se desvaneció.

Mientras iba en busca del mayordomo, no pudo dejar de pensar en lo complicada que era aquella familia. Después de todo, se dijo, quizá no estuviera tan fuera de lugar allí como había pensado.

* * *

Alex miró a su hermano con enojo.

—Quédate quieto si no quieres terminar el trabajo del conde de Ayrn.

Robert se reclinó sobre los almohadones que le puso Alex detrás de la cabeza.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó enfadado—. Cuando te vi en el duelo pensé que ibas a ver cómo moría —le dijo lleno de resentimiento.

Alex terminó de acomodarlo antes de sentarse en la silla que había en la cabecera.

—No creas que eres tan importante —le contestó casi divertido.

Robert gruñó intentando incorporarse nuevamente, pero Alex no se lo permitió.

—O te quedas quieto o te ato a la cama. Y no es una simple amenaza —le dijo con una calma que daba escalofríos.

Robert desistió y volvió a recostarse.

—¿Es verdad que mi tía vino a pedirte ayuda? —preguntó el muchacho mirándolo directamente a los ojos.

—Sí.

—¿Y por qué lo hiciste? Pensé que me odiabas.

Alex cruzó los brazos a la altura del pecho mientras se reclinaba hacia atrás con gesto despreocupado.

—¿Quién dice que te ayudé?

—No soy estúpido. Sabía que iba a morir en ese duelo porque el conde de Ayrn nunca falla, y menos a esa distancia.

—Piensa lo que quieras —le dijo Alex—. Puedes quedarte aquí hasta que te recuperes. Después, lo que hagas de tu vida es asunto tuyo.

—Conmover —repuso Robert con algo de sarcasmo—. ¿Por qué no contestas mis preguntas?

—¿Contestarás tú las mías? —replicó Alex de manera inquisitiva.

El muchacho pareció dudar unos segundos.

—¿Qué quieres saber? —dijo al fin.

—¿Por qué desafiaste a Richard? Hay que estar loco para batirse con él —dijo Alex enfatizando las palabras.

—¿Es necesario que me insultes?

—Dime cuál fue el motivo. ¿Una mujer?

La cara de Robert se transformó. Estaba completamente pálido. Esa fue suficiente respuesta para Alex.

—Ya veo. Déjame adivinar.

—Ni se te ocurra pronunciar su nombre —le dijo el muchacho mientras intentaba levantarse.

Volvió a recostarlo, algo que el joven Raston no recibió demasiado bien.

Alex comprendió que, sea cual fuera la causa, sin duda era lo suficientemente seria y dolorosa como para aceptar morir por ella.

—Está bien —le dijo mientras se inclinaba hacia delante—, tienes derecho a no querer contarme nada, pero te aconsejo que, sea lo que fuere, si quieres llegar a viejo no vuelvas a cruzarte en el camino de Ayrn.

—No es tan sencillo —le dijo apretando el puño contra la sábana que lo cubría—. Además, no te he pedido ningún consejo.

Alex esbozó una pequeña sonrisa.

—Tienes razón y, a decir verdad, no soy el más indicado para aleccionar a nadie, pero debes pensar en las consecuencias de tus actos. ¿Crees que ella habría preferido que murieras en un duelo sin sentido? —le preguntó Alex siguiendo una intuición.

—Para mí sí tenía sentido. Él la mató, ¡por el amor de Dios!

Supo que había acertado.

—Se trata de Kate Safford, ¿verdad?

Robert hizo una mueca de dolor.

—No sigas —le dijo con voz temblorosa.

—Y tu madre tuvo algo que ver.

Robert lo miró sorprendido de que hubiese logrado llegar tan rápido a esa conclusión.

—Eso explica lo que acaba de ocurrir —le dijo Alex respondiendo a la pregunta que veía en los ojos de Robert—. Conozco a Ayrn. Puede ser un hombre despiadado, pero nunca haría daño a una mujer. Antes de hacer algo de lo que puedas arrepentirte, deberías conocer su versión.

La puerta se abrió. Alex se levantó de la silla cuando vio entrar a Sophia.

—El doctor Jenkins ya debe de estar en camino.

—Gracias, Sophia.

Unas voces en la escalera atrajeron la atención de ambos.

—No puede haber llegado tan rápido —dijo Sophia dirigiendo su mirada hacia la puerta de la habitación.

Las voces estaban cada vez más cerca.

—Son mis tías —dijo Alex—, y parece que están bastante alteradas.

No bien terminó de decirlo, lady Barth y lady Martley entraron en la habitación como una tromba.

—¡Ah, estás ahí! —le dijo Ophelia a Alex acercándose con prisa—. Te lo advertí, pero ¿me haces caso alguna vez? No, claro que no. Pues ahora tendrás que escucharme. Tenemos que hacer algo, y rápido, antes de que la reputación de la señora Turner acabe hundida para siempre.

Sophia dio un respingo.

—Veo que la visita a tu amiga ha sido productiva —le dijo Alex, intentando poner humor al asunto.

—¡Ni te imaginas! —dijo Harriet uniéndose al grupo y arrugando la nariz en una mueca algo infantil.

—Y tú, ¿no tienes nada que contarme? —le preguntó Ophelia mirándolo con fijeza.

—No —le contestó esbozando una leve sonrisa.

—Alexander John Raston —dijo Ophelia con un tono de voz que hubiese erizado la piel del más valiente guerrero—, no me tomes por tonta. Acabamos de ver a Margaret Ashford salir de aquí —dijo alterada, dando a entender que no iba a conformarse con esa respuesta.

—Te lo explicaré todo después —le dijo Alex haciendo un gesto hacia la cama desde la que Robert Raston la miraba.

—¡Se ha despertado! —anunció Ophelia.

—Eso es obvio, hermana —dijo Harriet.

Lady Barth alzó una ceja y Sophia creyó oportuno intervenir para aclarar todo el asunto:

—Margaret Ashford ha venido para conocer el estado de su hijo y para saber por qué está aquí. Lord Raston estaba hablando con ella cuando el muchacho los interrumpió y la echó.

—Un resumen perfecto —dijo Alex mirando a Sophia.

—¿Y por qué Robert la echó?

—Parece que no está en buenas relaciones con su madre —le contestó Sophia.

—Por si no lo notaron, estoy despierto —dijo joven con frialdad.

—Pues vuelve a dormirte o tápate los oídos —le espetó Ophelia que no estaba de humor para soportar ironías.

Alex miró a Robert, que se había quedado con la boca abierta.

—Deberíamos hablar en otro lado. El doctor Jenkins debe de estar a punto de llegar.

—¿Pero no vino a verlo ya? —preguntó Harriet inocentemente.

Sophia se sintió en la obligación de explicarles el porqué de su nueva visita.

—Cuando el joven Raston se levantó...

—¿Puedes dejar de llamarlo así? —la cortó Ophelia algo crispada. Parece que hablas de un niño y no de un hombre. Puedes llamarlo Vaen. Tiene el título de barón.

Sophia pareció no comprender.

—Querida, es así como lo llaman todos. Es el título que heredó de su tío abuelo materno, el barón de

Vaen.

—¿Pueden dejar de hablar de mí como si no estuviera aquí? —dijo Robert.

Ophelia ni siquiera se molestó en mirarlo.

—Continúa —dijo Ophelia a Sophia.

—No. Sophia no va contar nada más —dijo Alex, que estaba empezando a exasperarse—. Vamos al estudio. ¡Ahora!

Ophelia cerró la boca de golpe. Tenía que reconocer que su sobrino tenía razón. Aquella no era la forma ni el lugar adecuado para mantener esa conversación.

—Está bien —accedió con el entrecejo fruncido.

Sophia pensó que se había excedido e, intentando ser diplomática, optó por apartarse.

—Si les parece bien, yo me quedaré cuidándolo mientras van a hablar.

Alex la miró con dureza.

—Tú vienes con nosotros. Todavía tienes que explicarme cómo consiguió llegar a la escalera cuando se suponía que estaba bajo tu cuidado.

Sophia soltó un juramento muy poco femenino por lo bajo.

—Tía Harriet —le dijo Alex a lady Martley—, ¿te importaría quedarte con él?

—No necesito que nadie me cuide —soltó Vaen desde la cama.

Eso le valió las miradas asesinas de los que allí estaban, que lograron acallar sus protestas.

—Por supuesto, Alex, yo me quedaré. Así podré hablar con el pobre muchacho que parece aburrido. Sin duda, el clima no lo ayuda. hoy yo también estoy fatal de las articulaciones.

Vaen miró a Alex con gesto suplicante.

—Gracias, tía. Creo que nuestro enfermo estará complacido de que lo acompañes, ¿no es así? —le preguntó a su hermanastro que, de haber podido, lo habría matado sin dudarlo.

—Por supuesto —respondió entre dientes, mientras veía que todos, excepto Harriet, que parecía estar dispuesta a no darle el menor respiro, abandonaban la habitación.

* * *

Alex miraba a las dos mujeres que más exasperantes le resultaban. Ophelia le estaba contando de su visita a su amiga, quien le contó que había rumores maliciosos que decían que Alex vivía con una mujer.

—La habrás sacado de su error, ¿no? —preguntó Alex mirando alternadamente la cara de enfado de su tía Ophelia y la de sorpresa de Sophia.

—Por supuesto. Le repetí exactamente lo que me pediste que dijera, pero, la verdad, no pareció muy convencida. Si no quieres arruinar la reputación de la señora Turner para siempre y que nosotros sigamos en boca de todos, es imperioso que la presentemos en sociedad. No sabes lo que puede llegar a pasar si Margaret Ashford comienza a soltar su lengua viperina.

Aunque Alex meditó unos segundos, se sorprendió al oírse decir:

—Está bien. Tiene que ser un evento en el que pueda ocuparme de la seguridad de Sophia y en el que no haya demasiada gente. Mientras las cosas se aclaran, diremos que es mi prometida.

—¿Qué? —dijeron ambas al unísono.

—¿Se ha vuelto loco? —lanzó Sophia.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Ophelia tratando de encontrar una respuesta en el rostro de su sobrino.

Alex esbozó una sonrisa de medio lado.

—Aunque te parezca mentira, sí.

La respuesta de Alex, así como la firmeza de sus palabras, parecieron agradar a Ophelia, que sonrió por primera vez.

—Ya era hora —dijo con lo que parecía emoción contenida.

—¿Estar seguro de qué? ¿De qué era hora? ¿Es que soy la única que se da cuenta de que esto es una locura? —soltó Sophia, dejando de lado las buenas formas.

Alex y Ophelia la miraron como si compartieran un secreto que ella no podía siquiera imaginar.

—Me niego rotundamente a decir que soy su prometida —dijo Sophia exasperada—. Tiene que haber otra solución.

—Querida —dijo Ophelia con voz suave—, esa es la única manera de acallar los rumores. Podríamos mantener la historia original haciéndole unos pequeños cambios.

Ophelia empezó a darse unos pequeños golpecitos en la barbilla con el dedo índice mientras hacía unos extraños ruiditos con la garganta, señal inequívoca de que estaba pensando.

Después se detuvo y, esbozando una sonrisa deslumbrante, les dijo:

—Diremos que han empezado a mantener una relación epistolar desde la muerte de los padres de ella, que luego se conocieron en el nuevo continente y se enamoraron de inmediato y decidieron comprometerse. Tras la muerte de su padre, Alex tuvo que regresar a Inglaterra para asumir su responsabilidad como nuevo marqués de Abington. Sophia se reuniría con él aquí, pero enfermó debiendo posponer su arribo unos meses. En cuanto estuvo repuesta se embarcó, pero el viaje fue demasiado para su delicada salud, y por eso ha estado recluida desde su llegada. Nosotras, por supuesto, nos trasladamos aquí para recibirla, cuidarla y acompañarla hasta la boda, que tendrá lugar dentro de unas pocas semanas.

Sophia no podía creer lo que estaba escuchando. Ophelia parecía entusiasmarse más y más con cada nueva palabra que salía de su boca.

—¡Es una historia perfecta! —exclamó Ophelia mirando a Alex—. Es melodramática, romántica y misteriosa. En cuanto Harriet y yo la contemos, todas las chismosas de la sociedad se volverán locas.

—Perfecto —dijo Alex relajado.

Sophia pestañeó varias veces sin dar crédito a lo que veía. ¿Estaban locos?

—¿Cómo que perfecto? No aceptaré seguir ese plan bajo ningún concepto.

Ophelia la miró por primera vez desde hacia rato.

—Querida, no exageres, ya verás, va a ser...

—Sí —dijo Sophia entre dientes—, ya la oí, va a ser perfecto, pero ¿saben qué? No cuenten conmigo.

—Sabes que eso es imposible. Haz como si fueras la protagonista de una de tus novelas —le dijo Ophelia con una sonrisa en los labios—. Así te resultará más fácil.

—No —dijo Sophia empezando a perder la paciencia.

—No entiendo por qué eres tan reticente a aceptar este plan. Dudo de que sea por mi sobrino, porque, si mal no recuerdo, el otro día dijiste que te parecía muy atractivo y que las mujeres debían de estar ciegas para no apreciar todas sus virtudes.

—Ah, ¿sí? ¿Y que más dijo, tía? —preguntó Alex divertido.

—Yo... —fue todo lo que Sophia atinó a decir antes de gruñir por lo bajo, dar media vuelta y salir de la habitación maldiciendo.

—Yo creo que ha salido bastante bien, ¿no es verdad? —preguntó Ophelia, que miraba contenta a su

sobrino.

—Creo que no podría haber salido mejor —le dijo Alex, dándose cuenta de que debería dejar para más tarde las preguntas acerca de lo que Sophia había dicho de él. En ese momento David anunció que el doctor Jenkins ya había llegado.

Capítulo 14

DURANTE la cena, resultó evidente que Sophia estaba molesta.

Estuvo seria y no participó de la conversación.

Alex y sus tías hablaron, primero, sobre lo que el doctor Jenkins había dicho: que, aunque la herida se había abierto, la situación no revestía mayor gravedad. Vaen estaba recuperándose con rapidez, señaló, y en pocos días estaría repuesto del todo.

Luego evaluaron cuál sería el mejor lugar para presentar a Sophia o, por lo menos, para que se dejaran ver todos juntos, y coincidieron que la ópera o la velada musical a la que los había invitado lady Chard eran las opciones más adecuadas.

Alex estudiaría ambas posibilidades y decidiría en cuál sería más fácil proteger a la señora Turner.

Mientras tanto, Sophia se limitaba a mirar su plato con gesto adusto y a dar un respingo cada vez que alguien pronunciaba la palabra “prometida”.

Alex empezó a sentirse irritado. Le molestaba que la posibilidad de estar comprometida con él, aunque fuera una mera puesta en escena, pareciera disgustarla tanto.

Era cierto que había propuesto esa idea casi sin pensarlo, pero, en cuanto lo dijo, supo que estaba hablando en serio y que no lo decía solo para salvaguardar la reputación de Sophia, sino porque realmente quería casarse con ella.

Ella fue la que despertó ese sentimiento con la declaración que le había hecho y, ahora, no pararía hasta verla convertida en su mujer.

Para un hombre que se jactaba de no dejarse llevar nunca por los sentimientos, lo que había ocurrido en la biblioteca había sido una lección bastante educativa.

No veía otra opción. Si hacía caso omiso de lo que sentía y la dejaba marchar, se volvería loco.

La deseaba, necesitaba protegerla y verla feliz; quería que sus ojos lo miraran como lo habían hecho cuando le había confesado que temía enamorarse de él. Aunque intentara negarlo, estaba enamorado de ella.

Por eso le molestaba tanto que actuara como si la hubieran condenado a muerte.

Había creído que, cuando Sophia lo pensara con detenimiento, se daría cuenta de que era lo más acertado, pero por la manera en la que actuaba estaba claro que no era así. Más bien parecía que la idea cada vez le resultaba más odiosa. Tenía que hacerla cambiar de parecer.

Sophia no podía decidir quién la irritaba más. ¿No habían escuchado nada de lo que había dicho?

Nadie tenía en cuenta ni sus sentimientos, ni sus deseos.

Cuando Alex propuso que dijeran que estaban comprometidos, sintió un nudo en el estómago. Lo que provocó su reacción no fue que la idea la horrorizara, sino haber sentido justamente lo contrario.

Las palabras de Alex la ilusionaron. Por un momento pensó que vería cumplidos sus anhelos, pero, luego, la realidad la hizo despertar de ese sueño que podía acabar destruyéndola. Tenía que ser fuerte y concentrarse solo en sobrevivir, porque la única certeza con la que contaba era que el asesino no se detendría hasta concluir lo que había empezado. Ella era el último eslabón de su larga cadena de crímenes.

Los acontecimientos de los últimos días la habían llevado a creer que podía tener una vida normal y convertirse en la esposa de lord Raston, pero era un pensamiento temerario.

Además, sabía que para Alex se trataba solo de una estrategia para salvar su reputación, y eso le provocaba más furia todavía. Se odiaba a sí misma, detestaba la vida que hasta entonces había aceptado y esos sentimientos, cada vez más fuertes, que la hacían desear que el compromiso fuese cierto y que Alex de verdad la amara. No quería participar de esa farsa, porque deseaba que fuera verdad y, a la vez, sabía que eso era imposible.

Tenía que lidiar con sentimientos desconocidos que no sabía cómo manejar. Mientras su corazón permaneció dormido, sepultado bajo una capa de racionalidad, indiferencia, frialdad y serenidad, no había tenido problema en aceptar lo que el destino le deparaba, pero ahora deseaba que todo fuera diferente y eso le producía enojo e impotencia.

¿Por qué tuvo que ser así? ¿Y por qué no terminaba todo de una vez?

Hacía años que se hacía esas preguntas, pero ahora comenzaba a rebelarse ante la idea de que su vida estuviera controlada por ese loco y signada por el miedo. Ya no estaba dispuesta a seguir tolerándolo.

Pero, si actuaba de ese modo, haría que el enorme sacrificio que muchos habían hecho por mantenerla a salvo hubiera sido en vano.

Pensaba en todo eso cuando oyó que la llamaban.

—¿Sí? —dijo sin mirar a nadie en particular porque no tenía ni la menor idea de quién le había hablado.

—Esta noche estás muy rara, querida —dijo Ophelia llevándose el monóculo a su ojo izquierdo—. Y no tienes buen aspecto. No me extraña, con todo lo que está pasando. Esto ya parece un capítulo de una mala novela. Hablando de novelas, tienes que leernos algo más. El principio nos ha dejado completamente atrapadas.

—No des tantas vueltas, Ophelia, ve al grano —dijo Harriet como si nada. Ophelia la miró con el monóculo. A veces pensaba que su hermana tenía doble personalidad.

—No digas tonterías, Harriet —dijo volviendo a mirar a Sophia.

La dama sonrió con disimulo, mientras le guiñaba un ojo a un Alex sumamente serio.

—A ver, querida, ¿tienes ropa adecuada para ir a la ópera?

Sophia no comprendió. ¿Si tenía qué?

Su guardarropa no era precisamente extenso. En el campo, donde había vivido los últimos años, no necesitaba demasiados vestidos. Además, procuraba pasar desapercibida. Sin embargo, tenía un par de atuendos que casi nunca usaba, que podían servir.

—Sí, podré arreglármelas con lo que tengo —dijo mirando a Ophelia, que no soltaba el monóculo por nada y la estaba poniendo un poco nerviosa. Le parecía que la tía de Raston intentaba dar a entender algo más con sus palabras.

—Ya nos los mostrarás, pero sin duda necesitarás también unos nuevos. La futura marquesa de Abington tiene que lucir espléndida.

Sophia comenzó a perder la paciencia.

—Perdone, lady Barth, pero no creo que eso sea necesario. Esto no es más que una representación y no voy a permitir que lord Raston entre en gastos. Usted dijo que solo iría a un evento, o a lo sumo a dos, y con lo que tengo será más que suficiente —dijo mirando a lord Raston, que permanecía callado.

—Mi tía tiene razón, y, aunque solo sea un farsa —dijo Alex arrastrando las últimas palabras—, debe resultar creíble.

—¡Así se habla, sobrino! —dijo Ophelia con tono triunfal.

—¡Pero si no han visto nada aún! ¿Cómo pueden saber que no servirán? Además, ¿no le parece

inseguro que vaya a una modista? ¡Es ilógico! —sentenció, sin dar el brazo a torcer.

Raston sonrió de medio lado.

—Por eso no debe preocuparse. Mis tías son clientas de una de las mejores modistas de Londres y no pondrá ningún reparo en atenderla aquí.

Sophia vio que nada podía hacer y terminó accediendo.

—Como le parezca, pero no veo razón para malgastar un dinero que, además, no podré devolverle —dijo consternada.

Alex se puso serio.

—No pretendo que me devuelva nada, señora Turner. Yo la traje a Londres y prácticamente la obligué a que se quede en mi casa. Es por mi culpa que su reputación esté en entredicho y, por lo tanto, haré todo lo que pueda para corregir esa situación. Me ofende que piense que pretendo que me los pague.

—Querida —dijo Ophelia con un tono de voz suave—, sé que a veces puedo ser un poco mandona y, como dice mi hermana Harriet, también algo testaruda, pero no diríamos todo esto si no pensáramos que es lo mejor. Los últimos días han sido difíciles, pero solo queremos que estés bien y que, cuando todo esto termine, puedas seguir adelante con tu vida sin que nadie pueda reprocharte nada.

Sophia sintió un nudo en el estómago. Las palabras de Ophelia la emocionaron. La hicieron sentir que formaba parte de esa familia y que se preocupaban por ella. Ese afecto, fraguado en solo un par de días, aunque parecía imposible, era el mismo que ella les profesaba.

Sin embargo, le daba miedo sentirse también cada vez más involucrada y no poder mantener distancia. Se daba cuenta de que esa era una batalla perdida. Su corazón, en contra de su voluntad, la había traicionando.

—Usted no es mandona ni testaruda, lady Barth —le dijo Sophia con voz trémula.

La dama levantó una ceja.

—No hace falta que me engañes, querida —le dijo fingiendo enojo.

Sophia sonrió.

—Bueno, quizá sí, pero solo un poco —repuso Sophia.

—¡Qué diplomática eres!

—Eso no es diplomacia, tía, es una mentira grande como una casa —argumentó Alex riendo.

—Bueno, tú no te quedas atrás, ¿o crees que no has heredado esas joyas de tu familia?

Alex hizo un gesto con sus dos manos dando a entender que se rendía.

—¡Pero yo lo asumo, tía!

—Sí, cómo no —dijo Ophelia por lo bajo—. ¿Entonces estamos de acuerdo? —agregó, dirigiéndose a Sophia.

La muchacha hizo un gesto afirmativo. No iba a discutir más. Ya había sido demasiado obstinada con ese tema.

—Entonces, mañana mismo le mandaré un mensaje a *madame* Letre para que venga a tomarte las medidas. Elegiremos las telas y le daremos una buena gratificación para que tenga todo terminado cuanto antes. El viernes próximo se estrena *Don Giovanni* y toda la gente que vale algo estará allí. Creo que ese sería el momento ideal para que haga su aparición, ¿no te parece? —dijo Ophelia, mirando a su sobrino, que no parecía estar tan de acuerdo.

—Déjame pensarlo.

—De acuerdo, pero avísame cuanto antes.

Las tías, felices, comenzaron a enumerar todo lo que le encargarían a *madame* Letre.

Sophia empezó a pensar que a lo mejor debería haberse negado. Tal vez ese proyecto no fuera más que una auténtica locura.

* * *

Desde la ventana veía perfectamente la casa. Llevaba apostado allí varios días.

Cuando supo que estaba vacía, no dudó un segundo en instalarse ahí. Era el lugar perfecto para controlar todos los movimientos de lord Raston y de su invitada.

Haciéndose pasar por un vendedor ambulante, logró extraer información sobre él de los criados de las casas vecinas. Lo que descubrió lo sorprendió, en la medida en que algo podía sorprenderlo. Quizá la cacería resultara más interesante de lo que había creído, se dijo. Por lo que le habían contado, el lord era un digno oponente y ofrecería resistencia.

¡Por fin su amada podría descansar en paz!

Cuando pusiera sus manos alrededor del cuello de ella y las apretara hasta sentir que la vida la abandonaba todo terminaría, y finalmente podría reunirse con la única mujer que lo había entendido en su vida.

Solo era cuestión de paciencia. Tarde o temprano ella tendría que salir de aquella casa que más bien parecía una fortaleza.

Sin duda podría haberla matado allí adentro, pero había demasiados factores que podían hacer fracasar su empresa y no estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

Ya no era joven y sabía que no tendría más que una oportunidad.

Mientras se tocaba la vieja cicatriz que le cruzaba la cara desde la sien izquierda hasta la barbilla, se sintió eufórico imaginando de qué modo la mataría y cuánto la haría sufrir.

* * *

Alex enfiló hacia la calle para cruzar Hyde Park. Supo de inmediato que lo estaban siguiendo.

Mientras atravesaba el parque, intentó ver a sus perseguidores. Sin duda eran muy buenos, tal como le había dicho James, porque estaban lo bastante cerca como para no perderlo, pero lo suficientemente lejos como para que no pudiera verlos con claridad.

Sus abrigos marrones comunes y corrientes y sus trajes y sombreros oscuros hacían que pasaran desapercibidos entre la multitud. Incluso su complexión física no era para nada llamativa.

Alex decidió meterse en el entramado de calles que tejía la ciudad para intentar confundirlos. Estaba deseoso de tener una pequeña charla con ellos.

Aceleró el paso y fue por varias calles en zigzag hasta que llegó a un callejón sin salida, donde se escondió agazapado en la oscuridad.

Unos minutos después, escuchó unos pasos acelerados resonando en el pavimento. que se frenaron al llegar hasta el lugar en el que él se encontraba.

Algo parecido a un murmullo se coló entre los ladrillos que lo ocultaban y le indicó que los hombres estaban cerca, tal como esperaba.

Tenía muchas preguntas para hacerles y sabía que no iba a ser fácil sacarles información. Aunque se tenía confianza, no dejaba de ser una lucha despareja, porque eran dos contra uno y, si eran tan buenos como habían demostrado, no se dejarían doblegar tan fácilmente.

A pesar de los ruidos de la calle y del ladrido distante de un perro, supo que estaban cerca.

Por la abertura del callejón, apareció una sombra alargada que comenzó a achicarse hasta tomar la forma de un hombre.

Alex sonrió al ver surgir frente a él el perfil de uno de los dos que lo seguían.

De inmediato, su perseguidor se percató de la presencia de Alex y del error que acababa de cometer. Alex sabía que debían de tener órdenes de no dejarse ver y no se equivocaba. En los ojos de su oponente vio sorpresa y determinación, pero él fue más rápido que el hombre de nariz aguileña. Lo tomó de la chaqueta y escuchó cómo la tela se rasgaba por la fuerza que hacía su oponente al intentar escapar y él al tratar de retenerlo. Puso su pierna entre los pies del hombre y los barrió de una patada, haciéndolo perder el equilibrio.

Desde el suelo, intentó alcanzar a Alex, quien eludió la maniobra y le asestó un golpe en la espalda que lo dejó gimiendo de dolor. Luego lo inmovilizó, clavándole la rodilla en el pecho.

—¿Por qué me persiguen? ¿Quién los envía? —preguntó con tono amenazante.

El desconocido se removió intentando zafarse y no dijo nada.

Alex le levantó la cabeza y la golpeó contra el empedrado del callejón.

—Será mejor que me respondas —le dijo, perdiendo la paciencia.

Alex vio, demasiado tarde, un objeto que se dirigía hacia él. El segundo hombre acababa de lanzarle una caja que, al golpearlo, lo desestabilizó lo suficiente como para que su contrincante pudiese soltarse. Alex se puso en pie para hacerles frente, pero ambos echaron a correr. Los persiguió varias manzanas, pero la suerte no estaba de su parte y un coche, que casi lo pisa, le impidió alcanzarlos.

Cuando logró cruzar, ambos hombres habían desaparecido.

Resignado, se encaminó hacia Scotland Yard pensando que el caso se estaba complicando cada vez más.

* * *

Sophia miraba a *madame* Letre y pensaba que la mujer no debía de estar en sus cabales: la mujer agitaba las manos y andaba en círculos a su alrededor. Parecía estar haciendo un retrato concienzudo de su figura.

De vez en cuando, se detenía, decía “*oui, oui*” con la mano en la barbilla y, tras un breve suspiro, volvía a dar vueltas. Así había pasado los últimos minutos y, cuando Sophia osaba moverse, la contemplaba ceñuda con una mirada que provocaba escalofríos.

—¡Tiene una figura espléndida, espléndida! *Oui, oui*, en quince días tendrá varios vestidos maravillosos.

Ophelia sonrió y se acercó a *madame* Letre para decirle con voz suave pero firme:

—Necesitaríamos que estuvieran listos para el próximo viernes.

—¡Pero eso es en unos días!, ¡es muy poco tiempo! —dijo la modista haciendo un gesto con la mano que indicaba que le pedían algo imposible.

Ophelia se acercó un poco más a *madame* Letre y agregó:

—Querida, sé que usted podría terminarlos para el jueves si quisiera, porque es una verdadera artista con la aguja. Mi sobrino le estará más que agradecido y sabrá compensarla por monopolizar su tiempo.

Madame Letre dejó de negar con la cabeza, y los tirabuzones, que llevaba cortados a la altura de la nuca, algo demasiado moderno para la época, se detuvieron.

—Siendo así... Ustedes son unas de las mejores clientes que tengo y no puedo defraudarlas.

—No se va a arrepentir —le dijo Ophelia, tocando su monóculo.

Sophia pudo comprobar, por la sonrisa de la modista, que las palabras de Ophelia la había complacido en extremo.

—Por supuesto, lady Barth, cuente conmigo. La señora Turner estará espléndida. El jueves, traeré tres vestidos de noche, cinco de día y sus respectivos complementos y el fin de semana tendrá el resto de las cosas.

—Perfecto —dijo Ophelia con satisfacción.

—En cuanto a los colores, ¿tiene alguna preferencia? —dijo mirando a Sophia.

Era la primera vez que le pedía su opinión.

—Podría ser...

—Creo que el verde, el rojo y el azul turquesa le sentarán muy bien —la interrumpió la modista dirigiéndose a Ophelia.

La muchacha estaba a punto de perder la paciencia.

—Estoy de acuerdo —le dijo Ophelia, mientras se acercaba a ella.

Y luego, bajando la voz, añadió:

—Como confío plenamente en su discreción, quiero contarle que la señora Turner es la prometida de mi sobrino. Ha estado enferma, por eso no había oído hablar de ella, pero, ahora que está restablecida, deseamos que cuando sea presentada esté a la altura de las circunstancias porque va a ser la futura marquesa de Abington, ¿comprende?

Sophia, que iba a protestar porque *madame* Letre la trataba como si no estuviese allí, se contuvo al ver cómo brillaban los ojos de la modista al oír esas palabras. Estaba claro que la confianza de Ophelia era una esas noticias que la modista se moría por ser la primera en difundir.

—Por supuesto que guardaré el secreto, lady Barth, y, en cuanto al aspecto de la señora Turner, parecerá una reina.

—Con que parezca una marquesa es suficiente —le dijo la señora volviendo a poner en su lugar un pequeño mechón de pelo que se había deslizado de su tirante peinado.

—¡Qué afortunado es lord Raston! ¿Y cómo se conocieron?—quiso saber *madame* Letre.

Ophelia sonrió de manera enigmática.

—La madre de la señora Turner era la mejor amiga de mi sobrina, la madre de Raston. La señora Turner y él mantuvieron una larga correspondencia tras la muerte de sus respectivas madres, pero recién se conocieron cuando mi sobrino fue a los Estados Unidos por un viaje de negocios, porque ella vivía allí. Después de esa visita, descubrieron que estaban perdidamente enamorados y se comprometieron.

Sophia miró a *madame* Letre. Tenía una mano en el pecho y algunas lágrimas se agolparon en sus ojos.

Miró a Ophelia y comprendió todo. Había convencido a *madame* Letre con la historia y sabía que ella se la contaría a sus clientas de inmediato. Es decir, en unas pocas horas todo Londres estaría al tanto del compromiso, tal como la tía deseaba.

—¡Oh, es tan maravilloso! —suspiró la modista mirando a Sophia con otros ojos.

Ophelia, que estaba en aquel momento detrás de *madame* Letre, le hacía extrañas señas a Sophia con el monóculo para alentarla a que dijera algo.

—Sí, es maravilloso —dijo Sophia sonriendo—. Al escuchar cómo lo cuenta lady Barth me emociono como si no fuera yo quien va a casarse. He encontrado al hombre de mi vida. ¡Qué más puede

desear una mujer!

Sophia cortó su parlamento cuando la mirada de Ophelia le indicó que se estaba pasando. Sin embargo, *madame* Letre no paraba de gemir y exclamar.

—¡Oh, *l'amour*...! *Oui, oui*, ¡qué cosa más bella! ¡Les deseo lo mejor!

—¡Muchas gracias! —dijo Sophia viendo cómo Ophelia le guiñaba un ojo.

Cuando la modista finalmente se fue, Sophia pensó que tal vez estuvieran cometiendo un error al embarcarse en semejante farsa.

* * *

—¡Maldita sea!

—¡Te prohíbo que blasfemes en mi presencia!

Vaen dio un respingo.

No se había percatado de que lady Martley estaba en la habitación.

—Lo siento, no la vi.

Harriet se acercó a la cama refunfuñando.

—No eres el único —se dijo para sí.

Con la ayuda de Harriet, el jovencito se sentó en el borde del lecho.

—¿No me regaña porque intento levantarme? ¡Empieza a caerme bien de verdad! —dijo Vaen con una sonrisa.

Harriet se sentó en una silla junto a él.

—Creo que ya está lo suficientemente repuesto como para levantarse un poco, pero con calma, ¿sí? Si llega sufrir una recaída, no me lo perdonarán.

Vaen soltó una risilla por lo bajo. Entendía muy bien a qué se refería la señora. La otra tía, lady Barth, parecía un sargento y ni hablar de lo que era capaz de hacer su hermano.

—¿Estás bien, muchacho? —le preguntó al ver que el semblante se le ensombrecía.

—No soy un muchacho —dijo Vaen divertido.

Harriet soltó un resoplido muy poco femenino.

—A mi edad, cualquiera que esté por debajo de los cincuenta años es un muchacho. También llamo así a mi sobrino, es decir, a tu hermano.

—¿Y no le molesta? —preguntó con curiosidad.

—Para nada. La gente se equivoca con él. Es el hombre más honesto, generoso y justo que conozco. Ophelia y yo estamos muy orgullosas de él.

Vaen hizo un gesto de incredulidad.

—Por lo que veo, no compartes mi opinión. ¿Puedo saber por qué? —preguntó con interés.

El joven calló durante unos segundos antes de contestar, como si estuviera midiendo qué podía contar y qué no.

—Nunca quiso saber nada de nosotros, de mí —dijo con cierta rabia.

Harriet se inclinó un poco hacia delante para quedar más cerca de él, como si fuera a contarle una confidencia.

—Verás, hijo, las cosas no siempre son lo que parecen ser. Mi sobrino ha pasado un calvario desde que era un crío gracias a tu padre y... a tu madre. No espero que me creas, pero te lo contaré igual,

porque yo he sido testigo.

Harriet le narró las amarguras que vivió su sobrino en su infancia y en los años posteriores.

—Y eso no es todo —dijo después de casi media hora de monólogo—. Dices que nunca quiso saber nada de ti, y eso es completamente falso. Él nunca nos lo ha dicho, pero, cuando se alistó en el ejército y se marchó de Inglaterra, ya tenía un pequeño patrimonio que había heredado de su madre, que dejó al cuidado de un administrador. Nosotras supimos que ese administrador tenía órdenes de estar al tanto de tu vida y de avisarle de inmediato si llegabas a tener algún tipo de problema. Cuando tenías doce años y tuviste esa fiebre tan extraña, ¿quién crees que hizo las gestiones para que ese especialista francés te atendiera?

Vaen no podía creer lo que escuchaba. ¿Era posible que todo lo que hasta entonces había pensado de su hermano fuera mentira? Al barajar esta idea sintió una calidez que le inundó el pecho.

—Pues sí, ha sido él —dijo Harriet seriamente—. ¿Crees que ha sido una casualidad que no acabaras muerto en el duelo? Cualquiera que haya oído hablar del conde de Ayrn sabe que es implacable. Te has salvado porque Richard estaba en deuda con mi sobrino y Alex se la cobró salvándote la vida.

Harriet vio la cara de sorpresa de Vaen y concluyó de forma menos vehemente lo que tenía que decir.

—Una madre es siempre una madre, y no es mi intención hacerte daño con lo que voy a decirte, pero, después de lo te ha hecho a ti, su propio hijo, ¿todavía crees que no es capaz de hacerle a su hijastro las cosas que te he contado que le hizo a Alex? Quiere a toda costa que seas marqués de Abington. El poder la ciega y siempre ha sido así. Te quiere, sin duda, pero eso no quiere decir que no sea capaz de quitar del medio a cualquiera que le parezca que puede ser un obstáculo para que consigas lo que, según ella, es tu legítimo lugar. Mi sobrino, Kate... —dejó caer Harriet bajando la voz.

Vaen dio un respingo al escuchar el nombre de la mujer a la que había entregado su corazón.

—¿Cómo sabe eso? —le preguntó Vaen a la defensiva.

—A pesar de lo que digan las malas lenguas y lo que piense la mayoría de la sociedad, no soy tan tonta como parezco. Cuando me contaron tu reacción ante la visita de tu madre, y después de haberte escuchado murmurar su nombre mientras estabas inconsciente, no pude más que atar cabos.

—Vaya, lady Martley, es usted muy astuta —dijo el muchacho rindiéndose ante la evidencia.

La señora soltó una risilla algo infantil.

—Pero no se lo digas a nadie, ¿eh? Que me tomen por tonta a veces es útil.

Vaen sonrió a su pesar.

—¿Vas a contarme lo que te hizo, muchacho?

Endureció la mandíbula ante el recuerdo.

—¿Y de qué serviría eso?

Harriet hizo un gesto con la mano.

—Hay veces en las que es mejor descargarse de lo que corroe el alma.

Vaen dudó un momento y comenzó a hablar.

—Kate y yo estábamos enamorados. Íbamos a casarnos, pero ella dijo que era mejor esperar un poco. Quería que tuviéramos la bendición de nuestros padres y sabía que, al principio, se opondrían, pero daba por descontado que terminarían aceptándolo. Pero yo no pude contenerme y se lo conté a mi madre. Ella se puso furiosa y me dijo que esa unión solo me perjudicaría, porque, con el tiempo, podía llegar a ser el marqués de Abington y ella consideraba que Kate no estaba a mi altura. Insistió en que tenía que pensar en mi futuro y en que podía aspirar a hacer un enlace mejor. Para ella, no debía conformarme con ninguna mujer que fuera menos que la hija de un marqués o un duque. Yo imaginé que se le pasaría y que

terminaría aceptándolo, pero no fue así.

—¿Qué hizo? —preguntó Harriet esperando lo peor.

—Pasé varios días sin recibir noticias de Kate, así que fui a su casa. Su padre me dijo que era imposible que nos casáramos porque su hija ya estaba comprometida con el conde de Ayrn. Yo no entendía qué estaba sucediendo y pedí hablar con ella. Me dijo que lo que su padre me había dicho era cierto. Yo estaba tan furioso que no reparé en la tristeza de sus ojos ni en lo delgada que estaba. Fui tan necio que no vi que ella también estaba sufriendo y me marché sin volver la vista atrás.

El jovencito levantó la cabeza, que hasta entonces había tenido parcialmente agachada, para mirar a Harriet a los ojos.

—A los pocos días me enteré de que Kate se había quitado la vida.

—Lo siento mucho —replicó la dama contrita.

—Creí que las cosas no podrían ser peores, pero me equivocaba. Una criada me entregó una carta que Kate había dejado para mí. Se la había entregado la noche anterior a su muerte y le había rogado que me la hiciera llegar. Cuando la leí lo único que deseé fue estar muerto.

Harriet posó una de sus manos en el brazo de Vaen, para darle ánimo.

—Mi madre y su padre amañaron todo para que Kate fuera descubierta en una situación comprometida con otro hombre y no tuviera más remedio que casarse con él. Habían elegido al duque de Maen, pero la mala suerte hizo que fuera el conde de Ayrn quien terminara envuelto en la confabulación.

—¡Es terrible, hijo mío! —dijo Harriet horrorizada—, pero lo que no entiendo es por qué desafiaste al conde. Por lo que cuentas, él también fue engañado.

—Eso no lo sé —respondió con ira contenida—. Además, en su carta Kate decía que le había contado todo al conde, y él no hizo nada para ayudarnos.

—Está bien, está bien —dijo tratando de tranquilizarlo—. Creo que lo mejor sería que hablaras con el conde. Nunca he creído del todo en lo que se dice de él.

Vaen se quedó mirando a Harriet como si lo que le estaba diciendo fuera un disparate.

—No espero que me entiendas —dijo la mujer—, pero, después de lo que me acabas de contar, te pido que recapacites en lo que yo te he confiado. Quizá las cosas no sean como te las han contado.

Vaen fijó la mirada en un cuadro que había en la pared. Era una marina en la que se veía un mar picado que parecía estar tragándose una embarcación. Vaen pensó que tal vez Harriet tuviese razón, que fuera posible que todos esos años hubiera vivido envuelto en una falsa realidad de medias verdades y mentiras ocultas.

* * *

Alex se apartó de la puerta de la habitación y se dirigió con paso suave hasta su despacho. No acostumbraba a oír a escondidas, pero cuando subió a ver a su hermano y lo escuchó contándole a Harriet lo que le había pasado, no pudo evitar quedarse a oír el resto de la historia.

Hasta él, que la conocía de sobra, quedó sorprendido por la maldad de la que Margaret Ashford había sido capaz de dar muestras. Traicionar así a su propio hijo provocando la muerte de una joven inocente y casi la del propio Robert era más de lo que podía imaginar, pero ahora entendía mejor la situación de su hermano. Siempre había sospechado que era un buen muchacho y ya no le cabía ninguna duda.

Pero ahora no podía ocuparse de eso. Su prioridad era encontrar al asesino de lord Whyte. Al

analizar con James el encuentro que había tenido con sus perseguidores llegaron a la conclusión de que debían de estar acercándose a algo.

Capítulo 15

EL editor de Sophia, el señor Ingham, la miraba detrás de unos anteojos que delataban la miopía que sufría.

—Me alegro de volver a verla, señora Turner —dijo terminando la frase con un suave seseo.

Sophia se acordó de la primera y única vez que se habían visto. Su contacto había sido sobre todo por correspondencia. Cuando Sophia envió el manuscrito de su primera novela, *El lobo de Kent*, nunca imaginó que no solo la publicarían, sino que, después, vendrían otras cuatro que contarían con una gran aceptación del público.

El señor Ingham nunca había mostrado demasiada curiosidad por ella y había sido siempre muy respetuoso y cauteloso a la hora de tratarla. Su primer encuentro había sido unas temporadas atrás en Bath, donde el editor había ido para participar de una feria y Sophia, para acompañar a los Whyte, que habían ido por recomendación de los médicos de Emily.

—Lo mismo digo, señor Ingham.

Sophia había planeado con cuidado qué le diría, porque esa era la única oportunidad que tendría de ponerse en contacto con Hugo Ambersley.

—Estoy deseoso por tener entre mis manos el borrador de su próxima novela. Hemos recibido muchísimas cartas de sus fieles seguidores que quieren saber cuándo podrán disfrutarla.

Sophia sonrió sinceramente.

—Es usted muy amable, señor Ingham. No sabe cuánto le agradezco sus palabras. Saber que mis obras generan tanta expectativa me llena de energía para seguir escribiendo. Solo me falta revisar el final. Este es un primer borrador —le dijo tendiéndole un paquete.

Sophia pensó que, si quería que Ingham dejara el mensaje en el apartado postal, debía darse prisa, porque Alex no tardaría en volver.

Se había quedado para recibir al editor y no se había ido hasta que Sophia no le había asegurado que lo conocía.

Por su parte, el editor, al ver la actitud defensiva de Alex, casi se escapa. Por fortuna, Sophia se apresuró a saludarlo y todo se arregló. Después de las presentaciones de rigor, Alex los dejó.

Lo que le resultaba más difícil de aceptar no era que su vida estuviera en peligro, sino que pudiera perder también aquello que se había permitido sentir por primera vez. Estaba enamorada, pero, en lugar de felicidad, estaba llena de angustia y tristeza. La atormentaba tener que mentirles a Alex y a su familia, y saber que debía abandonarlos para siempre le partía el corazón.

Aún no se había permitido ahondar en esos sentimientos, pero el paso decisivo estaba cerca. El nudo que atenazaba su estómago y su garganta se intensificó y, por un momento, pensó que se ahogaría. Suspiró con violencia para recobrar fuerzas. Su presencia allí ponía a todos en peligro y debía salir de sus vidas cuanto antes.

—Señor Ingham, debo pedirle un favor, es muy import...

—Perdone que la interrumpa, señora Turner, pero debo darle un mensaje urgente de un amigo suyo, Hugo Ambersley, antes de que lord Raston regrese.

Sophia se quedó muda. ¿Era posible?

Ingham percibió la cara de asombro de la muchacha y procuró explicarse.

—El señor Ambersley se puso en contacto conmigo, al igual que dos hombres de la Oficina de Asuntos Exteriores —dijo bajando la voz—. Me han dicho que le comunicara que todo está preparado y que esperan que usted les indique el momento más adecuado para llevar a cabo el traslado.

Sophia vio aparecer unas pequeñas gotas de sudor en la frente del editor. No sabía qué le habían contado y estaba totalmente desconcertada.

—¿Le han dicho por qué debía transmitirme este mensaje? —le preguntó algo inquieta.

El señor Ingham bajó aún más la voz, y Sophia tuvo que acercarse bastante a él para entender lo que le decía.

—Me han dicho que usted estaba colaborando con ellos. La verdad, señora Turner, no sabe cuánto me ha sorprendido saberlo y, desde entonces, la admiro más todavía. Nunca habría creído que, además de ser una excelente escritora, era una auténtica patriota. Es usted muy valiente —le dijo emocionado.

La muchacha no sabía qué decir. Sin duda había sido el medio que Ambersley había encontrado para que le llegara el mensaje, pero le parecía excesivo.

—Así que, dígame, señora Turner —continuó—, ¿qué quiere que les diga?

Sophia quería cerciorarse de que la persona que había hablado con Ingham era el auténtico Hugo Ambersley.

—¿Fue todo lo que le dijo? ¿No hay nada más que deba decirme, aunque parezca no tener demasiado sentido?

Ingham se echó un poco hacia atrás pensando.

—¡Ah, sí, casi lo había olvidado! Dijo algo muy extraño. Me pidió que le dijera que, en esta época del año, llueve mucho, pero que sabe que a usted no le gustan los paraguas.

Sophia expulsó con fuerza el aire que había estado conteniendo. Ahora estaba segura de que Ambersley era quien había hablando con el editor.

—Está bien —le dijo la muchacha bajando también la voz—. Dígale que el próximo viernes estaré a las ocho en uno de los palcos de la ópera con el señor Raston y su familia.

Sophia pensó rápido cómo librarse de sus acompañantes durante su salida.

—Dígale que en el primer entreacto iré al excusado. Es muy importante que le diga exactamente eso.

El hombre afirmó con la cabeza.

El sonido de la puerta al abrirse hizo que los dos se sobresaltaran.

Alex entró en la biblioteca y frunció de nuevo el entrecejo. Encontrarla a Sophia haciéndole confidencias a Ingham hizo que sonara una alarma en su cabeza.

—¿Los interrumpo? —preguntó con cierta malicia.

El editor sacó un pañuelo del bolsillo e intentó secarse el sudor que ya corría por su toda su cara. Las gafas que parecían duplicar el tamaño de sus ojos se le habían escurrido del puente de la nariz y estaban a punto de caer.

—Para nada —dijo Sophia sonriendo de oreja a oreja—. El señor Ingham me estaba contando lo que dicen las cartas de los lectores, y me he emocionado. Es una alegría que haya tantas personas ansiosas por la publicación de la nueva novela de S. A. Turner.

Alex miró fijamente a Sophia y evaluó si le decía la verdad.

Después miró a Ingham, que se limitó a sonreírle con timidez.

Aunque no parecía del todo conforme, pareció relajarse un poco y se sentó.

—¿Y ya tiene fecha de publicación? —preguntó al editor.

Ingham, que antes parecía algo nervioso, le sonrió más calmado.

—Todo depende de este primer borrador, pero estoy convencido de que todo estará bien, como siempre, así que para finales del mes que viene debería estar saliendo. Muchas librerías nos han comunicado que ya tienen en lista de espera a varios clientes que esperan ansiosos su llegada.

—Esa es una excelente noticia —dijo Raston con tono suspicaz.

Sophia pensó que no era buena idea prolongar aquella entrevista. Cuanto más tiempo tuviera Alex para evaluar a su editor, más posibilidades había de que sospechara algo.

El mayordomo llegó y el editor se incorporó; comprendió que era una forma tácita de anunciar que la reunión había llegado a su fin. Con un ademán ampuloso se despidió de la muchacha y luego saludó a Alexander.

Cuando se retiró, Sophia miró a Alex.

—¿Ha ocurrido algo que yo deba saber? —preguntó.

—¿A que se refiere? —Confió en que Alex no se daría cuenta de que se había puesto algo nerviosa.

A veces le daba la sensación de ese hombre tenía un sexto sentido y podía detectar cuando alguien intentaba ocultarle algo, y lo que menos necesitaba era que empezara a interrogarla.

—Me refiero a que, cuando entré, me pareció que hablaban de algo importante y que mi presencia había puesto algo nervioso al señor Ingham.

Sophia hizo un enorme esfuerzo por controlarse. No podía permitirse dar un paso en falso en aquel momento.

—No, solo me contaba lo que decían las cartas, pero con seguridad lo pusiste nervioso con tu presencia.

—¿Y por qué?

—Porque te portaste como un auténtico ogro —repuso mientras alisaba la falda del vestido—. Me sorprende que el pobre hombre no haya salido corriendo en cuanto te vio. Has estado intimidándolo desde que llegó.

Alex no podía creer lo que estaba escuchando. Nunca nadie le había hecho semejante reproche.

—¿Estás diciendo que me comporté como un matón?

Ella no quería llegar tan lejos, pero, ya que él lo decía, aprovechó sus palabras para desviarle la atención.

—No fui yo quien lo dijo —le respondió afirmando con la cabeza.

Sophia supo que se había sobrepasado en cuanto vio el tic en el ojo derecho de Alexander, así que parpadeó de forma inocente intentando borrar lo que acababa de decir.

—Sophia Amelia Turner —comenzó entre dientes.

Antes de que pudiese continuar, la muchacha soltó una carcajada recordando que Ophelia, hacía poco, lo había llamado por su nombre completo. No quería reírse, pero no lo pudo evitar.

Se dio cuenta de su error demasiado tarde, cuando vio que Alex tenía la mandíbula tensa.

—Lo siento —dijo intentando contener esa risa tonta.

—¿Qué es lo que te resulta tan gracioso? —preguntó él con brusquedad.

—¡Uh! —exclamó entre carcajada y carcajada.

Alex intentaba no reírse, pero un cosquilleo que no alcanzó a detener le subió por la tráquea hasta la garganta y salió disparado como un torrente.

Sophia se emocionó al verlo tan feliz y lo abrazó.

—Gracias —dijo con la voz entrecortada.

Él la rodeó con sus fuertes brazos y apoyó la cabeza en el hombro de ella. Inspiró profundamente su

aroma a flores frescas y la estrechó con fuerza.

—¿Por qué me agradeces? —le preguntó rozándole con los labios el cuello.

Ella sintió que un escalofrío corría por su cuerpo.

—Por reírte —le contestó Sophia.

Alex la soltó para mirarla a la cara.

—¿Y eso es tan importante para ti?

Sophia lo miró a los ojos, unos ojos llenos de fuerza que a veces, como ahora, tenían el color del brezo, y otras el del humo.

No pudo mentirle.

—Sí, mucho —le respondió con suavidad.

Sophia pudo ver el brillo en los ojos de él y, antes de que pudiese decir nada más, Alex la besó en forma apasionada.

Se adueñó de los labios de la muchacha con ímpetu y necesidad. Una necesidad que parecía crecer a cada sorbo que daba, llegando a temer que nunca sería suficiente para saciar su sed. Asaltó su boca sin mesura, saboreando cada rincón de aquel paraíso húmedo y cálido que lo acogía con pasión. Enlazaron sus lenguas en una danza en la que nada importaba, solo sentir.

Alex, que ardía de deseo, suavizó ese beso que, sabía, lo llevaría a perder el control por completo; sin embargo, el gemido de Sophia lo animó a seguir y comenzó a desnudarla.

Ella sintió la mano de Alex sobre su busto mientras que con una exquisita cadencia rozaba con sus dedos, por encima de capas de tela, su cuerpo con tal maestría que la hizo delirar.

No pudo discernir cuándo Alex bajó su escote lo suficiente como para liberar su pecho del vestido, y tomar con la boca la cúspide de su carne, succionando una y otra vez hasta que Sophia pensó que se volvería loca de placer.

Ya nada importaba y se dejaron arrastrar por la lujuria.

Tomó la cabeza de Alex entre sus manos y la apretó más contra sí, exhortándolo a que siguiera atormentándola con su impetuosa degustación.

Ella sintió que una suave humedad inundaba su rincón más secreto y fue consciente de que ya no podría detener lo que acababa de comenzar.

Cuando sintió la mano del marqués ascender por su pantorrilla, acariciándola suavemente, quiso protestar, pero la sensación que él le infligía hizo que de su boca solo saliera un jadeo de objeción.

Los dedos de Alex se condujeron entre sus piernas como si fuese seda, hasta que introdujo uno de ellos entre su cálida humedad.

Sophia pensó que había muerto e ido al cielo cuando Alex empezó a mover sus dedos, separando los pliegues de carne que daban acceso a su placer, comenzando a crear magia.

Ramalazos de placer surcaban cada una de sus terminaciones nerviosas en pequeñas oleadas, intentando alcanzar una y otra vez una satisfacción mayor que le parecía negada.

Se sintió ajena a sí misma y se abandonó a las nuevas sensaciones que las manos de Alex le provocaban.

Escuchó quejidos, ruegos y súplicas, como ecos lejanos que tardó algo en reconocer. Era su propia voz.

De repente, una espiral de placer arrastró su cuerpo.

Luego abrió los ojos y vio que Alex la miraba con una luz enigmática en su mirada.

—¡Cásate conmigo! —le rogó.

Sophia no supo qué responder.

Sabía perfectamente lo que deseaba responderle, pero también era consciente de que pronto se iría para siempre de allí.

Su corazón le decía una cosa, pero su cabeza otra. Aunque sabía que no podía aceptar, esa propuesta era la manera en la que Alex le decía que la amaba y no pudo rechazarlo.

—Me casaré contigo, Alex Raston—dijo emocionada.

La sonrisa que iluminó el rostro del marqués se contagió al de Sophia. Un instante después, sellaron su promesa con un beso.

Capítulo 16

BERKELEY y Jonathan Therman escuchaban al editor con interés.

—Le dije lo que me habían pedido —dijo Ingham mirando alternadamente a uno y a otro.

Desde que aquellos dos hombres habían estado en su oficina de Bond Street, el editor estaba intranquilo.

Le habían dicho que eran agentes de la Oficina de Asuntos Exteriores y, en tono confidencial, le contaron que estaban allí por un asunto de interés nacional.

Nunca habría imaginado que uno de sus mejores talentos, S. A. Turner, tuviera algo que ver con el Departamento de Inteligencia.

Por lo poco que le habían dicho, Turner los estaba ayudando en un caso y necesitaban transmitirle un mensaje urgente.

Pese a que lo halagaba que confiaran en él, sus nervios le estaban jugando una mala pasada.

—¿Y qué le respondió la señora Turner? —preguntó Therman.

Ingham miró a ese hombre entrado en años y su aspecto frío le erizó los cabellos de la nuca. Sin duda era el jefe de Berkeley.

—Entendió perfectamente el mensaje y me dijo que les avisara que el próximo viernes asistiría a la ópera. Me repitió varias veces que iría al excusado en el primer intervalo —dijo golpeándose con suavidad el mentón, como si ese gesto le permitiera recordar mejor las palabras de la escritora.

El editor vio que ambos hombres se miraban satisfechos por lo que acababan de oír.

—¿Cómo la vio? ¿Estaba nerviosa? —preguntó Therman.

—Estaba muy bien. Es una mujer extraordinaria —dijo expresando así la admiración que sentía por ella—. Es muy talentosa —agregó.

Al observar el entrecejo fruncido de su interlocutor, volvió a la pregunta que le habían hecho.

—No parecía nerviosa, salvo... —dijo haciendo memoria.

—¿Salvo qué? —preguntó Berkeley, hablando por primera vez.

El editor se rasco de nuevo el mentón intentando recordar. Los dos agentes esperaron pacientes a que continuara.

—Salvo cuando volvió a entrar Alexander Raston. Ahí la vi algo inquieta, pero no me extrañó porque acababa de transmitirle el mensaje y, además, ese hombre intimida a cualquiera.

—¿Por qué? —preguntó Therman, retomando el peso de la conversación.

Ingham se quedó en silencio por unos segundos y respondió:

—Si les soy sincero, lo que me alteró no fue lo que dijo, sino cómo lo dijo. Tiene un tono de voz siniestro. Por momentos pensé que sospechaba que le estábamos ocultando algo.

El hombre mayor se dirigió con paso lento hacia la ventana.

—No debe hablar con nadie de esto. Es un asunto de máxima seguridad y tiene que comprender que no podemos asegurarle que...

Ingham no quería escuchar lo que seguía. Intuía lo que le sucedería sin necesidad de que se lo dijeran y no pensaba abrir la boca.

—Lo sé, lo sé —lo cortó.

—Nunca vuelva a interrumpirme —dijo Therman de manera calmada y firme.

Esa respuesta lo atemorizó más que cualquier amenaza. Aquel hombre no era tan distinto al marqués de Abington. Ambos podían reducir a un hombre con una sola mirada.

—Tiene mi palabra —acertó a decir.

—Eso espero. Por su propio bien —dijo y, después de mirar a Berkeley, enfiló hacia la puerta y desapareció.

* * *

Aunque la noticia del compromiso ya había sido esparcida por *madame* Letre entre lo más selecto de la sociedad, tal y como Ophelia preveía, la publicación oficial en el diario de la mañana causó un gran revuelo.

Ophelia y Harriet estuvieron todo el día ocupadas con los mensajes, las cartas y las invitaciones a eventos de todo tipo que habían recibido.

Sophia, que casi no había podido dormir, se levantó para ir a desayunar.

Sus ojeras, que había intentado disimular sin éxito, delataban su cansancio, fruto de las horas que había pasado dando vueltas en la cama y recordando cada caricia de Alex. Pero cada vez que daba rienda suelta a sus sentimientos, la realidad volvía a golpearla.

No podía quedarse allí, no debía amar a Raston y, sobre todo, no tenía derecho a obligarlo a sufrir el daño que le haría cuando se fuera.

—Buenos días señora, Turner —dijo una voz que la tomó por sorpresa.

Sophia dio un salto. No esperaba encontrar a nadie tan temprano.

Vaen tomaba un café al otro extremo de la mesa. Parecía completamente recuperado.

—Buenos días, lord.

Robert hizo un pequeño gesto con la cara y lanzó un silbido casi inaudible.

—Por favor, dígame Vaen o Robert, pero no me llame “lord”. Creo que después de las horas que ha pasado cuidándome tanta formalidad resulta excesiva. Además, por lo que he leído en los periódicos, dentro de poco pasará a formar parte de la familia.

El muchacho terminó la frase con una sonrisa tan pícaro que Sophia no pudo, sino sonreír a su vez.

—Así que me gustaría darle mi felicitación y desearle toda la prosperidad del mundo —agregó.

—Gracias —dijo ella con voz titubeante, porque no tenía idea de cuánto sabía Vaen acerca de su presencia allí.

La mirada límpida y sincera que vio en los ojos del joven la conmovió. Intuyó que un gran dolor atravesaba su corazón y no quiso contribuir a que hubiera más mentiras en su vida.

Así que tomó asiento frente a él y le dijo:

—¿Sabe cuál es mi relación con la familia?

Vaen se reclinó mientras dejaba la taza sobre la mesa.

—Por lo que he escuchado aquí y allá, y por lo que he leído en los periódicos, creo que me hago una idea.

—¿Y qué dicen? —preguntó algo nerviosa.

El muchacho hizo un gesto de confusión. ¿No lo sabía?

—Dicen que usted es hija de una vieja amiga de la familia, que conoció a Raston hace algún tiempo en los Estados Unidos y que se enamoraron.

Sophia suspiró. Tal como suponía, Vaen no sabía nada.

—Nunca he ido a los Estados Unidos —le dijo Sophia, mirándolo a los ojos.

El joven alzó una de las cejas, un gesto que compartía con Alex. Sophia no pudo más que sonreír.

—¿Dije algo gracioso?

—Sus cejas: ha hecho el mismo movimiento que hace su hermano cuando algo no lo convence.

—Ya veo —dijo más desconcertado todavía.

Sophia retomó la conversación.

—Lo que acaba de decir es la versión oficial.

—Por lo que veo, debe de haber también otra —dijo serio.

—Me temo que sí, y es la verdadera.

Vaen endureció la mandíbula.

—Entiendo.

—No debe pensar que no confiamos en usted, es que, cuando llegó, no estaba en condiciones de enterarse. Además, su hermano quiere que permanezca en secreto, por mi seguridad.

—¿Su seguridad?

Sophia sabía que debía ser más concreta si quería que Vaen la entendiera.

—Creo que debería comenzar por el principio. No sé si sabe que lord Raston colabora con Scotland Yard en alguno de sus casos.

Vaen se inclinó hacia delante y apoyó un brazo sobre la mesa.

—Algo había oído.

—Hace unos días asesinaron a un aristócrata en el condado de Surrey. Yo era vecina de él y amiga personal de su familia. Su hermano se trasladó allí para colaborar en la investigación del caso con el oficial Talbot y así fue como nos conocimos.

Ahora sí parecía haber despertado la curiosidad del muchacho, de modo que agregó:

—Mientras investigaban ocurrió algo... —dijo Sophia interrumpiendo su narración.

Vaen la miró a los ojos.

—Puede confiar en mí. —Trató de infundirle seguridad.

Sophia, sin saber por qué, no tuvo duda de que así era, así que continuó.

—Todo parece indicar que soy la siguiente víctima del asesino.

—¿Qué pruebas tienen para creerlo? ¿Por qué alguien querría matarla?

Sophia preveía estas preguntas.

—Cuando su hermano me acompañó a mi casa para recoger algunas cosas para pasar la noche con la familia del asesinado, había una margarita sobre mi escritorio. Alguien había entrado.

—Pero eso no indica que el que entró sea el mismo que asesinó a su vecino.

Sophia sonrió un poco dando a entender que ojalá todo fuese tan sencillo de explicar.

—No lo entiende. Cuando mataron a lord Whyte, dejaron una margarita junto a su cuerpo. Su hermano y el señor Talbot pensaron que debía de ser algún tipo de mensaje. En mi casa alguien dejó una flor exactamente igual encima de mis cosas.

El muchacho parecía concentrado en lo que Sophia le estaba contando.

—Quizá fuera solo una advertencia, no una sentencia.

Sophia miró hacia la puerta: quería cerciorarse de que nadie entrara. Se acercó un poco más a la mesa, para que solo Vaen escuchara lo que le iba a revelar.

—No le diga nada a su hermano porque él cree que no lo sé, pero escuché que le dijo al señor Talbot

que también había una nota, una amenaza de muerte.

Vaen estaba muy serio.

—Su hermano y Talbot decidieron que podrían protegerme mejor aquí, en Londres, ya que no les quedaba nada que hacer en Surrey. Su hermano, entonces, inventó la historia que ha leído en los periódicos para proteger mi reputación.

—Ya veo —dijo el joven mirándola fijamente—. ¿Entonces el compromiso es falso?

Sophia sabía que debía decirle que era una representación, pero luego de su encuentro con Alex no pudo mentirle.

—Al principio comenzó como una estratagema, pero, sin que nos diéramos cuenta, la ficción se fue convirtiendo en realidad.

Vaen sonrió levemente y la tristeza que Sophia había vislumbrado antes en sus ojos se adueñó de su mirada.

—Así son las cosas del corazón —dijo guiñándole un ojo—. Espero que sean muy felices.

—Gracias. —La muchacha sonrió también.

Vaen le agradeció la confianza que depositaba en él. Tuvo que admitir que su hermano había tenido suerte al conocer a una mujer tan especial.

Él también había conocido a alguien maravilloso, pero la muerte se lo había arrebatado.

Sintiendo el sabor amargo del dolor, dio un sorbo a su café.

—Espero que no le moleste lo que le voy a decir —le dijo Sophia mientras untaba mermelada a uno de los panecillos que había sobre la mesa—, pero noto que está triste.

Vaen sonrió con una mueca.

—Es usted muy observadora, señora Turner.

Sophia pensó que quizás estuviera siendo demasiado indiscreta, pero no podía evitarlo.

—Preferiría que me llamara Sophia, al fin y al cabo, como usted dijo, dentro de poco seremos familia.

Vaen sonrió.

—He notado la melancolía en su mirada; en estos últimos días me he visto reflejada en usted. Yo también he sufrido pérdidas y he vivido cosas que no le deseo a nadie. Sé lo que es sentir que la vida no tiene sentido y que el tiempo no cura las heridas, sino que las endurece.

Algo cambió en la mirada de Vaen. La miró sorprendido, como si la muchacha hubiese adivinado algo.

—También sé que a veces, cuando uno ya está resignado, las cosas pueden cambiar. No pierda la esperanza, Vaen.

Él sonrió de medio lado.

—Me alegro por usted, si ha sido su caso, pero yo no puedo tener ya ninguna esperanza—. Sus seres queridos, los que perdió, ¿sabían lo importante que eran para usted?

—Sí.

—Pues entonces no puede comprender del todo lo que yo estoy sufriendo. No solo he perdido al amor de mi vida, sino que la abandoné.

—¿Por qué dice eso? Estoy segura de que...

—¡Es cierto! ¡La dejé sola cuando más me necesitaba! No quise escucharla y, después, ya fue demasiado tarde y... ahora está muerta.

Sophia pudo sentir la ira contenida del joven.

—Puede confiar en mí —le dijo Sophia mirándolo a los ojos, como él había hecho un rato antes.

Vaen sintió que parte de su furia se aplacaba.

—Ahora siente muchas cosas: furia, tristeza, amargura, frustración, dolor. Si sigue así, con el tiempo, lo único que podrá sentir es indiferencia, porque estará vacío. Nada le importará y su vida menos que nada. Pero todavía está a tiempo.

—¿Y qué quiere que haga? —le preguntó con desdén.

—Perdónese a sí mismo y apóyese en los demás. Permita a quienes lo quieren que lo ayuden.

Vaen soltó una carcajada cargada de sarcasmo.

—Lo que me sugiere es imposible. Primero, porque no puedo perdonarme por lo que hice y, en segundo lugar, porque ya no me queda nadie. Mi madre ha sido la principal causante de que Kate muriera. Toda su vida ha sido una mentira y yo he estado completamente ciego.

—Tiene a su hermano.

Sophia continuó, sin dejarlo replicar.

—Ophelia me contó lo que hizo por usted. Le ha salvado la vida, y no ha sido la única vez. Tiene que comprender que Alex ha tenido una vida muy difícil. Pero no debe pensar que es un hombre frío e indiferente, porque no lo es. Créame, es un hombre extraordinario que se preocupa por su familia, y usted forma parte de ella.

Vaen escuchó las apasionadas palabras de Sophia y, aunque eran dichas por una mujer enamorada, sabía que en cierto modo tenía razón. Todo lo que lady Martley le había contado estaba presente también en lo que acababa de escuchar.

Sí, sabía que a su hermano le importaba.

—¿Sabe Alex la suerte que tiene al tenerla?

Sophia sintió que el rubor subía por sus mejillas.

—Me está sobrestimando, Vaen.

—En absoluto, Sophia, en absoluto.

* * *

Alex y Sophia decidieron contarles a las tías que el compromiso había dejado de ser ficticio mientras tomaban el té. Lady Barth, que en ese momento estaba dando un sorbo, casi se ahoga al escuchar la noticia, y la escena que se produjo fue digna de una comedia.

Como se había atorado, Ophelia dejó la taza en la mesa sin mirar dónde la apoyaba, con tan mala suerte que la posó en el borde de un plato sobre el que había un pastel, que salió volando como un proyectil. Alex corrió hacia ella para darle unos golpes en la espalda y, en el apuro, tropezó con la mesita y tiró la tetera sobre Harriet. Sophia, que también se había levantado para ayudarla, pisó el charco de té y literalmente voló hacia Harriet que, con un “oh” cada vez más agudo, no logró frenar a la muchacha y acabó en el suelo.

Vaen, que estaba subiendo las escaleras, bajó al escuchar los gritos y entró como una tromba, preocupado, justo cuando Ophelia volvía a respirar con normalidad. Su semblante, en principio serio y en tensión, fue cambiando ante el espectáculo que se le ofrecía: Harriet patas arriba con Sophia encima, Ophelia tosiendo sin parar y todos manchados con los restos del pastel. Intentó contenerse, pero no pudo sofocar la risa y soltó una carcajada.

El ojo derecho de Alex comenzó a latir.

—No le veo la gracia —dijo con frialdad.

—Pues yo sí —contestó Vaen desternillándose de nuevo—. No saben lo graciosos que resultan. ¿Están ensayando alguna obra?

Alex rugió y Vaen volvió a reírse, pero salió disparado por la puerta.

—Esta juventud ya no respeta nada —dijo Ophelia, totalmente recuperada.

Sophia pensó que Vaen tenía razón. Ella tampoco pudo evitar reírse por lo bajo al ver la imagen que daban.

Sophia se levantó y ayudó a Harriet, mientras Alex recogía los últimos vestigios del suceso. Cuando estuvieron todos sentados de nuevo, y el mayordomo ya hubo retirado el servicio, Ophelia retomó el tema que casi le había costado la vida.

—¡Es maravilloso! ¡Estoy tan contenta!, pero... —dijo y se quedó callada de pronto como si se hubiese dado cuenta de algo—, pero ¡eso significa que hay una boda de verdad que preparar y no hay tiempo que perder! Hay mucho que hacer —dijo Ophelia mirando a todos los presentes.

—No te agobies, hermana, será una boda increíble, ya verás —dijo Harriet sonriendo de oreja a oreja.

Ophelia hizo un chasquido con la lengua y la miró a través de su monóculo.

—¿Cómo que no me agobie?

—Tía, no te precipites —dijo Alex—. Sophia y yo nos vamos a casar, pero primero debemos resolver el caso.

Ophelia miró a su sobrino.

—¿De qué estás hablando? Se pueden casar y después seguir con el caso.

Sophia sonrió abiertamente.

—Lo que Alex trata de decir es que yo no estaría tranquila ni segura hasta que el asesino de lord Whyte y... que amenaza mi vida no haya sido apresado, y no podría preparar y mucho menos disfrutar de la boda en estas circunstancias.

—Bobadas —dijo Ophelia con claro fastidio—. Sin embargo —continuó en tono conciliador—, no soy una necia y comprendo tu punto de vista. Me gustaría que la boda se hiciera lo antes posible, sobre todo para acallar las malas lenguas, pero la felicidad de ustedes es lo más importante, así que sabré esperar —dijo dándole unas palmadas cariñosas a la muchacha en la espalda.

—¡Así se habla! —exclamó su hermana.

Ophelia la miró de reojo.

—Pero eso no significa que no podamos ir adelantando un poco, ¿no crees? —preguntó a Sophia con aire inocente.

—Creo que hacerte la tonta no te sale tan bien como a mí, Ophelia —dijo Harriet soltando una risilla.

Alex no quería agobiar a Sophia. Sabía que estaba nerviosa, porque sus ojeras eran cada vez más pronunciadas y apenas probaba bocado. Por otro lado, sabía que necesitaba tranquilidad para adaptarse a todo lo que estaba pasando.

Además, aunque por momentos parecieran olvidarlo, la vida de su prometida seguía estando en peligro.

La investigación estaba en un punto muerto y lo único que sabían era que la visita que habían hecho a la Oficina de Asuntos Exteriores había puesto muy nervioso a alguien.

Alex pensaba volver a la oficina de Berkeley y sacarle alguna respuesta aunque fuera a la fuerza.

Capítulo 17

DESPUÉS de dejar a Sophia con sus tías haciendo planes para la boda, Alex fue a ver a Michael Lenton para comentarle las conclusiones a las habían llegado después de ver a Berkeley.

—¿Y dices que desde que estuvieron con él los están siguiendo?

—Así es. Desde que los enfrenté o han desistido o han sido más cautos, porque no volvimos a notar que nos vigilaran.

—No sé qué decirte, Alex, todo esto es muy extraño. Berkeley es un ratón de biblioteca, nunca ha sido un hombre de acción. Ya te dije que no parece tener nada que ocultar y que en la Oficina de Asuntos Exteriores todos lo respetan. Por otra parte, lo que no me cierra es que, si mataron a Whyte por lo de Grecia, ¿por qué lo hicieron recién ahora, después de tanto tiempo?

—También lo pensé, ese es un cabo suelto, pero por algo Berkeley se puso tan nervioso cuando lo vimos. Alguna de las cosas que dijimos le interesó y por eso nos mandó seguir.

Lenton inspiró mientras pensaba en lo que Alex le estaba diciendo.

—Alguna vez he oído que detrás de Berkeley había una figura importante.

—¿Sabes quién es?

—No lo sé a ciencia cierta, pero una vez Pitcher, del Departamento de Interior, dijo que Berkeley era el protegido de La Hiena.

—¿La Hiena?

Michael sonrió por lo bajo.

—Sí, es el nombre de guerra del mejor agente de la Oficina de Asuntos Exteriores. Manejaba la red de espionaje durante la guerra. Su verdadero nombre es John Therman.

Raston apoyó en una mesa la copa de brandy.

—¿John Therman? ¿El subdirector de la Oficina de Asuntos Exteriores?

—El mismo. No sé si esto te ayuda o si complica más las cosas.

Una idea, que tal vez no llevara a nada, pasó por la cabeza de Alex. Decidió seguir su intuición.

—¿Sabes cuántos años tiene Therman?

Lenton pensó unos segundos antes de responder.

—Creo que tiene cincuenta y dos o cincuenta y tres.

Alex pensó que quizá su idea no fuera tan disparatada. Las edades encajaban.

Media hora más tarde entró a Scotland Yard.

—Vaya, pensaba que habíamos quedado en encontrarnos más tarde en el club —dijo Talbot extrañado.

—Y crees bien —le contestó Alex—. No te preocupes, no estás desvariando.

—Que gracioso. —Soltó una risita falsa.

—Quería hablar contigo cuanto antes. Acabo de ver a Michael y me ha dicho algo que me ha dado que pensar. Quizá no sea nada, pero quiero averiguarlo.

—Tú dirás, pero antes quiero que sepas que he leído en los periódicos lo de tu compromiso con la señora Turner. ¿Es parte de tu plan para protegerla o debo felicitarte? —preguntó James saliendo de atrás de la mesa de su despacho.

—Debes felicitarme. —Acompañó la respuesta con una sonrisa enigmática.

Talbot se paró en seco y sonrió de medio lado.

—Es una broma, ¿no?

Alex dejó los guantes encima de la mesa.

—No, es en serio. Sabes de sobra que nunca bromearía con un tema así.

Talbot soltó una carcajada.

—Vaya, vaya, ¡viejo zorro! Así que al final te han cazado, ¿eh? Pues me alegro. Ya era hora.

Alex también sonrió.

—Muchas gracias, amigo.

Talbot se sentó en uno de los sillones e invitó a su compañero a hacer lo mismo.

—Tengo que confesarte que la señora Turner me parece muy hermosa. Eres muy afortunado.

—Lo sé.

—Todavía no termino de creerlo. Si tú has caído, significa que ya no hay esperanza para los hombres.

Alex sonrió por lo bajo. James a veces podía ser muy exagerado.

—¿Qué es lo que tienes que contarme? Es sobre el caso, ¿no?

—Sí —dijo Alex, mientras se reclinaba en la silla para ponerse más cómodo.

Comenzó a reproducirle con detalle la conversación que acababa de tener con Lenton. Cuando terminó, vio que había captado toda la atención de James.

—¿Y piensas que Berkeley podría estar actuando por orden de Therman? —Talbot era consciente de las implicancias de ese hecho.

—No lo sé, hay algo que no puedo explicar, pero pienso que puede haber alguna conexión. Es un presentimiento.

Talbot puso cara de sorpresa.

—¿Además de casarte ahora confías en presentimientos? ¿Tanto te ha cambiado esa mujer? —acotó divertido.

—Está bien —pidió Talbot—, no seas susceptible, pero piénsalo bien...

—¿Qué tienes en mente?

—Quizá te parezca una locura, pero Therman tiene casi la misma edad que tenía lord Whyte. Es posible que se conocieran. Quizás incluso haya algún nexo entre ambos. Yo los investigaría para saber si tienen algo en común: amigos, escuela, socios, club, no sé, cualquier cosa que pueda haberlos unido.

Talbot sonrió con picardía.

—Si llegamos a encontrar algo, tendrás que aceptar que en este trabajo la intuición es muy importante.

Alex sabía que James tenía razón. Más de una vez habían discutido sobre eso y Alex siempre defendía la lógica y la razón, mientras que James sostenía que la intuición era lo que diferenciaba a un buen detective de uno malo.

Alex hizo un gesto dándole a entender que así era.

—Ver para creer —dijo Talbot por lo bajo.

—No te pases.

—Yo también he estado dándole vueltas al asunto, y lo que más me intriga es la forma en que lord Whyte fue asesinado. Aquí, en Londres, vive un hombre que quizá pueda ayudarnos. Es un personaje fascinante.

—¿Quién es?

—Un mameluco.

Alex negó con la cabeza.

—Ambos sabemos que los mamelucos de Egipto fueron exterminados por Ali Pasha y que los pocos que quedaron en Francia fueron asesinados en los cuarteles tras la caída de Napoleón.

Talbot sonrió.

—Sí, pero este no es un mameluco cualquiera. El hombre del que te hablo se llama Rastam Raza.

Alex frunció el entrecejo intentando recordar.

—Ese nombre no me suena familiar.

Talbot rió por lo bajo.

—Es georgiano, de padres armenios. Fue secuestrado cuando era niño por los turcos y fue guardaespaldas y sombra personal del mismísimo emperador hasta 1814.

Alex emitió un silbido.

—¿Y cómo es que terminó viviendo en Londres?

—Cuando Napoleón volvió de Elba, Rastam sintió que Francia ya no tenía nada que ofrecerle. Decidió abandonarlo y formar una familia aquí.

—¿Y cómo sabes que nos ayudará?

—No lo sé, pero tenemos que intentarlo. He concertado una cita con él para mañana por la tarde.

* * *

Alex llegó a su casa antes de la cena. David le abrió la puerta con cara de cansado. Cuando escuchó un grito proveniente del salón, vio que el mayordomo ponía los ojos en blanco.

—¿Pasa algo?

—No señor —repuso con un dejo de sarcasmo.

Alex frunció el entrecejo.

—Mis tías están enloquecidas con lo de la boda, ¿no?

—Enloquecer es poco, señor.

Alex tuvo que contenerse para no sonreír.

—Han llegado todo tipo de invitaciones, felicitaciones y presentes, y *madame* Letre vino a última hora a pedido de sus tías para traer un montón de cajas.

—Por lo que escucho, están ahora en el salón. ¿Está Sophia con ellas?

El rostro del mayordomo mostró circunspección.

—Sí, aunque tengo serias dudas de que esté ahí por propia voluntad; más bien parece que la han tomado de rehén. Hace un par de horas intentó escapar diciendo que tenía que terminar de revisar su novela, pero su tía Harriet le bloqueó la salida. Si quiere que la señora no desista de ser su esposa, debe hacer algo por ella, y deprisa.

—Gracias por su consejo, David, lo tendré en cuenta.

Se dirigió a su escritorio. Cuando estaba a punto de entrar, Vaen apareció.

—¿Tienes un minuto? Quería hablar contigo.

—Pasa.

El joven se puso serio.

—Ya estoy prácticamente recuperado, por lo que creo que es hora de que me vaya y no siga abusando

de tu hospitalidad.

Alex se tocó el puente de la nariz con dos dedos antes de preguntar.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo he pensado todavía.

Lo miró fijamente.

—Sin ánimo de inmiscuirme en tus asuntos, quiero que sepas que puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. Esta es tu casa.

Si alguien le hubiese dicho un mes antes que alguna vez Alex le diría eso, lo habría tildado de loco. Pero ahora se daba cuenta de que toda su vida había sido un engaño. Los que parecían amigos resultaron ser enemigos, y la persona que sus padres le habían señalado desde niño como su peor rival era su único apoyo.

—Pensaba que estabas deseando que desapareciera de aquí.

Alex suspiró. No estaba acostumbrado a decir lo que sentía. Siempre había creído que eso era un signo de debilidad, pero desde que Sophia había entrado en su vida, parecía que no podía parar de hacerlo.

—Me vendría bien tu ayuda, Vaen, me gustaría que te quedaras.

El muchacho no podía salir de su asombro.

—No entiendo. ¿Tú necesitas ayuda? ¿Y de verdad crees que yo puedo brindártela?

Tenía razón, pero solo en parte. Era orgulloso, sí, y tenía fe en sí mismo, eso también, pero no era un necio.

—Tus palabras muestran lo poco que me conoces.

—¿Tu pedido tiene que ver con el asesinato que estás investigando?

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! —exclamó—. ¿Te lo han contado mis tías o Sophia?

Alex vio que su hermano tensaba la mandíbula cuando mencionó el nombre de la muchacha.

—Sophia, ya veo.

—No es lo que piensas —arguyó—. Ella no quería que cuando lo descubriese me sintiera engañado. Tiene la extraña costumbre de pensar en los sentimientos de los demás.

Alex escuchó cómo defendía a su prometida y tuvo que sonreír. ¿Cómo era posible que Sophia enamorara a todo el mundo?

Miró a su hermano y se vio reflejado en él. En otra época él también tenía esa misma mirada de odio.

—Voy a insistirte solo una vez más. Aunque tengo hombres apostados alrededor de la casa y entre el servicio, me vendría bien tu ayuda. Has demostrado tener valor y eres un buen hombre. No necesito saber más. Confío en ti.

Vaen sonrió por primera vez.

—Si es así, no me voy a ninguna parte. ¿Con qué comienzo?

Alex sonrió. Aquel hermano suyo, efectivamente, era muy parecido a él.

* * *

Sophia pensaba que si se quedaba un segundo más en aquella habitación empezaría a desear que el

asesino la encontrara.

—Querida, no estás prestando atención. ¿Te gusta más este rosa pálido o el rosa suave que tiene Harriet en la mano? —le dijo *madame* Letre sosteniendo la tela en alto para que pudiera verla mejor.

Unos golpes a la puerta le hicieron anhelar aún más escapar de allí.

—¡Alex! —exclamó Sophia.

Las mujeres la miraron algo sorprendidas.

Sophia se dio cuenta del tono de desesperación que imprimió a esa palabra.

Adoraba a Harriet y a Ophelia, pero ya no podía soportar más: llevaba casi cuatro horas mirando las telas que *madame* había traído para el traje de novia, retazo tras retazo. ¿Era la única que no notaba ninguna diferencia entre el rosa pálido y el rosa suave?

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Alex, fingiendo no haber reparado en el tono de súplica con el que su prometida le habló.

Ophelia dejó de mirarla y desvió la vista hacia su sobrino nieto.

—Estamos viendo telas y bocetos para el vestido de novia.

Ante la expresión de Alex, Ophelia se apresuró a continuar.

—Sí, sí, ya sé lo que vas a decirme, que habíamos quedado en que no íbamos a atosigar a Sophia, pero esto es solo una aproximación, no estamos mirando nada en serio.

La muchacha lanzó un tenue quejido de sorpresa. Si eso era solo una aproximación, no quería saber lo que le esperaba,

—Si es así, entonces no las molestaré —dijo mirando a Sophia con picardía a los ojos.

—Casi lo olvidaba —agregó cuando vio la súplica dibujada en los ojos de su prometida—. Tengo algo urgente que hablar con Sophia. Si no les importa, se las robaré un rato.

La cara de la muchacha se iluminó, pero vio que Ophelia levantaba el monóculo para mirar al muchacho, así que aún no estaba dicha la última palabra.

—Si no queda más remedio —dijo la tía resignada.

Sophia suspiró aliviada. Salió del salón con Raston y se dirigieron a la biblioteca.

—Si me hubieras dejado allí, me las habrías pagado.

Alex la miraba divertido.

—Y no te rías, que no tiene gracia.

—Ayer me dijiste que para ti lo más importante en el mundo era verme reír, y ahora que lo hago te molesta. Creo que no sabes lo que quieres.

—Eres perverso, Alex Raston.

—No sabes hasta qué punto puedo serlo —contestó.

—Eres imposible —dijo soltando una risita—. ¿Qué querías decirme? —le preguntó cambiando de tema.

—En primer lugar, quería sacarte de allí. David y Vaen me contaron que te tenían retenida en contra de tu voluntad.

La joven soltó una carcajada.

—¡Pobres! ¡Ellos tampoco la están pasando nada bien! Hubo un momento en el que pensé que David se marcharía para siempre. Y Vaen, eso sí que ha sido increíble: tu tía Ophelia lo desarmó con una mirada.

—Sé a qué te refieres —dijo Alex con tono compasivo.

Sophia lo miró a los ojos.

—Has dicho “en primer lugar”, por lo tanto, debe de haber un segundo. ¿Qué más querías decirme?

Alex le contó que estaban investigando nuevas pistas y que, seguramente, en un par de días tendrían algunas respuestas.

—¿Nuevas pistas?

—Preferiría contarte con más detalle cuando sepa si alguna conduce a algo. No quiero darte falsas esperanzas.

Sophia asintió, pero lo que de verdad habría deseado decirle era que no tenían nada y que jamás darían con aquel hombre, porque el asesino era un fantasma.

Miró a Alex y la idea cobró aún más fuerza. No lograba dormir por la noche pensando que le resultaría imposible marcharse, y más ahora que había encontrado el amor y una familia que la hacía sentir que formaba parte de un hogar.

Sabía que era una locura pensar en quedarse, aunque ya no podía seguir huyendo, algo dentro de ella le impedía contarle la verdad a todos y abandonar de una vez por todas la mascarada; si se quedaba y se casaba con Alex, sus seres queridos nunca estarían a salvo.

Faltaba poco para la velada en la ópera. Faltaba poco para el desenlace.

—Te has quedado muy seria. No te preocupes, te prometo que atraparemos al asesino de lord Whyte y lo llevaremos ante la justicia.

¿Justicia? No había justicia capaz de borrar la sangre que había derramado aquel hombre.

Capítulo 18

A la tarde siguiente, Alex pasó a buscar a James para ir a casa de Rastam.

—Has llegado temprano —dijo Talbot cuando lo vio cruzar la puerta.

—He venido un poco antes por si tenías alguna noticia de lo que hablamos ayer.

Talbot sonrió de manera enigmática.

—Tienes suerte, ¿sabes?

Alex sonrió a su vez.

—¿Has encontrado una conexión?

—Más que eso. ¿Recuerdas que la señora Whyte nos dijo que su marido había estudiado en Eton? Pues tengo un amigo cuyo tío era encargado de los archivos de ese colegio. Aunque ya está jubilado, recordé que era tan meticuroso que tenía una copia de los archivos en su casa, por si pasaba algo con los de la escuela. Así que fui a visitarlo y, por suerte, se acordaba de mí. Le comenté el caso y no solo me mostró el anuario, donde pude ver que lord Whyte y Therman habían sido compañeros, sino que se acordaba perfectamente de ellos y me dijo que eran inseparables.

—Seguiré investigando los años posteriores, pero creo que es un buen punto de partida.

—Es muy revelador, diría yo.

Alex miró el reloj que llevaba en el bolsillo.

—Es hora de irnos.

—¡Pero si falta más de una hora y estamos solo a veinte minutos!

Sonrió por lo bajo.

—Sí, pero antes tengo algo que hacer.

—¿Qué? —A James no le gustaba que lo apuraran.

—Comprar un anillo de compromiso.

* * *

A las cuatro en punto tocaron la puerta de la casa de Rastam.

Un mayordomo los hizo pasar a un gran salón y los invitó a sentarse en el sofá que estaba en el centro de la habitación. Delante de ellos había una mesa hexagonal con una caja de plata y varias bandejas con motivos florales.

—Espero no haberlos hecho esperar.

Ninguno de los dos lo oyó llegar. Había entrado sigilosamente por una puerta lateral que estaba disimulada en la pared.

—No se levanten, por favor. He pedido que nos traigan el té. Imagino que usted es el señor Talbot y usted lord Raston, ¿es así? —preguntó.

—En efecto —le contestó James.

Rastam sonrió complacido.

—Desde que recibí su nota no he dejado de preguntarme qué pueden querer de mí un policía de Scotland Yard y un aristócrata.

—La razón de nuestra visita es que esperamos que pueda ayudarnos con un caso que estamos

investigando. El asesinato de un noble en el condado de Surrey.

Rastam, cuya cara no parecía expresar ningún tipo de emoción, se inclinó hacia atrás en su sillón mirándolos fijamente.

—¿Y en qué puedo ayudarlos?

—La víctima murió de un modo que nos hizo recordar un asesinato del que fuimos testigos en Egipto llevado a cabo por un mameluco —dijo Alex sin rodeos.

Rastam los miró con atención, tratando de determinar si lo que le decían era cierto.

—Deben de estar equivocados. Es imposible que haya sido un mameluco. Aquí, en Inglaterra, no habría logrado pasar desapercibido. Tampoco pudo haberlo hecho ninguno de mis antiguos compañeros, porque todos han muerto. Si lo que están tratando de insinuar es que soy sospechoso del crimen, debo decir, a mi favor, que mi trabajo, del que me retiré hace muchos años, consistía en evitar los asesinatos, no en cometerlos. De todos modos —continuó evaluando otras posibilidades— no deberían sospechar solo de nosotros.

—¿Qué quiere decir? —preguntaron al unísono.

El hombre guardó silencio mientras el mayordomo colocaba sobre la mesa una bandeja que contenía la tetera humeante y un pastel.

—¿Té? —ofreció.

—Gracias —contestó Alex.

—Sí, gracias —dijo James.

Cuando terminó de servir, lord Raston volvió a preguntarle.

—¿Qué quiso decir con que no deberíamos sospechar solo de los mamelucos?

Rastam dejó la taza sobre la mesa y contestó:

—Cuando era jefe de policía, Fouchier estaba muy interesado en las muertes silenciosas. Muchos realistas podrían dar fe de ello, si estuvieran con vida, claro. Varios de los agentes de Fouchier aprendieron nuestras técnicas durante esos años.

—¿Está hablando de agentes franceses?

—Exactamente —contestó dando un pequeño sorbo.

—¿Y alguno de ellos utilizaba como firma una flor? —le preguntó Alex mirándolo fijamente.

—Eso es prácticamente imposible —dijo Rastam casi para sí.

—¿Qué? —preguntó Alex interesado por la reacción del extranjero.

—Digo que eso no es posible, porque la agente que utilizaba esa firma está muerta y no conocía nuestras técnicas. Se ocupaba de otras cosas.

—¿Recuerda cómo se llamaba? —preguntó Talbot intrigado.

—Creo que su nombre de guerra era Marguerite. Era muy joven, hacía poco que había dejado de ser una niña, y muy hermosa.

La flor que habían dejado sobre el cadáver de lord Whyte y en la casa de Sophia era, coincidentemente, una margarita.

Alex y James cruzaron una mirada y se dieron cuenta de que estaban pensando en lo mismo.

—¿Y dice que ella murió?

—Sí —dijo Rastam—, estoy completamente seguro. Sin embargo, su amante era un agente que había aprendido a usar nuestras técnicas. Era muy bueno. Un tipo visceral, implacable.

—¿Y sabe qué fue de él?

—No —replicó con firmeza—. Me fui de Francia y nunca más regresé.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

El hombre sonrió.

—Su nombre nunca lo supe, pero me acuerdo cómo lo llamaban: El Fantasma.

* * *

Se escabulló por la entrada lateral e ingresó en la casa deshabitada que estaba usando de escondite. Por fin tenía algo.

Después de vigilar la propiedad noche y día, y de seguir a lord Raston, había descubierto algunas cosas importantes: había agentes de la Oficina de Asuntos Exteriores que tenían la misión de seguir al marqués e informar todos los movimientos de la propiedad, sobre todo de la señora Turner, a sus superiores. Al parecer, no era el único interesado en ella.

También había descubierto que ella iría a la ópera. Esa era la oportunidad que estaba esperando. Había sido muy sencillo enterarse: sedujo a la hija de la cocinera del marqués. Ganarse su confianza no había sido difícil. Él siempre había sido un hombre atractivo, y a pesar de la cicatriz que portaba en la cara, todavía seguía siéndolo. La muchacha, había sido demasiado inocente. Él se había hecho pasar por vendedor de libros, y la joven, que no tenía mucha inteligencia, había caído sin apenas resistirse. Hablaba hasta por los codos y, aunque se había tentado a cerrarle su boca en más de una ocasión, su cháchara le había aportado la información que necesitaba. Por ella supo que, además de ella, en la casa vivían dos mujeres mayores, las tías del marqués, y un joven, hermanastro de lord Raston, y que la mejor modista de Londres estaba haciendo un ajuar maravilloso para que la señora Turner luciera en la ópera.

Sí, se dijo, la venganza está muy cerca.

* * *

Después de entrevistarse con Rastam, fueron a lo de Alex.

—Ahora entiendo por qué a Berkeley se le transformó la cara cuando le dije que el asesino parecía un fantasma —reflexionó Alex con expresión seria.

—Resolver este asesinato va a ser bastante complejo, amigo. Hay mucha gente importante involucrada.

—Lo sé. Es una historia que comenzó hace muchos años. Lo que no termino de entender es qué tiene que ver Sophia en todo esto y por qué el asesino quiere eliminarla.

—Ese es un cabo suelto —dijo James con cara de cansado—. Lo bueno es que ahora sabemos que estamos encaminados.

—Es cierto. ¿Quieres quedarte a cenar? —le preguntó de golpe, cambiando de tema.

Talbot rió por lo bajo.

—No me puedo negar. Me gusta cenar en tu casa: además de que se come bien, siempre hay espectáculo asegurado.

Sonrió. Talbot tenía toda la razón.

* * *

Atila saltó demasiado lejos, se escurrió al aterrizar sobre la mesa de la cómoda y rompió dos

floreros.

El estruendo del cristal al romperse llamó la atención de los hombres. Tanto Alex como James se pusieron en alerta.

—Fue en la habitación de Sophia —dijo Alex a su amigo en voz baja.

Ambos sabían que la muchacha estaba en el salón con lady Martley, lady Barth y Vaen.

Con cautela, el marqués abrió la puerta y entró con sigilo, seguido muy de cerca por James. La habitación estaba parcialmente iluminada.

Miraron las ventanas y comprobaron que estaban intactas y cerradas. Algo menos tensos siguieron barriando la habitación con la mirada buscando qué era lo que había provocado el ruido. Al pie de la cómoda había restos de vidrio y, al lado, el que parecía haber sido el causante del desastre, *Atila*, que imperturbable se lamía una pata, que parecía lastimada.

—Minino, ven aquí —le dijo Alex, acercándose para inspeccionarle la herida.

El gato no le hizo caso y saltó sobre la cama cuando intentó atraparlo.

Trató de tomarlo por sorpresa, pero *Atila*, que estaba muy alerta, saltó sobre el alféizar de la ventana.

—Como no te quedes quieto, de lo que menos vas a tener que preocuparte es de esa pata —lo amenazó.

El gato pareció entender, porque soltó un maullido que parecía una protesta.

A James la escena le pareció ridícula.

Alex se acercó otra vez al gato, que intentó escapar de nuevo, y casi lo logra, pero Raston lo atrapó justo cuando intentaba meterse en el hueco que había entre el armario y la pared. Lo tenía bien sujeto, pero el animal había hincado las uñas en el estuche de piel que Sophia se había empeñado en traer y que parecía contener un instrumento musical de tamaño considerable.

Alex pensó que la situación se estaba complicando. James tampoco hacía ningún esfuerzo por ayudarlo. Ahora iba a tener que explicar por qué el maletín de piel estaba arañado. Sin pensarlo dos veces, tiró a *Atila* hacia atrás y, con la otra mano, quitó las patas del animal de encima del estuche en el que estaba haciendo su obra, arañazo tras arañazo.

Raston consiguió sacar al gato, pero, en el tironeo, el maletín terminó cayendo con tal fuerza que su tapa se abrió no bien tocó el suelo.

Alex nunca habría imaginado que dentro encontraría un sable francés. Y no uno cualquiera, sino el de un alto mando del emperador. Tenía la empuñadura ricamente adornada de oro y grabada con el águila imperial.

Sin saber qué estaba pasando, dejó al gato en el suelo y se agachó junto al estuche.

En un instante, Talbot estuvo a su lado. Ya no parecía tan divertido.

Al lado del sable había joyas de mujer, al parecer de bastante valor, y condecoraciones del ejército francés.

—¿Qué es esto? —preguntó al aire, mientras miraba con detenimiento los objetos.

—¿Qué hace ella con este sable? —inquirió James con expresión seria—. Y no es un arma cualquiera —continuó—. Solo he visto uno igual en Waterloo al duque de hierro, aunque sin el águila imperial. Y esa condecoración es el águila de la Legión de Honor.

Alex endureció la mandíbula.

—Estas cosas solo pueden pertenecer a un general francés.

—¿Qué significa todo esto? —exclamó James.

—Aquí hay otra condecoración, la cruz de la Legión de Honor —dijo Alex tomándola por los

extremos.

—Y esas joyas no parecen falsas. ¿Qué hace con ellas una escritora, hija de un administrador y viuda de un soldado inglés? —preguntó Talbot examinando una más de cerca—. ¿Qué es eso? —le preguntó cuando lo vio agarrar una hoja envejecida y cuarteada que había quedado dentro del estuche.

Alex no contestó porque estaba concentrado leyendo. Su cara adoptó una seriedad mortal. Hacía muchos años que Talbot no le veía esa expresión en el rostro, pero comprendió todo cuando su compañero empezó a leer en voz alta.

Bamberg, febrero de 1815.

Estimado François,

Te envío esta carta a través de un hombre de confianza. He sabido que, debido al peligro que acecha nuestro país, el emperador ha decidido abandonar su exilio en Elba. Napoleón cuenta con todos sus generales para que su regreso sea pacífico y no se derrame más sangre francesa. Me consta que agentes cercanos a él están trabajando para facilitar su retorno. Esto significaría que también regresará un agente muy peligroso para Francia y para nosotros. Ya he dado órdenes para impedirle que complete su venganza.

Entre tanto, esperaré aquí tu respuesta.

Un abrazo,

L. A. Berthier

Alex escuchó un ruido procedente del exterior.

Miró a James y ambos guardaron absoluto silencio.

Se acercaron a la puerta y la abrieron lo suficiente como para ver a David desapareciendo al final del pasillo.

Volvieron a cerrar la puerta, y colocaron las pertenencias de Sophia en su lugar, salvo la pequeña carta, que Alex se guardó en un bolsillo, y salieron.

Alex estaba confuso. La idea de que todo lo que creía saber hasta ese instante no había sido más que una gran mentira rondaba su mente. No encontraba ninguna explicación para lo que acababa de descubrir. Y, a cada segundo, su furia y su incredulidad crecían. Se había dejado llevar por sus sentimientos y por su instinto, y el resultado estaba siendo desastroso.

Quizá si no hubiese permitido que Sophia entrara en su vida, se habría percatado mucho antes de que era una mentirosa y, quién sabe, tal vez algo mucho peor.

Capítulo 19

SE dirigieron al estudio de Alex. En cuanto cerraron la puerta, James rompió el silencio:

—No sé bien qué significa lo que acabamos de ver, pero sin duda la señora Turner nos ha estado engañando desde el principio. ¿Qué hace ella con una carta escrita por el primer mariscal de Francia?

Mientras lo escuchaba, un sinfín de preguntas se agolparon en la cabeza de Alex.

James lo miró. Entendía por lo que debía de estar pasando y, cuando lo vio apretar los puños, se dio cuenta del esfuerzo que hacía por contenerse.

Si él estaba desconcertado, se imaginaba lo desilusionado que debería de estar su amigo.

James había sido testigo de los cambios que Alex había atravesado en los últimos días. Lo había visto feliz, relajado y más extrovertido que nunca, y sabía que, por primera vez, estaba enamorado. La prueba era el anillo de compromiso que tenía en el bolsillo de la chaqueta, una hermosa pieza de oro blanco con zafiros engarzados formando una flor, que Alex había planeado darle a ella esa noche, cuando estuvieran a solas.

Antes de que pudiese agregar nada, Raston, cuyo semblante había vuelto a ser el de siempre, frío y racional, habló:

—Debemos pensar con calma y analizar detenidamente lo que acabamos de encontrar. El sable y las condecoraciones parecen los de un general francés. Las joyas no sé a quién pueden pertenecer. Es muy improbable que sean de ella, así que, por el momento, solo podemos pensar que son de origen dudoso. La carta, por su parte, es lo que más me desorienta. Por su autor, y por lo que dice, es evidente que está dirigida a alguien de confianza muy cercano al primer ministro. Un político o un militar de alto rango. Me inclino más por la segunda opción. Solo sabemos que ese hombre se llamaba François y que fue enviada antes de los Cien Días. El agente del que habla seguramente era un radical. De ahí que dijera que solo volvería a Francia si regresaba el emperador.

Talbot asintió. Compartía las deducciones de Alex.

—Sí, y si mal no recuerdo, Berthier indica que ha tomado medidas para acabar con ese agente al que considera un peligro no solo para ellos, sino también para Francia.

—Exacto —dijo Alex—. Tal vez ese agente sea uno de los que aprendieron la técnica de los mamelucos, e incluso podría tratarse del amante de Marguerite, el fantasma del que Rastam nos habló.

—Sí, pero ¿por qué un agente francés sería un peligro para Berthier y para Francia? —preguntó James.

—No lo sé —dijo Alex dubitativo—. Desde luego ya no podemos preguntárselo a los involucrados: desconocemos quién era el destinatario de la carta y Berthier, por otro lado, está muerto.

—La versión oficial es que murió en un accidente al caer de una ventana de su casa.

—Sin embargo, por lo que hemos descubierto, tal vez lo hayan empujado —dijo Alex con firmeza.

—¿Y cómo encaja la señora Turner en todo esto?

Alex endureció la mandíbula, con los dientes bien apretados cuando escuchó ese apellido en boca de James.

—Todo el tiempo hemos estado creyendo que Sophia era un peón inocente en todo este enigma. Aunque las piezas no encajaran, no teníamos por qué sospechar nada de ella. Ahora que sabemos que lord Whyte era amigo íntimo de Therman, quien manejaba la red de espionaje británico durante la guerra,

no suena tan descabellado que lord Whyte haya sido agente encubierto de la Oficina de Asuntos Exteriores. ¿Quién habría sospechado de un aristócrata que no estaba involucrado en política y que se vivía en el campo, alejado de Londres?

Al escuchar las palabras de Raston, Talbot empezó rumiar una idea.

—Quizá la señora Turner no solo nos mintió a nosotros. También puede haber engañado a la familia Whyte. ¿Cómo sabemos que en verdad es la viuda del soldado Turner? Pudo haberse apropiado de la identidad de la auténtica señora Turner y hacerse pasar por ella.

Alex tenía el entrecejo fruncido.

—¿Y con qué fin? —preguntó.

—No lo sé. Quizá sea una agente encubierta; quizás haya estado vigilando a lord Whyte durante años para conseguir algo y, cuando lo descubrió, ayudó a que lo mataran.

Alex negó con la cabeza.

—¡La guerra terminó hace quince años, James! ¿De qué estás hablando? Lo que dices es absurdo, y lo sabes.

Talbot sabía que sus ideas podían no ser muy lógicas, pero nada en el caso lo era.

—¿Te parece una locura? —le preguntó paseándose por el despacho como un animal enjaulado—. ¿Mucho más absurdo que la idea de que a lord Whyte lo haya matado un mameluco?, ¿o que el hecho de que un agente francés que estuvo bajo las órdenes de Fouché esté en Inglaterra asesinando aristócratas quince años después de la guerra?, ¿o tan ridículo como encontrar entre las pertenencias de la señora Turner una carta firmada por Berthier? Sí, puede ser que lo que dije sea ridículo, pero no más que lo que hemos descubierto hasta ahora. Creo que estás demasiado involucrado como para ser objetivo.

Alex se acercó a Talbot con cara de pocos amigos.

—Este caso es complicado y quizá tengas razón y no esté siendo del todo objetivo, pero me conoces y sabes que nunca antepondría mis sentimientos a la verdad. Sé que Sophia nos ha mentido desde el principio y sé que está involucrada, pero no creo que haya sido cómplice del asesinato.

Talbot se tocó la barbilla con la mano.

—Y entonces, ¿cómo explicas que tenga esos objetos?

—Eso es lo que pretendo averiguar —le respondió con voz grave.

James se sentó en uno de los sillones.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Alex tomó asiento en el otro y se apoyó sobre el respaldo como si estuviera agotado.

—Voy a hablar con la señora Turner. Si es inteligente, como ha demostrado serlo engañando a todo el mundo, comprenderá que su única salida es contarme toda la verdad.

—¿Y si se niega? Creo que si ha sido capaz mentirnos como lo ha hecho puede seguir haciéndolo. ¿Por qué estás tan seguro de que no lo hará? —preguntó Talbot indignado.

—Me dirá la verdad por su propio bien —contestó Alex con absoluta frialdad.

* * *

Sophia bebió un sorbo del brandy que Vaen le había servido en una pequeña copa. ¿Dónde estaban Alex y el señor Talbot? Después de cenar, se habían retirado con la excusa de que tenían que discutir ciertos detalles de la investigación que no admitían demora, pero ya había pasado más de una hora y no daban señales de vida.

Ophelia pareció leerle el pensamiento porque verbalizó lo que ella estaba pensando.

—¿Dónde se han metido mi sobrino y el señor Talbot? Es descortés de parte de ambos habernos abandonado así por tanto tiempo.

Vaen dejó la copa sobre una mesa auxiliar.

—Si quiere, puedo ir a ver qué sucede.

—No te preocupes, Vaen, ellos se lo pierden —contestó Ophelia con picardía.

Ophelia, Harriet y Vaen retomaron la conversación acerca de qué sitio era el mejor para pasar los meses de verano en Inglaterra.

Sophia fingía prestar atención, pero sus pensamientos estaban en otro lado. Durante las últimas horas, una idea que la había estado rondando en muchas ocasiones desde que conoció a Alex había vuelto a adueñarse de ella: la posibilidad de ser feliz. Sabía que, si salía mal, el resultado sería su propia muerte, pero ¿qué sentido tenía seguir viviendo cuando eso suponía llevar una existencia ficticia? Así, había llegado a la conclusión de que su única salida era luchar por lo que sentía. Para eso, antes debía decirle a Hugo Ambersley que no estaba dispuesta a seguir escondiéndose y debía contarle a Alex toda la verdad. Sabía que él, con todo derecho, se enfadaría con ella, pero, si de verdad creía que tenían alguna posibilidad, debía serle totalmente sincera y confiar en que, con el tiempo, Alex pudiera comprenderla y perdonarla. Todo eso, por supuesto, siempre y cuando lograran vencer al mejor asesino de Europa. No había espacio en el mundo para los dos: mientras él estuviera vivo, no cejaría en su intento de matarla. No quería seguir siendo una mera sombra de la persona que en realidad era. Quería ser feliz y tener una vida, larga o corta, no importaba, pero enteramente suya, y compartirla con el hombre al que amaba.

* * *

—¿Cuándo encontraron el cuerpo? —preguntó Therman muy serio.

Berkeley apretó con fuerza la pluma que tenía entre las manos. Había estado escribiendo varios informes cuando Therman entró, luego de haber estado fuera un par de días organizando todo para la nueva identidad de la señora Turner.

—Ayer por la noche. Unos marineros lo vieron flotar en la desembocadura del Támesis. Imagino que la corriente lo llevó hasta allí. El médico dijo que llevaba muerto un par de días. Remité la información en cuanto lo supe.

—¿Cómo murió?

—Le rompieron el cuello, pero parece que antes fue salvajemente torturado.

Therman se paseó lentamente por la habitación.

—¿Revisaron su apartamento?

—Sí, su compañero y yo fuimos a la habitación que alquilaba al este de la ciudad. Todo indica que lo torturaron y lo mataron allí mismo porque había manchas de sangre en el suelo y en una de las sillas. También había restos de la misma cuerda que utilizaron más tarde para atarlo y tirarlo al río.

—¿Nadie vio ni escuchó nada?

Berkeley tomó aire antes de continuar.

—Los agentes han interrogado a la mayoría de los vecinos y no, no vieron ni escucharon nada.

—Sin duda el que mató a Berson era un profesional.

—En efecto, y uno muy bueno. ¿Cree que haya podido ser El Fantasma? Pero ¿para qué lo haría?

—Berkeley, su problema es que siempre subestima a los demás. Ese hombre es el agente más astuto

que he conocido en mi vida. Sabe esconderse, es inteligente y despiadado, y no le tiembla el pulso a la hora de matar a nadie. Es impredecible y nunca actúa de la misma manera. Su firma es su modo de matar.

Cuando escuchó las últimas palabras del subdirector, Berkeley se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos sobre la mesa.

—Pero me está dando la razón. Si su firma es la manera en la que mata, no puede haber sido él porque a Berson le rompieron el cuello y, según el médico, necesitaron más de un golpe para hacerlo.

Therman paró de deambular por la habitación y se apoyó sobre una mesa que estaba cerca del escritorio.

—Berson era uno de nuestros mejores agentes y no debe haberse dejado sorprender tan fácilmente. Piense, Berkeley. Berson estuvo siguiendo a lord Raston. ¿Quién cree que puede haberlo matado? Sin duda alguien que también seguía los movimientos de lord Raston y que se dio cuenta de que lo estaban vigilando. Por eso capturó a Berson, para saber qué interés tenía en el marqués y para quién trabajaba. La persona que lo mató fue capaz de reducir a uno de nuestros mejores agentes. Lo torturó con saña porque, sin duda, nuestro hombre no soltaba información. No sabemos qué pudo haberle dicho, si es que logró sacarle algo. Solo El Fantasma puede estar interesado en los movimientos de esa casa. El hecho de que le rompiera el cuello en lugar de asfixiarlo significa más de lo que piensas. Es evidente que descubrió que Berson trabajaba para la Oficina de Asuntos Exteriores.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Berkeley obstinado.

—Porque está muy cerca de alcanzar su objetivo. Debe de tener algún plan en mente y está siendo prudente. Le rompió el cuello para despistarnos. Y por lo mismo lo tiró al Támesis. Parece que se ha vuelto más precavido con los años, y eso lo hace aún más peligroso: antes, pese a ser tan impulsivo, era el mejor; si encima se ha vuelto prudente, ahora es doblemente peligroso.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Berkeley.

—Es hora de actuar. Debemos sacar a la señora Turner de la casa de lord Raston sin más demora y hacerla desaparecer. Cada segundo que pasa El Fantasma está más cerca de lograr su objetivo.

* * *

Alex y Talbot entraron en el salón una hora y media más tarde. Sophia se dio cuenta de que Alex estaba distinto: tenía la mandíbula apretada, la expresión seria y una frialdad en sus ojos que asustaba, mientras que Talbot le rehuía la mirada. Se puso nerviosa.

La señorita Turner no fue la única que lo notó. Ophelia guardó silencio unos momentos para mirar a su sobrino con el monóculo.

—¿Pasa algo Alex?

—Nada que no tenga solución, tía.

—Tu cara no dice eso —dijo Ophelia algo contrariada.

Alex relajó algo su postura y miró a Sophia.

—Tiene que ver con la investigación. El caso ha dado un giro inesperado, pero este no es el momento para hablar de eso.

Sophia se quedó helada.

En la mirada de Alex no solo había frialdad. Había desconfianza, furia, y eso solo podía significar que sabía que ella le había mentado. La actitud de Talbot también era reveladora. ¿Por qué la evitaba? Porque habían descubierto algo que los hacían desconfiar de ella. Tendría que haberle contado a Alex

toda la verdad, se reprochó. Sabía que, aunque lo hiciera ahora, ya era demasiado tarde.

No podía soportar mirar a Ophelia y a Harriet, que tanto estaban haciendo por ella, que tanto cariño y calor le habían dado desde su llegada a aquella casa, ni a Vaen, que le había confiado su desgarradora historia, ni a Talbot y a Alex, que estaban arriesgando su vida por ella. Tampoco se permitía pensar en sus sentimientos hacia él: lo amaba como jamás pensó que fuera posible. Se había equivocado al callar, aunque siguiera pensando que lo había hecho por el bien de todos. Cuando fue a Londres con el señor Talbot y Alex, nunca hubiera imaginado que su vida cambiaría tanto. No pensaba que se enamoraría ni que conocería a una familia encantadora que le devolvería algo de lo que había perdido tantos años atrás. Y ahora todo se derrumbaba.

También sabía, desde hacía tiempo, que no podría seguir así por siempre. Que era una carrera contra reloj que cada vez acertaba más los segundos de un trágico final. Una parte de ella se había revelado en silencio, gritando con mudos alaridos, reivindicando que dejara de existir a medias, para recobrar una vida completa. Las personas que le importaban, por las que se había mantenido oculta, ya no estaban. Las había matado el mismo hombre del que había huido. ¿Y de que había servido huir? Al final le habían dado caza. Solo le había dado unos años de tregua en los que había tenido que fingir, sabiendo que no podía crear lazos con nadie, ni enamorarse de nadie, ni tomarle afecto a nada ni a nadie. Y con todo, había vuelto a ocurrir. La única persona que lo sabía todo, la única persona que le quedaba, había muerto, asesinado. Si volvía a desaparecer ¿Cuánto tiempo tardaría esta vez en dar con ella? ¿Cuántas vidas seguiría segando para darle alcance? No podía desaparecer así, sin más: no querer perder el cariño de las mujeres de la casa o de Vaen. Mucho menos el de Alex que la odiaría si se iba.

Con un nudo en la garganta, pero sabiendo que era lo que debía hacer, miró a Alex a los ojos y dijo con voz firme:

—Si es algo de la investigación creo que tengo derecho a saberlo.

Un rayo de furia contenida surcó la mirada del marqués.

—No creo que quieras hacerlo ahora.

Sophia estuvo completamente segura de que él había descubierto algo.

—Te equivocas, quiero hablar de eso ahora mismo.

Talbot se removió inquieto en su silla.

—Señora Turner, creo que sería mejor que usted y lord Raston conversen más tarde en privado.

Sophia lo miró. Los ojos de Talbot le decían que no siguiera insistiendo. Ophelia, Harriet y Vaen se habían puesto serios y concentraban toda su atención en ellos. Sabía que debía detenerse, pero ninguno se merecía lo que había hecho. Ellos habían confiado en ella sin conocerla, y tenían derecho a saber la verdad de su boca.

—Quiero hablar de eso ahora —dijo mirando al marqués a los ojos.

Alex la observó un largo rato y evaluó la situación. De golpe, se puso de pie, se acercó a la puerta y llamó a David. Cuando el mayordomo apareció, le susurró unas palabras. Sophia sintió que sus manos se humedecían. Al cabo de unos minutos, David entró en salón cargando el estuche. Sophia sintió que un escalofrío recorrer su cuerpo. ¿Cómo habían podido revisar en sus cosas? ¿Cómo habían podido?

Alex apoyó el maletín sobre la mesa del salón y lo abrió, dejando a la vista lo que contenía.

—Ya que quieres hablar, tal vez puedas explicarnos por qué tienes el sable y las condecoraciones de un general francés, joyas de valor y una carta de Louis Alexander Berthier.

Sophia vio la sorpresa dibujarse en los ojos de Ophelia, Harriet y Vaen y el cariño que le tenían transformarse de a poco en desconfianza. No estaba preparada para eso.

Alex no sabía que lo que estaba exponiendo allí, delante de todos, era la vida de ella, lo único que le

quedaba de su pasado.

Todo lo que creía tener, en el presente, y lo que había soñado alcanzar, en el futuro estaba a punto de desaparecer.

Capítulo 20

SOPHIA sintió que iba a desfallecer. Finalmente, había ocurrido lo que tanto temía. Sin embargo, tras el nerviosismo inicial, se sintió liberada de que, por fin, todo saliera a la luz. No sabía si la escucharían, si la entenderían o si la perdonarían, pero al menos ya no tendría que seguir fingiendo. Por primera vez en quince años iba a poder ser ella misma. Vio que Alex observaba su reacción con furia contenida. En sus ojos también había dolor. Le había hecho daño, pero había sido una ingenua al pensar que no sería así. Por la manera en la que la miraban, sabía que no sería fácil que la entendieran.

—Me preguntas qué hago yo con todo esto; es sencillo: todo esto es mío.

Alex esbozó una sonrisa irónica.

—¿Vas a seguir mintiendo?

—¿Qué significa esto? —preguntó Ophelia mirándola.

A Sophia le dolió tanto el tono de reproche de las palabras de la tía, que sintió un nudo en la garganta.

—Estoy diciendo la verdad. Todo esto es mío.

—¿Cómo van a ser tuyas estas cosas? ¿Eres un general francés, acaso?

Sophia sintió que las lágrimas se agolpaban sus ojos, pero se contuvo lo suficiente para no derramar ninguna. Apretó los puños y siguió mirando a Alex quien, a su vez, la miró con desprecio.

—Eran de mi padre. Y no era general, sino mariscal.

Sophia no sabía quién estaba más sorprendido. Si no fuera porque aquel era uno de los peores momentos de su vida, se habría echado a reír. Un silencio sepulcral se adueñó de la habitación.

—¿De qué estas hablando? —preguntó por fin Raston entre dientes.

—Que todo lo que les he dicho hasta ahora es mentira.

Talbot estaba tan sorprendido como los demás, y la impaciencia lo llevó a preguntar de inmediato.

—¿Y cuál es la verdad, señora Turner? ¿O tampoco debemos llamarla así?

Harriet y Ophelia miraron primero al detective y después a Sophia. Parecía que por fin empezaban a vislumbrar el verdadero alcance de las palabras de la joven. Alex estaba apoyado sobre la mesa con la mirada fija en ella. Era evidente que sería implacable con ella. Vaen, por su parte, tenía la cara atravesada por la decepción.

—Hace quince años que soy Sophia Amelia Turner. Esa ha sido mi realidad durante ese tiempo. Pero mi verdadero nombre es Isabeau Broussard.

Vaen silbó por lo bajo, y parecía que Talbot y Alex estaban a punto de sufrir una apoplejía.

—Broussard, ¿como el mariscal Pierre Broussard? —preguntó Vaen, que era el único que parecía poder hablar en aquel momento.

El silencio volvió a sobrevolar la habitación. Sophia pudo sentir la tensión que reinaba en el ambiente.

—Mariscal Pierre François Broussard, barón de Surimeau, mi padre —dijo con orgullo.

Es increíble, pensó Alex, Pierre Broussard había sido uno de los mariscales más condecorados por Napoleón y un gran estratega.

—Bueno, ahora ya sabemos quién era el François al que iba dirigida la carta de Berthier —dijo Talbot mirando a Alex.

Raston no dejaba de observar a Sophia. La escudriñaba con la mirada intentando decidir si le creía o no.

—¿Qué relación tenías con lord Whyte?

Sophia respiró hondo.

—Era mi tío.

Ahora sí que los había dejado con la boca abierta.

—Sobrino, ¿podrías servirme algo más fuerte? El brandy me alcanza para soportar esta conversación —pidió Ophelia algo indispuesta.

—Yo se lo serviré —dijo Vaen, yendo hacia el mueble en el que guardaban los licores.

—Creo que todos necesitamos un trago —opinó Alex atento a cada gesto de Sophia—. ¿Sabes quién asesinó a lord Whyte? —preguntó con desprecio.

Sophia agarró la copa de whisky que Vaen le ofrecía y, cuando todos tuvieron sus respectivas licores, continuó.

—Sí. Lo llamaban El Fantasma. Su nombre real es Louis Danton.

—¿Por qué mató a lord Whyte? —la interrogó Alex.

Era comprensible que usara ese tono frío, pensó Sophia, pero saberlo no lo hacía menos doloroso.

—Porque descubrió que Charles era mi tío e intentó que le revelara dónde me encontraba yo. A quien quiere matar en realidad es a mí.

—No entiendo nada —dijo Ophelia con una expresión triste en sus ojos, que parecían muy cansados.

Sophia pensó que estaba enredando todo.

—Creo que será mejor que empiece por el principio —dijo mirando primero a Ophelia y luego a Alex.

—Sin duda —agregó Talbot con seriedad.

—Mi madre se llamaba Amelia Whyte. Era la hermana mayor de lord Whyte. La hermana de mi abuela era la marquesa de Downshire. Quizás usted la haya conocido —le dijo a Ophelia.

—¡Claro que la conocí! —afirmó la aludida con sorpresa—. Entonces tu abuela era Eleonor.

—Así es —dijo Sophia, esbozando una pequeña sonrisa—. Mi madre conoció a mi padre en el verano de 1786, cuando él estudiaba leyes. Se enamoraron y, a pesar de la oposición inicial de mis abuelos, se casaron y se trasladaron a París. Allí nació mi hermano, Jean-Baptiste. Después, debido a las purgas y al Terror, se refugiaron en Inglaterra. Tiempo después, mi padre regresó solo a Francia y se alistó en el ejército. En poco tiempo ascendió a teniente y en la campaña a Italia de 1796, Berthier se fijó en él y lo convirtió en uno de sus edecanes. Luego de la campaña a Egipto, mi padre era coronel. Después del Golpe de Brumario, mi madre y mi hermano fueron a París a reunirse con él. Cuando estalló la guerra, la ruptura con la familia de mi madre fue total. Decían que era una traidora y jamás la perdonaron. En Marengo, el año en que yo nací, mi padre fue ascendido a general de Brigada y cinco años después, cuando ya era general de división, murió mi madre de una corta enfermedad.

Sophia vio que Alex endurecía la mandíbula al escuchar sus palabras, pero prosiguió.

—Después lo nombraron barón de Surimeau. Durante mi niñez casi no lo veía. Estuvo en España y luego en el frente Ruso donde, tras la Batalla de Berésina, fue ascendido a mariscal por su valentía. Cuando Marmont desertó, mi padre, junto con otros mariscales, Berthier y Ney, convencieron a Napoleón de que abdicara.

Sophia tomó algo de aire para seguir su historia. Observó que todos aguardaban sus palabras con ansiedad.

—Mi padre fue el encargado de seguridad de las delegaciones aliadas de Fontainebleau y puso a mi hermano, que por entonces era capitán, a cargo de la delegación británica. Fue entonces cuando comenzó nuestro infierno —dijo Sophia tomando un sorbo de whisky con mano temblorosa. Recordar esa época le provocaba un dolor tan grande que a veces caía enferma.

—Continua —dijo Alex con voz más calma.

—Uno de los agentes de Fouché, una mujer que se había dedicado a tratar de sabotear la rendición desde que los aliados entraran en París asesinó al embajador británico sin que nadie se lo ordenara. Mi hermano no pudo evitarlo, pero al menos dio con ella. La llamaban Marguerite y mi hermano la enfrentó y...

—La mató —completó Alex su frase.

—Sí —dijo Sophia con voz trémula—. Nadie podía prever la reacción del amante de Marguerite, otro agente de Fouché, despiadado, que juró vengarse. Y lo ha hecho: mató a mi hermano y después a mi padre —dijo Sophia afectada.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Alex inclinándose hacia delante en su asiento.

—En ese momento yo tenía catorce años y no era nada tonta. Ya había visto los estragos de la guerra, así que no era ninguna niñita inocente. Durante los Cien Días, mi padre recibió esa carta de Berthier quien le avisaba que era posible que El Fantasma volviera a atacar. Había amenazado con asesinar a todos los que, de manera directa o indirecta, hubieran tenido algo que ver con la muerte de Marguerite. Por eso mi padre me contó todo tras la muerte de mi hermano. Temía por mi vida y, como ven, tenía razón. Una tarde, bajé al salón para hablar con él. Acostumbrábamos tener charlas interminables mientras jugábamos al ajedrez. Mi padre decía que era imposible ganarme y me guiñaba un ojo cada vez que lo vencía.

Sophia sonrió con tristeza. Levantó la vista y vio que todos seguían con atención cada una de sus palabras, pero en los ojos de Alex había algo más. Algo que ella no merecía, pero que le dio fuerzas para continuar. En la mirada de Alex había comprensión y tristeza. Sin duda sabía que lo que seguía era doloroso y difícil para ella.

—Cuando entré al salón, vi a un hombre que había rodeado el cuello de mi padre con una especie de cuerda. Grité, pero la voz apenas salió de mi garganta. Mi padre debió de escucharme, porque desvió la vista hacia mí. Percibí que el asesino le estaba diciendo “parece que este es mi día de suerte, mariscal”. Mi padre intentó defenderse, pero fue inútil. En un instante, la vida desapareció de sus ojos.

Una lágrima cruzó la mejilla de Sophia para ir a parar en su falda como una mota de polvo solitaria.

—Apenas tuve tiempo de reaccionar —continuó—. Eché a correr y, cuando estaba en la puerta, algo me retuvo y me lanzó al suelo. Intenté levantarme y, a gatas, pude avanzar algunos metros. Supe que moriría cuando sentí que algo frío y lacerante me rodeaba el cuello —dijo Sophia cerrando los ojos—. Él apretaba la cuerda con fuerza, pero no lo suficiente como para matarme. Parecía querer alargar el momento. Extendí la mano hacia delante, buscando algo con lo que defenderme. Cuando casi se me agotaba el aire, y sin ver lo que hacía, metí la mano en la chimenea, que estaba encendida.

Ophelia se llevó una mano al pecho; Harriet lanzó una exclamación consternada, Vaen apretaba la mano contra el brazo del sillón, Talbot apenas pestañeaba y Alex la miraba atentamente, casi con preocupación.

—No sabía lo que hacía. Tomé un trozo de leña y lo sostuve por detrás de mi cabeza intentando alcanzarlo. Supe que lo había conseguido cuando escuché un gemido de dolor. De repente, sentí que me había soltado y salí corriendo, mareada y sin rumbo. Solo quería salir de ahí. Vi una ventana abierta a la que mi padre me había prohibido acercarme. Estaba en mal estado y casi había matado a uno de los

criados unas semanas atrás. Cuando estaba a punto de treparme, el asesino volvió a alcanzarme. Su peso me despidió hacia adelante. Me agarré de las cortinas, y eso me salvó de caer.

Sophia se quedó callada.

—¡Qué horror! —exclamó Ophelia visiblemente afectada.

—¿Y él cómo logró sobrevivir? —preguntó Talbot.

—No lo sé. La ventana estaba a unos metros del suelo, pero quizá no era lo suficientemente alta como matarlo. Cuando fueron a ver, no había ningún cuerpo.

—¿Cómo es posible que nadie en la casa acudiera en tu ayuda, que nadie se diera cuenta?

Sophia miró a Alex con expresión cansada.

—Era domingo, el día libre de los criados. En la casa solo estaban el viejo André y la cocinera. Ninguno escuchó nada hasta que fue demasiado tarde. Unos hombres de mi padre, que estaban citados con él, fueron los que me encontraron.

—¿Cómo te convertiste en S. A. Turner? —preguntó Vaen.

Sophia se reclinó hacia atrás y dio un suspiro. Al menos ya había pasado lo más difícil.

—Como estaba herida, unos amigos de la familia me cuidaron durante mi convalecencia. Un día, apareció un hombre. Dijo que era mi tío y que se ocuparía de mí. Luego supe que mi madre había seguido en contacto con él y que, cuando se enteró de lo sucedido, vino a buscarme y me trajo a Inglaterra.

—¿Y cómo se enteró? —preguntó Talbot.

—Por Therman —contestó Alex antes que Sophia.

—Un viejo amigo de mi tío lo puso al tanto. No se su nombre. Fue también el que le explicó mi situación y quien le aconsejó que, por mi seguridad, debíamos ocultar nuestro parentesco.

—¿Fue entonces cuando inventaron la historia de S. A. Turner? —dijo Alex, que tenía una expresión extraña.

—Sí —respondió Sophia—. Me tío me dijo que era lo mejor. El hombre que había matado a mi padre y a mi hermano era uno de los mejores agentes de Fouché y era poco probable que se olvidase de mí. Por aquel entonces murió su administrador, y fue así como se le ocurrió la idea.

—¿Y la verdadera señora Turner? —preguntó Talbot curioso.

—Había muerto en España pocos tiempo antes que su marido.

—Por eso la Oficina de Asuntos Exteriores está detrás de usted. Therman quiere protegerla.

Sophia miró a Alex y a Talbot.

—Hay algo más.

Al escuchar las palabras de Sophia, Ophelia dejó el monóculo sobre su falda.

—Harriet, ve a buscar las sales —ordenó a su hermana.

Vaen no pudo disimular una pequeña sonrisa al escuchar la indicación.

—Durante todo estos años, mi tío me ha recordado, una y otra vez qué debía hacer si ocurría lo que ha pasado. Me dijo que debía venir a Londres y ponerme en contacto con un tal Hugo Ambersley, quien me daría una nueva identidad.

—¿Quién es Hugo Ambersley? —preguntó Talbot a Alex.

Alex se tocó el puente de la nariz con los dedos.

—No lo sé, pero lo más probable es que sea uno de los hombres de Therman. ¿Cómo tenías pensado ponerte en contacto con él si no ibas a salir de la casa sola? —preguntó.

Sophia se puso algo roja, y Raston maldijo por lo bajo.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Cómo ha hecho que? —preguntó Ophelia con la voz una octava más alta.

—Contactarlo, porque ya lo has hecho, ¿verdad?

Sophia se encogió un poco al escucharlo apretar los dientes.

—Sí y no —contestó de forma enigmática.

—Y yo que pensaba acostarme temprano... —dijo Vaen con una sonrisa.

Alex miró a su hermano con cara de pocos amigos.

—Mejor me quedo callado —acotó el menor bebiendo un sorbo de su copa.

—Es sencillo —dijo Sophia mirando a Raston—. Como no podía salir, pensé que lo mejor era enviar el mensaje a través de otra persona.

El marqués soltó un improperio.

—Alex, cuida tu lenguaje —lo amonestó Harriet.

—Harriet, deja en paz al muchacho. Yo misma estoy tentada en soltar una bonita retahíla de maldiciones —agregó Ophelia mientras se daba aire con su abanico color perla.

—Ophelia, deja de decir tonterías por una vez —le contestó Harriet, sorprendiendo a más de uno. La salida de su hermana la había tomado totalmente desprevenida.

—El maldito editor, tenía que haberlo sabido —dijo Alex dándose una palmada en la pierna.

—Sí —dijo Sophia con resignación—, pensé en dárselo a Ingham, pero al final no hizo falta, porque fue él quien vino a entregarme un mensaje a mí.

El marqués la miró confundido.

—¿Cómo que él tenía un mensaje para ti?

Sophia lo miró como si la respuesta fuera obvia.

—Antes de que le dijera nada, me contó que tenía un mensaje de Hugo Ambersley para mí. Quería saber cuándo podía ponerse en contacto conmigo y le contesté que iría a la ópera este viernes.

—Pero ¿cómo has podido hacer eso? —soltó Alex levantándose.

—Lo sé, lo sé, pero, en ese momento, pensé que era lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? —preguntó Talbot enojado.

Sophia sintió que algo dentro de ella se rompía sin que pudiese impedirlo.

—¡Todos los que están a mi lado terminan muertos! —estalló de repente—. Yo quería proteger a quienes quiero. Cuando vine a Londres, nunca pensé que encontraría una familia que me acogería con el cariño y el calor que he recibido aquí —soltó mirándolos a todos—. Y tampoco tenía previsto enamorarme —le dijo a Alex con lágrimas en los ojos—. Nadie puede saber cuánto lo siento, pero no podía soportar la idea de que algo le ocurriese a alguien de esta casa por mi culpa; y la única manera de evitar una desgracia era alejarme cuanto antes de aquí.

—¿Y desaparecer para siempre? ¿Sin decir nada? —preguntó Alex con voz fría.

—Sí —le respondió Sophia cansada.

Estaba agotada. Había intentado explicar por qué había actuado como lo hizo, pero no podía obligarlos a que la entendieran. Se levantó y se encaminó hacia la puerta, con el corazón hecho trizas.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Alex interponiéndose en su camino.

—A recoger mis cosas.

—Estás loca si piensas que voy a dejar que salgas de esta casa —dijo Raston arrastrando las palabras.

Ophelia se levantó como un resorte y se puso al lado de Sophia. Harriet le siguió los pasos.

—Por muy enfadados que estemos, por dolidos que podamos sentirnos —dijo Ophelia mirando a su sobrino por unos segundos—, nunca abandonamos a nuestra familia.

—Y tú eres de la familia —continuó Harriet mirando a Sophia.

—Exacto —dijo Vaen con una sonrisa, colocándose frente a ella.— Si me han aceptado a mí, ¿cómo podrían rechazarte a ti?

Sophia empezó a llorar. No esperaba escuchar eso. Los sentimientos que había reprimido durante años parecieron brotar de repente sin freno.

Sintió que unos brazos la rodeaban con ternura y oyó palabras de consuelo. No tuvo que levantar la cabeza para saber quién era, porque conocía esos brazos perfectamente.

Capítulo 21

ALEX la abrazó fuerte mientras Sophia lloraba desconsolada. Se habían roto las compuertas que habían contenido sus sentimientos durante todos esos años y, ahora, parecía a punto de desbordar.

Raston había pasado por muchas sensaciones distintas esa noche: odio, ira, dolor, pero la más intensa era la furia que experimentaba y no hacia ella, sino hacia todo lo que Sophia había tenido que pasar. Él la comprendía muy bien, aunque, en comparación, su vida casi le parecía un cuento de hadas.

Sophia había perdido a su madre demasiado joven, igual que él, pero también había perdido a su hermano y a su padre, a manos de un asesino que había intentado matarla también, y todo siendo una adolescente. Desde entonces, había tenido que vivir una mentira, incluso en sus afectos, los cuales había tenido que esconder hacia la única familia que le quedaba. Sophia había vivido sumida en un continuo esperar, con la certeza de que el final, no sería el de un cuento de hadas.

No sabía qué había esperado que les contase, pero jamás imaginó que sería una cosa así. Sin embargo, no le cabía duda de que Sophia era fuerte. Que hubiera logrado sobrevivir a aquel ataque, era digno de admiración. Pensar en la posibilidad real de que ella hubiese muerto aquel día lo desgarraba por dentro y hacía que la sangre le hirviera. Alex se sintió agradecido por poder abrazarla, por poder cuidar de ella y por haberla conocido. Nadie volvería a herirla mientras él viviese, se juró. Aunque seguía algo molesto por su engaño, también seguía amándola.

—Lo siento —le dijo Sophia hipando.

—Quédate tranquila —le susurró él.

Ella no podía creer que la estuviera consolando pese a la furia que había visto en sus ojos. Sabía que no alcanzaba con pedir disculpas, pero, en ese momento, era lo único que podía hacer. Levantó la cabeza y reparó en que estaban solos.

—¿Dónde se han ido todos? —preguntó extrañada.

Alex la miró y, con delicadeza, tomó un mechón de su pelo con los dedos.

—Nos han dejado solos. Creo que los has ahuyentado con tus sollozos —dijo Alex, soltando el mechón lentamente.

—Lo siento —volvió a decir sin poder contener el hipo.

—Si sigues diciendo que lo sientes lo vas a sentir de verdad —dijo Alex mirándola a los ojos con menos dureza.

—De acuerdo, lo siento.

Sophia se tapó la boca en el instante en que lo dijo y Alex puso los ojos en blanco.

—Ven, vamos a sentarnos, quiero hablar contigo.

Lo siguió hasta el sofá.

—Sé que parece una excusa —dijo ella con la vista algo perdida en un punto indeterminado—, pero pensaba contártelo.

Sophia lo miró a los ojos de Alex al pronunciar las últimas palabras. Alex la miró con recelo.

—Cuando llevas tanto tiempo mintiendo, terminas creyendo tu propia mentira —continuó ella—. Me confié y, al final, mi tío murió por mi culpa.

—Eso no es cierto, y lo sabes —dijo Alex tomándola por la barbilla para que volviera a mirarlo—. Tu tío te quería y por eso tomó esa decisión hace muchos años. Él sabía cuáles podían ser las

consecuencias, y las aceptó. Por eso te dije qué debías hacer en caso de que le ocurriese algo. Sabía que era una posibilidad. Yo habría hecho lo mismo —terminó Alex con voz firme.

Sophia no dudaba de que así era. Él intentaba tranquilizarla, pero la culpa había arraigado en su corazón y arrancarla iba a ser muy difícil.

—Cuando te trajimos a Londres para protegerte y seguir el caso, no pensabas quedarte tanto tiempo con nosotros, ¿verdad? —preguntó Alex.

Sophia se removió inquieta.

—No —le contestó finalmente—. Pensaba marcharme de inmediato. Sin embargo, poco a poco, me fui enamorando de ti y de tu familia. Por eso me costaba tanto aceptar la idea de irme, pero, a la vez, pensaba que cada día que pasaba los estaba poniendo en peligro. Llevo dos noches sin dormir debatiéndome. Me sentía egoísta por querer casarme contigo, por querer quedarme aquí porque sabía que, si lo hacía, arriesgaría a quienes quiero.

—¿Tan poca confianza me tienes? —preguntó Raston con algo de ironía.

Sophia sonrió de medio lado.

—Confío plenamente en ti, pero ese hombre no parece humano. Mi hermano era capitán del ejército y mi padre mariscal y los mató a ambos. No juega limpio y no tiene escrúpulos.

Alex sabía muy bien a qué se refería.

—Nosotros tenemos una ventaja, Sophia: lo estamos esperando. Y, en última instancia, no deja de ser solo un hombre.

Sophia sabía que él tenía razón, pero, para ella, El Fantasma era algo más que un hombre. Era quien le había arrebatado todo lo que amaba y tenía miedo de que volviese hacerlo.

—Quiero que esto acabe, quiero dejar de huir —le dijo Sophia cansada.

Alex la miró y deseó poder decirle lo que ella deseaba oír, pero no podía. Todavía tenía que atraparlo y asegurarse de que no hiciera daño a nadie más. Nunca más.

—Vamos a hacer lo que sea necesario para que esto acabe, vamos a casarnos y tú me harás el hombre más feliz del mundo.

Sophia sintió de nuevo las lágrimas en los ojos. No podía creer lo que escuchaba.

—¿Todavía deseas casarte conmigo? —preguntó incrédula.

Él sonrió.

—Esta noche tuve ganas de matarte, no lo niego, pero también me di cuenta de que no podría soportar perderte. Te amo tanto que siento dolor cuando no estoy a tu lado.

Sophia ni siquiera pestañeó. Sintió que las palabras de Alex tenían un efecto balsámico para su cuerpo y para las heridas de su maltrecho corazón. Era la primera vez que le decía que la amaba.

Con esas palabras resonando aún, se estremeció al sentir los labios del hombre que amaba sobre los suyos. Con todos los sentidos puestos en aquel beso, se dejó arrastrar por él.

Cuando Alex se apartó y puso los labios sobre su mejilla, soltó un leve quejido. Lo escuchó respirar de manera agitada y sintió su calor cerca del cuello.

—Isabeau —lo oyó susurrar—, Isabeau, mi amor.

Sophia sonrió llena de una emoción que no podía explicar. La estaba llamando por su nombre. Después de tantos años, por fin sentía que era libre, que era ella misma otra vez.

Más tarde, cuando Sophia terminó aceptando que debía descansar y se retiró a dormir, Alex fue a la biblioteca.

Quería pensar en el próximo paso a seguir y, además, sabía que, con todo lo que había sucedido, no podría dormir. Cuando abrió la puerta, sus planes se disolvieron en dos segundos. Allí estaba su familia, que parecía un ejército a punto de sublevarse. La sargento de artillería Barth, la cabecilla del grupo, estaba sentada frente a la ventana y lo miró con el entrecejo fruncido. Su tía Harriet permanecía a su lado y Vaen en frente.

—¿Qué es esto? ¿Acaso ninguno quiere dormir?

—¿Estás loco? Después de lo que acaba de pasar, no lograría conciliar el sueño ni aunque me cosieran los ojos —dijo Ophelia algo alterada—. ¿Cómo está Sophia?

Alex sonrió por lo bajo. Sophia le había dicho que se había enamorado poco a poco de todos. Pues bien, el sentimiento era mutuo. Las caras de sus tías lo decían todo. Recordó cómo la habían rodeado en el salón aquella noche para decirle que la consideraban parte de la familia. Aquellas palabras lo habían llenado de orgullo. Y Vaen, a decir verdad, lo había sorprendido. Aunque tenía bastante con lo suyo, permanecía cerca y ofrecía su ayuda desinteresada. En los pocos días que llevaba con ellos había revelado ser un hombre prudente, valiente y con un sentido del humor que, en ocasiones, rayaba lo morboso. Aunque al principio le costara reconocerlo, el chico le gustaba.

—Sophia está bien. La he convencido para que se fuera a dormir. Necesita descansar. Todos deberíamos hacer lo mismo.

—No digas tonterías, Alex —dijo Ophelia chasqueando la lengua.

Vaen hizo una media sonrisa, que la mirada desaprobatoria de todos los presentes cortó.

—¿Y Talbot? —preguntó Alex al percatarse de que era el único que faltaba.

—Dijo que te reunirías con él mañana a primera hora. Que había sido suficiente por una noche —contestó Vaen inclinándose hacia delante.

Alex le agradeció mentalmente que le diera un respiro para asimilar todo lo que Sophia les había contado y lamentó no poder decir lo mismo de su familia.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ophelia nerviosa—. No irás a romper el compromiso, ¿no? No puedo ni imaginarme por todo lo que ha tenido que pasar la pobre, lo que habrá sufrido. Y ahora nos necesita. A todos. No te atrevas a juzgarla por habernos mentido. Es más que razonable. Creía que al hacerlo nos estaba protegiendo.

Alex iba a decir algo cuando su tía Harriet tomó la palabra.

—Sí —dijo Harriet con determinación—. Es una muchacha tan dulce y agradable y tan buena. Es imposible que haya hecho nada con premeditación o maldad. No puedes pensar algo así.

Alex iba a tranquilizarlas, pero Vaen tampoco lo dejó hablar.

—Es una mujer increíble y serías un necio si no la perdonaras. Si la rechazaras, te arrepentirías.

¿Es que estaban todos locos? ¿Qué creían que era él?

—Ya veo qué concepto hay en esta de casa de mí. Todos piensan que soy una especie de ogro despreciable, ¿no es cierto? —dijo enojado.

Creyó que los tres lo negarían a la vez, pero lo que vio en sus caras lo desarmó por completo.

—Pues les agradezco la confianza. Siempre es bueno saber cómo te considera tu familia.

—Sobrino, teníamos la esperanza de que sintieras igual que nosotros, pero tienes que reconocer que, con tus antecedentes, no podíamos saber qué esperar —dijo Ophelia a modo de justificación—. Para serte sincera, tu hermano fue el único que te defendió. Dijo que no creía que estuvieras tan ciego como

para dejarla escapar.

Alex lo miró enarcando una de sus cejas.

—Sí, eso dije, y creo que no me he equivocado, ¿verdad?

—No, no te has equivocado —contestó, viendo a Ophelia y a Harriet soltar el aire que estaban conteniendo—. Y ahora que quedó claro, todos a dormir de una vez que necesito pensar tranquilo? —ordenó sin dar lugar a más réplicas.

—Está bien —acordó Ophelia menos alterada—, pero queremos que nos mantengas al tanto de todo.

Alex pensó que su tía a veces podía acabar con la paciencia de un santo.

—No te preocupes, tía, mañana les pasaré el parte del día.

—No te hagas el gracioso que no te sale —dijo Ophelia al salir, después de darle un beso en la mejilla.

Harriet también lo besó y Vaen, que salió último, lo miró con una sonrisa.

—Yo no pienso darte un beso —le dijo intentando contener una carcajada.

—Tú tampoco te hagas el gracioso, hermano, que tampoco te sale —le contestó prácticamente cerrándole la puerta en la cara.

Vaen se alejó de allí y subió despacio las escaleras. Era la primera vez que lo llamaba hermano. Lo había sorprendido y, debía admitirlo, también le había gustado que lo hiciera.

Ya no tenía duda alguna de que Alex no era el monstruo que sus padres le habían dicho. Se reprochó haber aceptado tanto tiempo esa versión, en lugar de hacerse una idea por sí mismo. En cambio, su hermano había estado siempre pendiente de él, le había salvado la vida dos veces y había sido sincero, algo que no era corriente en su vida. Sí, pensó, ¿quién hubiera pensado que su hermano se convertiría de pronto en su única familia, que Alex Raston, el marqués de Abington?, ¿sería algún día su amigo?

* * *

Alex llegó a Scotland Yard a primera hora. James estaba en su despacho, peleándose con un montón de papeleo.

—Veo que no estás de muy buen humor esta mañana.

Talbot levantó la vista y abandonó los papeles de buena gana.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—No he pegado ojo en toda la noche.

—Te entiendo, yo tampoco he podido dormir —dijo James indicándole que tomara asiento—. ¿Cómo está Sophia?

Alex sonrió por lo bajo. Y Sophia, que creía que nadie la perdonaría...

—Está todo lo bien que puede estar después de lo de ayer.

Talbot hizo un gesto de dolor.

—La verdad es que no esperaba lo que nos contó. Me dejó sin palabras. Al principio estaba tan enfadado que creí que iba a estallar, pero luego de pensarlo mejor, debo decirte que en parte la entiendo. Es muy difícil estar en su situación.

—Sí, yo también la hubiese matado al principio. Mi familia se quedó esperándome en la biblioteca. Temían que le hubiese dicho alguna barbaridad. Se pusieron todos en cola para defenderla, aunque no hacía falta. Una parte de mí se enorgulleció al oírlos defenderla, pero no me hizo ninguna gracia saber la idea que tenían de mí.

James sonrió a su pesar.

—Me lo imagino. Desde que la conocimos, no se cómo, se las ha arreglado para meterse a todo el mundo en el bolsillo. Tiene un don, amigo mío.

Alex enarcó una ceja.

—¿Me lo dices a mí?

James soltó una pequeña carcajada.

—¿Has pensado qué quieres hacer ahora? —preguntó Talbot.

—Voy a ir a hablar con el editor. Quiero saber quién le dio el mensaje para Sophia y qué le dijo exactamente.

—¿Crees que cooperará?

—No te quepa la menor duda —dijo Alex guiñándole un ojo.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Talbot esperanzado.

Alex sabía que, si le decía que sí, James podría escapar del papeleo que tanto odiaba. Era ante todo un hombre de acción y la burocracia lo sacaba de quicio.

—Estaría muy bien. Además, después planeo ir a la Oficina de Asuntos Exteriores.

Talbot se relajó al escuchar esas palabras.

—¿Vas a hablar de nuevo con Berkeley?

Alex sonrió de una manera que dejaría helado a alguien menos curtido que James.

—En realidad, pensaba ver al subdirector, pero si tengo que hablar antes con Berkeley, lo haré.

Talbot lo miró.

—A veces me da escalofríos escucharte hablar así.

—¿Pero qué he dicho?

—Eso es lo que me perturba. No lo que dices, sino lo que callas. Veo en tus ojos que Berkeley debería ir preparándose. ¡Pobre hombre! —dijo tomando su chaqueta para salir.

* * *

—Buenos días, lord Raston, señor... —dijo Ingham con expresión de sorpresa.

—Talbot —completó James.

La cara del editor no tenía desperdicio. Sentado detrás de un enorme escritorio, se había quedado petrificado al verlos entrar y las gotas de sudor comenzaron a bañar su frente. Parecía a punto de tener un síncope.

—¿Que los trae por aquí? —dijo con voz dubitativa.

El pobre hombre sufría, y eso que Alex todavía no había empezado. James se apiadó de él.

—Tomen asiento, por favor —les dijo de pronto, como si acabara de darse cuenta de su descortesía.

Alex y Raston ocuparon las sillas color beige que estaban frente a él.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó el editor algo más calmado.

—No, gracias —dijo Talbot carraspeando al final.

—Pues ustedes dirán —dijo Ingham ansioso por saber qué los había llevado allí.

—Queríamos hablar con usted de la señora Turner. Queremos saber quién le dio el mensaje para ella —explicó Alex con voz firme y calmada.

—No sé de qué mensaje habla —soltó el editor tartamudeando.

Estaba claro que el pobre hombre no sabía mentir.

—Señor Ingham, voy a ser claro. Hay un camino fácil y uno difícil. Si nos dice lo que queremos saber, y colabora con la policía, no tiene nada que temer. Por el contrario, si decide guardar silencio... Bueno, usted sabrá —terminó Alex con aire amenazador.

Ingham empezó a sudar más profusamente. Parecían que los poros de su cuerpo se habían convertido en pequeños surtidores.

—Es mejor que nos diga la verdad —dijo Talbot contundente—. La señora Turner nos ha contado la conversación que mantuvo con usted el otro día. Lo que queremos es que nos diga quién le dio ese mensaje para ella.

Ingham bebió un sorbo de agua.

—Yo..., no... no puedo decirlo, si se enteran, entonces sí tendré problemas.

—Va a tenerlos ahora mismo si no nos responde —dijo el marqués entre dientes.

Hacía tiempo que Talbot no veía así a su amigo. Alex solía ser mucho más diplomático y racional. En ese momento, James supo con certeza que, si Ingham se negaba a colaborar, terminaría mal.

—Ellos también me amenazaron —dijo algo sulfurado—. ¿No lo entienden? Quienes vinieron a verme no pueden tener nada que ver con un asesinato. Eran autoridades y de la más alta jerarquía —les dijo Ingham, convencido de que su argumento era irrefutable.

Con un rugido nada delicado, Raston se levantó de la silla y lo acorraló.

—O me lo cuenta o se lo saco a la fuerza —le dijo colocando su cara a pocos centímetros de la del editor.

—No... no puede hacer eso. Ustedes son... son de Scotland Yard —titubeó Ingham.

—Él es de Scotland Yard —dijo Alex señalando a James—. Yo trabajo por mi cuenta, y le aviso que está agotando mi paciencia —continuó tomándolo de las solapas y levantándolo del sillón con un solo movimiento.

—Cálmese, cálmese —dijo asustado—. Está bien, está bien, se los contaré.

Alex le soltó y se cruzó de brazos esperando que hablara.

—Eran dos hombres. El más bajo era casi calvo y apenas dijo palabra. El otro media más de un metro ochenta, tenía el pelo blanco y parecía ser el jefe. Se identificaron como agentes de la Oficina de Asuntos Exteriores, incluso me mostraron sus credenciales. Dijeron que se trataba de una cuestión de Estado y, cómo comprenderán, hice lo que me pedían para ayudar a mi país.

Alex no sabía si era tonto o solo ingenuo.

—¿Le dijeron sus nombres? —preguntó Talbot.

Ingham dijo no acordarse, pero, al ver a Raston dar un paso hacia él, pareció pensarlo.

—Espere, espere, estoy intentando hacer memoria.

Alex y James lo dejaron pensar y se miraron. Habían confirmado sus sospechas. Sin duda el que no habló era Berkeley.

De repente la cara de Ingham se transformó. Abrió un poco los ojos y chasqueó los dedos.

—El hombre más bajo se llamaba Berkey o algo así y el otro era Ambersley, eso es, Hugo Ambersley.

James miró a Alex. Vio en los ojos de su amigo la misma expresión que debía de tener él. Uno de ellos era Berkeley, ya no cabían dudas, y el otro era el hombre que Sophia había dicho que debía contactar. El siguiente paso era ir a la Oficina de Asuntos Exteriores y hacerle una visita al ubicuo agente.

Capítulo 22

SOPHIA se despertó algo tarde aquella mañana. No lograba recordar hacía cuánto no dormía así. La noche anterior había sido difícil, pero liberadora. Supo que se había equivocado al tardar tanto en contar la verdad. Era jueves y *Madame Letre* debía ir a entregar algunos de los vestidos que le habían encargado. Se preguntó si, dadas las circunstancias, irían o no a la ópera. Se sujetó el pelo bastante alto con un recogido sencillo, se puso un vestido de muselina y con varias ideas circulando por su cabeza, bajó a desayunar.

Luego de que tomara algo, David le avisó que las tías llevaban un buen rato esperándola. Al ver la sonrisa que Ophelia le dedicaba, se disiparon todas sus dudas.

—Querida, se te ve mejor. Espero que hayas descansado bien. Hoy tenemos mucho que hacer. Mañana es el gran día —dijo la dama llevándose el monóculo al ojo derecho para verla mejor.

Sophia sonrió.

—Sí, he descansado por primera vez en mucho tiempo.

Ophelia alzó una ceja.

—Es porque te has sacado un peso de encima, mi querida. Si tienes algo más guardado, te pido por favor que lo dejes para otro día. Creo que ayer ya tuve suficiente por un tiempo.

Sonrió.

—Me alegro de que estés mejor —le dijo Harriet con ese aire coqueto que parecía infantil, pero Sophia no se dejaba engañar y sabía que, debajo de la Harriet que mostraba al mundo, se escondía otra, verdadera: una mujer sensible y muy inteligente que sabía utilizar los tiempos como nadie.

—Gracias, Harriet —le dijo la aludida animada—. ¿A qué hora viene *madame Letre*?

—Debe de estar por llegar. Es muy puntual —aseveró Ophelia mirando el reloj del salón, que marcaba las nueve de la mañana.

—¿Y Alex? —preguntó Sophia.

—No lo hemos visto. David dice que salió muy temprano y que dijo que no lo esperaríamos para comer. Imagino que, después de lo de anoche, tendrá muchas cosas que hacer.

Sophia lo suponía, pero eso no evitó que sintiera cierta desilusión. Le hubiese gustado verlo y volver a ver en sus ojos lo que había visto la víspera, cuando le dijo que la amaba. Quería asegurarse de que no había sido más que un hermoso sueño.

—Vaen tampoco está —dijo Harriet como si nada—. Parece que esta mañana todos han decidido irse sin decir palabra.

Sophia la vio arreglarse los volantes de una de las mangas del vestido color vainilla que llevaba puesto. En ese momento alguien llamó a la puerta de entrada. Ophelia tenía razón, *Madame Letre* siempre llegaba puntual.

* * *

Alex y James subieron las escaleras que daban al segundo piso de la Oficina de Asuntos Exteriores, donde estaba el despacho de Berkeley.

Cuando cruzaban el pasillo, el secretario los saludó cortésmente.

—Queremos ver al señor Andrew Berkeley. Dígale que el detective James Talbot y lord Raston están aquí —dijo Talbot de manera contundente.

—Iré a ver si puede recibirlos.

Alex miró a su amigo con cara de circunstancia. No tenía muchas esperanzas de que lo hiciera.

Unos minutos después, el secretario salió apurado del despacho de su jefe.

—El señor Berkeley dice que lo siente, pero que no podrá recibirlos hoy.

A menudo, Alex odiaba tener razón.

—Perdone, pero no se trata de una visita de cortesía. Soy detective de Scotland Yard y tengo que verlo por un asunto oficial.

El secretario se puso serio. Vaciló durante unos segundos y luego contestó.

—Lo lamento, pero el señor Berkeley tiene una reunión muy importante y no puede atenderlos. Si quieren puedo darles una cita para otro día.

—¡Esto es absurdo! —dijo Alex dirigiéndose con paso firme hacia la puerta.

El secretario intentó detenerlo, pero la mirada de Raston lo hizo frenar en seco.

Sin más ceremonia, Alex abrió la puerta, dejó pasar a James y la cerró de un portazo. Berkeley, que estaba concentrado en unos papeles, pegó un salto al oír el ruido.

—Pero qué es lo que... —dijo levantando la cabeza y abriendo los ojos sorprendido de verlos allí.

—Creí que habían entendido que no puedo atenderlos en este momento —dijo furioso.

James dio un paso hacia delante.

—Lo sabemos, pero es urgente, así que le agradeceríamos que respondiese nuestras preguntas.

El funcionario miró a Talbot con cara de pocos amigos.

—Está bien, pero tengo poco tiempo.

Alex acortó la distancia que los separaba de Berkeley.

—Tengo la leve intuición de que se va a perder esa reunión.

El encargado de los asuntos en los Balcanes achicó los ojos al escucharlo.

—No sé qué quieren de mí, pero de ningún modo voy a consentir que me falten el respeto.

El marqués dio un paso al frente, se colocó delante de la mesa, donde apoyó las manos y se acercó aún más a dueño del despacho.

—La señora Turner —dijo Alex muy despacio.

Berkeley apretó ligeramente la mandíbula.

—No sé de qué me habla y, para serle sincero, no tengo tiempo para adivinanzas.

Alex sonrió de medio lado.

—Sabemos que usted es uno de los contactos que debía ayudarla a escapar del Fantasma.

Berkeley soltó una carcajada de incredulidad.

—¿Se han vuelto locos? ¿Por qué iba yo a hacer tal cosa? ¿Qué tiene que ver la Oficina de Asuntos Exteriores con un asesinato? Lo que dicen es ridículo.

Alex dio un paso atrás con cara inexpresiva.

—Creo que el hecho de que el asesino haya sido uno de los mejores agentes de Fouché cambia bastante las cosas, ¿no le parece? Sobre todo si durante la guerra asesinó también a altos mandos y contactos del ejército británico. —dijo Alex, viendo como Berkeley empezaba a ponerse nervioso.

—La guerra terminó hace mucho tiempo.

—Puede seguir negando lo que sabe, pero eso no ayudará a nadie. Dígale al señor Therman que la

señora Turner no se presentará en el lugar convenido —dijo Alex mirándolo fijamente a los ojos.

El hombre pareció quedarse sin palabras.

—Vaya —dijo Talbot con ironía— parece que no se siente muy bien, señor Berkeley.

—Vayámonos —dijo Alex a su amigo—. Si su jefe quiere hablar con nosotros, sabrá cómo encontrarnos.

James y Alex salieron del despacho con paso ligero. Antes de que llegaran a la escalera, un hombre de mediana edad los detuvo.

—Lord Raston, señor Talbot, el señor Therman quiere hablar con ustedes. Si son tan amables de acompañarme...

Alex miró a James, que alzó una ceja. No esperaba que la reacción fuera tan inmediata.

Ambos siguieron al hombre que, cojeando ligeramente, los hizo entrar en la última oficina de la segunda planta.

Los grandes ventanales bañaban de luz natural su interior. Era mucho más grande que la de Berkeley y estaba decorada con varios cuadros. Parecía que el señor Therman tenía buen gusto para el arte.

—Tomen asiento —dijo una voz detrás de ellos.

Alex y James se volvieron con rapidez. No había nadie en la habitación cuando entraron y ninguna puerta a sus espaldas. ¿De dónde había salido? Therman debió notar su sorpresa y, esbozando una leve sonrisa, agregó, señalando el panel que estaba a sus espaldas:

—Hay una puerta en esa pared.

Raston lo miró. A pesar de su pelo casi blanco, tenía una complexión fuerte y parecía seguir en forma. Su mirada estaba llena de agudeza.

—¿Qué quiere? —preguntó James sin preámbulos.

Therman sonrió.

—Parece que han impresionado al señor Berkeley. Yo contestaré sus preguntas —dijo mirando al marqués.

—¿Por qué hizo que nos siguiéramos? —preguntó Alex.

Therman, que se sentó en un sillón, juntó sus manos entrelazando los dedos.

—Veo que va directo al grano, lord Raston —dijo mientras lo evaluaba con la mirada—. Pues yo también. Lo hice porque quería conocer sus movimientos, ver qué descubrían y, sobre todo, estar al tanto de la seguridad de la señora Turner, digamos, aunque los tres sabemos que no es su verdadero nombre.

A Alex le gusto que no se anduviera con rodeos.

—Así es —contestó.

—¿Qué es lo que saben? —les preguntó sin más.

El marqués calló uno instantes antes de responder.

—Sabemos que el asesino de lord Whyte es el mismo que mató hace quince años a la familia de Isabeau. Un antiguo agente de Fouché que juró vengarse de todo aquel que tuviese algo que ver con la muerte de su amante.

Therman asintió con la cabeza.

—Sabemos que lord Whyte era el tío materno de Isabeau y un amigo íntimo suyo.

Therman esbozó una sonrisa ante las últimas palabras de Alex.

—Veo que han llegado bastante lejos.

—Lo que no sabemos es por qué no se presentaron abiertamente ante la señora Turner, por qué inventaron toda esta historia de Hugo Ambersley —preguntó Talbot intrigado.

Therman carraspeó.

—Durante los Cien Días todo era muy confuso. Yo era el encargado de contactar a los agentes británicos que estaban dispersos por toda Europa, que proporcionaban información, a veces crucial, para poner fin a esa guerra que, por desgracia, estaba durando demasiado. Charles me había pedido que, si podía, le diera información sobre sus sobrinos. Desde la muerte de su hermana era en lo único en lo que pensaba. Por eso, cuando asesinaron a Jean-Baptiste y, después, al mariscal Broussard, se enteró de que su sobrina se había salvado casi de milagro. Yo sabía que quien había asesinado a la familia de Isabeau no era un agente cualquiera. Cuando Charles se enteró de lo ocurrido, se empeñó en ir a París a buscarla y yo lo ayudé. No tuve opción porque el muy testarudo hubiese ido de todas maneras —dijo con pesar en la mirada—. No encontraron el cuerpo del agente, así que sabíamos que seguía vivo. La derrota de Napoleón, entre otras cosas, implicó que El Fantasma no pudiese volver a París. Por lo tanto, no podría conseguir información sobre Isabeau, al menos por un tiempo. La trajimos a Londres y le dimos una nueva identidad para que estuviera lo suficientemente cerca de él, como para que él la cuidara, pero sin que se supiera el parentesco que los unía. Eso era central, en caso de que El Fantasma la estuviese buscando. Luego de tantos años, creímos que el peligro habría pasado, pero como saben, no ha sido así.

—Ella no quiere seguir escondiéndose. Quiere que esto acabe —dijo Alex con vehemencia.

—Lo entiendo —dijo Therman mirándolo directamente—, pero ese hombre solo se detendrá cuando esté muerto, créame. Mató a más de veinte agentes británicos y a militares de alto rango. Es sigiloso, inteligente e implacable y, sobre todo, le gusta demasiado la agonía de sus víctimas. La última ha sido uno de los agentes que los estuvieron vigilando.

Raston se inclinó hacia adelante.

—¿Cuándo? —preguntó preocupado.

—Encontramos su cuerpo en el Támesis. Era casi improbable que le hubiésemos encontrado si no hubiese sido por la corriente de los últimos días. Estaba prácticamente irreconocible. Lo había golpeado con brutalidad y le habían amputado varios dedos. Veo que se pregunta cómo sé que fue él. No tengo ninguna prueba fehaciente, pero no creo en las casualidades. Sin duda El Fantasma quería saber por qué la Oficina de Asuntos Exteriores estaba interesada en usted.

Alex asimiló las palabras que acababa de escuchar antes de afirmar:

—Es solo un hombre.

Therman se levantó despacio, fue a la mesa contigua y se sirvió un vaso de agua.

—Eso lo vuelve más peligroso aun, lord Raston. Está entrenado para pasar desapercibido. Por lo que pude sé, tiene un don para ganarse la confianza de los que lo rodean. Es inteligente y sabe esperar. No comete errores. Salvo Isabeau, ninguno de sus objetivos logró sobrevivir. Es imprevisible. Créame, quedándose en Londres, la muchacha nunca estará a salvo. Esperará hasta que crean que ha pasado el peligro y se lanzará sobre ella.

—Sin embargo, aunque huya, no hay garantías de que no vuelva a encontrarla —dijo Talbot.

Therman les ofreció algo de beber, señalando las bebidas y ambos negaron con la cabeza.

—No intento convencerlos de que escape. Simplemente quiero que sepan que, si decide hacerlo, me encargaré de todo. Es la promesa que le hice a Charles y no pienso fallarle. Comprendo perfectamente su situación y, si deciden enfrentarlo, haré todo lo que pueda para ayudarlos. Se lo debo al único amigo que he tenido en mi vida.

—¿Quién es Hugo Ambersley? —preguntó Alex, aunque creía saber la respuesta.

El subdirector de la Oficina de Asuntos Exteriores sonrió con picardía.

—Creo que ya lo ha adivinado, ¿no? Soy yo. Es uno de mis nombres de guerra.

Raston asintió.

—Imagino que sabrá por los periódicos que nos hemos comprometido —dijo Alex cambiando de tema.

—Sí —respondió algo vacilante—. Creía que era solo parte de su plan, pero viendo la vehemencia con la que lleva este caso, empiezo a pensar que tal vez sea cierto.

—Lo es.

—Ya veo. Entonces debemos pensar cómo podemos atraparlo. ¿Sigue en pie la idea de asistir a la ópera mañana?

—En principio, sí.

—Tal vez esa sea nuestra oportunidad. No suele actuar en sitios públicos, pero nunca opera de la misma manera. Si les parece bien, estaré allí con dos de mis mejores agentes—dijo Therman al ver como Alex alzaba una de sus cejas—. Le prometo que no nos entrometeremos. ¿Quién irá con usted?

Alex pensó que el subdirector de la Oficina de Asuntos Exteriores no dejaba nada librado al azar.

—El señor Talbot y mi hermano.

—Está bien —dijo Therman—. Puedo ayudarlo a proteger su casa, aunque por los informes que he recibido sé que no la necesita. Algunos de sus hombres eran soldados que estaban a su cargo, ¿verdad?

Alex esbozó una pequeña sonrisa.

—Así es. Se equivoca poco, señor Therman, ese es un rasgo que puede llegar a ser molesto para los demás.

—Sí, ya me lo han dicho —dijo Therman riendo por lo bajo—. Sin embargo, es un rasgo que compartimos. Su foja de servicios así lo refleja.

—Tiene mi palabra de eso —dijo Talbot antes de que Alex pudiese objetar algo.

* * *

—¿Estas pensando en mañana, verdad? —le preguntó James a Alex cuando regresaban a Scotland Yard.

—Sí —dijo Alex, hablando por primera vez desde que salieron de la Oficina de Asuntos Exteriores.

—¿Temes que sea peligroso?

Alex redujo la marcha.

—Sophia ya ha sufrido suficiente. No sé si podrá soportarlo.

James lo detuvo tomándolo por el brazo.

—¿Quién no podrá soportarlo?, ¿ella o tú?

Alex miró a James por unos segundos, luego reanudó la marcha.

James ya sabía la respuesta; no soportaría perderla.

Cuando llegó a su casa, Alex fue directo a la biblioteca. David le informó que sus tías estaban en el piso de arriba, con Sophia, revisando lo que *Madame Letre* había traído.

Alex agradeció tener unos momentos para sí.

—¿Está mi hermano en casa? —le preguntó.

—No, señor, salió esta tarde, pero dijo que volvería a cenar.

—Cuando vuelva, por favor, avísele que deseo hablar con él.

David hizo un gesto afirmativo y se dirigió hacia la puerta. A esas horas, sus articulaciones no le

daban tregua. Antes de abrirla, giró sobre sus pasos y preguntó:

—¿Se encuentra bien, señor?

Alex dejó la chaqueta sobre uno de los sillones.

—Perfectamente, ¿por qué lo preguntas?

—Por su expresión; parece bastante preocupado.

David sopesó si debía continuar hablando o no.

—Siempre he sido sincero con usted.

—Lo sé —dijo Alex, mientras se arremangaba la camisa y se abría el cuello—. Pero ¿a qué viene esto?

—Todavía me acuerdo cuando no era más que un niño y su madre lo llevaba en brazos. Era un pequeñín risueño y lleno de energía. Todo eso cambió cuando ella nos dejó y... sabe a qué me refiero.

—Sí, lo sé —dijo Alex intrigado.

—He pasado toda mi vida al servicio de esta casa y, después de su madre, usted ha sido el único que me ha hecho sentir que esta era también mi familia. He intentado servirle de la mejor manera posible y me dolía ver en lo que se estaba convirtiendo. No me malinterprete. Siempre he estado orgulloso de usted, como si fuera mi hijo, pero, hasta hace poco, se comportaba como un autómatas. Casi había perdido toda esperanza hasta que volvió de Surrey con la señora Turner. Entonces vi que algo había cambiado, y para bien. Por primera vez volví a ver en sus ojos la mirada del niño que alguna vez conocí. Sé que algo está pasando, pero también estoy seguro de que usted lo solucionará. Quería que lo supiese.

—Gracias, David —dijo Alex conmovido.

El viejo mayordomo esbozó una sonrisa y se marchó. Alex se sentó en un sillón con una copa de brandy en la mano. Esperaba, de todo corazón, que David tuviera razón.

Capítulo 23

V AEN entró en la biblioteca y vio a Alex sentado en uno de los sillones, al fondo de la habitación. Parecía estar sumido en sus reflexiones, y no era para menos teniendo en cuenta los últimos acontecimientos.

La historia de Sophia lo había emocionado. Lo sorprendía el hecho de que, en tan poco tiempo, se hubiera encariñado con todos. Las tías de Raston lo cuidaban como si fuera su sobrino, Sophia lo había ayudado a descargarse y su hermano, aunque todavía le costara un poco llamarlo así, le había salvado la vida.

Cuando lo oyó acercarse, Alex levanto la vista hacia él.

—David me ha dicho que querías verme.

—Así es —dijo con el entrecejo fruncido.

Vaen se sentó en el sillón que estaba frente a Alex.

—Hoy he ido a hablar con Therman.

—¿El subdirector de la Oficina de Asuntos Exteriores?

Alex asintió con la cabeza.

—Era amigo de lord Whyte y quien había quedado en ayudar a Sophia. Nos contó lo que sabía sobre el asesino y nos ofreció ayuda para protegerla.

Vaen miró a Alex con el entrecejo fruncido.

—Pero no es eso lo que querías contarme, ¿verdad?

Alex sonrió ante la perspicacia de su hermano.

—No —dijo mirándole directamente—. Hace unos días hable con mi abogado. He puesto al día mis asuntos.

—¿Estás pensando en viajar? —preguntó Vaen con ironía.

Raston puso cara seria. Vaen se levantó del sillón y dio unos pasos.

—¿Tan poca confianza te tienes? —preguntó enfadado.

Alex también se levantó y apoyó la copa en la mesa contigua.

—A veces no resulta suficiente. Lo hago por precaución. Quiero estar seguro de que cuidarás de ellas si algo me pasa.

Vaen apretó la mandíbula antes de hablar.

—Por supuesto que lo haría, pero no será necesario.

—Parece que te cuesta separarte de mí.

El menor de los hermanos se puso furioso. Raston levantó una ceja ante la reacción del otro. Había intentado poner algo de humor a la situación, pero, al parecer, le había salido mal.

—Lo siento —dijo Vaen, al ver el entrecejo fruncido de Alex—, pero no es algo para bromear. No puedes aparecer en mi vida de la nada, ser el hermano que siempre soñé tener y decir una cosa así.

—¿El hermano que siempre has soñado? ¿Tan bien lo he hecho? —preguntó Alex con comicidad.

Vaen lo miró sin sonreír.

—Olvida lo que he dicho.

—Ya es tarde —dijo ampliando aún más la sonrisa.

—No sé qué es lo que te divierte tanto —le dijo, sonriendo a su vez—. ¿Por qué en lugar de decirme

esas tonterías no me cuentas qué te dijo Therman sobre ese maldito agente francés? —preguntó Vaen volviendo a ponerse serio.

Alex apoyó los pies en la mesa.

—Aprendió de los mamelucos a matar de manera. Según Therman, ha acabado con más de veinte agentes y militares británicos durante la guerra y es imprevisible.

—Pero ya no es tan joven y tal vez no sea tan efectivo como antes.

—Hace unos días, uno de los agentes de la Oficina de Asuntos Exteriores apareció torturado de forma brutal flotando en el Támesis. Therman no tiene dudas de que fue él.

—¿Cómo está tan seguro? ¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque Therman lo había puesto a vigilarme, y piensa que lo mató para averiguar qué quería la Oficina de Asuntos Exteriores de Sophia.

Vaen se paseó por la alfombra. Al cabo de unos segundos, se detuvo.

—¿Y qué espera para actuar?

—Que llegue el momento adecuado. Juega con nosotros y no tiene prisa, pero el tiempo está en su contra. Debe estar vigilándonos de cerca y eso nos permitirá encontrarlo primero. Aunque sea cauteloso, acabará cometiendo algún error y lo descubriremos. Cuanto más se demore, más expuesto estará, y lo sabe. Por eso creo que actuará pronto.

Vaen miró a Alex como si de repente hubiese comprendido algo.

—Mañana, en la ópera —dijo mirándolo fijamente.

—Es una posibilidad. Therman estará allí con algunos agentes y también estará Talbot. Esperaba poder contar contigo.

—Desde ya —dijo Vaen sonriendo—. No me lo perdería por nada del mundo.

* * *

Sophia estaba en su habitación. Casi no había visto a Alex en todo el día y, en la cena, a pesar de estar sentado junto a ella, lo había sentido distante. No habían tenido ni un momento para hablar a solas. Él se había retirado mientras ella estaba con sus tías y con Vaen en el salón. A pesar de que se había sacado un gran peso de encima, se sentía muy nerviosa. Aunque contaba con el apoyo de todos, seguía exponiéndolos al quedarse allí, y era una carga demasiado pesada. Si algo les sucediera, si algo llegara a pasarle a Alex. No podía dejar de decirse que era una egoísta. Sentada frente a la cómoda, dejó el cepillo con el que había estado peinándose enérgicamente y miró su rostro en el espejo. Estaba tenso y cansado.

La posibilidad de que Danton acabase con su vida era una realidad latente pero, si debía morir pronto, había algo que quería llevarse con ella. No podía irse de este mundo sin antes robarle unas horas de felicidad con las que soñar toda la eternidad.

* * *

Eran las dos de la madrugada. Todos se habían retirado hacía horas, y Alex estaba en su cuarto, desvestiéndose para intentar descansar. En la cena, notó que Sophia buscaba su mirada más de lo habitual y que, después, intentó quedarse a solas con él, cosa que Alex no propició, no porque no quisiera, sino porque sabía que no debía distraerse hasta que no acabara con El Fantasma. Debía distanciarse de ella

porque sus sentimientos no lo dejaban ver con claridad y, en ese momento, necesitaba hacerlo más que nunca.

Unos pequeños golpes en la puerta lo hicieron fruncir el ceño. Cuando abrió, Sophia, vestida solo con una ligera bata ceñida, entró antes de que la invitara a pasar. Alex cerró la puerta y la encaró.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Quería hablar contigo —dijo ella, consciente de que él tenía el torso al descubierto, de que podía admirarlo sin tapujos. Observó sus anchos y fuertes hombros surcados por pequeñas cicatrices y su estómago plano y duro. Parecía un auténtico Hércules. Sophia sintió cómo su estómago se encogía, mientras pequeños estremecimientos recorrían su cuerpo. Alex siguió la mirada de la mujer y lo que vio en ella lo hizo hervir de deseo. Ella no sabía lo que le estaba provocando, pero él sabía que no lograría contenerse por mucho tiempo.

—¿Y no puedes esperar hasta mañana? —preguntó él para concentrarse en la conversación.

Ella se humedeció los labios. Sentía la boca seca.

—No, no puedo esperar. Necesito saber qué es lo que pasa —dijo haciendo un gesto con la mano que los abarcaba a los dos.

Alex la miró fijamente.

—Nada.

—Entonces, ¿por qué me rehúyes?

Raston esbozó una sonrisa.

—Hasta donde sé, he estado toda la noche contigo. Difícilmente se puede describir eso como una maniobra de evasión.

Sophia empezó a enfadarse. Al parecer, él no iba a cooperar.

—Sabes a qué me refiero.

—No, no lo sé, y creo que ya es muy tarde para que me instruyas sobre el tema. Si no te importa, quiero tratar de descansar un poco.

No podía creer que la estuviera rechazando.

—No pienso irme —dijo sonriendo.

Alex enarcó una de sus cejas.

—No hasta que no me digas por qué estás tan distante. No creo que sea una pregunta tan difícil, ¿verdad? —continuó, sentándose en el filo de la cama.

Alex no pudo contener un leve gruñido cuando la bata se le abrió ligeramente al tomar asiento. El camisón que tenía puesto era casi transparente y no dejaban demasiado librado a la imaginación. Pudo observar sus muslos firmes que atraían toda su atención.

—No sé a qué te refieres. Comprendo que estés nerviosa, pero no creo que discutirlo a las dos de la madrugada semidesnuda sea la solución.

Sophia agrandó los ojos.

—¿Que yo qué? No puedes estar hablando en serio.

Alex hizo un gesto con la cabeza señalando sus piernas. Ella siguió el movimiento.

—No tengo la culpa. Es la ropa que tus tías encargaron para mí. Además, tú tampoco estás de lo más recatado.

—No he sido yo el que se ha metido en tu habitación. Perdona si te parezco un poco rudo, pero no esperaba visitas a esta hora.

Ella soltó un pequeño quejido.

—No sabía que fueras tan remilgado.

—Y no lo soy, más bien todo lo contrario. No creas que no me contengo para no saltar en este momento sobre ti y desnudarte por completo.

A Alex, le afectaba ver sus piernas como a ella le afectaba verle el torso desnudo. Eso era maravilloso y crucial para poder aunar esa noche los deseos de ambos. Había acudido a la habitación de Alex con la excusa de hablar con él sobre los motivos que tenía para estar tan distante con ella, pero si era sincera consigo misma, tenía que reconocer que esa conversación podría haber sido aplazada para el día siguiente. El verdadero motivo para haber acudido a su habitación, a esa hora tan intempestiva, había sido la necesidad de estar con él, en todos los sentidos. Sophia, que había notado la vehemencia con la que Alex había dicho las últimas palabras, tuvo una idea. No estaba orgullosa por lo que iba a hacer, pero no tenía opción. No quería irse, si ese era su destino, sin haber estado con él, en todos los sentidos. Precisaba saber el secreto que atesoraban los amantes. Temía dejar el mundo sin esa felicidad.

Se levantó de la cama con lentitud y se acercó a la luz que arrojaban las velas. Con un solo movimiento, se desató la bata y la dejó caer a sus pies. Oyó como Alex contenía la respiración.

—Por favor, Sophia —murmuró antes de acercarse a ella.

—¿Por qué te alejas de mí? —volvió a preguntarle exaltada.

—No tiene nada que ver contigo. Te ruego que te vistas y que te marches.

Alex se había quedado casi sin aire. No esperaba que hiciera eso. La luz de las velas atravesaban el camisón, como si no lo tuviera puesto. Parecía etérea y a la vez terrenal. Él inspiró antes de acariciarla con la mirada. Sus pechos, plenos y erguidos, parecían desafiar la fina prenda que los cubría. Sus hermosas piernas, eran una firme promesa y su cintura estrecha daba paso a unas caderas generosas y sensuales.

—No deberías haber hecho esto —dijo él entre dientes.

—¿Por qué? —preguntó ella mientras se quitaba la horquilla con la que sujetaba su pelo, que cayó en cascada hasta su cintura.

Era demasiado. ¿Quería volverlo loco?

—¡Cielos! —musitó antes de tomarla entre sus brazos y besarla con voracidad.

Saboreó su boca una y otra vez, saqueando cada rincón de aquella exquisita tortura; dejó de negarle a sus manos el placer de tocarla a voluntad. Bajó los dedos por su espalda todo su cuerpo vibró. Sin que supiera cómo, Alex había deslizado su camisón dejándola completamente desnuda. Sintió que le ardían las mejillas y casi temió mirarlo a los ojos. No sabía qué efecto tendría en él verla así. Alex se escuchó respirar de manera irregular. Desnuda era aún más perturbadora de lo que había imaginado. Con la certeza de que ella estaba más conmocionada que él, la tomó suavemente de la barbilla levantándole la cara.

Se asombró, entonces, al darse cuenta de que él también estaba temblando.

Cuando Sophia lo miró a los ojos, ya no tuvo dudas.

—¿Estás segura?

—Sí —contestó con firmeza.

Alex dejó escapar entre sus labios el aire que había estado conteniendo.

—Esperaba que dijeras eso porque no me creía capaz de parar. Ahora no.

Antes de que ella pudiese decir algo más, él la tomó en brazos y la llevó hasta la cama.

La besó lentamente, impregnándole la boca del sabor de su deseo.

—¿Tienes miedo? —preguntó al ver en los ojos de Sophia una pequeña duda.

—No, solo es que ...

—¿Qué? —preguntó Alex. La obligó con el cuerpo a mirarlo.

—Es que nunca lo he hecho, no sé si sabré...

Alex sonrió a su pesar, lo que hizo que Sophia frunciera el ceño. Aunque suponía que no había estado antes con ningún hombre, recién en ese instante lo supo con certeza.

—¿Te causa gracia? —preguntó angustiada.

Él se apresuró a reconfortarla.

—No. Jamás me tomaría a la ligera tus temores. Solo que, si estuvieras en mi lugar, entenderías lo equivocada que estás. Estoy haciendo verdaderos esfuerzos por contenerme. Quiero ir despacio y darte el mismo placer que tú provocas en mí.

Sophia experimentó una suave calidez que se apoderaba de ella. Sin embargo, la calma le duró poco y desapareció cuando se dio cuenta de lo que él estaba por hacer: empezó a quitarse el pantalón. Ella sintió crecer en su interior una fuerte tensión que, como una cuerda a punto de romperse, la devoraba. No estaba preparada para verlo desnudo. Ninguna escultura podía hacerle justicia.

Ella dirigió la mirada al lugar de su anatomía que más curiosidad le despertaba y no pudo contener un quejido de sorpresa. Alex sonrió al ver la cara de Sophia que expresaban un sin fin de preguntas y dudas. Su curiosidad lo excitaba profundamente. Ella le acarició el torso con mano temblorosa mientras lo oía mascullar por lo bajo. Su cuerpo era diferente al suyo. Era tan hermoso. Siguió las huellas de la piel con la yema de los dedos y sintió la energía que él le transmitía.

Alex veía en los ojos de ella el brillo de la curiosidad, del anhelo. Quería responder todas sus preguntas, pero, si seguía así... Sabía que debía contenerse, sin embargo, a cada instante le resultaba más difícil hacerlo. Siempre había sabido controlar sus pasiones con mano tan férrea, que hasta el momento, era conocido por ser un amante que proporcionaba placer repetidas veces antes de dejarse llevar, y con Sophia, estaba rezando para no verter su semilla entre las sábanas ante el más leve contacto.

Con un beso, detuvo el avance de Sophia cuando ella llegó a su vientre. Ella lo atrajo hacia su cuerpo desnudo y ese primer roce hizo que se sintiera desbocado. Los pechos plenos y erguidos de la muchacha se clavaron en su torso como un hierro ardiente; dejaron una marca imaginaria en las venas de Alex, que hicieron que su corazón latiera a un ritmo vertiginoso. Intentó aplacar la sed inmediata por ella; bajó sus labios por el cuello, besando y saboreando cada porción de su delicada piel, bebiendo de su pulso. Estaba perdiendo el juicio. Escuchó los gemidos apenas contenidos de los labios de Sophia, que se apretaba contra él, que lo buscaba con desesperación. Alex, sin embargo, la apartó y comenzó a besar cada centímetro de su piel. Sabía qué era lo que deseaba, pero quería que el placer fuese máximo entre sus brazos, quería que Sophia estallara al final en mil pedazos presa de un delirio sin igual. Mordisqueó uno de sus pezones a la vez que excitaba al otro jugueteando con él entre sus dedos. Sophia gimió más alto, arqueando el cuerpo para darle un acceso pleno. Succionó la areola rosada, lamiendo y saboreando una y otra vez hasta que sintió que Sophia se impacientaba a causa de un placer incompleto, esperando un final que anhelaba a cada segundo con más desesperación. Siguió bajando a través de su cuerpo besando cada centímetro de su piel hasta que llegó al mismo centro de su deseo.

Sophia pensó que no podría soportar más. Había caído presa de la inconsciencia y quería gritar que por favor terminara con aquel tormento que parecía llevarla una y otra vez a la culminación, para después dejarla de nuevo anhelante. No podía pensar y apenas lograba respirar, escuchando sus propios gemidos. Era una esclava en manos de Alex y, aunque su mente le reprochaba ese abandono visceral, no podía hacer nada por evitarlo. Sus besos la hacían arder, pero nada en el mundo la había preparado para lo que él haría. Cuando sintió sus labios entre sus piernas, arqueó el cuerpo desafiando a la gravedad. Gemía de

tal modo que apenas era capaz de reconocer su propia voz mientras él, sin ningún tipo de piedad la tomaba por las caderas y la acercaba más a su boca, como un hambriento, como un desquiciado que quiere llevarla a la perdición. Sophia se aferró a las sábanas con fuerza y creyó desfallecer, mientras se fragmentaba en mil pedazos producto de un placer extremo, que la alejó de todo lo real mientras los espasmos que recorrían su cuerpo la llevaban una y otra vez a la cima. Sintió la boca de Alex cerca de su cuello otra vez y lo escuchó susurrándole palabras de pasión, preparándola para lo que estaba por venir. Sintió la presión entre sus piernas. Estaba duro, abrasado por el placer; la reclamaba para sí. Sintió cómo se introducía despacio dentro de ella, y un quejido de placer volvió a apoderarse de sus labios. Llevada por un impulso natural, subió sus caderas para atraerlo más hacia su interior, lo que hizo que Alex mascullara con un gemido casi de dolor.

—Lo siento —fue lo único que logró decir, presa de la confusión.

—Me vuelves loco —dijo él con voz ronca.

Eso fue lo último que escuchó antes de sentir cómo él se introducía dentro de ella con una sola embestida que le provocó un dolor intenso y agudo. Aguantó unos segundos apretando los dientes, mientras él permanecía totalmente quieto. Cuando la vio relajar la mandíbula y sintió que la presión de las uñas en la espalda había cesado, comenzó a moverse con lentitud; sintió que volvía a ponerse tensa.

—Tranquila—le dijo mientras la besaba y la acariciaban con ternura.

Sophia comenzó a relajarse y las caricias volvieron a despertar el cosquilleo en su vientre. La temperatura de su cuerpo empezó a elevarse de nuevo, con la mecha de los besos y el trazo de los dedos de Alex, hasta tal punto, que se vio a si misma moviendo las caderas contra él en una cadencia que parecía volverlo loco.

—Sophia, detente, yo...

No pudo terminar la frase. Sophia acabó con su determinación de ir despacio y un rugido devastador salió de sus labios. Ella empezó a sentir las embestidas de Alex en su interior. Al principio algo más lentas, haciéndola gemir de forma entrecortada. Volvía a sentir esa acuciante necesidad en cada rincón de su ser, concentrado en su vientre y que gritaba que lo saciara una vez más. Sophia lo envolvió con sus piernas en un movimiento instintivo que hizo que él apresurara el ritmo, hasta tal extremo que ella solo podía suplicar que acabase con su tormento. Sintió que los primeros espasmos la llevaban a la cima del placer, para gritar el nombre de Alex en una locura sin precedentes.

Escuchó el rugido de él un momento después, que se derramó en su interior y luego lo oyó repetir su nombre. Se acostó junto a ella y la atrajo hacia si, rodeándola con sus fuertes brazos.

—Te amo.

Con el sonido de la voz de Alex, se entregó a un profundo sueño, segura por primera vez en muchos años.

Alex sintió el momento exacto en que Sophia se quedó dormida. Parecía tan delicada entre sus brazos que casi le daba miedo tocarla. Aunque no esperaba que aquella noche terminara así, se alegró profundamente. Hacer el amor con Sophia había sido revelador. Jamás había esperado lograr esa conexión, ese placer extremo que ella le provocaba. Se había sentido completo de una manera imposible de explicar. Por primera vez en su vida creyó que tenía una verdadera razón para vivir, y para morir. Daría su vida por ella y ya no le importaba que ese fuera su destino. Con ese pensamiento, se sumergió en un profundo sueño. Con Sophia en sus brazos, todo era posible.

Capítulo 24

EL carruaje iba serpenteando por las calles de Londres camino al Covent Garden. Esa noche, la luna se recortaba en el firmamento con su silueta blanca. La mente de Sophia, ajena a los comentarios de las tías de Raston, vagaba por otro lugar. No podía dejar de pensar en la noche anterior, y en cómo se había sorprendido esa mañana al amanecer en su propia cama. Lo último que recordaba, antes de haberse despertado mirando las paredes de la habitación azul, en la que habían vuelto a hacer el amor más tarde. Alex le contó después, acariciándola, que la había llevado hasta allí en brazos antes del amanecer. Después de la noche que habían pasado juntos, todo había cambiado para ella. Sabía que estaba en una situación peligrosa y que, por más que quisiera, no podía huir, pero también sabía que ahora era feliz. Aunque era consciente de que toda esa felicidad podría esfumarse en un instante, no podía evitar sentir que la vida era maravillosa. Con ese sentimiento de euforia contenida, se removió inquieta en su asiento. Estaba nerviosa porque esa noche no solo iba a enfrentar a Louis Danton, sino también enfrentaría a toda la sociedad londinense como futura marquesa de Abington y actual prometida de lord Raston. Las tías de Alex le habían dicho que se limitara a ser ella misma, que si había logrado enamorar a su sobrino, la sociedad londinense caería rendida a sus pies. Sin embargo, para ella, no estaba tan claro que fuera a ser así. Llevaba muchos años apartada de un mundo que, ahora, le parecía demasiado grande. Sintió que el vestido color zafiro la apretaba ligeramente. Lo había elegido para aquella noche porque le encantaba el color y la hacía parecer más esbelta. Las tías habían estado de acuerdo, y Alex la había hecho ruborizar cuando le dijo al oído que estaba preciosa, pero que en lo único en lo que lo hacía pensar ese vestido era en quitárselo. Vaen debió haberse percatado porque rió por lo bajo antes de decirle que estaba hermosa.

El carruaje se detuvo a los pies del teatro de la ópera. La función estaba por comenzar.

Cuando entraron en el palco de la familia, Alex pudo ver que todas las caras se volvían para ver a su prometida. Estaba deslumbrante y algo nerviosa, a juzgar por el modo en que apretaba el pequeño bolso que llevaba sujeto a la muñeca.

Todavía no había localizado a Therman y a los dos agentes, pero sabía que estaban cerca. Esa misma mañana le había mandado un mensaje confirmándole que allí estarían.

En los palcos del semicírculo, eran más los que enfocaban a Sophia que al escenario.

—Tranquila —le dijo Alex a Sophia en voz baja—. Estas preciosa.

Sophia hizo un esfuerzo por sonreír.

—Querida, eres el centro de todas las miradas —dijo Ophelia orgullosa—. Los has dejado a todos con la boca abierta.

Harriet miro la cara de la muchacha, que intentaba por todos los medios relajarse un poco.

—No olvides respirar, querida, te estás poniendo morada —le dijo con una risilla que hizo que la aludida la mirara algo molesta.

Vaen entró último, y su presencia en el palco también generó cierto revuelo.

—Parece que te estoy robando algo de protagonismo —dijo en tono jocoso.

Sophia lo miró con picardía.

—¡Eres tremendo!

El hermano de Alex soltó una carcajada que provocó que las miradas se volvieran de nuevo hacia ellos.

—Se calmarán en cuanto empiece la función.

—Eso espero —dijo Sophia un poco más tranquila.

Los palcos estaban a rebosar. Alex, concentrado como había estado en el caso, recién se percataba de que el anuncio en los diarios y los comentarios de sus tías habían hecho de aquella presentación el tema del año. Había que reconocerles que sabían moverse en sociedad.

* * *

Aquel era un buen lugar para observar todo. Faltaba muy poco. Su pulso experimentó una breve sacudida por la ansiedad. Paciencia, se dijo. Un movimiento al otro lado del pasillo le permitió localizar a uno de los agentes de la Oficina de Asuntos Exteriores. No tendría problema con ellos. Los muy necios creían que lograrían sorprenderlo, sonrió entre dientes. Aquellos incautos no sabían con quién estaban tratando. Aunque en parte era insultante, no le importó porque favorecía sus planes.

Fijó la mirada de nuevo en el palco en donde se encontraba Isabeau Broussard. Tenía que reconocer que se había transformado en una mujer hermosa. Era una pena que esa belleza tuviera que desaparecer entre sus manos, aunque también resultaba un aliciente para él.

Sabía que no podía cometer ningún error, pero era así como le gustaba trabajar. Cuanto mayor fuera el desafío, mejor.

Con esa idea en la cabeza, se puso en marcha.

* * *

El primer acto de *Don Giovanni* terminó con los calurosos aplausos del público. La ópera de Mozart seguía siendo un verdadero acontecimiento musical. La obra que se situaba en la Sevilla del siglo xvii, presentaba a Giovanni como un joven noble y arrogante que iba enredando su vida, y la de los que le rodeaban, en una maraña de engaños y enojos.

Sophia miró a Alex, que estaba sentado detrás de ella junto a Vaen y al señor Talbot, que había llegado sin que ella se diese cuenta. Los tres se habían colocado como una suerte de escudo humano para flanquear la entrada al palco.

—¿Estás bien? —le preguntó Alex acercándose un poco.

—No podría estar mejor. Tú estas aquí.

Él sonrió con una mirada pícara en sus ojos.

—Me ha encantado este primer acto —dijo Harriet entre suspiros—. Ese bribón acabaría con el corazón de cualquier mujer.

Ophelia la miró con el monóculo en mano.

—A ti te gusta cualquier cosa, Harriet.

Sophia sonrió. Sabía que las hermanas se querían muchísimo, pero adoraba sus pequeñas discusiones.

—Oh, señor Talbot, ¡está usted aquí! ¿Qué le ha parecido? —preguntó Ophelia.

—Lady Barth, lady Martley, señora Turner, si me lo permiten, debo decirles que están ustedes deslumbrantes esta noche.

—¡Oh, usted siempre tan amable! —dijo Harriet.

Alex miró a su hermano, que apretaba ligeramente la mandíbula, y cuyo semblante había adquirido de repente una gran seriedad.

Siguió su mirada hasta un palco cercano donde vio al conde de Ayrn hablando con una dama que Alex

no alcanzó a reconocer.

—Deberías hablar con él de lo que paso.

—No tengo nada que hablar con él —dijo con determinación.

—Además de tus muchas cualidades, eres más terco que una mula.

Vaen enarcó una de sus cejas.

—Mira quién habla.

—*Touché* —soltó Alex sonriendo.

—¡Rayos! —maldijo Ophelia mirando al suelo—. Se me han caído los anteojos.

—Espere, yo los buscaré —dijo Sophia.

Justo en el momento en que comenzaba a bajar su cabeza, un disparo resonó cerca de ella y lanzó astillas de madera a su cara.

Al momento siguiente se encontró en el suelo con Alex encima.

—¿Estás herida? —lo escuchó preguntar impaciente.

—No, no, estoy bien.

Sophia intentó levantarse.

—No te muevas —lo escuchó mascullar.

Alex se reprochó no haberlo previsto. Estaban tan seguros que utilizaría el mismo método que con lord Whyte que no habían pensado en la posibilidad de que se le ocurriera disparar. Miró por encima de la barandilla y vio que una sombra se deslizaba de uno de los palcos hacia el exterior. Talbot también lo había visto.

—¡Vaen! —gritó Alex buscando a su hermano con la mirada.

—Tendrá que pasar sobre mi cadáver para llegar a ella.

Alex hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y, al minuto siguiente, salió del palco con Talbot pisándole los talones.

Corrió por el pasillo mientras escuchaba los gritos y el revuelo que el disparo había provocado en el teatro. Sentía a Talbot corriendo detrás de él y, unos metros más adelante, el subdirector de la Oficina de Asuntos Exteriores se unió a ellos.

Alex localizó al encapuchado que había visto en el momento del disparo. Estaba a unos veinte metros de ellos y lo vio cruzar el umbral de una puerta.

Talbot y Therman lo alcanzaron cuando llegó a la puerta.

—¿A dónde dan estas escaleras? —preguntó James.

—A la azotea —contestó el director de la Oficina de Asuntos Exteriores.

—¡Diablos! —dijo Alex entre dientes, mientras subía corriendo los escalones.

Cuando llegaron al final de las escaleras, encontraron el acceso a la azotea.

La luna llena les permitió ver por unos segundos al hombre al que perseguían antes de que volviera a desaparecer como por arte de magia, pero era imposible que fuera demasiado lejos, a menos que pudiera volar.

—¡Ahí, miren! —gritó Therman señalando una cuerda que, tensa por el peso, se deslizaba más allá del borde de piedra que rodeaba la azotea.

Se acercaron a ella a toda prisa. Sin embargo, antes de que alcanzaran el borde, un grito grave y profundo, seguido de un golpe seco, rompieron el silencio de la noche.

Al mirar hacia abajo vieron un cuerpo aplastado contra las baldosas.

Alex tomó la cuerda y vio que estaba cortada. Miró la fachada lateral del teatro y vio que una punta afilada había cortado la cuerda.

—¿Es él? —preguntó Talbot, mientras veía algunos transeúntes acercándose al cuerpo que yacía inmóvil en el suelo.

—Vamos a comprobarlo —dijo Alex.

Cuando llegaron a la calle, los dos agentes mantenían a los curiosos alejados del lugar para que ellos pudiesen examinar el cuerpo.

—Podría ser él —manifestó Therman antes de agacharse para verlo mejor—. Por lo menos la estatura y la complexión coinciden con la de Danton.

Al girarlo, Talbot silbó por lo bajo sorprendido. La mitad de la cara estaba destrozada por el impacto y la otra estaba surcada por cicatrices que parecían provocadas por el fuego.

—Es él —dijo Therman relajando algo la postura.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Talbot.

—Por las cicatrices.

—Sí, coincide con lo que nos contó Sophia —argumentó Alex sin dejar de mirar el cuerpo—. La otra noche nos dijo que, cuando intentó matarla por primera vez, logró darle en la cara con una brasa.

—Es cierto —dijo Talbot.

Therman sacó un arma de la capa del sujeto. Al parecer, era la misma con la que habían intentado matar a Sophia.

—Aquí tenemos el arma.

—Sí —dijo Alex observándolo atentamente—. Parece un fusil de caza. Permítame verlo más de cerca.

Therman se lo tendió. Después de examinarlo durante unos minutos, estuvo casi seguro de que quien estaba a sus pies era Louis Danton.

—Es alemana y de ánima rallada, lo que la vuelve más precisa. Es un arma cara y no está a disposición de cualquiera.

—Si no se hubiera rasgado la cuerda, habría escapado.

—Sí; y si Sophia no se hubiera agachado justo en el momento del disparo, estaría muerta—dijo Alex que aún sentía los zarpazos del miedo a perderla arañando su interior.

La policía llegó en ese momento y James se alejó unos pasos para hablar con los agentes.

—¿Está seguro? —preguntó Alex al subdirector de la Oficina de Asuntos Exteriores.

Therman estudió el cuerpo durante unos minutos más antes de volver a mirarlo.

—No puedo asegurarlo por completo, pero todo encaja. La estatura, la complexión, la edad, la quemadura en la cara, que atentara contra la vida de la señora Turner esta noche. Son demasiadas cosas para que sea mera coincidencia. Además, como le dije, nunca actúa de la misma manera, eso es lo que lo volvía tan impredecible y peligroso. Debe de haberlo intentado esta noche porque era impensable que lo hiciera y seguramente lo hizo con un arma de fuego y desde lejos para sorprendernos. Y casi lo consiguió. Sabía que era prácticamente imposible entrar a su casa y que Sophia estaría bien custodiada. Solo así tenía posibilidad de lograrlo.

Alex asintió con la cabeza. El razonamiento de Therman era impecable, pero aún le quedaba un regusto amargo. Quizá por no haber logrado preverlo. Como bien dijo el de la Oficina de Asuntos Exteriores, era la mejor, si no la única opción que tenía, y ninguno la había pensado. Sophia podría estar muerta por mi falta de previsión, se dijo enojado consigo mismo.

Se despidió de Therman y volvió a entrar al teatro para verla.

* * *

Sophia no soportaba más la espera, pero Vaen no la dejaba salir de allí.

—¡Tengo que saber si Alex está bien! —le gritaba.

—No nos moveremos hasta que vuelva. Estás más segura aquí. Todo el mundo está corriendo a la salida y la confusión y el barullo de la gente podrían darle una buena oportunidad al asesino. Además, se lo he prometido a mi hermano y no puedes pedirme que rompa la primera promesa que le hago —dijo Vaen con una media sonrisa—. Seguro que está bien, Sophia, no te preocupes por él.

Tuvo que reconocer que Vaen tenía toda la razón, pero sus nervios estaban a punto de quebrarse. Vio a Ophelia, que estaba pálida, y a Harriet, que no paraba de abanicarse, sentadas en sus asientos, y se dio cuenta de que no era la única que se preocupaba por Alex. Después de todo, eran su única familia.

—Sí —dijo Sophia mirando a Ophelia—, sé que estará bien.

La tía de Alex la miró con decisión, como si en ese momento sus fuerzas retornaran a ella.

—Gracias, querida. Sé que llegará en...

Ophelia no pudo terminar la frase porque Raston irrumpió en el palco con ímpetu.

—¿Están todos bien? —preguntó mientras tomaba a Sophia entre sus brazos.

—Ahora sí —dijo Harriet sonriendo por primera vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Vaen.

—Louis Danton ha muerto.

Sophia se separó de él lo suficiente como para mirarlo a la cara.

—¿Estás seguro? ¿Cómo?

—Lo perseguimos hasta la azotea. Allí tenía preparada una cuerda para escapar. Intentó deslizarse por el lateral del edificio. Antes de pudiésemos alcanzarlo escuchamos un golpe. Al asomarnos, vimos su cuerpo tendido en el suelo, inmóvil. Lo tenía todo bien planeado, pero tuvo mala suerte. El borde del edificio tenía una punta rota que cortó la cuerda. Cuando lo vimos, tenía la mitad de la cara desfigurada por el golpe y la otra llena de cicatrices de quemaduras. Los ojos de Sophia brillaron en señal de reconocimiento.

—Therman dice que todo encaja y no tiene dudas de que es él. Entre sus ropas tenía el arma que disparó hoy.

Sophia no podía hablar. Le costaba creer que por fin hubiese acabado todo. Solo pudo mirar a Alex intentando decirle con los ojos lo que aquello significaba para ella. Él volvió a abrazarla. Recién ahora volvía a respirar con normalidad. Pensar que en ese momento ella podría haber estado muerta lo enloquecía. Miró a sus tías que con emoción contenida aunque visible en el brillo de sus ojos, le sonreían con ternura.

—Te dije que estaría bien —dijo Vaen mirando a Sophia—. ¡Es demasiado testaruda! —dijo mirando a su hermano.

Alex sonrió con picardía.

—Vayámonos a casa.

Con la certeza de que aquella noche le habían dado una segunda oportunidad para ser feliz, Raston se abrió paso para salir del palco. Iba a ser una salida lenta porque, aunque algo más calmada, la gente se agolpaba en la puerta.

Alex y Sophia permanecieron unidos detrás de una horda de gente mientras intentaban salir. Anhelaban el aire fresco de la noche. De repente, sintió que Sophia se relajaba a su lado. Si bien en su cara había incredulidad, estaba diferente. Vio en sus ojos que por fin, después de todos esos años de sufrimiento, se sentía realmente libre y comenzó a discernir lo que la muerte de Louis Danton significaba para ellos.

Capítulo 25

CUANDO entraron a la casa, todos se sentían agotados.

—Nosotras nos vamos a retirar. Estoy tan cansada que temo caerme antes de llegar a la cama —dijo Ophelia.

—Yo también me retiro, si no les importa —dijo Vaen con una sonrisa—. Creo que ya he tenido suficiente acción por un día.

Alex miró a sus tías y a su hermano y sonrió.

—Están envejeciendo.

—Jovencito, me gustaría verte cuando llegues a mi edad.

—Eso —dijo Harriet, que apenas podía sostener el abanico.

Por toda respuesta Vaen se rió por lo bajo.

—Buenas noches —les dijo Sophia a Vaen y a las tías dándoles un beso en la mejilla—. Gracias por todo.

—De nada, querida. Yo quería que esta noche fuera inolvidable, que tu presentación en sociedad fuese única, pero creo que nos hemos excedido. Te aseguro que nadie va a poder olvidarla jamás.

Sophia no pudo evitar soltar una risilla ante el dramatismo de Ophelia.

—Buenas noches —dijo Harriet tomando a su hermana del brazo, para sujetarse mutuamente al subir las escaleras.

Alex y Sophia se quedaron en el hall viendo cómo todos desaparecían.

—¿Quieres que tomemos una copa? —preguntó Raston con picardía—. Esta noche te la has ganado.

Ella sonrió.

—Si usted me invita, caballero, no puedo negarme. Usted sabe cómo enloquecer a las mujeres.

Él levantó una de sus cejas al escuchar esas palabras.

—¿Está segura?

—Segurísima.

—Es bueno saberlo —dijo Alex, abriendo la puerta de la biblioteca—. Espérame aquí, en seguida vuelvo.

Sophia miró a Alex algo contrariada.

—Está bien, pero no tardes.

—Por nada del mundo.

Alex la beso suavemente en los labios antes de cerrar la puerta y dirigirse a su escritorio.

Sophia se sentó en el sillón color Burdeos que estaba al lado de la mesa de los licores. No era una gran bebedora, pero, como había dicho Alex, se lo había ganado.

Empezó a reordenar en su cabeza todo lo que había ocurrido. No fue consciente del disparo hasta que Alex no estuvo encima de ella, protegiéndola con su cuerpo de otro posible proyectil. Cuando oyó la voz de desesperación con la que le preguntaba si estaba bien, comprendió que él la amaba con la misma intensidad que ella. Por eso, cuando abandonó el palco no pudo respirar con normalidad hasta que no lo vio aparecer de nuevo.

La puerta se abrió de golpe, trayéndola nuevamente a la realidad.

—Espero no haber tardado demasiado.

—No —dijo Sophia con voz apagada.

Alex se acercó a ella y se sentó a su lado.

—¿Pasa algo?

—No, estoy bien. Simplemente no puedo dejar de pensar en lo que ha sucedido esta noche y en lo que podría haber pasado.

Alex la entendía perfectamente. Él tampoco podía dejar de rememorar una y otra vez la escena en la que el disparo casi la alcanzó.

—Te entiendo, pero solo debes pensar en que, al final, todo ha terminado bien. Louis Danton nunca volverá a hacerte daño.

Sophia sabía que Alex tenía razón. No debía seguir torturándose. Lo que más deseaba ahora era estar con Alex y disfrutar esa segunda oportunidad que la vida le ofrecía para ser feliz. Sonriendo lo besó en los labios.

—Tienes toda la razón. Basta de pensamientos sombríos.

—Eso me gusta —le dijo sonriendo también.

—¿A dónde has ido? —preguntó Sophia con curiosidad.

Alex rebuscó en el bolsillo de su chaqueta.

—Hay algo que hace tiempo que quiero darte, pero, por una razón u otra, no he podido hacerlo. Me pareció que este era un momento ideal para hacer bien las cosas.

—¿A qué te refieres?

Alex sacó una cajita color hueso del bolsillo. Se levantó del sillón y sin dejar de mirarla a los ojos, se arrodilló frente a ella Y le dijo:

—Sophia Amelia Turner e Isabeau Broussard, ¿aceptas ser mi esposa y hacerme el hombre mas feliz de la tierra?

Ella se quedó muda. Después de todo lo que había pasado aquello era tan hermoso y la hacía tan feliz, que solo atinó a derramar lágrimas. Él enarcó una de sus cejas mientras esbozaba una arrolladora sonrisa.

—Estaría bien que me dijeras algo porque estoy empezando a preocuparme.

Sophia soltó una carcajada entre lágrimas de alegría mientras decía que sí. Alex le puso el anillo en el dedo. Encajaba perfectamente. Ahora todo encajaba perfectamente.

* * *

Sophia entró a su habitación apurada. Después de todo lo que había ocurrido, deseaban pasar la noche juntos, aunque tuvieran que hacerlo a escondidas. Después de que dejaron la biblioteca, Alex le dijo que lo esperara en su dormitorio. Se acercó al armario para buscar otro de esos camiones que *madame Letre* le había hecho.

Eran casi transparentes y, la verdad, le parecían un poco exagerados, pero las tías de Raston habían insistido en que eran los que una esposa debía usar, sobre todo si quería convertirlas en tías abuela.

Sin embargo, pese a la vergüenza que sentía al usarlos, la noche anterior habían demostrado ser más que efectivos. Las tías de Raston eran más pícaras de lo que parecía, se dijo sonriendo. Tomó el camisón negro que tenía justo delante y lo tendió sobre la cama. Escuchó a *Atila* que como un polvorín salió de dentro del armario.

—Pero ¿qué haces ahí adentro? ¿Cómo has podido...?

En el espejo de la cómoda vio el reflejo de una silueta.

La sangre se le heló en las venas.

Antes de que pudiese articular ningún sonido, sintió la cuerda en su garganta, apretando lo suficiente para apenas pudiera respirar, pero no tanto como para matarla.

—Isabeau —susurró una voz a su oído.

Ella sintió náuseas.

—¿De verdad creíste que había muerto?

Una risa repugnante brotó de los labios de Louis Danton.

—No —continuó—, no sin antes tener el placer de quitarte la vida con mis propias manos. Solo así Marguerite podrá descansar en paz —le dijo apretando la cuerda y haciendo que a Sophia se le nublase la vista.

—No va a ser tan rápido —siguió—. No, después de todo, me lo debes. ¡Mírame! ¡Mira tu obra!

El Fantasma la puso de costado para que pudiese verle la cara. Reconoció el semblante de la muerte que tantas vidas queridas había segado. Tenía una parte del rostro desfigurada por las quemaduras que ella le había hecho. Sus ojos fríos estaban vacíos, tal como los recordaba.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Sophia, para ganar algo de tiempo.

Danton la miró evaluando si contestarle o no. Sonrió de lado antes de hablar.

—¿Qué cómo te encontré? ¿Eso es lo que quieres saber?

Sophia sabía que no le faltaba mucho. El oxígeno apenas llegaba a sus pulmones y el dolor en su cuello era casi insoportable.

—Durante muchos años no pude ir a Francia. Cuando regresé, no pude dar con nadie que supiese algo de ti, hasta que hallé a tu antigua criada. Sí —dijo al ver la angustia dibujada en los ojos de Sophia—, esa mujer tan agradable que te adoraba. La torturé hasta que me dio un nombre, Charles Whyte. A partir de ahí todo fue más fácil. Tu tío no abrió la boca, incluso cuando la vida se le escapaba, pero la suerte quiso que te encontrara. —Hizo una pausa, apretando un poco más y continuó—: Esta noche todos han bailado al son del ritmo que yo marcaba. El disparo era parte de un plan bien trazado, pero el tiro pasó lo suficientemente cerca como para que a nadie se le ocurriera pensar que había errado a propósito. Fue conmovedor ver cómo todos salían corriendo detrás de mí, lo que me permitió comprobar que se lo habían creído todo. ¿Qué cómo lo hice? —retomó la pregunta de Sophia—. Salté con la cuerda, pero no hasta al suelo, como todos pensaron, sino hasta una ventana que hay pocos metros debajo de la azotea. Después grité mientras tiraba el cuerpo de un mendigo y cortaba la cuerda con el borde. Sí, un mendigo. La idea se me ocurrió cuando vi sus cicatrices y comprobé que su tamaño casi coincidía con el mío. —Danton soltó otra risa diabólica—. Te estás poniendo azul, querida. Eso significa que la vida te abandona —dijo apretando de forma brutal el lazo.

Sophia pensó que su hora había llegado, hasta que escuchó gruñir a Danton. *Atila* le estaba clavando las uñas en la cara. Por un momento, El Fantasma aflojó el lazo lo suficiente para que Sophia pudiese moverse y, sin pensarlo, le dio un golpe en la entrepierna. Danton volvió a gruñir y la lanzó con fuerza hacia la cama. Al caer, se dio un golpe en la cabeza. Todo a su alrededor comenzó a desvanecerse hasta que quedó sumida en una completa oscuridad.

* * *

Alex recorrió el pasillo con sigilo. Sentía que se estaba comportando como un chiquillo, pero quería

hacer las cosas bien con ella.

Al llegar a la puerta de la habitación azul oyó un ruido que lo hizo estremecerse. Abrió con tanta fuerza que saltaron los goznes de la puerta. Cuando vio a Sophia caer inerte, una furia ciega lo dominó. Se lanzó contra Danton y ambos cayeron al suelo. Rodaron varias veces y, aunque le asestó varios golpes en la cara y en el cuerpo, no logró que flaqueara. Raston le dio de lleno y se lo quitó de encima, pero, cuando intentaba incorporarse, Danton le asestó un golpe que hizo que perdiera el equilibrio.

Un instante después, sintió que algo lo asfixiaba.

—Maldito inglés —masculló el espía, a punto de darle el golpe final.

Alex logró darle un codazo en el estómago y, con las fuerzas que le quedaban, le hundió los dedos debajo de las costillas. Oyó un quejido profundo saliendo de los labios del asesino, mientras la presión en su cuello iba disminuyendo. Giró rápidamente para enfrentarse de nuevo a él, pero no hizo falta.

Danton tenía una expresión de sorpresa mientras miraba la punta del sable que salía por su pecho.

—Marguerite —dijo antes de caer sin vida al suelo.

Alex vio a Sophia de pie, detrás del espía, vigilando el cuerpo ensartado en el sable francés de su padre. Se acercó a ella y examinó con detalle la herida que se había hecho al caer.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

Sophia se aferró a él con todas sus fuerzas.

—Ahora sí se ha acabado —dijo con voz trémula.

—Sí, mi amor, así es —dijo Alex mientras la estrechaba aún más entre sus brazos, susurrando palabras de amor.

Epílogo

*U*N mes después.

—¡Estás preciosa! —Ophelia la miraba con amor maternal.

—Más bien yo diría que estoy nerviosa —dijo Sophia.

—¿Por qué? —preguntó Harriet haciendo un gesto con la mano—. ¿Porque vas a casarte dentro de una hora y la iglesia estará repleta de gente? ¿Porque todas las miradas estarán centradas en ti?

Sophia tragó saliva con dificultad.

—¿Has visto lo que has hecho? —dijo Ophelia a Harriet con cara de pocos amigos.

—¿Qué he hecho? —preguntó inocentemente.

—La has puesto más nerviosa diciéndole que todo el mundo estará pendiente de ella, tanto fuera como dentro de la iglesia, y que algunos estarán esperando ansiosos que cometa algún error para tener de qué hablar.

La muchacha volvió a tragar.

—Eso tampoco ayuda demasiado, Ophelia —dijo mientras sentía que se ponía cada vez más nerviosa.

—Perdóname. Es esta hermana mía, que a veces me saca de quicio. Pero no te preocupes, todo va a salir perfecto.

Sophia asintió queriendo creer lo que le decían.

Llevaba un sencillo vestido con un escote en forma de “u” y pequeños bordados en la parte inferior de la falda.

Tenía el pelo recogido con un moño sencillo y elegante, sus manos estaban cubiertas por unos guantes de raso haciendo juego con el vestido y en el cuello tenía una fina cadena de oro de la que colgaba una pequeña perla que había pertenecido a su madre.

Aunque su familia no estaría presente en su boda, estaban siempre en su corazón, que palpitaba fuerte.

Además, dos miembros de su familia sí asistirían: lady Whyte y su hijo, Anthony, que en realidad era su primo.

Después de la muerte de Danton había ido con Alex a Surrey a contarles toda la verdad a los Whyte. No había sido nada fácil, pero Emily y Sophia se abrazaron en un mar de lágrimas, algunas de pesar y otras de alegría.

—Querida —dijo Ophelia mirándola fijamente—, es casi la hora. ¿Tienes algún secreto más que quieras contarnos antes de dar el sí? —preguntó con ironía.

Sin embargo, la cara de la muchacha no le pasó inadvertida.

—¡Sí que lo tienes! —exclamó arrancándole el abanico a su hermana—. ¿Voy a necesitar las sales? —le preguntó a Sophia sin quitarle los ojos de encima.

Sabía que no debía decir nada, pero ellas eran ahora su familia y lo más cercano a una madre que tenía.

—Bueno —dijo con una sonrisa—, los camiones de *madame* Letre han sido muy efectivos.

—No entiendo —dijo Ophelia abanicándose más fuerte.

—Ni yo —dijo Harriet dándose pequeños golpecitos en la barbilla.

—¿Puedo pasar? —preguntó Vaen después de llamar a la puerta.

—Sí —dijo Ophelia, tratando de entender lo que Sophia les acababa de decir.

Vaen entró en la habitación.

—¡Vaya! —dijo llevándose una mano al pecho—. ¡Estás preciosa!

Alex le había pedido a su hermano que fuese el padrino de boda.

—Gracias, Vaen. Tú también estás muy elegante.

Vaen sonrió de oreja a oreja.

—Lamento interrumpirlas, pero el carruaje está en la puerta.

—De acuerdo, ya vamos —dijo Ophelia mientras revisaba la habitación y a Sophia para comprobar que no faltara nada.

Cuando bajaba las escaleras, la muchacha pensó si las tías habían comprendido ya lo que les había dado a entender.

Llevaba dos semanas de retraso y, aunque no estaba completamente segura, algo le decía que pronto tendrían un hijo.

Antes de que subiera al carruaje, oyó un grito procedente de la casa.

—¡Harriet!, ¡Harriet! ¡Por todos los cielos! ¡Ya entendí qué quiso decir!

* * *

La iglesia estaba llena, pero Sophia apenas si se fijó en los rostros de los concurrentes. Al entrar y ver a Alex al final del pasillo, todos sus temores, todas sus dudas se esfumaron para siempre.

¡Estaba tan elegante!

Con paso firme y pausado se acercó hasta al altar y, cuando estuvo al lado de él, le guiñó un ojo y la hizo sonreír.

Durante la ceremonia estuvo como en una nebulosa. Solo cuando Alex la besó en los labios pareció despertarse.

En el banquete se sirvieron los platos más exquisitos regados con buenos vinos y champaña.

—¿Y bien, lady Raston, como le sienta ser mi esposa?

Sophia sonrió.

—Por ahora muy bien, así que espero que siga así, lord Raston.

Alex enarcó una de sus cejas y ella soltó una carcajada.

Le encantaba verla así. Cuando la escuchaba reír, algo dentro de él se ensanchaba llenando su cuerpo de una felicidad insospechada.

—¡Eres terrible! —le dijo al oído.

Sophia estaba por contestarle cuando Talbot se les acercó.

—¡Felicitaciones! —dijo con alegría dándole una palmadita a Alex en la espalda.

—¡Gracias! —dijeron al unísono.

Vaen también se acercó a ellos con ojos risueños.

—Vengo a decirte que tu tía Harriet ha bebido un poco de más.

—¿Cómo ha pasado?

Vaen sonrió.

—No lo sé, pero si fuera tú, iría pronto.

—¿Por qué? —preguntó preocupada—. ¿Le pasa algo?

—A Harriet no le sienta nada bien la champaña. La última vez que bebió terminó llamando “bruja desdentada” a la mujer del embajador portugués.

Sophia, sorprendida, supo que debían actuar de inmediato, pero llegaron demasiado tarde.

—Es el sombrero más horroroso que he visto en mi vida.

—¿Qué ha dicho? —preguntó lady Pech, con expresión ceñuda.

—Ha dicho que tiene el sombrero más precioso que ha visto jamás.

La cara de la dama indicaba que no creía del todo lo que Ophelia le estaba diciendo.

—Yo no dije eso, hermana —dijo Harriet con voz entrecortada por el hipo.

—Sí, querida, lo has dicho. Anda, vamos a dar una vuelta y dejemos que lady Pech pueda hablar con el resto de los invitados.

—Hasta luego —dijo Harriet mientras Ophelia la llevaba casi a la rastra—. Mira que es feo su sombrero, ¿eh?

Sophia no pudo más que sonreír. El sombrero era realmente horripilante.

Alex ayudó a su tía Ophelia a llevar a Harriet hasta uno de los sillones mientras que James le llevaba un café bien fuerte.

—¡Bienvenida a la familia! —le dijo Vaen con picardía.

—Sí —dijo Sophia alegre, porque sabía que, en efecto, aquellas personas generosas, cariñosas e incondicionales eran ahora su familia.

* * *

Aquella misma noche, en la habitación de Alex, ambos yacían desnudos entre las sábanas después de haber hecho el amor.

—¿En qué piensas? —preguntó Sophia acariciándole el pecho.

Esa misma tarde le había contado que era muy probable que estuviera embarazada. Nunca lo había visto tan emocionado como cuando la abrazó y le dijo que la amaba.

—Estoy pensando en el día en que nos conocimos.

Sophia se apoyó en uno de sus brazos para incorporarse y poder mirarlo mejor.

—Sí, yo también pienso a veces en ese día. Cuando choqué contigo al entrar en la casa de mi tío, creí que me había topado con un muro. También me pareciste pedante, soberbio, arrogante y engreído.

Sophia vio aparecer el tic de Alex en su ojo derecho.

—¿Nada más? —preguntó con un tono irónico.

Sophia sonrió.

—También me pareciste muy atractivo, inteligente e interesante. Y...

—¿Y?

—Y... —dijo vacilante— con ese pelo rubio, esos ojos penetrantes y esa cicatriz —le dijo mientras la acariciaba con la yema de los dedos— pensé que eras un vikingo.

Los ojos de Alex brillaron sin disimulo.

—Los vikingos saqueaban los lugares que conquistaban.

—¿Sí? —preguntó Sophia con inocencia.

—Sí, pero tengo un problema —dijo Alex acercándose lentamente a sus labios.

—¿Cuál?

—Saquear significa robar o apoderarse de las cosas que hay en un lugar.

—¿Y? —preguntó Sophia.

—Pues hay algo que no cierra, porque, si yo soy el vikingo, ¿cómo es posible que tú te hayas adueñado de algo que yo creía que ya no tenía salvación?

Sophia lo miró a los ojos y vio amor, pasión, sueños.

—Porque tú me lo habías robado antes a mí, vikingo.

Alex sonrió antes de abrazarla y besarla como si el tiempo no existiera mientras empezaba a tejer nuevos sueños junto a ella.

Nota de la autora

A fin de poder contar la historia Sophia y Alex en *El guante y la espada* me he tomado la licencia histórica de que los personajes hagan uso en algunas ocasiones del telégrafo en una fecha en la que su uso en Inglaterra difícilmente estuviera tan extendido como para que fuera habitual que las noticias se difundieran de esa manera.

Editorial Vestales

ISBN9789871568581

Doc



Epub



clublibrosepub